C. A. SAINTE-BEUVE

PROUDHON

SU VIDA Y SU CORRESPONDENCIA

Traducción castellana por
ROBERTO BIXIO



EDITORIAL AMERICALEE
BUENOS AIRES



PRÓLOGO

Tuve dos veces el pesar, a pocos meses de distancia, de no poder rendir en persona los deberes fúnebres a dos hombres a quienes profesaba alta estima y gran respeto. Uno de ellos era Enfantin, a quien había conocido en los días de mi juventud y de quien había podido apreciar su amplitud de corazón y sus bellas facultades afectivas y generosas; el otro, Proudhon, a quien no conocí personalmente sino tarde, pero de quien había podido comprobar directamente su firme inteligencia y su rectitud moral; los dos fueron enterrados un viernes, a una hora en la que mi tarea semanal no terminada, me retenía imperiosamente. Sentí mucho no poder rendir a estos dos hombres íntegros, de naturaleza extraordinaria, por otra parte tan divididos en cuanto a la línea de opinión y de doctrina, ese supremo testimonio de estima. Me resarciré al menos aquí en lo posible, con la memoria de uno de ellos.

Nunca conocí a Proudhon sino detrás de la política y fuera de la política. Teníamos los mismos editores, los señores Garnier; había leído algunos de sus libros; reconocía su talento y me llegaron de él testimonios de indulgencia, los cuales, por proceder de una naturaleza severa, tienen tanto más precio. Nos facilitaron la ocasión para que tuviésemos un encuentro; la conversación fué totalmente filosó-

fica, más socialista que política; sobre esas cuestiones de mejoramiento y de porvenir, de sufrimientos actuales profundos, de reparación y de justicia para el gran número y para la masa trabajadora, nos pusimos fácilmente de acuerdo; él con gravedad, convicción y autoridad, yo por inclinación natural y por deseo. En esta primera conversación hablamos también algo acerca de la literatura y su influencia en la sociedad. Estaba un poco asombrado, al salir, de haber encontrado tan conciliador y tan abierto a un hombre y a un luchador de fama tan áspera; el mismo Proudhon se adelantó a mi pensamiento, diciéndome: "He dejado mi pasión en la puerta." Fué como si hubiera querido decirme: "No soy así todos los días ni con todo el mundo."

Por aquellos años (1856-57), tuve algunas ocasiones de volver a verlo; me comportaba con discreción. Cuando Proudhon preparaba su libro La Justicia en la Revolución y en la Iglesia, *manifestó deseos de verme para que hablásemos sobre algunos literatos del momento que no creía conocer bastante. En este libro, al principio, había dado a la literatura una parte más detallada y más amplia que luego. Había leído a varios de los autores modernos más conocidos, entre otros a Alfredo de Musset; después suprimió totalmente un cuadro ya compuesto, en el que había desarrollado sus apreciaciones y juicios, que, ciertamente, hubieran hecho gritar a los artistas y a los delicados. Deseaba, sobre todo, hablar conmigo de George Sand. Por mi parte hice todo lo posible para llevarlo a una apreciación menos severa, y para ello no pude menos de relatarle el pasado tal como lo conocía por haberlo visto de cerca; de remontar naturalmente el curso de esos años 1832, 1833 y siguientes; de señalar hasta qué punto "la pasión", con sus emociones rebuscadas o naturales y sus tormentas, era entonces la única ley de todos nosotros y la inspiradora de una literatura, de una poesía que, sin poder calificarse de moral, había tenido, sin embargo, hasta en sus más grandes extravíos, su elevación, su*

búsqueda inquieta, tempestuosa, su sed de infinito, más de fiebre y de arrebato, en todo caso, que de malicia: se había obedecido a la época y a las corrientes que soplaban en el aire y sobre las almas.

Era difícil, lo notaba, hacer aceptar mis explicaciones y mis razones atenuantes a este espíritu riguroso que, en la práctica literaria, se encontraba, naturalmente, situado en la línea de la escuela del puro sentido común y de la religión de Boileau. Tuvo en cuenta, me parece, algunas de mis observaciones; hasta me aseguró, al dejarme, que lo había equilibrado y suavizado; pero cuando, poco tiempo después, apareció su volumen con un capítulo muy duro sobre nuestros amigos los literatos, advertí que había sido escaso lo logrado.

Hacia esa época, habiéndolo encontrado una mañana en el Luxemburgo, no pude menos de hacérselo presente, sobre todo en lo que concernía a George Sand, y todavía veo su gesto de hombre convencido y sincero, cuando, golpeando el suelo con su bastón y dejando caer su brazo, me dijo: "Pero, se lo pregunto a usted mismo, señor Sainte-Beuve, ¿Podía decir menos?". Evidentemente, la moral social aplicada a la literatura se imponía a este espíritu riguroso como una norma, como una ley de conciencia (1).

---

(1) Así, en una carta suya, escrita desde Bruselas el 16 de enero de 1859, leo: "el señor Michelet me envió su libro sobre *El Amor*... Recibí también el libro de la señora Julieta L..., también sobre *el amor:* No tengo todavía el del señor Luis J... Será necesario que vuelva a la carga sobre este tema que me repugna; es preciso. Todo gira en torno a la fornicación; no hay más que eso. Si nadie se encarga de barrer esta podredumbre, estoy decidido a ocuparme de la cosa". Y en otra carta del 29 de enero de 1862 dirigida a los editores Garnier: "No he olvidado el trabajo que les prometí, para refutar a esas damas; es algo muy serio que no debe tratarse a la ligera, si queremos producir un efecto duradero. Leí y anoté los volúmenes de los clásicos latinos que ustedes han tenido a bien enviarme, Petronio y Ovidio... Al leer a Ovidio pensé que la lectura de los otros tres poetas eróticos latinos me sería indispensable: Catulo, Tibulo y Propercio. Es preciso acabar con este asunto de los amores, en el que nuestra generación se arrastra y se.

Poco tiempo después Proudhon abandonó a Francia, y no volví a verlo. Pero le envié a Bélgica, apenas terminada, mi obra completa sobre Port-Royal. Era uno de los jueces más competentes que podía desear para este cuadro de un cristianismo austero, donde traté de introducir el mayor número posible de puntos de vista filosóficos, bajo una envoltura histórica, distribuyéndolos de tal modo que sólo se descubren en su consecuencia para aquellos que saben buscarlos. Proudhon me respondió con una carta que es para mí un testimonio precioso y que considero como un título de honor. La transcribiré aquí completa. Como tengo principalmente el designio de hacer conocer al hombre en Proudhon, cuento proceder sobre todo con citas: así se nos aparecerá en toda su verdad y hasta en sus costumbres:

"Ixelles-les-Bruxelles, rue du Conseil, 8,
25 de abril de 1860

"Estimado señor:

"Recibí su regalo, muy precioso para mí, y esa misma tarde me puse a la lectura. Terminé la discusión del Agustinus, el libro de la Frecuente Comunión y asistí a la muerte del abate de Saint-Cyran. Conocía sólo en términos generales la historia de Port-Royal; sabía más a qué atenerme con respecto al jansenismo. Deberé a usted el conocer a fondo todo ese mundo, todo un mundo, todo un aspecto del siglo XVII *y del reinado de Luis XIV. Lo que me ha complacido, sobre todo, fué comprobar que nuestros juicios*

---

pudre, como ocurrió antaño a los griegos y a los latinos." Y finalmente (15 de febrero de 1862): "Recibí el volumen de Catulo y se lo agradezco. Toda esta literatura erótica puede tolerarse en latín; pero no comprendo por qué se la traduce al francés, ya que pierde frescura y sabor". Sobre este punto de literatura y de moral, Proudhon y el señor de Bonald están completamente de acuerdo.

sobre los hombres y sobre las ideas coinciden en general, si no me engaño acerca del sentido de su narración, siempre reservada, aunque, para mí, bastante trasparente.

"En mi opinión, los jansenistas se equivocaban, tanto desde el punto de vista filosófico como desde el punto de vista cristiano, y su condenación, por cualquier lado que se enfoque, me parece justa.

"Pero los jesuítas, sus adversarios, no valen más por esto; y no es menos cierto que las cinco proposiciones son de San Agustín, y que, si San Agustín, y después Bossuet, la Iglesia de Roma, etc., al afirmar, por una feliz contradicción, la libertad al mismo tiempo que la gracia están más en la verdad, los jansenistas tienen al menos el mérito de la lógica y de la franqueza; de todos modos, no se les podría negar, en fin, que si su moral no es de una "sanidad" perfecta, echó por tierra las torpezas jesuíticas, y produjo una revolución en la dirección espiritual de las almas, que, gracias a la Compañía [1]*, se orientaba entonces hacia el lamaísmo. Del jansenismo sólo se descartó la idea pura, la metafísica; la práctica continuó, y se puede decir que el cristianismo prolongó su existencia. ¿Qué ocurriría, le pregunto, si, en lugar de Pascal hubiera sido Voltaire quien escribió* Las Provinciales*?*

"Creo que podría, si esto fuera permitido en una carta, aclarar este famoso asunto de la Gracia y de la Concupiscencia, cuestión que debía ser un misterio hasta nuestro siglo, pero que se resuelve como todas las antinomias de nuestra naturaleza y de nuestra razón. Prefiero cumplimentar a usted por el valor que ha demostrado al escribir esos 5 enormes volúmenes, tan concienzudos, tan moderados y tan compactos y significativos. Temo que pocos puedan seguirlo en ese dédalo teológico; algunos fanáticos —todavía los hay— juzgarán que usted es demasiado jansenista, o que

(1) Entiende la Compañía de Jesús.

no lo es bastante, y que no le corresponde a usted, literato profano, sondear esos misterios. Es como si me vinieran a decir que no tengo el derecho de asistir a una representación de Don Juan *o de* El Barbero de Sevilla *porque no sé música.*

"A lo sumo, como usted dice en alguna nota, esas pretendidas profundidades a menudo sólo están en el lenguaje; "corra el telón" y se encontrará usted con Hobbes, Juan Jacobo y Mandeville.

"Reciba, pues, estimado señor, mis felicitaciones más sinceras, y crea, con las reservas que sabe, que coincido completamente con usted en lo que respecta a Saint-Cyran, Jansenio, Lancelot, Pascal, Nicole, el gran Arnauld: —la familia Arnauld, una muesca más baja. Todos ellos se equivocaron por exceso de virtud, en el mismo momento en que desconfiaban más de la virtud humana; caemos por nuestra cobardía, creyéndonos superiores a nuestros padres y a todos los hombres.

"Estrecho su mano

P. J. PROUDHON."

Durante su destierro en Bruselas, sus amigos de aquí tuvimos la idea de pedirle que trabajase en algún tema que no fuese sospechoso de política flagrante y que, al versar sobre un pasado más bien literario y filosófico, pudiera venderse y circular libremente. Al mismo tiempo que un editor le pedía que escribiese un libro que tuviera por título: "Voltaire y Diderot", y que comprendiese toda su época (1),

(1) "El señor Boussard me propone escribir, para ser editado por él o por su socio, un volumen de quinientas a seiscientas páginas in octavo, bajo el título de «Voltaire y Diderot». Es una obra puramente «literaria» sobre el movimiento de los espíritus en el siglo XVIII comparado con el movimiento del XVII y XIX; un libro que, compuesto a mi manera y desde el punto de vista de la filosofía más avanzada, podría obtener un éxito análogo al de mi última obra [*La Justicia*], venderse

sugerí a los señores Garnier que le pidieran una serie de estudios sobre las celebridades de nuestro siglo XIX. *Una lista provisoria de nombres —Chateaubriand, Bonald, de Maistre, la señora Stäel. . .— con todo un programa de cuestiones, le había sido enviada y sometida a su parecer. Eran propiamente estudios críticos: "Les diré —respondió a los que se los proponían— que esta idea ya se me había ocurrido. No obstante, sólo me entregaba a ella con vacilación, considerándome poco competente en literatura y temiendo aventurarme en un camino que, en definitiva, no es el mío". Ponía dos condiciones a este trabajo, una muy modesta, que se le ayudara y "piloteara" en ciertos temas que ignoraba o que le eran poco familiares; la segunda, que se le permitiera entremezclar los estudios literarios y "sazonarlos" con fragmentos filosóficos, históricos, etc., para recordar a sus lectores su antigua manera y probar que en él "tanto vale el revolucionario —decía— como el Aristarco." El proyecto, desgraciadamente, no tuvo consecuencias. Esta naturaleza fuerte y apasionada, difícilmente se hubiera dejado distraer y derivar a voluntad. Volvió pronto a sus temas familiares, y meditó el libro* La Guerra y la Paz. *Para él, la literatura no era más que un episodio y un lujo: las cuestiones de derecho puro lo habían vuelto a embargar* (1).

---

sin obstáculos y encontrar un lugar en todas las bibliotecas . . . El señor Chaudey atribuye una importancia extrema a un libro de literatura firmado por mí y que tenga por título: «Voltaire» . . . Por mi parte, creo también que todavía hay mucho que hacer sobre Voltaire; me parece que tal vez yo no estuviese por debajo de la tarea". (Carta a los señores Garnier, fechada en Bruselas, el 5 de junio de 1859.)

(1) Usted me pregunta si no tengo nada en preparación y si he olvidado el proyecto que me había sometido el señor Sainte-Beuve. Ciertamente sí, tengo otros trabajos y recuerdo los consejos de nuestro amable y sabio académico. Pero, ya se lo he dicho, debe haber una cierta consecuencia en mis publicaciones; las relaciono unas con otras, y no puedo dar nada al público hasta que el «Derecho de Gentes» no haya aparecido. Mis estudios críticos y literarios necesitan, previamente, de esta publicación. Preparo trabajos de política, de filosofía, de economía política, de «literatura»: todo esto está enlazado y forma una unidad;

Habiendo dicho cómo conocí a Proudhon, cómo este hombre intelectual, luchador y audaz se me manifestó en aspectos totalmente pacíficos y cómo también estaba ligado a él por un sentimiento no solamente de estima, sino también de gratitud (1), lo describiré tal como buenos testigos me lo han representado desde su infancia y en sus primeros comienzos. Mi propósito en este Estudio no es, como se cree, pleitear por Proudhon, ni siquiera exponer y discutir muy a fondo sus doctrinas; sino que desearía hacer un acto de literatura con la intimidad de este gran revolucionario, hoy recogido en la tumba, y llamo hacer un acto de litera-

---

no puedo comenzar indiferentemente por A o por Z. Estudio en este momento nuestra literatura nueva; leí todas las obras del señor About, por ejemplo. Usted piensa que yo no creo haber perdido el tiempo; pero de todos modos no puedo saltar así de un orden de ideas a otro sin «transición», y las transiciones para mí están en las ideas mismas. Puedo, sin embargo, si le parece bien, enviarle un opúsculo de ochenta a cien páginas. Es una refutación a las señoras Jenny d'H . . . y Julieta L . . . sobre el "amor libre". Esta refutación aparecerá a continuación de la undécima entrega de mi libro sobre la Justicia que, como sabe, se reimprime en lo de Lebègue. Si este tema del "amor libre" lo tienta, no tiene más que hablar. Presumo que en quince días podría enviarle desde aquí las «pruebas», con algunas notas manuscritas que les añadiría. Pero todo esto es una bagatela: es preciso volver a las cosas serias, fuera de las cuales no hay salvación . . ." (Carta a los señores Garnier, 12 de diciembre de 1860).

(1) Insisto en esta palabra de gratitud: se la debo por lo que se acaba de leer sobre Port-Royal, y por este otro juicio completamente indulgente que encuentro expresado a mi respecto en una carta escrita desde Bruselas, el 1º de julio de 1859, a nuestros editores comunes: "Recibí las «Charlas del lunes» . . . Ya he recorrido 7 de estos volúmenes. Hay artículos que me gustaron muchísimo; otros me gustan menos. En general, observo que el trabajo del señor Sainte-Beuve es más feliz con los escritores de primer orden que con los otros. En suma, hay que enterarse con placer del trabajo que este amable crítico se toma para hacer conocer al púb'ico una multitud de escritos y de personajes, que, sin él, quedarían enterrados. Sus juicios son justos, bien motivados; su crítica, siempre benevolente, aunque firme y libre. Apenas si le reprocho haberse acordado por momentos demasiado que escribía bajo la impresión de los acontecimientos de 1848, sobre los cuales la historia no dijo todavía su última palabra".

tura, mostrar al hombre según la verdad, desligar sus cualidades morales, su fondo sincero, su índole de talento, su personalidad, en fin, tal como supo hacerse respetar y aun amar por los que se le acercaron. También es bueno y útil hacer caer las barreras entre los espíritus y las inteligencias, destruir, en la medida de lo posible, las prevenciones de hombre a hombre cuando esos hombres tienen un valor y merecerían entenderse y apreciarse, aún combatiéndose; disminuir los odios, los desprecios injuriosos que nacen tan fácilmente del orgullo aislado y del conocimiento incompleto, de la ignorancia mutua en que viven los unos con respecto a los otros: la literatura así comprendida y aplicándose a desarmar las ofensas, a reducir, aunque sólo fuera después del hecho, la guerra, la hostilidad, los obstáculos, la estrechez, a levantar las exclusiones, las condenaciones absolutas, y a acercar las esferas, es una de las formas superiores, uno de los resultados y de los instrumentos de la civilización. Imagino un amplio Instituto internacional elevado a toda su altura de imparcialidad; me figuro a Proudhon, si hubiese vivido algunos años todavía, recibido en el seno de este Instituto ideal, y lo aprecio como a él mismo depurado, sosegado por el retiro y por la edad, despojado de muchas escorias, "habiendo dejado en la puerta sus viejas cóleras", lleno de ideas no obstante y más que nunca fiel a sus principios; le hubiera gustado ser presentado ese día, día de reconciliación y de justicia, en el que la benevolencia obrando su lento efecto inevitable hace cesar todo lo que no era más que provocación y en el que lo mejor del ser humano se ensancha. De este modo me complazco en evocarlo sobre su tumba.

CAPÍTULO PRIMERO

Orígenes. Estudios. — Aprendizaje: imprenta. — "Ensayo de Gramática General". — Memoria para el premio Volney. — La beca Suard. — Profesión de fe y símbolo.

Pedro José Proudhon nació el 15 de enero (y no en julio) de 1809, en un suburbio de Besançon, en la Mouillère. Su padre y su madre trabajaban allí en la gran cervecería del señor Renaud. El padre, aunque primo del profesor Proudhon, jurisconsulto de Dijon, y de una rama menor de la misma familia, era peón cervecero; la madre, bella y fuerte hija del campo, trabajaba allí en labores generales. En la época del bloqueo de Besançon, en 1814, el barrio de la Mouillère, construído bajo los muros de la ciudad, hubo de ser destruído para la defensa de la plaza. La cervecería desapareció con las otras casas. El padre de Proudhon se estableció en el suburbio de Battant, barrio de los Vignerons. Había adquirido allí una casa. Se dedicó a la tonelería por cuenta propia. Era un hombre muy honrado, pero de una inteligencia mediocre, y, se añade, de conducta bastante irregular. Su hijo lo ha llamado hombre simple, que sabía calcular poco (1). La madre, al contrario, era una persona

(1) Proudhon, aunque se refirió sobre todo a su madre, habló siempre de su padre con respeto y afecto. En una carta al señor Bergmann fechada en Lyon (22 de octubre de 1846), dice: "¿Te informé de la

ordenada, de sentido común, y más que eso, dicen los que la conocieron, una mujer superior, dotada de un carácter "heroico", según la expresión del respetable señor Weiss. Proudhon se parecía sobre todo a ella y a su abuelo Tournési, el soldado campesino de quien su madre le hablaba y de quien él relató rudas proezas. Habiéndole puesto Proudhon el nombre de Catalina a su hija mayor, decía: "La llamé Catalina, con el nombre de mi madre, a quien debo todo; esto hizo reír mucho; el nombre de Catalina no está de moda: quise honrar a la campesina a quien el mundo no conoció y que valía tanto como cualquier otra". Tuvo siempre por su madre una devoción, un culto del cual sólo traicionaba lo esencial, pero que, como todos los verdaderos cultos, tenía sus delicadezas y sus pudores. Un día, y cuando ya era célebre, un amigo lo sorprendió al lado de la silla de su madre adormecida velando con solicitud para que nada turbase su sueño. De cinco hijos, era el mayor. Sus primeros años fueron un poco azarosos. Ayudaba en los quehaceres domésticos o guardaba las vacas afuera. Es conocida esa bella y rica página sobre sus pasatiempos en plena naturaleza, cuando era boyero (2). Esta vida de campo no duró;

---

muerte de mi padre, ocurrida el 30 de marzo último. Este acontecimiento ha sido para mí singularmente triste; me había prometido que mi situación cambiaría antes de la muerte de mi padre, de modo que el pobre viejo, al morir, llevase la satisfacción de ver a su hijo en una posición decorosa. El cielo lo dispuso en otra forma; sentí una viva mortificación".

(2) Vivió en su primera infancia en el pueblo de Burgille-les-Marnay, sobre el Ognon, tierra, creo, donde su madre había nacido y adonde volvió para morir. Proudhon escribía desde Santa Pelagia, el 30 de octubre de 1849, a su amigo, el doctor Maguet: "Tuvimos, usted y yo, la desgracia de perder sucesivamente a nuestro padre y a nuestra madre, sin poder cerrarles los ojos. Me queda una pena que no me permitirá tener reposo hasta que pueda establecerme en las orillas del Ognon, y terminar mi vida allí donde comenzó. Por eso me preparo para esa época feliz". Había vuelto allí más de una vez y dejó allí

no tenía 12 años cuando ya era mozo de bodega en la posada, lo cual no impidió que se le hiciese estudiar. Su madre fué ayudada en esto por el señor Renaud, el ex-dueño de la cervecería, entonces retirado, y que se ocupaba personalmente de la educación de sus hijos. Proudhon entró en el colegio, en sexta clase, como externo. Era forzosamente un alumno bastante irregular; las molestias domésticas y la sujeción a su empleo lo obligaban a faltar algunas veces a las clases. Tuvo éxito, sin embargo, en sus estudios. Era muy constante. Su familia era tan pobre que no podía comprarle los libros; se veía obligado a pedirlos en préstamo a sus compañeros y a copiar el texto de las lecciones. Hacia el fin de sus estudios, un día, después de la distribución de premios, de donde volvía cargado de honores, no encontró en su casa con qué cenar.

Proudhon debió ser un escolar sombrío, huraño y un poco arisco. En su ardor por el trabajo y en su sed de aprender, no se contentaba con la enseñanza de sus maestros. Desde los doce a los catorce años, frecuentaba asíduamente la biblioteca de la ciudad. Una curiosidad lo llevaba a otra y pedía libro tras libro, a veces ocho o diez juntos. El sabio bibliotecario, amigo y casi hermano de Carlos Nodier, el señor Weiss, se acercó a él un día y le dijo sonriendo: "Pero, amiguito, ¿qué quiere usted hacer con todos esos libros?" El muchacho levantó la cabeza, miró de arriba abajo a su interlocutor, y por toda respuesta dijo: "¿Y a usted qué le importa?". Y el buen señor Weiss no insistió (3).

---

a su familia en el mes de agosto de 1852: "Descanso en Burgille; recibo algunas visitas; escucho a los campesinos; me informo de todo, mientras pesco cangrejos, recojo avellanas, etc., . . ." (Carta al doctor Maguet).

(3) Debo mucho, para todos estos primeros detalles de la vida de Proudhon, al mismo señor Weiss, particularmente al señor Oudet, abogado distinguido de Besançon, que ha tenido a bien responder a todas mis preguntas, interrogar para ello a su alrededor, o recordar él mismo,

No pudo terminar enteramente sus estudios, y, obligado a ganarse la vida a los diez y nueve años, pasó de los bancos del colegio al taller. Entró en la casa Gauthier y Cía., que explotaba en Besançon una imprenta muy importante. Convertido en obrero tipógrafo, progresó rápidamente y pronto fué ascendido a la dignidad de "regente de imprenta". Siempre conservó su libreta de obrero, cargada de buenas notas (4). Corregía para la casa Gauthier las pruebas de auto-

y enviarme notas valiosas y extractos de correspondencia. El señor Beauquier, autor de un artículo sobre Proudhon, publicado en un diario extranjero, ha tenido a bien igualmente poner a mi disposición todos los materiales que había reunido sobre su célebre compatriota. No sabría decir cuánto obsequio y agasajo encontré en todos al anunciarles que me ocupaba en un trabajo sobre Proudhon. Pude apreciar, así, hasta qué punto este hombre luchador y combativo que había suscitado en el público tantas cóleras y rumores contradictorios, había dejado en el corazón de todos los que lo habían conocido personalmente, cualesquiera que fuesen por lo demás sus ideas, profundas raíces de estima, de respeto y de amistad. Proudhon había dicho un día: "Me jacto de que nadie pueda conocerme y quedar indiferente; hay que amarme u odiarme". Y yo puedo decir que no vi a nadie, de los que se le acercaron y lo conocieron, que no sintiera por él lo contrario del odio.

(4) Tuve ante mi vista la libreta, que contenía dieciséis hojas, anotadas y rubricadas, librada a nombre de Proudhon, de 21 años y medio, en la alcaldía de Besançon, el 21 de setiembre de 1830, en calidad de "compositor". Se leen allí, para los años de 1831 y 32, los testimonios de los patronos en cuyas casas estuvo sucesivamente empleado, tanto en Besançon como en Neuchâtel (Suiza), en Marsella y en Draguignan. Sólo se ven palabras de satisfacción. Había comenzado por ser corrector antes de aprender el oficio de compositor, tal como lo indican las fechas. El señor Milliet (actualmente redactor del *Journal de l'Ain*), que era, en 1829, regente de imprenta en Besançon, en la casa donde Proudhon era corrector, tiene la bondad de darme a este respecto informes precisos: "Cuando Proudhon, me dice, llegó en 1829 al escritorio de los correctores (éramos cinco o seis), se le dieron, creo, al principio, las pruebas de un libro latino de derecho, *Voët et Vinnius*, después la *Historia del pueblo de Dios*, por Berruyer. Por entonces también se imprimía el *Nuevo mundo industrial* de Fourier, que iba en persona a recoger sus pruebas; a propósito de una observación cualquiera, Proudhon "sableaba" toda la doctrina; nos gustaba por sus salidas. Excelente muchacho, se pasaba la mano por los cabellos (conservó siempre esta

res eclesiásticos, de Padres de la Iglesia. Al imprimirse una Biblia, una VULGATA, fué llevado a hacer comparaciones con las traducciones interlineales, según el hebreo. Así aprendió el hebreo solo; y como todo se encadenaba en su espíritu de este modo llegó a estudios de lingüística comparada. Como la casa Gauthier publicaba una cantidad de obras de patrología y de teología, logró igualmente, por ese deseo de profundizarlo todo, adquirir conocimientos teológicos muy vastos, lo que hizo creer luego a gente mal informada que había estado en el seminario.

El primer escrito de Proudhon fué un trabajo de lingüística; se reimprimían en Besançon los *Elementos primitivos de las lenguas, descubiertos por la comparación de las raíces del hebreo con las del griego, latín y francés*, de Bergier, el sabio sacerdote de las montañas del Doubs. Proudhon aumentó la edición con un *Ensayo de Gramática General* (1837). En este trabajo desplegó una gran fuerza de análisis y dió pruebas de sagacidad. Pero no podía triunfar de la naturaleza de las cosas ni del círculo estrecho en que se encerraba. Compartía las ideas de Condillac, de Court de Gébelin y de Bergier. No salía del latín, del griego y del hebreo, ni del método racional aplicado a las lenguas. Entreveía, sí, un cierto parentesco de las lenguas, una filiación con ayuda de la cual el filólogo, "como el naturalista al inspeccionar un hueso, una flor, una hoja o una raíz", podría reconocer y señalar la familia primera; pero continuaba colocando el centro y el foco de nuestra Babel, más o menos como se hacía en los importantes trabajos que databan de los comienzos del siglo, en las llanuras del Senaar o en Cal-

costumbre), iba de vez en cuando a los escritorios de los correctores, preguntaba cómo se encontraban con su oficio de espigadores de errores, después promovía cuestiones de historia o de apreciación de los acontecimientos del momento..."

dea. Proudhon no conocía entonces más que las ramas griega y latina y el tronco semítico, y se esforzaba vanamente por querer relacionarlos; ignoraba completamente el verdadero punto de partida, y todo el curso superior de derivación indo-germánica. ¿Por qué no se dirigía a Eugenio Burnouf, que ya era maestro entre nosotros? Pero los vecinos son también contemporáneos; los Bopp, los Grimm, los Guillermo de Humboldt, produjeron ya sus bellos trabajos, sus penetrantes descubrimientos, y Proudhon estaba separado de ellos como por una muralla china, por las dificultades de la vida, por la insuficiencia de las informaciones, por la falta de instrumentos, por el pan cotidiano que debía ganar. Uno se consume queriendo encontrar en el desierto una ruta que ya está abierta por las altas mesetas y por las montañas. Algunos años más tarde, Proudhon seguía el curso de Eugenio Burnouf; íntimamente ligado con el señor Bergmann, el profundo filólogo de Estrasburgo estaba tan cerca del manantial como para ser de los mejor advertidos e informados. Este primer trabajo, nacido atrasado, ya no contaba para él. Sin desaprobarlo, lo olvidaba. Continuando su marcha, no se preocupaba más "que lo que el viajero llegado durante la noche se preocupa por el albergue que dejó a la mañana."

¿Podrá creerse? Doce o quince años después, y cuando había llegado a ser célebre, trataron de presentar esta obra como un crimen, de hacer de ella tema de reproches y de insinuaciones pérfidas. Fueron a buscar y a desenterrar en una trastienda de almacenero el resto de la edición que dormía allí. Un librero del lugar la puso en venta (1850) con el anuncio y el atractivo del nombre de Proudhom ([5]).

([5]) La edición de 1837 no llevaba el nombre de Proudhon; tenía este título: *Los elementos primitivos de las lenguas*, por Bergier. Nueva edición aumentada con un *Ensayo de Gramática General*, por el impresor-editor.

Hubo un proceso, y un proceso que el autor perdió. Hubieran deseado hacerlo pasar por renegado, por alguien que cantó la palinodia. Proudhon, en este primer *Ensayo*, que continuaba y completaba al abate Bergier, se había colocado necesariamente en el mismo punto de vista, el punto de vista de Moisés y de la tradición bíblica. Un biógrafo libelista, artesano de infamias, hablando de este primer escrito de Proudhon, que era incapaz de comprender, vió en él y denunció toda una táctica: "Esta obra —se atreve a decir— contenía ¡cosa extraña!, elocuentes manifestaciones religiosas destinadas, sin duda, a influir a la Academia en favor del autor". Nada más falso. Proudhon, en esta época de 1837, no pensaba todavía en la Academia de Besançon y no escribía para ella. Componía, con su ciencia improvisada, y con gran esfuerzo de análisis, una obra de librería; en ella no se entregó, por otra parte, a ninguna manifestación; buscaba, escrutaba y ahondaba en todo sentido. Parecía creer, en efecto, en la unidad de la raza humana, al relacionarla con la unidad de una lengua primitiva: un punto de vista estrecho, he ahí todo. En este primer Ensayo, y en el final, en el que no faltaba elocuencia, ya había acentos y como gritos ahogados del verdadero Proudhon. Presintiendo que en el estudio profundizado de las lenguas, había, al relacionar más estrechamente sus raíces, un medio para llegar al conocimiento de la etimología y a ciertas verdades primitivas muy superiores, incluso a los resultados de la gramática, adivinando un poco vagamente la virtud de esos trabajos a lo Pictet, se expresa en estos términos:

"Me atrevo a decirlo: la ciencia de la palabra nos conducirá a un conocimiento desde hace tiempo presentido, y, con justicia, esperado. Tal vez entrase en el orden eterno de la Providencia que la primera de las revelaciones no fuera reconquistada más que en su día y en su hora; pero aun

cuando nunca debamos asistir a una segunda aurora de la indefectible verdad, aun cuando el Azar y la Necesidad fuesen los únicos dioses que deba reconocer nuestra inteligencia, sería hermoso testimoniar que tenemos conciencia de nuestra noche, y por el grito de nuestro pensamiento, protestar contra el destino."

Esto bastaría para probar que ya en el pecho del discípulo del abate Bergier, rugía un Prometeo intelectual.

Conocemos, por lo demás, la opinión de Proudhon sobre esta primera producción, antes que nadie hubiese pensado en oponérsela; y esta opinión exacta, sincera, tan modesta como elevada, está contenida en una carta íntima dirigida al señor Bergmann. Éste, queriendo reconocer el testimonio público de afecto y de estima que Proudhon le había rendido al dedicarle una de las partes de su tratado *La Creación del Orden en la Humanidad*, había expresado deseos de dedicarle a su vez alguna de sus producciones fuertes y fecundas, demasiado poco conocidas aquí y demasiado poco apreciadas, y en las cuales desarrolla o condensa puntos de vista originales y nuevos de lingüística y de historia. Proudhon le respondía, el 19 de enero de 1845:

"Debes pensar que estaré singularmente halagado con el proyecto que me comunicas; pero temo que esta especie de "desquite" que me propones, sólo logre ponerme en ridículo. Apenas si tendrías por pretexto la idea que emití antes en ese *Ensayo de Gramática* sobre la posibilidad de probar la unidad del género humano por la unidad de origen de las lenguas; pero cambié de parecer, y la identidad no depende, según mi opinión actual, de la exacta uniformidad del tipo, ni de la comunidad del tronco, ni tampoco del calco, si puedo decir así, de una pretendida lengua primitiva (6). Aparte de esta

(6) Escribía igualmente al señor Tissot de Dijon (31 de julio de 1842), con respecto a este mismo Ensayo y en el mismo sentido: "Le

pequeña "herejía" en la que incurrí durante algunos meses, y que nadie me reprochó porque ninguno de los que la conocieron, fuera de ti, estaba en condiciones de refutarla, no veo en mí ningún motivo plausible para aceptar tu dedicatoria. Todavía estoy bajo el índice del poder, siempre señalado entre los hombres peligrosos; por otra parte, mi oficio de batelero ([7]) presenta una figura bastante triste al lado del nombre de un profesor de la facultad. Concibo esta correspondencia entre nosotros, pero secreta; puesto que aquí se trata de una impresión, me parece que debes dirigirte a los Burnouf y a otros de la misma fuerza."

Proudhon tuvo la idea de utilizar su primer trabajo gramatical, extrajo de él el tema, lo refundió y lo presentó bajo otra forma, y dirigió al Instituto, para el concurso del premio Volney, una memoria intitulada: *Investigaciones sobre las Categorías gramaticales y sobre algunas etimologías de la lengua francesa.* Este nuevo trabajo, que tenía por epígrafe estas palabras: *el orden persigue al desorden,* terminaba con el mismo pensamiento de esperanza y de audacia que hemos señalado en el Ensayo impreso en Besançon, pero aquí el tono es más preciso, está más suelto; se percibe al hombre que ha ajustado su cinto y que está en marcha:

"Interroguemos a las lenguas, dice, y ellas nos responderán; hagamos hablar al lenguaje, y nos instruirá: porque allí está encerrado el Testamento dado al hombre desde el comienzo del mundo, y allí encontraremos la revelación primitiva. Y aunque no debiésemos nunca asistir a una nueva aurora de la indefectible verdad, sería hermoso testimoniar que

---

hubiera enviado ya mi Bergier, si no tuviese el propósito de rehacer y reeditar próximamente el breve ensayo gramatical que lo completa. Considero este Ensayo, que es de mi primera manera, apócrifo, y lo desapruebo. Permítame no presentarle más que aquello que firmo y que mi madurez reconoce".

([7]) Proudhon estaba por entonces ligado con la empresa de barcos del Ródano.

sentimos nuestras tinieblas y, por el grito de nuestro pensamiento, protestar contra el destino."

La memoria fué depositada el 29 de febrero e inscrita bajo el Nº 4. Sólo se enviaron 4 memorias. No se dió el premo; fueron acordadas dos menciones honorables, una al señor Carlos Mourain de Sourdeval, juez en Tours, autor de una obra manuscrita intitulada *Estudios Góticos;* la otra, al manuscrito Nº 4, es decir al señor P. J. Proudhon, impresor en Besançon. El jurado estaba compuesto por los señores Amadeo Jaubert, Reinaud y Burnouf; "La Comisión, decía el Informe leído en la sesión anual de las cinco Academias, el jueves 2 de mayo de 1839 —la Comisión ha distinguido particularmente el manuscrito Nº 1 y el manuscrito Nº 4; sin embargo, no ha creído poder acordar el premio a ninguna de estas obras, porque no le han parecido suficientemente elaboradas. La Comisión, que observó en el Nº 4 análisis muy ingeniosos, en particular en lo que concierne al mecanismo de la lengua hebraica, lamentó que el autor se haya abandonado a conjeturas arriesgadas, y que haya olvidado a veces el método experimental y comparativo que la Comisión había recomendado especialmente (8)".

En esta época, Proudhon ya era titular de la llamada "beca Suard". Esta beca consiste en una renta de mil quinientos francos legada a la Academia de Besançon por la señora de Suard, viuda del académico, para ser otorgada cada 3 años al joven del departamento de Doubs, bachiller en letras o en ciencias, y desprovisto de fortuna, que "haya sido reconocido —según el juicio de la Academia de Besançon— como

(8) Tengo ante mi vista la memoria manuscrita, que pertenece a los Archivos del Instituto. Sólo ha sido publicada fragmentariamente en el "Diario de la lengua francesa", que editaba el señor Terzuolo, buen impresor y encomiable gramático. El diario dejó de aparecer (1840), antes de la inserción completa de la memoria que Proudhon había pensado reunir y editar luego aparte. Sobrevenida la interrupción, no se ocupó más de ello.

poseedor de las disposiciones más felices, sea para la carrera de las letras, sea para el estudio del derecho o de la medicina". Prodhon fué el tercer becario elegido por la Academia: los dos primeros que habían gozado de la beca fueron Gustavo Fallot y Mauvais: —Gustavo Fallot, fué el primero entre nosotros que supo conciliar, en el estudio de nuestro antiguo lenguaje, una concepción filosófica con los conocimientos positivos, y murió prematuramente; era uno de los mejores amigos de Proudhon, su consejero, el más poderoso cerebro sintético que conoció en sus primeros tiempos y a quien sólo reemplazó por Bergmann ([9]).

Mauvais, era astrónomo distinguido de la Academia de

([9]) Gustavo Fallot murió en París el 6 de julio de 1836; nació en Montbéliard, en una familia protestante, el 17 de noviembre de 1807; alcanzó los 29 años. Después de brillantes estudios realizados en su ciudad natal, su padre le obligó a entrar en el comercio; pero una vocación irresistible empujaba al joven hacia el estudio. Se dirigió al señor Weiss, que se comportaba tan paternalmente para con sus jóvenes compatriotas, y éste encontró el medio de procurarle ocupaciones literarias. Fallot, llegado a París después de la revolución de julio de 1830, experimentó los primeros desengaños y chocó con las primeras dificultades. Juzgo severamente la literatura de entonces, aunque tuvo ocasión de conocer en casa de Nodier a los principales poetas jóvenes, y no tuvo motivos para quejarse de ninguno. Tenía, como Proudhon, la triste convicción de que "la literatura francesa estaba afligida por llagas incurables" y que "su decadencia es completa". Hay que hacer lugar, en estos juicios pesimistas, a la primera misantropía austera y a la intolerancia bastante natural de las juventudes virtuosas. Su situación personal, con sus sombras, desteñía también el cuadro. Gustavo Fallot no tuvo, sin embargo, motivos para quejarse de los hombres. Habiendo obtenido de la Academia de Besançon, en 1832, la beca Suard, llegó a ser, pocos años después, subbibliotecario en el Instituto; además fué secretario de la Comisión fundada por el señor Guizot para la publicación de documentos relativos a la historia de Francia. Su salud lo traicionó. Murió sin poder gozar mucho tiempo de una situación que le ponía cerca de las fuentes del saber y que había deseado ardientemente. Su única obra, *Investigaciones sobre las Formas Gramaticales de la Lengua Francesa y sus dialectos en el siglo XIII*, fué publicada en 1839 por los oficios de su amigo Ackermann. He aquí la ocasión en que Fallot y Proudhon se unieron: hacia

ciencias y se quitó la vida a causa de los pesares y de las amargas mortificaciones que lo hirieron en el ejercicio y en el cultivo de su querida ciencia.

Proudhon no llegó sin dificultades y sin lucha a la posesión de esta beca Suard, que debía asegurarle durante tres años el beneficio del estudio, y, verdaderamente, emancipar su inteligencia al aligerarla un poco de la pesada carga cotidiana que soportaba. Él mismo nos tendrá al corriente de todas las vicisitudes de este gran asunto que fué decisivo en su destino. Debió pensar al principio en liquidar su imprenta, en la cual había tenido un socio que murió tristemente (10), pero no lo logró tan rápida ni fácilmente como lo esperaba. Debió

1829, Fallot estaba en Besançon y trabajaba para vivir. Se había encargado, a pesar de ser protestante, de repasar una *Vida de los Santos*, creo, que se publicaba allí en latín; agregaba notas, también en latín. Pero a veces dejaba escapar errores, y Proudhon, entonces corrector en la imprenta, se los señalaba. Sorprendido de encontrar en un taller a un latinista tan bueno, quiso conocerlo: nació muy pronto entre ellos una amistad muy seria y estrecha, una amistad de la inteligencia y del corazón.

(10) He aquí una carta triste y dolorosa que Proudhon escribía al señor Milliet, en los primeros días que siguieron a la desaparición de su socio:

"Besançon, 18 de abril de 1838. Estimado y viejo colega: La nota que le incluyo para su diario *(Journal de l'Ain)* le hará saber qué acontecimiento funesto me obliga a escribirle . . . . Estamos consternados. Todas las pesquisas que pude hacer no me aclaran nada sobre el motivo verdadero de una resolución tan desesperada. Creo que mi desventurado amigo está muerto, que se suicidó: sin embargo, ni los negocios de la imprenta, ni ningún pesar doméstico, parecen dar la clave de este enigma, que permanece aquí inexplicable para todos. Al partir, dejó una carta sin firma y sin fecha, escrita con bastante ilación, pero con un espíritu tan prodigiosamente exaltado y melodramático, que es visible que su autor estaba bajo la influencia de una hipocondría atrabililiaria profunda. En esta carta atribuye su desgracia a la falta de dinero, al abandono de uno de sus socios, a la fatalidad que lo persigue desde su infancia: dice adiós a su mujer y a sus hijos, a quienes no espera volver a ver; invoca la muerte, pero sin anunciar el designio fijo, formal y resuelto del suicidio, y se excusa por el partido que toma, diciendo que su ausencia será más útil a su familia que todos los esfuerzos de un padre tan desgraciado. Esta carta es desgarradora por la pintura

también, para completar las condiciones requeridas, recibirse de Bachiller. Se acostumbraba a dirigir una carta o petición a la Academia; era un paso bastante delicado para un candidato como Proudhon: al comenzar, no había que ser demasiado altanero ni demasiado brusco. Encontró académicos benevolentes que lo guiaron. Proudhon escribía el 3 de junio de 1838 a su amigo Pablo Ackermann, gramático y literato distinguido, que dejó una noble viuda, docta y poetisa:

"Estoy ocupado en la liquidación y en el barrido de nuestros asuntos; espero terminar para el mes de setiembre. Mi socio Lambert fué encontrado, después de 33 días, muerto en un bosque, a dos leguas de Besançon.

Pasé el puente de los asnos, soy bachiller. Ya redacté una memoria para la Academia, brevemente y en estilo de petición. El señor Pérennès (secretario perpetuo), que cree que seré elegido, me devolvió mi escrito, después de haberlo leído, para hacerme cambiar este párrafo:"

"El candidato, nacido y educado en la clase obrera, pertenece a ella todavía, hoy y siempre, por el corazón, el genio, las costumbres, y sobre todo por la comunidad de los intereses y de los deseos; y su mayor alegría, si llegara a reunir vuestros sufragios, sería, no lo dudéis, señores, haber atraído en su persona vuestra justa solicitud sobre esta interesante porción de la sociedad, tan bien adornada con el nombre de «obrera»; el haber sido juzgado digno de ser el primer representante de ella; el poder en adelante trabajar sin descanso en la filosofía y en la ciencia, con toda la energía de su voluntad y todas las potencias de su espíritu, por la liberación completa de sus hermanos y de sus compañeros."

"No me reprochó nada del resto; sólo desea que relate los detalles de mi vida, cosa que me repugna demasiado; en cuanto al pasaje que le referí, le parece muy malo. Le daré

---

de los sufrimientos morales que debió experimentar; pero hay que convenir en que todas sus manifestaciones, pesadas en la balanza de la razón fría, son muy débiles y vanas.

"Extenuado por la vigilia, por la fatiga, agotada su fuerza moral y

el equivalente, pero en términos que no le choquen."

Proudhon, al solicitar los sufragios de la Academia, no se dirigía a ella como traidor; no se pintaba en forma distinta de lo que era. Las cartas siguientes nos inician en los misterios del cónclave académico: se explica una fácilmente que la Academia de Besançon lo pensara dos veces antes de empollar semejante huevo o de adoptar a semejante ahijado; tenía como presentimientos de terror:

"(Besançon, 20 de agosto de 1838). Estimado señor Ackermann: todos los días difiero el momento de responderle, porque querría anunciarle algo positivo sobre mi posición con respecto a la Academia. Hay una Comisión compuesta por seis miembros; por unanimidad, esta Comisión propuso mi designación a la Academia. El jueves próximo, 23, el señor Pérennès leerá su informe. Hay siete candidatos que se menean y agitan; se cuentan cosas increíbles. Como parezco el más temible se reúnen contra mí los esfuerzos de la oposición académica. Uno dice que soy demasiado viejo, otro que tengo un establecimiento industrial y, por consiguiente, que soy bastante sabio.

Este pretende que soy protestante. ¿Protestante? Es usted bondadoso, replica un cuarto; es un hombre sin religión. Se ha querido insinuar que yo no era el autor del *Ensayo de Gramática General*, que alguien me lo había hecho para atraerse mi voluntad. Esto me ha envanecido, al hacerme pensar que mi folleto valía algo, puesto que se ocupaban de

---

física, se detuvo en su camino, y seguramente murió, ¡murió desgraciado! No puedo lograr consolar a su mujer, yo mismo no me consuelo. Estaba en París cuando recibí esta noticia desastrosa. Vine rápidamente para reemplazarlo en la imprenta. ¿Quién sabe si, a mi vez, no debo tener, como única oración fúnebre, la que acabo de pronunciar por mi amigo?

"Viva y sea feliz, estimado señor Milliet, y conserve el recuerdo de este hombre íntegro y de este buen ciudadano. Suyo

P. J. PROUDHON."

discutirme la paternidad. El único que a través de todas las objeciones levantadas contra mi candidatura, se acercó un poco a la verdad, es un médico grueso y alto, con cara de colono . . ., c . . . de 36 quilates, que aseguró que yo estaba desprovisto completamente de instrucción y de medios, y que no tenía ningún valor moral. En cuanto a la ciencia, esto es verdad, puesto que ruego que se me acuerden los medios de adquirirla; y en cuanto a la moral, también es verdad, porque no tengo dinero. En suma, los más distinguidos y los más influyentes están a mi favor; únicamente los "pintamonas" están en contra mía . . ."

Suprimo nombres burlescos; la amargura y la sátira se mezclan a la alegría, en este momento en que la fuerza se ve obligada a hacerse humilde y hasta suplicante. Y dos días después, el 22 de agosto:

"Los devotos, los espíritus mojigatos y los sacerdotes que forman parte de la Academia, se oponen a mi elección. —Verdaderamente, este joven tiene ingenio; pero es demasiado fogoso. —Es un espíritu fuerte, dice otro. —El viejo padre C . . ., después de haber llorado al leer mi memoria, terminó diciendo: "Este muchacho debe ser un compañero de cama muy malo". Y perdí su voto y el de su hijo Eduardo. Si fuese tan sospechoso de republicanismo como lo soy de independencia religiosa, no reuniría ni siquiera 3 sufragios. Mis competidores se jactan abiertamente de obtener la beca. Pero tengo una ventaja que no se me podría quitar: Si la mayoría me desaira, seré víctima de mi profesión de fe política y religiosa, y mártir de mis ideas; si me eligen, será hermoso haber sido elegido a pesar de esas mismas ideas. En uno u otro caso, seré digno de usted.

Me dicen también que se exigiría mi partida para París: lo que se quiere del becario, no es solamente que llegue a ser un sabio, sino también que conquiste una "buena posición"

en el mundo. Estas ideas están muy lejos de las de un "igualitario."

En fin, fué elegido. En la alegría del primer momento escribió al mismo amigo, a Ackermann, y el lector notará una especie de juramento de no dejarse ablandar o corromper por la prosperidad. Parece que Ackermann y algunos otros amigos de Proudhon formaban parte de una asociación, o al menos de una especie de cenáculo masónico y filantrópico:

"(23 de agosto). Recibo tres visitas al mismo tiempo en mi taller. Obtuve, en la primera vuelta del escrutinio, 19 votos contra 14. Cuento también con la amistad y la estima de los hermanos p. d. p. (¿philadelphos?), para atreverme a esperar que considerarán mi designación como un triunfo en Piladelpia ([11]). Formule votos porque mi fragilidad humana permanezca fiel a esos juramentos y a esas convicciones, y no se deje ofuscar por un vano éxito de amor propio. Le escribo bajo la impresión de la "buena noticia" y, sin embargo, siempre preocupado por nuestros asuntos: "Hoc opus, hic labor est."

Ayúdeme con sus consejos, con sus luces, con su estima; aníme, excite mi ardor; muéstrese incorruptible y firme, y muramos o triunfemos juntos."

La convicción, la religión primera de Proudhon, se nos descubre en estas cartas íntimas. Podrá parecer muy juvenil, ingenua, desproporcionada. Se dirá que por una beca de mil quinientos francos que le llega, hace demasiado ruido, agita palabras demasiado grandes: ¡corrupción, incorruptibilidad,

---

([11]) Carlos Nodier habló mucho de los "Philadelphos", sociedad secreta cuyo jefe era el valiente coronel Oudet, que fué ascendido a general de brigada en la víspera de Wagram, y que pereció después de la batalla. Hubo dudas sobre la verdadera causa y sobre las circunstancias de su muerte. No es sorprendente que el recuerdo y tal vez la tradición de esta primera asociación haya dejado rastros en la juventud del Franco-Condado.

fidelidad al juramento! Habla como si se tratase de los tesoros de Jerjes, de los presentes de Artajerjes. Préstese atención: no es la cifra, es el sentimiento lo que aquí importa. Tocamos la toba, el suelo primitivo, la sinceridad profunda que forma la base de toda la obra de Proudhon y quiero establecerla bien desde el principio por estos testimonios y estos votos irrecusables. En esta obra habrá partes accesorias y en cierto modo ociosas que desconcertarán, y que las más de las veces provendrán de un propósito deliberado de ostentación, de deseos de favor público o hasta de cierto gusto por el escándalo. ¡Acusaréis al sofista! Y la acusación se acomodará, pero sólo con la forma. Porque el fondo de su doctrina reposará siempre sobre la capa invariable de los sentimientos que expone aquí y que profesará hasta el fin de su vida. Así era, en este respecto, a los 29 años, y así será toda su vida. Escuchémoslo aún en la exaltación de este primer éxito, que se diría que sólo acepta contra su voluntad, y que se complace en saturar de amargura:

"(Besançon, 16 de setiembre de 1838). Estimado Ackermann: sus cartas refrescan mi sangre y me reaniman en la verdad y en la fe republicana. De todos los que conozco, usted es el único, hasta el momento, a quien veo apasionarse por la justicia y la virtud, inflamarse de celo por la humanidad. ¡Soy mucho más desgraciado que usted! En esa capital (París) todavía hay, usted dice, inteligencia, luces; en cambio, yo vivo entre una manada de carneros; recibí las felicitaciones de más de 200 personas: ¿por qué cree que me felicitan sobre todo? Por la casi seguridad que tengo ahora, si lo quiero, de hacer fortuna y de participar en la distribución de honores y elevadas remuneraciones; de llegar a los puestos brillantes; de igualar, y aun de "superar", a los Jouffroy, Pouillet, etc., etc. Nadie me dice: "Proudhon, tú te debes "ante todo a la causa de los pobres, a la liberación de los

"oprimidos, a la instrucción del pueblo; tal vez los ricos "y los poderosos abominen de ti; los que tienen las llaves "de la ciencia y de Pluto, te maldecirán: prosigue tu camino "de reformador a través de las persecuciones, de la calum- "nia, del dolor y aun de la muerte. Cree en los destinos "que te fueron prometidos: pero no prefieras al martirio "glorioso de un apóstol, los goces y las cadenas doradas "de los esclavos. ¿Serás vencido por los halagos, las seduc- "ciones del placer y de la fortuna? Tú, hijo del pueblo, "*filius fabri*, como se decía antes de Jesucristo, ¡abdicarás "tu conciencia, apostarás de tu fe para ser feliz a la manera "de éstos y de aquéllos! Tus hermanos tienen los ojos fijos "en ti; esperan con ansiedad para saber si pronto deben "deplorar la caída y la traición de quien había jurado ser "su defensor. Sólo tendrán sus bendiciones para recom- "pensarte, pero valen más que los escudos contantes del "poder. Sufre y muere, si es necesario; pero dí la verdad, "y defiende la causa del huérfano."

"Estoy oprimido por las vergonzosas exhortaciones de todos los que me rodean. ¡Qué furor de bienestar material! ¡Qué abyecto epicureísmo veo por todas partes! No dejo escapar ya una sola palabra de mis pensamientos: adquirí la certidumbre de que mi profesión de fe me hace considerar como un cerebro enfermo, o al menos exaltado. Hago reír, pero no convenzo a nadie. El materialismo está implantado en las almas, el materialismo práctico, digo, porque no tienen ya bastante espíritu para profesar el otro...

La voluntad y la fe han sido proclamadas, en todas las épocas, las más grandes potencias de la naturaleza y de la humanidad; tenemos fe en la justicia de nuestra causa, en la verdad de nuestros principios, en la eternidad de nuestros dogmas: ¿nos faltará la voluntad? ¿No daremos un día el espectáculo nuevo de hombres convencidos e inexpug-

nables en su creencia, al mismo tiempo que resueltos y constantes en su empresa? Demostremos que somos sinceros, que nuestra fe es ardiente; y nuestro ejemplo cambiará la faz del mundo. La fe es contagiosa; entonces, sólo se espera hoy un símbolo, con un hombre que lo predique y lo crea..."

Esto es hermoso, está bien, es honrado y generoso y el que se desahogaba en la intimidad con este fervor de apóstol se mostró fiel hasta el fin a la fe de su juventud. Pero diré todo mi pensamiento: habría, a mi juicio, algo más elevado todavía; y es resentirse menos de su origen, saber desligarse por un momento, no depender tanto de él. Lo propio de la más alta inteligencia está en un equilibrio superior. Usted es hijo de artesano, está bien, o mejor, no está ni bien ni mal; recuérdelo siempre, nunca se avergüence de ello, pero no se jacte tampoco. Aproveche la experiencia primera y precisa que sólo se adquiere en la pobreza; conserve una simpatía viva y verdadera por las miserias conocidas. Pero que, en sus consideraciones políticas o filosóficas, cuando usted se entregue a ellas, no se lo vea siempre ocupado y preocupado por su origen en un interés único, exclusivo, como si sólo existiese un único aspecto de la cuestión, el suyo, y como si todo el resto fuese falso. Considere el mundo, la sociedad, la historia en su conjunto, y tales como son, tales como se han desarrollado a través de la larga serie de las edades. Las sociedades humanas, esta hermosa cosa artificial, han comenzado en las condiciones más estrechas, pero, para todos los que entraban en ellas representaban un gran beneficio frente a la vida salvaje, precaria, diseminada y miserable de los primeros hombres y de las primeras hordas. Lo que de lejos nos parece haber sido opresión, esclavitud, era, sin duda, en su primer momento, seguridad, bienestar relativo y una manera de salvación. La justicia y

la religión, nacidas juntas e inseparables entonces, que han presidido la institución primera de las ciudades, han llegado a ser con el tiempo incompletas, aplastantes, opresoras, hasta odiosas por las exclusiones y los privilegios y por las supersticiones y las fórmulas. Un sentimiento de justicia más amplio nació y se desarrolló por grados al abrigo aun de esos primeros marcos y pronto en contra de ellos, convertidos ya en lechos de Procusto y en ataduras. A medida que la sociedad se extiende y se ensancha, esta exigencia de los intereses del gran número en nombre de la justicia —de una justicia (no lo olvidemos) que no existió casi nunca en el pasado, y que no es más que una visión presente o futura—, esta exigencia crece, se afirma como legítima y obliga a que se la tenga en cuenta. Pero es conveniente que los filósofos políticos que enfocan el conjunto de la sociedad, que tratan del espíritu de las leyes y de las reformas a introducir, no estén en modo alguno encadenados a sentimientos, aunque honorables, de casta, de clase, de oprimidos o de opresores, que lleguen a ser imparciales, lo que no quiere decir indiferentes.

Según mi juicio, el filósofo social no está verdaderamente formado ni es completo, hasta que, en su evolución interior, no se ha desprendido sucesivamente de todas las circunstancias de la carne y de la sangre, de todas las probabilidades del destino y del azar —cuando rompió o desligó uno a uno todos los eslabones que unen una inteligencia con una secta, con un país, con una familia, con una condición, con un partido, con un distrito, para decirlo todo, con una gleba; y cuando, después de haber desplazado infinidad de veces en todos sentidos sus horizontes, de haber frecuentado y comparado las instituciones, las costumbres variadas de las ciudades y de los pueblos, de haber dado más de una vez la vuelta al mundo y de haber considerado suficientemente los sistemas, instruyéndose siempre sin estragarse ni corrom-

perse, vuelve sobre cada uno de los objetos que forman el culto o son la execración de los otros, con una imparcialidad clarividente y suprema, animada por un soplo de simpatía universal. ¿Existió alguna vez este filósofo completo? Lo ignoro. En todo caso, hay que tratar de acercarse a él y de reproducir la imagen menos imperfecta; porque de otro modo, si entramos en el juego, en el debate social, con una vena demasiado áspera de sentimientos apasionados, interesados, irresistibles, ya no somos filósofos, somos combatientes. Y esto fué sobre todo Proudhon. El filósofo que era Proudhon por el cerebro, o el que hubiera querido ser, estaba en todo momento molestado, turbado, sobreexcitado por el grito de las entrañas. Heredó mucho de sus padres y de su primera cepa - savia, bilis, sangre. Era demasiado vecino de su tierra nodriza, demasiado vecino, por decirlo así, de los ciegos elementos naturales que habían entrado en su temperamento poderoso y hasta en su complexión. Hubiera sido necesario, para escapar a ellos, que Proudhon estuviese separado de ellos por una o dos generaciones. Los golpes del martillo paternal resonaban demasiado cerca de su oído. Filósofo sin cesar interrumpido por los ruidos exteriores y los estallidos interiores, pensador y sobre todo lógico riguroso e intratable, armado y afilado para todo choque con pasión y cólera, con mucho de ciencia también, pero con frecuentes sobresaltos de indignación, no fué a su manera más que un gran tribuno, un gran revolucionario, como él mismo se llamaba; en una palabra, fué él, Proudhon, y no otro.

CAPÍTULO II

Discurso sobre la Celebración del Domingo; *gérmenes de la famosa teoría. — Primer desacuerdo con la Academia de Besançon. — Viaje a París; molestias, sufrimientos. — Primera memoria:* ¿Qué es la propiedad? *Ansiedad, inquietud y confianza.*

Proudhon, en posesión de la beca Suard, pensó en seguida en justificarla con un doble trabajo; con la memoria que presentó al Instituto para el premio Volney, en febrero de 1839, y que obtuvo, como ya dije, una mención honorífica en el mes de mayo de ese mismo año, y con un discurso sobre *La utilidad de la celebración del domingo*, tema que había sido puesto en concurso por la Academia de Besançon. Este Discurso de Proudhon obtuvo igualmente una mención honorífica, con una medalla que le fué concedida en la sesión pública del 24 de agosto de 1839. El ponente del concurso (abate Doney) señalaba la superioridad incontestable de su trabajo desde el punto de vista del talento; pero le reprochaba haberse lanzado a teorías aventuradas, el haber abordado cuestiones de política práctica y de organización social, en las cuales la rectitud de las intenciones y el celo por el bien público no podían justificar la temeridad de las soluciones.

Este Discurso sobre el domingo, no fué apenas, en efecto, más que un pretexto que aprovechó Proudhon para intro-

ducir su sistema de ideas todavía oscuro y a medias encubierto, y para hacerle tomar posición al abrigo del abate Fleury y de Moisés. Este Discurso contiene muchas cosas. Extraeré de él el epígrafe de la personalidad de Proudhon, cuando, al dirigirse en pensamiento al lector exasperado, a quien escandalizan sus paradojas, exclama: "Infortunado ¿cómo me comprenderá usted si no me adivina?". Se podría, con un poco de arte y de complacencia, y sin añadir nada, componer, con ayuda de pasajes reunidos, una serie de páginas sobre el Domingo que respondiesen por completo al deseo de una Academia, y que mereciesen ser admitidas en todos los cursos de literatura para uso de la juventud (1);

(1) Por ejemplo: "En el campo, donde el pueblo cede más fácilmente al sentimiento religioso, el domingo conserva todavía algo de su influencia social. El aspecto de una población rústica reunida como una sola familia a la voz del pastor, y prosternada en el silencio y el recogimiento ante la majestad invisible de Dios, es conmovedor y sublime. El encanto obra sobre el corazón del campesino: éste, el domingo es más bondadoso, más amante, más afable; es sensible al honor de su pueblo, está orgulloso de él; se identifica más con el interés de su comuna... El domingo es el día de triunfo de las muchachas y de las madres. ¿Qué lugareña, radiante de salud y de juventud, bella por el testimonio de su conciencia, reconocida en la misa parroquial entre todas sus compañeras, no se ha creído una vez en la vida, la más amable, la más diligente o la más juiciosa? ¿Qué mujer, el día domingo, no da a su casa cierto aire de fiesta y hasta de lujo, y no recibe con más gusto y con humor más acariciador a los amigos de su esposo?... La alegría del domingo se derrama sobre todas las cosas: los dolores, más solemnes, son menos punzantes; las penas, menos amargas; el corazón enfermo encuentra una dulzura desconocida para sus penas agudas; los sentimientos se engrandecen y se depuran; los esposos vuelven a encontrar una ternura viva y respetuosa; el amor maternal, sus encantos; la piedad de los hijos se inclina con más docilidad bajo la tierna solicitud de las madres. El criado, ese mueble con rostro humano, enemigo nato del que le paga, se siente más adicto y más fiel; el patrón más benevolente y menos duro; el campesino y el obrero a quienes atormenta una vaga sospecha de igualdad, están más contentos con su suerte. En todas las condiciones, el hombre recobra su dignidad, y en lo infinito de sus afectos, reconoce que su nobleza es demasiado elevada para que la distinción de clases pueda degradarla o envilecerla. El domingo, el carácter del

pero esto sería dar una falsa idea del Discurso; las armas están en él a cada paso bajo las flores, y hasta se muestran bastante desnudas, sin demasiadas flores. La imaginación puritana de Proudhon se apodera de las leyes de Moisés, las interpreta a su manera, y se forma una especie de código, de carta sagrada igualitaria en el pasado; va a buscar la democracia hasta bajo la teocracia de Moisés; vuelve a encontrar los títulos, y no se trata, según él, más que de descubrirlos, sin necesidad de tener que inventarlos. Encuentro allí el germen de su teoría de la propiedad y de esta famosa definición: "La propiedad es el robo". No llegó de golpe a esta fórmula abrupta. La igualdad de las condiciones, que le parece conforme con la razón e irrefragable en derecho, se encontraba ya, según él, realizada por la legislación de Moisés. Josué no hizo más que aplicarla en la distribución de las tierras entre las tribus y en la especie de catastro general que hizo levantar; de todos modos, la igualdad de las condiciones y de las fortunas estaba realmente en el pensamiento del legislador sublime descendido del Sinaí. En el Decálogo se ha dicho: "No robarás", y esto significa, según la energía del término hebreo original citado por

---

sacerdote en lo que tiene de conciliador y de apostólico, brilla con todo su esplendor. La visita del cura es la alegría de una familia campestre. ¡Cuántos enfermos consolados, pobres socorridos, infortunios suavizados, odios extinguidos, enemigos reconciliados, esposos reunidos, por intermedio del cura! Pero el sacerdote, y sobre todo en la campaña, no dispone de mucho tiempo; debe sorprender a sus feligreses de pasada, y el domingo ve multiplicarse sus deberes, ve que sus obras dan sus más bellos frutos; el domingo descubre todo el bien que puede hacer." Y aun una bella página, pero seguida, que comienza así: "La última noche de la semana ha transcurrido", etc. Estos son verdaderos trozos de buena retórica. El pasaje que dice: "En las clases elevadas ya no se distingue el domingo; todos los días de la semana se parecen . . . Algunas veces el pueblo difiere sus pasiones para la próxima semana; los vicios de los grandes no se aplazan" es más que retórica, es sátira a lo Proudhon, a lo Tertuliano o a lo Bridaine.

Proudhon: "No apartarás nada, no pondrás de lado nada para ti" (2).

De modo que tenemos la filiación; en su próxima memoria sobre la "Propiedad", no habrá más que desligar el precepto del Decálogo, volver a tomar, según lo comprende, el pensamiento de Moisés, y traducirlo en máxima. Habla aquí de la propiedad como del "último de los falsos dioses".

Se observará hacia el fin del Discurso el retrato ideal del "reformador", del "demagogo", conductor o preceptor del pueblo: se traza su propio papel por adelantado y lo eleva a la altura de una misión. Creo reconocer también, en más de un lugar, en la forma y en el tono, como un eco de las *Palabras de un creyente*, pero un eco que, ciertamente, no debilita nada y que tiene sus resplandores imprevistos y su trueno. En una palabra, en este escrito, que es el primero de Proudhon que cuenta verdaderamente en su obra, se encuentra el residuo de sus primeros estudios, y al mismo tiempo se ve un espíritu que tiene prisa por desenredarse; ya se muestra allí el león, más que a medias salido del cieno.

Daremos a través de él mismo, según nuestra costumbre, el estado de su moral en este momento, y entraremos en el secreto de sus pensamientos, de sus juicios sobre sus jueces, del redoblamiento de su confianza en razón, precisamente, de este éxito discutido. Escribía desde Besançon el 9 de setiembre de 1839, a su amigo Ackermann, que aca-

(2) La expresión, nos dice Proudhon, es genérica como la misma idea; proscribe, no solamente el robo cometido con violencia o con astucia, la estafa o el salteamiento, sino también toda especie de ganancia obtenida sobre los otros sin su pleno consentimiento. Implica, en una palabra, que toda infracción a la igualdad de reparto, toda prima arbitrariamente exigida y tiránicamente percibida, ya en el cambio, ya sobre el trabajo ajeno, es una violación de la justicia conmutativa, una concusión.

baba, también él, de obtener una medalla académica, sobre otro tema: "Elogio de D'Olivet":

"Lo que me concierne exigirá un poco más de detalles. Si hay que creer al ponente, el abate Doney ([3]), mi memoria fué la más señalada por el estilo, la profundidad y la erudición: hágame el favor de decirme qué queda de un discurso cuando se le han cercenado las palabras, las ideas y los hechos. Mi memoria reúne entonces, también, como la suya, las "cualidades del género"; lo tiene todo, me parece, menos la medalla. Han encontrado en ellas digresiones, era la parte confirmativa; proposiciones altisonantes, audaces, temerarias, inadmisibles, al menos por el momento; teorías de política y de filosofía especulativa, sistemas de igualdad, etc., etc., peligrosos: sin embargo, se ha declarado irreprochable la ortodoxia. Lo que quiere decir que, en opinión de mis jueces, la conciencia del cristiano no podía abstenerse de admitir lo que la prudencia de los funcionarios públicos y de los miembros de un cuerpo constituído prohibía sancionar. En fin, mi Discurso fué el que hizo hablar más, el que molestaba más a la Academia, feliz finalmente por haber encontrado dos discursos posibles, a los que premió "ex aequo": son los de los señores Pérennès y Tissot, profesor de filosofía en Dijon ([4]). El señor Pérennès, el

---

([3]) El abate Doney, del Franco-Condado, nacido en Epeugney, pueblo del departamento del Doubs, hoy obispo de Montauban.

([4]) El señor Tissot, hoy decano de la facultad de Letras de Dijon. Ya había llegado a una celebridad provincial, cuando concurría así, en 1839, en tema propuesto por la Academia de Besançon: "el famoso Tissot", como lo llamaba Proudhon. Fué uno de los primeros que hizo pasar a Francia algo de los filósofos alemanes. De él decía Jouffroy, con un tono ligeramente impertinente: "Tissot será una persona distinguida si alguna vez logra ser claro". Proudhon lo estimaba y estuvo siempre en buenas relaciones con este ex-rival y concurrente preferido. En una carta íntima escrita al señor Bergmann, lo definió así: "El señor Tissot es un hombre íntegro, trabajador, sabio, kantiano devoto e incondicional, demasiado tenaz en sus opiniones; por consiguiente, es dema-

mayor, me afirmó que él no hubiera temido premiarme, o al menos unirme a los otros. Me gusta mucho más la medalla de bronce que se me ha otorgado; mi memoria fué clasificada a parte y fuera de concurso; esto vale más, usted convendrá, que un *ex aequo*..."

Había en el Discurso toda una teoría ya explícita, formidable, sobre el fundamento legítimo del orden en la socie-

---

siado lento para coger las ideas ajenas. Tuve el placer de conocerlo recientemente (agosto de 1840)". Después de la muerte de Proudhon, el señor Tissot rindió un homenaje a su memoria en la *Revista literaria del Franco-Condado,* del primero de marzo 1865. Este artículo —aunque lamento que no esté más desarrollado— encierra trazos finos, un esquema justo y algunos detalles íntimos que tiene su valor. El señor Tissot tuvo, después, la extrema cortesía de confiarme una copia exacta de toda la correspondencia de Proudhon que tiene en sus manos. Esta correspondencia se distingue por un carácter filosófico y racionalista muy señalado. Como el señor Tissot se mantenía firme en sus principios y le escribía que no aceptaba más que una parte de sus afirmaciones, Proudhon lo invitaba a formular de una manera más precisa sus críticas, porque él también, dice, tiene pretensiones filosófica: "Esto hará reír a un sabio, a un erudito (porque distingo estas dos cualidades), a un práctico tan consumado como usted. Sea: me limito a decirle que soy aprendiz por el momento, y "tuus tyro": estudio filosofía: seré filósofo cuando plazca a Dios —probablemente nunca. Cuando muera, ruego a mis amigos que hagan colocar sobre mi tumba: "Studebat philosophiae". El señor Tissot no dejó de satisfacer a Proudhon, ya por cartas, ya por artículos impresos, y lo combatió sobre la metafísica. Desde luego, siguieron siendo buenos amigos. Sin embargo, a Proudhon le molestaba ver al señor Tissot obstinarse en un sistema opuesto al suyo y se lo decía con bastante buen humor: "Me da rabia verlo tan obstinado, y es necesario que se lo quite a usted a Kant. Los propietarios no son nada para mí: los académicos todavía menos: de los camanduleros tampoco me digno ocuparme; ¡pero usted!, que usted permanezca siendo kantiano en vida mía, me atormenta y me hace hacer los más grandes esfuerzos de imaginación y de dialéctica. Cuando digo kantiano, quiero decir encaprichado con los principios de derecho de Kant, con su racionalismo sofístico, con su teoría de la razón pura y su psicología. He aquí mi declaración de guerra: "Es preciso que usted me derribe o que yo lo absorba". Es la frase de Ajax a Ulises, cuando luchan juntos en la Ilíada: "Arrebátame o te arrebato". Esta correspondencia filosófica se ameniza también con más de una anécdota del Franco-Condado y con ciertas particularidades que aprovecharemos.

dad; lo que explica el pasaje siguiente de la misma carta: "Después de repasar y de corregir mi memoria, la imprimiré y se la enviaré al señor Tissot y también al señor Pérennès. Me ceñiré cada vez más a la forma puramente científica, pues éste es el único medio de colocarme fuera del alcance del tribunal. Tal vez me teman, pero desafío a que me persigan por las "terribles" cosas que tengo que decir. Se pretende que toda verdad no debe ser manifestada antes de tiempo (en el fondo, es el único reproche que se me hizo) ; este adagio no tiene sentido; mientras una verdad no debe ser manifestada, permanece inadvertida: "verla, es estar obligado a proclamarla".

Esta teoría es la inversa de la teoría de Fontenelle; también, tanto la naturaleza como la situación de Proudhon, eran las más opuestas y las más contrarias al humor y a la condición de un Fontenelle. Estaba impaciente y le dominaba un ardor devorador. Hervía y no tenía tiempo para esperar. Era industrial, y su imprenta seguía en sus manos, sin que pudiera desembarazarse de ella ni vivir de ella: sentía el peso de la deuda, y esa lepra incesante de la usura que lo roía. Iba a llegar y a residir algún tiempo en París, pero fué vuelto a llamar; era tironeado constantemente hacia Besançon, pues era becario de una Academia que pretendía vigilar sus hechos y gestos intelectuales: su tutor (porque el titular de la beca Suard tenía un tutor) era el excelente Droz, filósofo honesto, optimista y a la vez lacrimoso, a quien debía cuentas de todos sus actos. ¿Se puede uno figurar a Proudhon con andadores, atado a la traílla? ¿y por quién? Creo ver desde aquí al juicioso y prudente moralista Droz, a quien el señor Cousin llamaba "Anaxágoras", a esa especie de mentor a lo Fenelón, con su semblante más largo todavía que de costumbre, tratando de morigerar y de calmar a ese terrible alumno que tenía prisa por declarar desde el primer momento una guerra a muerte a la civilización

tal como se la entiende vulgarmente. Lo veo desde aquí levantar sus manos al cielo, lanzar varios "¡ay!", y comenzar una de esas homilías desesperantes que la lentitud fenomenal de su hablar no le permitía acabar. Proudhon llegó a París a principios de noviembre de 1839. Antes había impreso, en su imprenta de Besançon, su *Discurso sobre el Domingo*, corrigiendo el estilo (5), pero cuidándose mucho

(5) Se verá, por la carta que sigue, cuál es su idea en materia de estilo. Proudhon tenía una composición penosa o al menos una gestación pesada. Una vez puesto el huevo, cesaba de complacerse en él. Tenía prisa por pasar a otros asuntos, a otros combates. El cuidado curioso, caro a los estilistas, no era su tarea. Ackermann trataba de inocularle escrúpulos: multiplicaba las observaciones, le enviaba desde París críticas tras críticas durante la impresión del Discurso. Proudhon le respondía (4 de noviembre de 1839):

"Estimado Ackermann; todas sus observaciones son excelentes, pero es demasiado tarde; hice "tirar" sin esperarlo, a fin de estar más pronto cerca de usted. Sin embargo, el mal tiene remedio; la edición es de 200 ejemplares, que serán llevados por los amigos del autor y los beocios del país, después de lo cual buscaremos el medio para hacerlo mejor e imprimir para franceses.

"Tengo sólo 2 cosas que manifestarle: 1) Usted me reprocha que mi estilo no iguala al de Rousseau. ¿Hubiera tenido el derecho de decirle al padre Rapin, cuando publicó su primer volumen de versos: Está bien, pero usted no llega a la altura de Virgilio? 2) Insiste demasiado en el latín y en los términos escolásticos; mi Discurso no está aun destinado al pueblo. Colocaría en lugar de postulatum, "postulado", etc.

No dejaré, se lo aseguro, de consultar al señor Droz. Ya veo sus fruncimientos de cejas; pero es necesario que se entere. Por lo demás, usted tiene mucha razón y así lo comprendí por primera vez hace ya mucho tiempo: debo perfeccionar mi estilo. Esto me costará más que todos mis otros estudios. Tengo ideas capaces de alimentar a 2 ó 3 Chateaubriand, y no logro expresarlas. "Lo que se concibe bien se expresa claramente" es tan falso como un proverbio. Tengo la completa seguridad de concebir lo que tengo que decir, y encuentro mil dificultades para expresarlo. No quisiera, como prueba, más que los mismos pasajes que usted me señaló y que hubiera podido corregir en seguida. Los defectos de mi estilo provienen siempre de mi falta de oído, de mi descuido o de mi ignorancia, nunca de la inercia de mi concepción . . .

Tendré que conversar con usted sobre varias locuciones que he aventurado; estudié muy poca filología comparada y me asaltan dudas sobre su legitimidad: son imitaciones latinas, griegas o hebraicas. Habría que

de debilitarlo en cuanto al fondo de las cosas, afilándolo más bien en sentido agresivo. "La escaramuza, escribía la víspera de la publicación, será viva y directa; de modo que dado este primer paso no podré ya retroceder y estoy comprometido para sien pre. Es lo que quiero." Escribía esto a su amigo Ackermann, que, por su parte, acababa de tomar una brusca resolución, y que a pesar de sus premios de la Academia, abandonaba Francia para ir a tentar fortuna en Berlín y trabajar allí en la edición de las obras de Federico el Grande. "Yo soy como usted, le decía aún, no espero nada de nadie; volveré a mi negocio el año próximo, armado contra la civilización hasta los dientes, y comenzaré desde ahora una guerra que sólo terminará con mi vida." Para explicarse esta efervescencia de ánimo y esta rebeldía sombría, hay que saber, una vez más, en qué circunstancias penosas se encontraba Proudhon. Muy poco profeta en su país, sólo tenía los recursos de subsistencia que le llegaban de ese lado, de la Academia de Besançon, una subsistencia dependiente y precaria. Solo o casi solo en París, bajo la primera impresión que produce esta Babilonia a todo recién llegado que no nació para vivir en ella, con una misantropía

---

saber hasta qué punto está permitido enriquecer una lengua con el trasporte de locuciones extranjeras. Le aseguro que siento una comezón terrible por mandar la literatura al diablo; me fastidia y me excede. No tengo esa paciencia de la que habla Béranger y que le deseo a usted. Quisiera poder hablar por fórmulas, poner todo lo que pienso en una hoja; imprimiría cada año 2000 ejemplares, y los enviaría a todas partes "gratis" y "porte pago"; después me dedicaría a mi imprenta.

Usted irá lejos; tiene la manía del arte. Siente lo bello literario que a mí me hace bostezar; usted es un hombre capaz de padecer diez años por un éxito. Su vocación se manifiesta más en sus observaciones que en sus obras, y el motivo es simple: en la crítica, la razón y el gusto se manifiestan, ¡mientras que la composición los disfraza! . . ."

Se habrá notado en la carta esta expresión dicha al pasar: "Es tan falso como un proverbio". Esto nos indica el aspecto paradójico de Proudhon, un rasgo de su espíritu, esencial, que se dirigía a la extravagancia.

que se agudizaba por la misma soledad y por la continencia de los pensamientos, era presa de una verdadera angustia intelectual. No tenía ya confidentes, ni recibía verdaderos consejos. Ackermann, decimos, acababa de partir para Berlín; Bergmann, otro amigo esencial, el más esencial de todos, uno de esos con los cuales "hubiera deseado vivir y morir" (6), estaba en Estrasburgo. Por las cartas que les escribe —muy pocas, pues se veía obligado a escatimarlas a causa del "porte" (¡Oh, miseria!)— podemos leer en su alma desnuda. Escribía al señor Bergmann, desde París, el 22 de diciembre de 1839:

"Todavía no me atreví a presentar mi *Discurso* (sobre el Domingo) al señor Droz y al señor Jouffroy; no espero más que la cólera y la indignación del uno y el desprecio del otro. Mi folosofía y mi política no pueden gustarles (7). Me entero que en Besançon el clero prohibió la venta de mi folleto, que se preparan refutaciones severas de mis principios y que, en general, si no me niegan algún talento, dicen que mis ideas están llenas de paradojas. Los devotos tocan alarma y los llamados republicanos se rego-

---

(6) Al hablar de Ackermann de Bergmann (carta del 15 de octubre de 1839). decía: "Es un hombre con el que quisiera vivir y morir. No conozco otro que lo iguale en París ni fuera de París. Filósofo y filólogo, reúne hoy en un grado más alto que nadie las dos facultades más preciosas de espíritu humano. Fallot hubiera podido ser todo eso, y más aun, erudito y bibliógrafo; un cerebro tan vasto no podía subsistir. Limitémonos entonces a trazar bien nuestro surco, y no tratemos de igualar nuestra inteligencia con el infinito de la ciencia".

(7) Y aun a Bergmann, 2 meses después: "Me preguntas qué han pensado los Jouffroy y los Droz de mi Discurso; ni el uno ni el otro lo leyeron. No voy más a la casa del señor Jouffroy y quisiera dispensarme de ir a la del señor Droz. El aire de esas casas no me conviene. No tengo a nadie con quien conversar de mis estudios, a nadie".

dijan de tener un nuevo campeón. Nadie quiere tomarme como quise ser tomado. Los más sagaces, hasta mis amigos, dudan, me hacen recomendaciones, y desean que deje la política de lado. Ocúpese usted de metafísica y de moral, me dicen, y deje la república, la monarquía y a los sacerdotes. Quieren, como ves, que sea filósofo, sin que me esté permitido hablar de "Dios", de la "sociedad" y de la "religión"; que me ocupe de la ciencia, con la condición de que no me sirva de sus materiales. A Pauthier ([8]) le gustó mucho mi trabajo, a algunos otros también, pero los demás no saben qué decirme. Los del "Nacional" se burlaron del título de la obra y de su autor, a quien casi tomaron por jesuita. D... me exhorta a abandonar mis ideas sobre la religión y la divinidad, que no están ya a la orden del día: ¡este excelente D...! ¿Qué quieres? Estoy fuera de todas las condiciones de éxito; no gusto a nadie. ¡Tengo suerte! pero ¡paciencia!"

Se nota el desafío. En estas condiciones irritantes y como bajo esta inspiración vengadora, concibió y compuso su primera memoria sobre la "Propiedad". Cumplía su gran deber:

"No será la obra de un joven que sólo tiene a medias conciencia de la novedad y de la certidumbre de sus ideas. Te hablaré de esto más largamente otra vez. Tengo que terminar este trabajo en tres meses; es el término que me fijo para salir de París, en donde no puedo vivir. Estoy solo, no tengo más que a D... cuyo corazón es perfecto, y cuyo espíritu está demasiado poco iluminado. Mi imprenta tra-

---

([8]) El sinólogo; era compatriota del Franco-Condado de Proudhon, y a menudo es nombrado con estima en sus cartas. El señor Pauthier acaba de coronar su útil y laboriosa carrera con su edición del *Libro de Marco Polo*, que publicó en su redacción francesa original, revisada por el mismo autor, con aclaraciones y comentarios (Dos grandes volúmenes, in-8, editorial de Fermín Didot).

baja: suspiro por el día en que vuelva a ponerme el bonete de papel."

Una vez dedicado a este trabajo, está enteramente poseído por él. El precedente Discurso ya está superado y olvidado; y como Ackermann, desde lejos, volvía sobre él, por su afición al estilo, y por una cierta pureza clásica llevada hasta el purismo. Proudhon respondía no sin algo de impaciencia (12 de febrero de 1840):

"Después de su partida, me ha ocurrido con este folleto lo que me ocurrió con mi memoria para el premio Volney: no pienso más en él. Siempre será mi costumbre dejar morir, de su hermosa muerte, mis rapsodias, que terminan por aburrirme más que a nadie. Le agradezco sinceramente sus buenos consejos, y le digo de una vez por todas que no tengo una opinión tan buena de mí como usted; no tengo deseos de perfeccionar mi estilo; soy demasiado pobre y mis asuntos van muy mal para que me complazca en ser un "hombre de letras"; por otra parte, creo que la edad de oro de lo que se llama puramente literatura, ya pasó, y para siempre. Cuando el hombre sabe poco, habla mucho necesariamente; razona menos, canta más; y cuando no tiene nada que decir, recrea su oído con su linda charla. Estoy muy poco dispuesto para esa tarea, aunque lamento, no obstante, no poder expresarme con más facilidad. Porque todavía tengo muchas cosas que decir. Pero aun cuando estas cosas fuesen tan excelentes como las supongo, aun cuando las dijera tan bien como Bossuet o Voltaire, todavía me faltaría talento para hacerlas válidas; pues hoy no son los querubines quienes guardan las puertas del Parnaso, sino los linces. Dejemos la literatura y a los literatos; yo estoy hecho para el taller, del que nunca debí salir y al que volveré tan pronto como pueda. Estoy agotado, desanimado, agobiado. Fuí pobre el año pasado, este año soy indigente. Hice mi

presupuesto; me quedarán, a partir del 15 de abril próximo, 200 francos para vivir 6 meses en París, al cabo de los cuales mi condición será tal que desearé "vivir para siempre como un pastor". Estoy como un león; si alguien tuviera la desgracia de perjudicarme, lo compadecería si cayese bajo mi mano. Como no tengo ningún enemigo, miro algunas veces el Sena con ojos sombríos y me digo: "Continuemos todavía." El exceso de pena quita vigor a mi cerebro y paraliza mis facultades; no puedo trabajar, y sin embargo trabajo siempre para no morir de aburrimiento (9).

"Comencé mi trabajo sobre la propiedad; en mi próxima carta, le enviaré el título y el sumario. Hoy terminé el primer capítulo que forma la décima parte de la obra. Cuento imprimirlo durante mayo próximo, "por suscripción", porque no espero encontrar editor y porque no tengo dinero para hacer el gasto. Ya tengo unos 50 suscriptores... El

(9) Encuentro la misma disposición moral, esta especie de agonía, descrita en otra carta de la misma época a otro amigo, y con acentos no menos conmovedores; no temamos dar estas variantes del dolor: "Querido Bergmann: Te escribo con la amargura de mi alma. Me preguntas si estoy contento: escucha. El año pasado me viste pobre; si vinieses a París este año, me verías indigente. No tengo para vivir más que una beca de mil quinientos francos: un quinto siempre está comido por adelantado, y mis acreedores y mi familia se llevan las dos terceras partes del resto. Tendré 250 francos para vivir desde el 20 de marzo próximo hasta el 20 de setiembre. Aunque lea, escriba o estudie, estoy oprimido, consternado, abatido. A veces miro el Sena al pasar sobre los puentes, y a veces pienso en hacerme ladrón. Tal es el sentimiento de mi miseria que si mañana llegara a ser rico, la pesadilla que me persigue no me abandonaría en dos años. No trabajo más que para recoger desprecios y maldiciones; mi desgracia quiere que en lugar de enseñar a los otros cosas que los diviertan y les gusten, sólo tenga verdades tristes para decirles, que me harán odiar y me convertirán en objeto de mofa. Sin embargo, son las únicas que sé. ¿Debo callarme? No puedo; me siento arrastrado a beber ese cáliz que me produce horror, y que todas las delicias no me impedirían sorber". Es bueno no suprimir nada de estos gritos y no olvidar nunca, en el seno del optimismo de una sociedad satisfecha, que existen estas almas fuertes, sofocadas y explosivas.

estilo será rudo y áspero; la ironía y la cólera se harán sentir demasiado; es un mal irremediable. Cuando el león tiene hambre, ruge ..."

No temamos ir hasta el fin del rugido. ¿Pero qué autopsia de alma viviente es ésta y qué dice el lector? Un alma de proletario ardiente, ulcerado, furioso, elocuente, y que, sin embargo, quiere ser rigurosamente un razonador y armarse de una lógica implacable:

"Por lo demás, evito tanto como puedo caer en la elocuencia y en el bello estilo; razono, concluyo, distingo, refuto; no tengo necesidad de los socorros de la retórica, pues el tema debe interesar por sí mismo, de buena o mala gana, hasta a los más mezquinos. Desde el punto de vista de la filosofía no hay nada parecido a mi libro. ¡Malhaya la propiedad! ¡maldición!"

Dos puntos sobresalen en esta exposición con igual evidencia: la "rebeldía" del alma de Proudhon y su sinceridad, su "convicción" de que producirá una obra sin igual y sin precedentes que traerá una terrible verdad al mundo. Nuestros extractos anteriores han probado suficientemente el primer punto, la indignación y la rebeldía. Los testimonios que Proudhon se da a sí mismo en la intimidad, y en plena fiebre de alumbramiento, no dejarán ninguna duda sobre lo que llamaré la ingenuidad de su convicción y de su confianza en la exactitud rigurosa de la solución obtenida:

"Debo matar, en un duelo a muerte, la desigualdad y la propiedad. O me ciego, o no se recobrará nunca del golpe que pronto la alcanzará.

"Tendré, para fines de marzo (1840), la tercera parte de mi trabajo acabada. Espero que estarás contento. Estoy un poco apurado por terminar, lo que no concuerda mucho con mi deseo de hacerlo bien: pero no está de más, en último caso, que me hostigue a mí mismo y que me acose con el

aguijón. Desde que no tengo ya a Fallot, sólo tú puedes juzgarme, comprenderme, aconsejarme, corregirme. La poca experiencia filosófica de todos los que me rodean, me deja sin conversación y sin control. ¡Cómo me dirigiría a un Jouffroy, que no tiene fe ni siquiera en la ciencia que enseña, que dice con una impertinencia indigna que "la filosofía es una cosa hueca (10)!... ¿Cómo comprendería que busco, para los problemas de la moral, de la sociedad, de la metafísica, métodos de solución infalibles, análogos a los métodos de los geómetras? ¿Sería capaz de creer en esta verdad, a pesar de ser tan sencilla: que las leyes de la aritmética y del álgebra presiden el movimiento de las sociedades, del mismo modo que las combinaciones químicas las de los átomos? ¿que nada, tanto en el mundo moral como en el mundo mecánico, se hace "sine pondere et numero et mensura"? ¿Cómo concebiría que las "propiedades de los números" son el lazo que une la filosofía práctica con la filosofía orgánica?..."

Esta era su pretensión: del mismo modo que existe una ciencia de las cantidades que fuerza el asentimiento y excluye lo arbitrario, una ciencia de los fenómenos físicos que sólo reposa en la observación de los hechos, del mismo modo debe existir, pensaba Proudhon, "una ciencia de la sociedad

---

(10) Proudhon no era justo con Jouffroy. Si lo hubiese conocido y tratado más, si hubiese ido más allá de la primera corteza, hubiera encontrado una inteligencia ciertamente capaz de acogerlo y de dirigirle algunas objeciones valederas. Por esta época Proudhon no cultivó bastante el conocimiento de Jouffroy, quien, es verdad, estaba bastante desanimado y cansado. Jouffroy era más justo con el joven becario, compatriota suyo, que sólo lo había visitado una o dos veces; en ocasión del concurso sobre el Domingo, dió un buen testimonio de Proudhon a la Academia; y cuando en las vacaciones de 1840 el doctor Delacroix (de Besançon), le pidió noticias del joven, Jouffroy le hizo el más grande elogio de su inteligencia, de sus aptitudes, "y en tales términos, nos dice el doctor, que vacilo en reproducirlos". ¿Por qué vacilar, estimado doctor? Esto, hoy, sólo podría honrar a Jouffroy.

absoluta, rigurosa, basada en la naturaleza del hombre y sus facultades, y en sus relaciones; ciencia que no se debe "inventar", sino "descubrir". Creía en la economía política como ciencia, y hasta se la representaba como una ciencia exacta y matemática, que podía determinar, por una sencilla regla de sociedad, la parte que le correspondía a cada uno según la justicia. Se jactaba de demostrarlo. Pero además, como la economía política no es solamente para Proudhon una ciencia de cálculo, sino una ciencia moral, buscaba previamente el derecho, la ley moral, justa y necesaria; la encontraba en la igualdad; pretendía probar por análisis que todas las teorías imaginadas por los filósofos y los legistas suponen implícitamente esta igualdad, durante tanto tiempo desconocida; después de haberla encontrado, reconquistado, se complacía en ponerla en contradicción flagrante, en incompatibilidad absoluta con la propiedad tal como existe de hecho. Exponía este tema de su próximo libro en una carta dirigida al amigo más capaz de aconsejarlo sobre la parte moral, y una vez indicado su plan, agregaba en la completa sinceridad de su confidencia:

"Por primera vez se habrá empleado un verdadero método en filosofía, y se habrá verdaderamente demostrado, por un análisis legítimo, lo que por vía de intuición y de tanteo permanecería para siempre oculto, porque la intuición y el tanteo no prueban nada...

En todo eso, no pongo nada mío: busco, y para buscar mejor, me hago un instrumento, me fabrico un guía, ato un hilo en la puerta del laberinto en que me sumerjo. Después no discuto más; no refuto a nadie, admito todas las ideas y me contento con buscar su contenido. Porque, el contenido de todas esas ideas es para mí necesariamente un principio verdadero, un axioma, del cual busco definitivamente la razón en un hecho fisiológico o natural, y del cual parto

en seguida con el mismo rigor de deducción, para fundar mi ciencia, que introduje primero en mis inducciones para determinar el principio.

Por ahora no puedo decirte más; respóndeme sobre esta exposición, si basta para que me entiendas, y manifiestame tus escrúpulos y tus observaciones. Ten en cuenta que aquí se trata de la verdad rigurosamente demostrada y no de una novela de imaginación.

Espero, aunque razono sobre todas las cosas absolutamente "in abstracto", que el estilo y el desarrollo no carezcan de lozanía ni de originalidad. Todo esto, sobre un tema que quema, debe completar una obra singular. . ."

Hubiera sido, ciertamente, curioso asistir a la concepción de las *Palabras de un creyente* y habitar en el alma de un Lamennais en el momento en que se decidió a ese gran acto de desgarramiento y de rebeldía; aquí nosotros convivimos verdaderamente con Proudhon; lo vemos tal como era, con su confianza, con su audacia, con su buena fe, con su orgullo, también con sus accesos de desaliento, con sus temores y sus desfallecimientos súbitos, con sus graves ternuras y con su apaciguamiento en el seno de la amistad. Continuaremos mostrando palpablemente al lector cada una de las notas de esta organización poderosa, tempestuosa, sensible:

"(Al señor Bergmann, 22 de febrero de 1840). El tema de mi libro es el desarrollo de las proposiciones que me hicieron perder el premio de la Academia de Besançon [11]. Esta vez no cantaré los "Gloria patri"; será un verdadero toque de rebato.

Sin embargo, me prohibo toda retórica, hipérbole y lugar común; doy cuenta, calculo, razono, examino, he aquí todo. Y, lo que nunca se vió en filosofía, creo un método de investigación para los problemas sociales y psicológicos, del

(11) En el *Discurso de la Celebración del Domingo.*

mismo modo que los geómetras lo crean para los problemas de las matemáticas. No exagero al anunciar que nada parecido se hizo hasta el momento, por la forma y por el fondo. Desgraciadamente, lo que me cuesta mucho trabajo y muchos esfuerzos de inteligencia, no estará al alcance del lector común, que prefiere las diatribas de Lamennais y compañía. En Francia sólo se entiende la invectiva, la alusión personal, la injuria; se empapan de calumnia, de hiel y de sátira: éstas son las formas del pensamiento. El círculo en que se mueven los llamados hombres de letras es tan estrecho y su arrogancia es tan subida, que no hay medio de entenderse con ellos.

Me alegrará recibir alguna carta tuya; si encuentras una ocasión, aprovéchala, te lo ruego; porque te confieso que un porte de carta me incomoda. Dime si te acostumbras al profesorado. He creído ver en tu última carta un matiz de tristeza y de descontento. Me afectaría que tuvieses penas; pues pienso a menudo que puedes hacer mucho por la ciencia, y sé bien cómo las penas del alma matan el pensamiento, cuando no le impiden nacer. Háblame de ti y de tus esperanzas. Me gustará saber lo que pasa en tu espíritu y a dónde te lleva el oleaje de la ciencia. Si tuviese que hacer confidencias, te las haría a tí antes que a ningún otro. Si estuvieras aquí te leería todas las tardes lo que escribí durante el día; sé conmigo, un poco al menos, como yo quisiera ser contigo. En el fuego de la prueba, mi alma se depura, y me desligo de todo espíritu de propiedad científica y literaria, y asimismo industrial: saber con certeza, proclamarlo con fuerza, claridad y precisión es el único bien al que aspiro, la última gracia que pido a Dios, puesto que me rehusó todas las otras ventajas."

¡Admirable sentimiento¡ Aspiración elevada que Proudhon era digno de alcanzar, pero en la cual no le era dado

permanecer. Al hablar así se ilusionaba a sí mismo; no se desligaba tanto como creía; no aspiraba solamente a decir con "fuerza, claridad y precisión" lo que pensaba, quería decirlo con ostentación, con amenaza: tenía que ejercer una represalia contra la desigualdad que lo aplastaba; no iba a contentarse con discutir la propiedad, refutarla y negarla con todos los argumentos de la dialéctica, sino que también quería golpearle en el rostro y deshonrarla. En la misma carta del 22 de febrero, decía:

"He aquí cuál será el título de mi nueva obra, sobre el cual deseo que conserves el secreto: "*¿Qué es la propiedad? Es el robo*": o "*Teoría de la igualdad política, civil e industrial*". La dedicaré a la Academia de Besançon. Este título es atroz: pero no les dejaré medio para que puedan morderme; soy un demostrador, expongo hechos; actualmente, ya no se castiga por decir verdades sin herir a nadie, aunque sean molestas. Pero si el título es alarmante, la obra lo es mucho más; si tengo un editor hábil y que se mueva, verás pronto al público sumido en la consternación. Toma la proposición que sirve de frontispicio a mi carta y figúrate verla probada por "razón matemática", lo que es mucho más decisivo para los hombres de hoy que por pruebas morales y metafísicas. Veremos si lo que se dijo es cierto: que las verdades de la aritmética llegarían a ser dudosas si los hombres tuviesen interés en negarlas.

Ruega a Dios que consiga un editor: tal vez esto sea la salvación de la nación."

Ante esta última frase, sonreís; yo sonrío también. Pero al menos, que no se diga que Proudhon no estaba convencido, en el fondo, de la virtud y de la eficacia de su doctrina.

Buscaba un editor, pero lo buscaba a su manera, sin ceder el orgullo y el honor del pensamiento:

"Escribí ya a un editor, que no se dignó responderme.

Los editores en boga son grandes señores que desprecian singularmente a los autores desconocidos. Voy a dirigirme a otro, que, sin duda, tampoco me responderá. Por lo demás, el tono que adopto con estos señores es poco persuasivo; pero prefiero dejarles testimonios de altivez antes que de sumisión" (3 de mayo de 1840).

El amigo al que se abría así, al decirle que lo comprendía, se atemorizaba por él y le dirigía algunas observaciones; le hacía presente que, en el camino en que se empeñaba, iba a levantar contra él todas las potencias, a desencadenar todas las tempestades, y que, desde el primer paso, sería víctima y mártir. Proudhon respondía:

"No acepto tu profecía de martirio; juzgas demasiado mal la bellaquería del gobierno, la ignorancia del público, y la tiranía ejercida por los dirigentes políticos. El primero tiene interés en dejar morir la verdad; el segundo entiende sin comprender y mira sin ver; los otros apenas si se preocupan porque no se descubra su charlatanismo. No, no, no seré martirizado, ni molestado, ni siquiera leído: la Academia de Besançon continuará pensando que tengo originalidad y audacia, pero que soy un hombre de paradojas; los más juiciosos me compadecerán sinceramente porque desperdicio tan locamente mis esfuerzos, y todo el mundo, finalmente, me dirá: "¡Estás muy adelantado, valiente reformador!"

¿Qué digo? ¡no padeceré el martirio! ¿Hay acaso un martirio más doloroso que la opresión de los necios y de los pervertidos? ¡Ah! si mi corazón sangra algunas veces, es cuando veo que mi celo es inútil y que gasto vanamente todos los esfuerzos de mi razón. Mi consuelo es grande, convengo en ello; el sufragio de algunos hombres sensibles e inteligentes, como tú, es suficiente para compensarme de todo. ¿Pero no es penoso ver que el enfermo rehusa el remedio, que el ciego rehusa al oculista, comprobar que tanto el arte como la verdad llegan a ser inútiles?"

Existe más de un martirio, más de una agonía moral célebre que tenemos muy presente: —la agonía de Pascal—; la agonía de Chateaubriand en Londres, desgraciado, pobre, antes de la idea del *Genio del Cristianismo*, e inmediatamente después del *Ensayo sobre las Revoluciones;* —antes habíamos tenido la agonía de Bernardino de Saint-Pierre, en la rue Neuve-Saint-Etienne, en víspera de los *Estudios de la Naturaleza*, que no sabía, en su vida precaria, si podría darlos a luz—; tenemos la agonía o la crisis de Jouffroy en la Escuela Normal, que produjo una bella página que no es necesario ponderar. Si conocéis otras, recordadlas, señalad en ellas los caracteres y las diferencias; pero aquí tenemos la agonía no ya de un cristiano, no ya de un gentilhombre, no ya de un artista o de un pintor, no ya de un universitario, no ya de un hijo de la burguesía, sino de un hijo del pueblo (más del pueblo aun que Juan Jacobo), de cerebro poderoso, consciente de su fuerza, que cree en su idea, medio ahogado, abrumado por las circunstancias, rebelado contra ellas, y ávido de tomarse el desquite con golpes de inteligencia.

Tradujo esta mezcla de convicción y de sufrimiento en algunas líneas, que arranco de otra de sus correspondencias de la misma época:

"La vida de los seres pensantes es ver y saber: pero ¡qué vida dura! Desde el día en que J. J. Rousseau escribió la profesión de fe del "Vicario saboyano", ningún hombre, quizá, tuvo una conciencia más fuerte de la verdad de sus escritos; ninguno se entregó a una tristeza más profunda que la mía."

Después sobrevenía la alegría, el orgullo del innovador, la sensación de que había encontrado su vena, de que había desatado el nudo:

"Dejemos eso: mi obra está terminada, y confieso que estoy satisfecho de ella. No puedo pensar en mi trabajo sin

un estremecimiento de terror. Cuando pienso en el efecto que produciría infaliblemente, publicado por un Arago, experimento las mismas palpitaciones que un Fieschi en la víspera de disparar una máquina infernal. Hasta el momento en que me propuse conocer a fondo la piedra angular de la política, no tenía realmente ninguna idea; estaba a este respecto en las mismas tinieblas en que están sumergidos todos mis semejantes, desde el trapero hasta los Merlin y los Portalis. Desde hace varios años agitaban mi espíritu dudas, luces inciertas, fugitivas claridades. Me puse a estudiar y vi mis esfuerzos coronados por el éxito. La verdad se muestra a quien la busca; pero hay que saber buscarla. Exige esfuerzos, cuidados, obstinación, buena fe, y una gran desconfianza en nuestra razón; ¡cuántas veces debí corregirme a mí mismo! Gracias al cielo, creo que en lo sucesivo, dejando de lado el estilo y algunos puntos relativos a erudición, no tendré que corregir ninguna proposición que adelante. Tenemos un principio para la ciencia social: ahora, falta formarla . . .

Debes reír al ver esta extraordinaria confianza: amigo, lo cierto es que no conozco nada en las ciencias cuyo descubrimiento haya producido alguna vez un efecto parecido al que la lectura de mi obra es capaz de producir. No digo: "que sea comprendida"; digo solamente: "que sea leída", y se acabó la vieja sociedad. Es imposible encontrar algo más claro, más sencillo, más demostrativo, mejor encadenado que los cinco capítulos de que se compone mi "primera" memoria, pues resolví dividir mis publicaciones: esto se debe tanto al método como a la aritmética de que me serví.

Me da vergüenza elogiarme tanto; pero un amigo sabe perdonar. Por otra parte, para decir todo mi pensamiento, una vez que la verdad sea conocida, comprendida y practicada, mi libro se convierte en inútil y hasta en trivial y tonto. Esta es la sensación que me hace experimentar a mí

mismo; creo que mi trabajo no es realmente ciencia, sino una demostración digna de Arlequín: de modo que lo considero, no como un "estudio", sino como un "sacrificio". Es necesario que alguno se sacrifique para que los otros estudien: ¡bien! estudia por mí mientras yo hago la guerra, etc.

Proudhon se imagina muy sinceramente que con su folleto "*¿Qué es la propiedad?*" va a inaugurar una era nueva, como Sieyès con su folleto: "*¿Qué es el tercer estado?*" inauguró uno en política. De aquí debe salir una revolución en economía política: es la reducción del problema político a un problema económico. Una vez dada la señal y disparado el primer cañonazo, el centro de combate se desplazará. Pero oigo desde aquí a más de un lector que me detiene y que, juzgando sólo a Proudhon según su vieja reputación vulgar, me dice: "¡Muy bien! usted me expone los pensamientos interiores, las ráfagas de ambición, las fluctuaciones y las tormentas, las torturas de este hombre; usted quiere interesarme en ellos; pero ¿Proudhon lo merece? ¿y vale ese libro, del cual usted me señala la concepción y el doloroso alumbramiento, todo el trabajo que se tomó el autor? ¿no es un libro fatal, funesto, falso, sin valor filosófico, refutado después por los economistas y los verdaderos sabios? ¿no es acaso sólo un hachón de guerra, y detestable por ello, en ningún modo digno de que se lo tome en cuenta, de que se le prodigue esta atención, y que se honre tanto a su autor?" — Si ésta fuera mi opinión sobre esa primera memoria "*¿Qué es la propiedad?*", que apareció en junio de 1840, me hubiera guardado mucho de insistir tanto en ella. Diré en seguida, o más bien el mismo Proudhon nos dirá qué hay de censurable en el libro y por dónde peca. En cuanto Proudhon se serena, nota los defectos tan bien como cualquier otro. Cuando escribía lo que se acaba de leer y se felicitaba tan audazmente con sus amigos en el ardor y en la ilusión de su trabajo, exageraba sin duda su valor, pero

no absolutamente; estaba lejos de haber derribado las murallas y de haber tomado la plaza por asalto; pero había practicado en ella, con golpes de ariete, amplias brechas, difícilmente reparables. Toda su refutación de los jurisconsultos más o menos filósofos que trataron el derecho de propiedad, Toullier, Dutens, Carlos Comte, etc. es vigorosa, victoriosa, según mi juicio, y decisiva; porque soy de los que piensan con Pascal que el título por el cual se posee no es un título de naturaleza, sino de establecimiento humano, y que la propiedad tal como es y como se presenta en nuestras sociedades no tiene otro fundamento que la ley civil y las convenciones. Lo que se puede decir es que es peligroso remover ese fundamento y que esta investigación a fondo no conduce sino a perturbar y a demoler. Se convierte en otra cuestión. No es menos verdadero que en toda su parte racional y severa, el libro de Proudhon subsiste y que, si se hubiese limitado a acosar a los filósofos y a cercar a los economistas, si no hubiera salido del círculo de la discusión y de la ciencia, habría muy poco que refutarle, fuera del punto de vista de la historia, de la política y del hecho. Después de esto, su error grave —y no desde el título, como había pensado al principio (porque renunció a su primer título)—, sino desde su primer párrafo, fué haber prendido la mecha y puesto fuego a la pólvora. "La propiedad ¡es el robo!". Semejante cartel, Proudhon lo dice (y lo advertía antes que nadie), es un toque de rebato y se parece a un violento llamado a todos los desheredados, que pueden engañarse; y por eso, con este grito imprudente, todo lo que hay de juicioso y sensato lo conjura y lo detiene. Pero él debía, dirá Proudhon, hacerse escuchar ante todo, darse a conocer, revolver como Encélado al Etna. El jurásico Proudhon tenía naturalmente en él, y le venía tal vez de su país natal, una vena de arrogancia provocadora; le gustaba sor-

prender, hacer parar la oreja a su interlocutor ([12]) o al lector. Fuerte en su honradez profunda y en su probidad inatacable, tenía maneras de sentir y de decir que hacían temblar y que, bajo cualquier régimen que se viviera (monarquía, república o imperio), parecían atentados contra el orden establecido. En cuanto al fondo, se dirá lo que se quiera de su sistema: sí, es un sistema extremo y forzado, pero un sistema que tiene la virtud de obrar poderosamente sobre los que lo rechazan, y que les obliga a recorrer un largo camino y a llegar pronto a los últimos límites de las concesiones. Por lo que llaman sus paradojas y sus sofismas y que no es más que una lógica llevada al extremo, Proudhon hace sudar sangre y agua a sus adversarios; los constriñe a ingeniarse, a trabajar desesperadamente, a recorrer un camino del diablo para alcanzarlo y refutarlo, es decir, los obliga, de buena o mala gana, y aunque a una gran distancia todavía, a acercarse a él. Oigo desde aquí su risa ruidosa y sarcástica. Tal vez esto sea en definitiva todo lo que quiso.

([12]) En una carta de Proudhon a Ackerman, fechada en París el 12 de febrero de 1840, leo: "El otro día fuí a la casa del señor Cuvier (sin duda el pastor Cuvier, tío de Fallot) : alguien dijo que "el que no trabaja debería perder sus rentas". Le dije: Señor, ¿dónde iríamos con ese principio? —¿Qué encuentra usted de reprochable?, dijo el señor Cuvier. —Yo, nada, pero si se suprimen las rentas a los rentistas ociosos, es necesario suprimirlas también a los rentistas que trabajan, pues si son pagados por su trabajo, permanecen ociosos con respecto a sus rentas. Se produjo una estupefacción general; su amigo Bourette me miró de reojo y la conversación terminó allí". Proudhon tenía una lógica molesta y coercitiva.

CAPÍTULO III

Después de la publicación. — Efecto en la Academia de Besançon. — Citación; defensa; absolución. — Situación penosa; abandono moral. — Inclinación acentuada por la ciencia. — Segunda Memoria o Carta al señor Blanqui.

La Memoria: "*¿Qué es la propiedad?*", in-18 mayor, de 250 páginas, apareció, pues, en junio de 1840. El autor se había comprometido a colocar por su cuenta 230 ejemplares, es decir, a cubrir los gastos de impresión. El editor se negó a hacer el más pequeño anuncio o propaganda en los diarios. Los 200 primeros ejemplares fueron vendidos sin embargo, en 15 días, sin publicidad, sin recomendación, y por el solo efecto de las primeras lecturas.

"El efecto de este volumen, que hubiera podido ser un volumen grueso si fuese menos compacto, escribía Proudhon a Bergmann, consiste en sorprender y horrorizar al lector, en obligarle a reflexionar, lo que es todavía mejor. Sin embargo, aunque se han hecho envíos a algunos periodistas y críticos, todavía no apareció, como te lo predije, ni aparecerá, ningún anuncio, ningún artículo."

En el primer silencio que sucedió a la publicación, Proudhon, sereno, se entregaba a reflexiones que le permitían juzgarse a sí mismo con sangre fría de crítico; su espíritu se aquietó. El entusiasmo se había disipado, aunque su convicción era la misma. No esperaba de su obra provecho, ni

aprobación, ni elogios, ni siquiera una discusión. Una vez publicado el libro y abandonado a su suerte, su primer pensamiento fué dejar París y retirarse durante un tiempo en Besançon, para volver a la imprenta y buscar así el medio de vivir e incluso de "filosofar":

"Partiré de aquí (de París) en los primeros días de julio con nuestro amigo Elmerich [1], que va a Estrasburgo y pasará por el Franco Condado. Esperaré en Besançon, en la calle des Chambrettes 19, tu contestación a ésta, y tu juicio, o más bien, tus consuelos sobre mi libro. Perder seis meses en probar cosas más claras que el día, y cuya ignorancia, sin embargo, es la causa única de todos los males del género humano, es suficiente para despechar a un espíritu deseoso de aprender y para humillar nuestro orgullo. ¡Si todavía se tuviese en cuenta semejante sacrificio! Pero ¿qué se puede esperar de un público aturdido por un millar de dirigentes políticos y que admira siempre al que habla más? ¿Qué se puede esperar de los periodistas, cuyos intereses no son los de la verdad, de políticos y de filósofos sin corazón y sin genio? Vuelvo a Besançon, pondré en orden mis asuntos, y me ocuparé de los medios para poder vivir, para prepararme lentamente a otros trabajos: porque en adelante quiero filosofar, estudiar e imprimir para mí y para mis amigos, sin esperar nada de nadie. Recibiré con placer tus observaciones y tus consejos; siento la necesidad de ellos: este año trabajé sin conversación, sin sentirme nunca alentado por una inteligencia. Viví en el vacío: temo que no lo adviertas. Para huir de la futilidad, buscaré en lo sucesivo la soledad . . .

"La obra que acabo de terminar me sugirió algunas ideas sobre el estilo y el arte de escribir, que quiero poner de nuevo en práctica; comienzo a darme cuenta de que podría ser

(1) Pintor, uno de sus amigos íntimos.

algo como escritor. En adelante trabajaré más lentamente y abandonaré la tonta presunción de creer que mis ideas no pueden ser retardadas en su publicación por cuidados de forma y de exposición, sin que la verdad y el bien público se vean comprometidos..."

Si la opinión pública, en París, tardó algún tiempo en manifestarse, y si los diarios lo pensaron dos veces antes de pronunciarse, la Academia de Besançon, a quien la Memoria estaba dedicada por una especie de carta-prefacio un tanto irónica, y que se veía enjuiciada por la audacia de su becario, tomó el asunto a pecho y lo evocó con toda la vivacidad que es de imaginar. Seamos justos, hay que convenir en que una Academia tenía bastante razón para conmoverse cuando era interpelada públicamente con palabras como éstas:

"¿Por qué no lo confesaré, señores? Ambicioné vuestros sufragios y quise tener el título de vuestro becario, por odio a todo lo que existe y con propósitos de destrucción. Acabaré este curso de estudios con un espíritu de filosofía serena y resignada. La inteligencia de la verdad me infundió más sangre fría que la cólera que me había provocado el sentimiento de la opresión...

"¡Ojalá, señores, desearais la igualdad como la deseo yo! !Ojalá queráis, para la eterna felicidad de nuestra patria, ser sus propagadores y sus heraldos! ¡Ojalá sea yo el último de vuestros becarios! De todos los votos que puedo formular, éste es el más digno de vosotros, señores, y el más honorable para mí."

Ahora vamos a seguir, según el relato del mismo Proudhon, todas las fases de su proceso académico. Tomaremos lo que conviene a nuestro objeto, y dejaremos ver, en su relación, la parte en que el acusado se asombra y se irrita, al ser, a su vez, enjuiciado. Llegado a Besançon, escribía, el 22 de julio de 1840:

"El efecto de mi libro en la Academia ha sido terrible para mí; despotricaron contra el escándalo, contra la ingratitud. El padre Droz, que estaba en Besançon cuando recibieron la obra, se entregó a una lacrimosa homilía que ha indignado (contra mí) a todo el mundo (²). Soy un ogro, un lobo, una serpiente, todos mis amigos y bienhechores se alejan de mí y me abandonan como a un réprobo; en adelante, todo acabó; rompí los lazos, no tengo esperanza. Hasta quisieran obligarme a una especie de retractación; no me leen, me condenan. Nunca vi tanta animosidad contra un autor..." (³).

Y con fecha del 19 de agosto:

"La cólera académica creció contra mí; ya tuvieron lugar, con motivo de mi libro, dos sesiones muy tempestuosas; se

(²) No se deben tomar al pie de la letra algunas expresiones de cólera que se deslizan bajo la pluma de Proudhon con respecto al respetable Droz; la verdad de estas relaciones, la última palabra, es que eran, ya lo dije, espíritus antipáticos. Y Proudhon, en otra carta, sólo anterior a ésta en 3 semanas, lo reconocía perfectamente cuando decía: "El padre Droz se fué el 7 de junio, y volverá a París después de mi partida; no volveré a verlo. Es un hombre bueno, íntegro y tiene mucha benevolencia para conmigo; pero es el espíritu más antifilosófico, el genio menos científico que haya existido. No podemos entendernos. Por otra parte, desespera de mí; lo veo, lo sé, me lo hace comprender bastante claramente; me es muy penoso vivir con gentes que no me harán nunca justicia porque nunca comprenderán mis ideas."

(³) Otro pasaje de una carta dirigida en la misma época, no a Bergmann, sino al señor Tissot, da bien la medida de su irritación en este momento (10 de agosto de 1840):

"No tengo motivos para felicitarme: aquí soy muy mal mirado; la irritación llegó al colmo, piensan retirarme la beca; ya no esperan nada de mí, en el mismo momento en que me atrevo a decir que debieran esperar el máximo; me abandonarán cuando estoy en la plenitud de la fuerza y de la fecundidad. La cólera se acumula y se apila en mi alma; si alguna vez el hijo se rebela contra su madre, si alguna vez se atreve a proclamar la torpeza de la que le dió la vida, ¡maldita sea la madre! Hasta aquí, sólo hice ejercicios; considero lo que publiqué como "juvenilia"; pero el recluta se convertirá en veterano, y una vez más ¡malditos sean los necios!"

hicieron varias mociones, o retirarme la beca, o darla a mi padre o, sencillamente, censurarme públicamente; en fin, resolvieron no tomar ningún partido antes de haberme escuchado, y debo comparecer ante nuestro Senado académico, durante noviembre próximo, para hacer valer mis medios justificativos y escuchar que me reprochen por haber escrito un libro "antisocial", contrario a todas las conveniencias, tanto por la forma como por el fondo". Me exigieron que no publique nada desde ahora hasta el fin del año escolar 1840-1841; di mi palabra por escrito y la firmé. Apenas estará lista mi segunda memoria para entonces. Por otra parte, si la Academia me trata con furor, estaré liberado, por eso mismo, de mi juramento. Los académicos que me habían sido más adictos, me han dado la espalda; otros, que no me conocían, me son favorables. El prefecto del departamento está en el número de estos últimos. En general, los devotos, los abogados y los literatos me acusan; los comerciantes, banqueros, usureros, hombres de negocios y de comercio, me aplauden: ¿lo hubieras adivinado? Ya, en tiempo de Jesucristo, los publicanos se encontraban más cerca del reino de Dios que los fariseos y los doctores.

"Nuestro Congreso científico durará ocho días; no me hicieron el honor de invitarme..."

Había vuelto a París en octubre para trabajar en su segunda Memoria sobre la propiedad, y creía que el asunto académico estaba calmado; de modo que acababa de rehusar un trabajo lucrativo para poder aprovechar los seis meses libres y de estudio que todavía le quedaban como becario:

"Acababa, escribe a su amigo, de hacer este heroico sacrificio por la ciencia, cuando recibí una carta del secretario de la Academia de Besançon, que en sustancia me prevenía que soy esperado el 15 de enero próximo (1841) para contestar a las preguntas que me serán dirigidas sobre mi libro,

y que si no puedo comparecer en persona, que haga conocer lo más pronto posible mis medios de defensa. El secretario agrega que la indignación llega al colmo, que mis amigos ya no se atreven a defenderme por miedo de caer en sospecha, que todo el mundo está o lleno de horror o consternado por mi "detestable folleto", por mis "declamaciones rabiosas", etc., etc. La carta es oficial y confidencial a la vez. Se me exhorta a retractarme, único partido razonable y digno; se me advierte que sólo tengo una esperanza de salvación, pues para mi condenación son necesarias las dos terceras partes de los votos; en fin, nada se ha olvidado para colocarme en el buen camino y llamarme a la cordura: injurias, amenazas, adulaciones, conjuraciones.

"Juzga si ha sido grande mi sorpresa al leer esta misiva académica, ya que creía que este asunto estaba terminado. Voy a responder a la Academia; pero aunque no estoy en modo alguno conmovido, no espero éxito de mi carta. No puedo excusarme ni pedir gracia; protestar de la rectitud de mis intenciones no puede bastar para hombres que me leen sin comprenderme y que encontrarán siempre armas contra mí en la franqueza de mis explicaciones. ¿Qué puedo hacer? Escribo para descargar mi conciencia, para obedecer el deseo de la Academia; pero escribo también de modo que mi carta pueda publicarse: no estoy con ánimo para dejarme deshonrar sin decir nada. Porque si publicara un memorial después del hecho, sería un libelo que carecería de efecto; mientras que si publico textualmente una defensa destinada al principio a permanecer secreta, tendrá una gran autoridad ante los ojos del público. Dentro de tres semanas conoceré todo el misterio y el desenlace de esta intriga, y te lo escribiré."

Se representaba a los hombres y aun a los académicos más negros de lo que son en realidad; y el 31 de enero, podía anunciar una conclusión favorable:

"Mi asunto con la Academia se resolvió felizmente para mí. Se trata ahora de no tener un tercero. El prefecto del departamento, el señor Brocard, el superior del seminario, los señores Weiss, bibliotecario, y Pérennès, secretario perpetuo, me sostuvieron contra la cábala. Me enteré que mi defensa promovió más escándalo aun que mi libro; esto significa, sencillamente, que provoqué la división entre los miembros, ya que hice reír a los unos a expensas de los otros al encontrar el medio de designar a mis adversarios de una manera que los puso completamente en ridículo. Te das cuenta que los que no eran heridos han debido fingir que se toman a pecho la injuria hecha a sus cofrades; pero el golpe ya está dado, ahora tengo amigos y enemigos (4)".

No conozco nada mejor, para la explicación de las ideas y de las doctrinas, que la realidad de los hechos y la determinación precisa de las circunstancias en cuyo seno han sido

(4) Y en una carta de fecha posterior, a su otro amigo Ackermann (16 de mayo de 1841), resumía el asunto no menos vivamente y con cierto buen humor: "La Academia de Besançon, cada vez más furiosa contra mí, me había citado para comparecer ante ella el 15 de enero de 1841, término riguroso y definitivo, o a hacer valer mi defensa; se trataba de suprimirme la beca y de verme deshonrado públicamente... Si esta desgracia me hubiera alcanzado, me arruinaba y me perdía para siempre. No me quedaba otro recurso que partir para Rusia o para América. La desgracia me dió fuerzas; había agotado todas las explicaciones, recurrí a la amenaza. Escribí un memorial, de modo que pudiera ser impreso; me proponía llevar el debate ante el público de Besançon y erigirlo en juez de mi conducta y de la de los académicos. En este escrito insistía con más firmeza que nunca en mi doctrina, mostraba que existía y que era profesada en todas partes, de manera que en realidad yo sólo era el expositor, y por así decirlo, el jefe. Varios miembros de la Academia estaban nominalmente designados como mis enemigos, y también, eran bastante maltratados; en una palabra, mostré los dientes e hice comprender a la Academia que, si buscaba escándalo, lo tendría. Parece que lo entendieron; una mitad de la Academia se puso a reír de la otra; el prefecto me ayudó; comenzaron a decir que yo era un muchacho talentoso y que podía llegar lejos; en una palabra, fuí "absuelto", creo, por unanimidad. Actualmente sólo se habla bien de mí, aunque se me censura en muchas cosas."

concebidas. El ser pensante está dotado, se dice, de una facultad libre o al menos singularmente móvil para la dirección de sus conocimientos y de las aplicaciones del espíritu; pero esta dirección depende aún de algo distinto de un puro movimiento intelectual: se resiente del estado de las fibras y de mil resortes secretos cuya mayor parte se nos escapa. Que al menos, si podemos coger algunos, se nos permita indicarlos y hacerlos ver palpablemente. Dije que Proudhon volvió de Besançon a París en octubre; quería llegar a París a tiempo para ver y abrazar a su amigo Bergmann, cuyas vacaciones terminaban, y que debía partir para Estrasburgo. ¿Sabéis cómo viajaba? Me entero, incidentalmente y por casualidad, por una carta de Proudhon del 30 de setiembre:

"Querido Bergmann: partiré el domingo 11 de octubre, sin falta, y, "aunque haré el viaje a pie", llegaré a París, a más tardar, el sábado 17. Trata, pues, de prolongar tu estada del 15 hasta el 20, para que pueda verte. No puedo hacer otra cosa . . ."

Sentía la necesidad de una conversación a fondo con una inteligencia pariente de la suya; uno no se explica nunca completamente sino de viva voz:

"Puedes estar seguro de que aprovecharé tus observaciones, aunque todavía no prometo obrar como tú me indiques; pero cuando un hombre dotado de inteligencia critica una cosa, se le escapan siempre pensamientos, expresiones que son trazos de luz para un autor atento. Sobre todo, por eso todas tus observaciones me son preciosas: por eso quisiera escucharte. D . . . me hace saber que todo está listo para una segunda edición. Antes de hacer nada, quisiera, pues, sostener una conversación contigo."

Y al final de esta misma carta:

"Espero verte: únicamente por ti parto un mes antes de

lo que hubiera deseado; únicamente por ti voy a quebrarme las piernas."

Así, este hombre inteligente y sensible, para ir a ver a un amigo, de cuya conversación está privado desde un año, para ir a escuchar sus consejos, para desahogarse con él y procurarse una de esas buenas y sanas charlas que son una necesidad del alma y en las que el pensamiento se corrige o se madura en una concordia o en una contradicción fecunda, se ve obligado a recorrer a pie un camino de más de 80 leguas, y al llegar uno o dos días demasiado tarde, no logra verlo. El deber, que ordena, obligó al amigo a partir. Los que viajábais entonces en silla de posta, los que contempláis cómodamente, los que, extendidos a lo largo, sólo os ocupáis de los espectáculos variados que se desarrollan ante vuestros ojos; los que, al descender del coche, en cualquier lugar, os distraéis visitando las galerías de cuadros, recorriendo los teatros; los que asistís cómodamente al juego de la vida y véis que en cierto modo el estudio fácil confundido con el placer os sale al encuentro, no seáis tan severos con un áspero contradictor; admitid que la filosofía de un hombre, de un cerebro, por firme que sea, tiene derecho a resentirse de ese estado de penuria y de sufrimiento que es el de la inmensa mayoría de nuestros semejantes; los viajes pedestres de Juan Jacobo influyeron, sin duda, mucho en su manera de ver y de sentir; pero en este caso, son más que largas excursiones en las que se va a la aventura y soñando, son marchas necesarias y forzadas. Si al día siguiente de un viaje como éste, se pone uno a escribir, las piernas deben subirse, me parece, hasta el cerebro. Esto, me dice alguien, no deja de cambiar algo los puntos de vista, aun en economía política.

Proudhon, que tenía un noble pudor viril y que, entre todos los hombres, era el menos dispuesto a exhibir sus sufrimientos; que se contentaba con decir, en los peores

momentos: "Sé lo que es la miseria, la viví", se daba perfecta cuenta del efecto inevitable que producían semejantes circunstancias sobre su manera, sino de pensar, por lo menos de escribir. Ackermann, en esta época, le dirigió, desde Berlín, críticas detalladas sobre su Memoria, y particularmente, sobre el tono que había adoptado con el púbico, y Proudhon le respondía desde París (15 de noviembre de 1840):

"Sus críticas son sensatas: todo el mundo me las hizo, y no puedo tener razón contra todo el mundo. En la forma de mi argumentación he incurrido tanto más en error, cuanto que mi dialéctica es invencible, puesto que, al restablecer dos elementos, omitidos hasta el presente por los economistas en sus especulaciones políticas e industriales, derribo fácilmente la base de toda nuestra jurisprudencia y policía administrativa. Sólo tengo una excusa; cuando un hombre de casi 32 años, está en un estado próximo a la indigencia sin que tenga la culpa; cuando llega a describir de golpe, por sus meditaciones, que un "error de cuenta", una mala contabilidad es la única causa de tantos crímenes y miserias; cuando, al mismo tiempo, cree observar en los abogados del privilegio más impudencia y mala fe que incapacidad y necedad, es muy difícil que su bilis no se encienda, y que en su estilo no se sientan los furores de su alma ([5]). Usted habla a sus anchas, usted, que es artista, para quien todo lo que se escribe no parece ser más que materia de ejercicio y tema de retórica: mientras yo sufro, hiervo, me encolerizo, usted mide sus frases, pasa por el tamiz algunas expresiones un poco duras. Se sorprende al comprobar que soy menos delicado que un Voltaire, un Hamilton, un Suard, etc. ¡Eh! Deje un poco a sus literatos cortesanos y millonarios, y

---

([5]) La misma idea se encuentra reproducida casi textualmente en la segunda Memoria sobre la Propiedad o "Carta al señor Blanqui".

mire abajo; mírese usted mismo y dígame si su propia condición no es para mí una excusa suficiente (6)".

Sin embargo, prometía corregirse y se jactaba de que refrenaría su resentimiento, para dorar la píldora, como se dice, y para presentar en una forma más conveniente y suave las verdades que, en su entera crudeza, habían sublevado a todos:

"Sea lo que fuere, voy a cambiar mi batería; en adelante, en lugar de mojar mis flechas en vinagre, las mojaré en aceite; la herida será menos aguda, pero seguramente mortal. El padre Weiss me decía lo mismo que usted: "Querido amigo, usted perjudica su causa con su manera de defenderla; ¿olvidó la frase de Enrique IV: "se cogen más moscas con una cucharada de miel que con cien toneles de vinagre"? "No se trata de cazar moscas —le respondí—, se trata de matarlas". Esta humorada hizo reír a nuestro excelente bibliotecario, que vale, él solo, diez veces su Academia. En fin está dicho, voy a reformarme."

Proudhon no contaba bastante con su temperamento, o más bien, se sentía dividido, y se ve muy claramente, me parece, reuniendo sus confidencias, hasta qué punto hubiera sido posible que en un momento dado, bajo el imperio de otras circunstancias, se decidiese en forma muy distinta y tomase un camino diferente, aun cuando el fin siempre fuese el mismo:

"No me horrorizo por las faltas de elegancia y por las brutalidades de detalle —decía—; el apren-

(6) Encuentro aún en la misma carta una de esas notas dolorosas, que ya oímos, sobre su aislamiento moral: "Ahora estoy casi sin sociedad: ya no voy a la casa del señor Droz, temo visitar al señor Cuvier, porque puedo encontrar a los contertulios habituales de mi ex-tutor acadédemico; estoy a cien leguas de Bergman, a 400 de usted, soy viudo de Fallot, cuyo recuerdo no fué nunca tan vivo; por momentos caigo en un abandono inexpresable".

diz, ante de ser herrero, debe quemar muchos kilos de hierro. Sólo la costumbre del oficio me corregirá ciertos defectos: lo único lamentable es que "me estrene" con cuestiones tan importantes."

Se daba cuenta de lo que le faltaba en el fondo; tenía avidez por estudiar y profundizar. Su amigo Bergmann le había hecho notar que, en su primera Memoria, la filosofía, la investigación psicológica de la idea de justo e injusto, estaba puesta y como relegada a continuación, en el último capítulo, en lugar de estar a la cabeza y de preceder, como hubiera debido ser naturalmente. En tal materia social, parece que la razón moral deba privar sobre el cálculo aritmético, aun sobre el más exacto. En una palabra, la economía política, ¿es una ciencia de cálculo o una ciencia moral? Advertido Proudhon, no se lo dejó decir dos veces: comprendió perfectamente que la moral es la que debe establecer los principios de la justicia, y que, una vez aceptados esos principios, en seguida el cálculo los aplica, sencillamente, y en cierto modo hace el reparto entre los diversos miembros de la sociedad. "Sí —escribía a su amigo—, acepto tus críticas . . . Sí, las ideas presentadas en ese capítulo V exigen otros desarrollos: no se dejan tratar como al desaire." Pero, en lugar de refundir su primer trabajo, pensaba más bien en emprender otro más fundamental y en el que las cuestiones fuesen estricta y ampliamente discutidas. En su investigación de los primeros principios fué llevado al deseo de estudiar y comprender los sistemas de metafísica alemana, de los cuales oía hablar, y que apasionaban a los espíritus del otro lado del Rhin. Nunca se informó de ellos sino por casualidad y secundariamente. Por entonces leía a Kant: "Lo encuentro, decía, de una sublimidad espantosa, lo sigo con dificultad." Presentía, pues, que por ese lado había, y en las tendencias de los tres famosos continuadores de Kant, relaciones de afinidad con su propio espíritu de las

que hubiera podido aprovecharse. Se encontró, sobre todo, más tarde con Hegel, pero por instinto y sin haberlo leído. Algunas conversaciones lo ayudaron. Como tenía la ambición de construir, a su vez, una psicología, una lógica, y lo que es más, una nueva metafísica, y como se daba cuenta de que sería completamente "excéntrico", experimentaba la necesidad de fortalecerse y animarse con las ideas audaces de algunos grandes pensadores contemporéneos. Su espíritu absoluto y riguroso, si no hubiese tenido entonces que ocuparse de los intereses materiales y de lo positivo cotidiano, estaba tentado violentamente por la ciencia y por sus investigaciones elevadas, arduas, llenas de atractivo en su profundidad:

"Empiezo a aburrirme de mis querellas políticas: el amor por la ciencia, de un lado, me seduce y me ordena pasar a otra cosa, porque me hace creer que ya hice bastante en materia de propiedad; por otro lado, el sentimiento de la injusticia y el ardor de mi temperamento me arrastran a una nueva guerra. ¿Qué quieres? Quisiera crear una metafísica nueva; y la cuestión social me ofrece una materia tan rica para tratar, que no puedo renunciar a un tema en el que veo la ocasión de desplegar todas las riquezas del estilo y todas las fuerzas de la elocuencia. La razón pura es mi divinidad; pero quisiera ensayarme una vez más en el arte . . ."

El "arte", la palabra puede parecer extrañamente elegida; tiene, sin embargo, su exactitud. Había, en Proudhon, aptitudes de dos hombres que se hicieron continuamente competencia, el "sabio" y el "escritor". El sabio es discutido. Su Correspondencia mostrará algún día que, en el fondo, lo era mucho más de lo que se supone, y que hay en toda su obra, tan irregular e insultante como aparece, un designio de unidad. Esta unidad consiste en que el autor, durante 25 años, no cesó de tratar de determinar cientí-

ficamente la justicia social, universal, que deberá servir a todas las clases de la sociedad sin excepción, y en seguida en introducir la moral en la economía política sometiendo la libertad de cada uno o las fuerzas egoístas de la sociedad a la norma dictada por el sentido moral (7). Porque esta tentativa sea en parte excesiva o hasta quimérica, no por ello es menos grande en sí misma y digna en todo respecto de ocupar a una inteligencia elevada y severa. Esto, en cuanto al sabio.

Por su parte, el escritor, en general, es bastante reconocido en Proudhon: se formó por grados, pero bastante rápidamente. En la polémica sobre todo estalla y se manifiesta; su talento se complacía en ella. Le gustaba la guerra y la guerra gustaba de él. Proudhon tiene, por sí mismo, un buen lenguaje, fuerte y sano, extraído de las mejores fuentes: conoce bien el latín; escribe con analogía y propiedad en el sentido directo de la etimología y de la raíz. Todas sus acepciones de las palabras son exactas y justas. Es poco original cuando quiere hacer elocuencia propiamente dicha y lanzar apóstrofes o alocuciones a lo Juan Jacobo: pero en la lucha y en la polémica cuerpo a cuerpo, tiene expresiones felices y del vigor

---

(7) "Kepler trabajó 17 años para llegar a la fórmula de sus tres famosas leyes, y sólo Dios sabe cuál fué la masa enorme de cálculos y de cifras que tuvo que hacer para llegar a este famoso descubrimiento. Y bien, para comprender algo en el movimiento social, igualmente, hay que pasar por una serie de operaciones, no algebraicas, sino metafísicas. Por lo que estudié, me convencí de que todo está todavía por hacer en esta ciencia tan desacreditada bajo el nombre de metafísica, y me persuadí también de que estoy en el buen camino; pero ¿dónde está el público?" Hay que advertir que Proudhon da un sentido especial a la palabra "metafísica", de la cual hace como el haz de las leyes más generales y un método superior de verificación: "Según mi juicio, la metafísica recibe los materiales de las otras ciencias, de modo que, para ser metafísico hay que empezar por saber algo, y el que pretende hacer metafísica fuera de las ciencias, es un hombre, como dice San Pablo, "sicutœs sonans aut cymbalum tinniens" (carta a Bergmann, del 10 de noviembre de 1840).

más nuevo. Cuando ataca a los hombres, los derriba, todavía más seguramente que las doctrinas. Su primera familiaridad con la Biblia, que fué su principal libro clásico, le sugiere, más que a ningún escritor laico de nuestro país, donde se lee tan poco la Biblia, alusiones, frecuentes imágenes que aplica a nuestro tiempo con toda energía y franqueza. Se engañaba un poco cuando se creía capaz de una elocuencia suave y persuasiva, y cuando, mientras preparaba su segunda Memoria, decía:

"En esta segunda Memoria hablaré más a menudo al sentimiento y a la imaginación: revestiré con color, con carne y con sangre esa dialéctica descarnada que cansa y que pocos espíritus pueden tolerar. Destacaré este pensamiento fundamental de mi primera Memoria: que todos los males de la humanidad provienen originariamente de un simple "error de cálculo" (ya de desigualdad en el reparto de los bienes, ya de desigualdad de las facultades, ya sobre todo de la "apropiación del producto colectivo por un solo individuo"): trataré de infundir más encanto y elocuencia a mi dicción: en una palabra, procuraré ganar a los hombres por la persuación después de haberlos dividido por el razonamiento."

Uno sonríe involuntariamente al oírlo hablar así, adelantándose a su segundo escrito —que sólo se distinguirá del primero por una guerra más viva a los nombres propios— y prometerse ensayar un cambio completo de estilo:

"Deseo dar a mi segunda Memoria tanta amenidad, tanta cortesía, tantas gracias insinuantes, como hay cólera y aspereza en la primera. Ahora me doy cuenta de que me equivoqué al emplear la violencia y quiero reparar el error. Lamento esta desgracia tanto más, cuanto que me encuentro, en realidad, después de leer mi obra, demasiado fuerte como para necesitar grandes palabras" ([8]).

([8]) Carta a Bergmann del 10 de noviembre de 1840. Proudhon repe-

La mayoría de estas hermosas resoluciones debían desvanecerse en el combate. En presencia de sus adversarios Proudhon no se contenía, y el amor por el "arte", como él decía (hay que entender el arte de la guerra), lo llevaba pronto a la refriega.

Las condiciones materiales en que vivía eran demasiado penosas también para dejar lugar a las cualidades seductoras, aun cuando la naturaleza se las hubiera concedido. Para vivir tenía que imponerse pesados trabajos y faenas. En vísperas de verse privado de su beca académica, debió pensar en procurarse otros recursos. Los había encontrado en una ocupación bastante singular. "Recientemente, escribía a un amigo (1º de enero de 1841), se me ha propuesto entrar en la casa de un juez autor en calidad de secretario: 1.800 a 2.000 francos, 6 horas de trabajo por día". Al principio vaciló, y terminó por aceptar. Es divertido oírlo definir su nueva posición:

"De economista que era, héme aquí convertido en criminalista. Voy a colaborar con un magistrado de París, que tiene ganas de ser diputado y que desea acreditarse con un buen libro: la filosofía va a actuar todavía sobre los espíritus

---

tía lo mismo a Ackermann en una carta del 15 de noviembre; estas concordancias prueban una vez más su completa sinceridad: "Después de tres meses acabo de releerme por primera vez, y he aquí lo que noté en mi obra (la primera Memoria sobre la Propiedad): es bastante más científica de lo que yo creía cuando trabajaba en ella; es verdaderamente un tratado de "álgebra metafísica", como quizá no apareció ninguno todavía; hay en ella una masa tan grande de ideas que forman un todo orgánico y están bien encadenadas, y se precisa mucha atención para seguir el hilo y aprehender su unidad. Aquí y allí hay trozos bastante bien escritos, a veces hay elocuencia, en general una gran precisión metafísica y un método invulnerable. Lo mismo que Bergmann, creo que el V capítulo está menos trabajado, aunque contenga más hechos nuevos que los otros. En fin, el autor me parece bastante fuerte como para poder, en lo sucesivo, prescindir de la ironía, del sarcasmo, de la invectiva, y en general de toda la metralla declamatoria.

de una manera nueva. Estoy en tratos con un buen hombre que tiene completa confianza en mí, y que, salvo algunas mezquindades a las que asigna mucha importancia, me dejará exponer una parte de mis ideas. Aprenderé, pues, cosas nuevas y practicaré un poco; me mezclaré algo más con la gente y ganaré algún dinero. El 8 de febrero me instalaré en la casa de mi patrono, en la calle Saint Benoit (detrás de la calle Saint-Germain-des-Prés) Nº 18" (9).

El libro del magistrado no apareció; casi hay que lamentarlo, pues se habría encontrado allí el germen de más de una proposición proudhoniana que el autor real había puesto en él, y cuyas consecuencias no sospechaba el autor putativo a primera vista. La desconfianza sólo llegó más tarde. Proudhon, que por lo demás no tenía motivos para quejarse de este aficionado-adquiridor de ciencia, se había permitido, trabajando por su dinero, estampar su sello en más de un rincón, y aun se había reservado el derecho de gozar más tarde sus malicias. ¿Qué queréis? La servidumbre y la opresión enseñan la artería (10).

---

(9) Proudhon vivía antes en la calle Jacob Nº 16.

(10) Puedo dar algunos de los juicios de Proudhon sobre el patrono en cuyo honor trabajaba: es el desquite del explotado con el que consideraba, equivocado o no, como el explotador. El pobre hombre no sospechaba a qué clase de observador se había entregado; durante el tiempo que duró esta especie de servidumbre intelectual, Proudhon se refiere más de una vez a su patrono y habla de él en sus cartas con un tono de verdad y de burla mordaz; sin haber visto el modelo, uno ve que es real y parecido: "Estoy en tratos con un hombre bastante bueno, totalmente desprovisto de genio, pero que se precia de tener ingenio . . . Se le ha puesto en la cabeza hacerse autor, a fin de llegar a la presidencia de un tribunal o a la diputación. Pero es incapaz de cualquier cosa; le era necesaria una ayuda que le proporcionase la ciencia en tanto que él suministraba el nombre. Recuerdas en qué circunstancias acepté esta singular faena. Mi patrón quiere hacerse el liberal, el hombre de ideas "amplias" y "generosas"; pero no quiere la igualdad ni la sobera-

Si los amigos no escatimaron a Proudron advertencias y consejos sobre su primera Memoria, la prensa en cambio se mantuvo sobria, si no enteramente muda. Lo había previsto, y su previsión se justificó: "*La Revu du Progrès* de Luis Blanc y algunas otras publicaciones han mencionado ya mi trabajo (19 de agosto de 1840); por su parte, los grandes diarios no dirán nada hasta que el clamor público los obligue. Se dice que Armando Marrast participa de mis ideas; pero no las preconizará en *Le National* por miedo a espantar a sus lectores". En un determinado momento, la obra estuvo a punto de ser secuestrada:

---

nía del pueblo; se declara aristócrata y trata con gusto a los radicales de charlatanes y estafadores...

"He aquí cómo trabajamos: suministro para cada capítulo mi "filosofía", mis "ideas", etc., etc., y él borda algunas soserías de práctica o algunas pamplinas que se le ocurren y a las que cree cosas nuevas y bajadas del cielo. No leyó nada, y con una feliz memoria, su ciencia se reduce a algo de derecho romano o galicano y algunos versos.

"Generalmente, mi "filosofía" y mis "ideas" le parecen sumamente ingeniosas, hermosas, interesantes, originales; sin embargo, no son más que transformaciones de las diversas proposiciones de mi libro sobre la "Propiedad". Para hacer aceptar a este hombre las doctrinas más opuestas a sus instintos, basta presentarle bajo un aspecto particular lo que el año próximo me verás generalizar con un rigor terrible. Estoy, pues, aquí somo Satán al lado de nuestra primera madre."

En una carta a otro amigo, Ackermann, explica aun mejor en qué consiste su papel de diablo, y traza otro croquis del original: "Mi patrono es, por naturaleza, bastante aristocrático; pero quisiera ser diputado, y por eso quiere mostrarse liberal, progresista, amigo de la libertad y de la justicia, sobre todo original en algo. Por otra parte, no es uno de esos espíritus generalizadores que descubren en seguida todo un sistema por un simple aspecto de él que se les presente. Como la mayoría de los hombres, sin excepción de los sabios, mi patrono no va nunca, por inducción, de lo particular a lo general. Cuento con esto para construir mi proyecto. Le arreglo lo mejor posible un sistema completo de reforma judicial y de organización para la magistratura, sistema que no comprende sino en parte, pero que le parece a veces tan justo que se imagina que él mismo lo ha descubierto y me dice: "¿No es cierto que le di una buena idea?" Le diré que este sistema no es otra cosa que una aplicación particular de una crítica general de la Constitución y de nuestras insti-

"(10 de noviembre de 1840). Se retrasó la impresión de mi libro a causa de los temores que inspira el nuevo ministerio. Persisto en creer que estoy fuera de su alcance; pero el editor piensa de otra manera. Viendo en mí un "patriota" y no un estudioso, se dice: "Tarde o temprano éste será perseguido". En un consejo de estado o de ministros, hace algunas semanas, se trató el asunto de arrestarme junto con Lamennais; sin embargo, juzgaron conveniente dejarlo de lado en lo que a mí respecta."

El economista Blanqui fué muy útil a Proudhon en este momento. Apreciando todo el valor de este recién llegado a la ciencia, reconociendo, a través de las exageraciones y

---

tuciones políticas, que publicaré el próximo año. Haré un verdadero "sic vos non vobis", que solamente yo puedo terminar; y será curioso, después que 20 periodistas hayan elogiado el libro de mi burgués, que hayan admirado el método, la economía, la filosofía, verme cuando intíme al autor a llegar hasta las últimas consecuencias de sus principios, y a realizar las promesas que le hago formular de vez en cuando." Conviene entender bien la palabra "intimar"; Proudhon la explica en seguida: "Espero que comprenda mi plan, dice, no se trata de chasquear a un hombre que, en el fondo, es honrado, que tiene mucho ingenio pero poca inteligencia", cosa que yo no hubiera creído posible antes de conocerlo".

Lo que Proudhon se propone hacer es hablar del libro en alguna publicación suya, alabar al autor, al llamado autor, tomar nota de sus afirmaciones, de sus principios, señalar sus consecuencias rigurosas y aprovecharse entonces de la autoridad de un magistrado estimado por su ciencia. Son astucias dignas de Esopo.

En un tercer cuerpo de correspondencia dirigida al señor Tissot, encuentro el mismo retrato de su "burgués", con la misma línea divisoria formal entre "ingenio" e "inteligencia": "Desde que le conozco y desde que leí algunos escritos de Dupin, pude convencerme, decía Proudhon, que "ingenio" e "inteligencia" son cosas que pueden muy bien no encontrarse en un mismo cerebro". Si uno se asombrara de ver aparecer el nombre del señor Dupin como ejemplo y prueba en su apoyo, se lo explicaría, no obstante, por reflexión. En efecto, desde el día en que el señor Dupin terminó sus estudios, hasta su muerte, no avanzó un solo paso ni abrió el ángulo de su inteligencia un grado más, ni aun medio grado; con el pretexto del sentido común, este hombre tan ingenioso y tan locuaz no dejó nunca penetrar en su cerebro una sola idea nueva.

ofensas de expresión, lo que había de serio y de formidable en el razonamiento mismo, fué, en nombre de la Academia de Ciencias Morales, y con todas las reservas obligadas, un ponente justo y bondadoso. Proudhon escribía a Ackerman el 15 de noviembre de 1840:

"Las Academias de Besançon y de Ciencias Morales y Políticas de París rechazaron el homenaje de mi libro. De todos modos, el informe extenso que escribió el señor Blanqui, y que *Le Moniteur* del 7 de setiembre reprodujo en parte, me honra mucho. No se puede rechazar una obra con más miramientos e incluso elogios para el autor. Es una lección para mí."

Considerado como sabio por el señor Blanqui, Proudhon ganó con ello el no ser perseguido entonces como político: ese informe que lo refutaba, lo protegió. Proudhon demostró siempre gratitud al señor Blanqui por este honesto proceder con respecto a él: en los ataques encarnizados que dirigió contra los economistas más célebres, hizo una excepción para él sólo, y lo respetó con un cuidado muy particular. En cierta ocasión, después de febrero de 1848, sucedió que el señor Blanqui fué atacado en el diario en que escribía Proudhon: éste, que estaba ausente ese día, no lo supo sino a la mañana siguiente: habiéndosele quejado el señor Blanqui con cierta amargura, Proudhon se apresuró a responder al ofendido con una digna y noble carta de explicación y de excusa que ha sido publicada [11]. El Informe del señor Blanqui llevó naturalemnte a Proudhon a dirigirle, en forma de carta, su segunda *Memoria sobre la Propiedad*, que apareció en abril de 1841.

(11) En el diario *L'Epoque* del 8 de junio de 1865.

CAPÍTULO IV

Lo que Proudhon pensaba de las mujeres. — Sus costumbres puras desde la infancia. — Austeridad. — Su vocación por la paternidad y por la familia.

Antes de continuar, debo ocuparme de un punto que hasta ahora he descuidado, y que es esencial en toda vida. ¿Qué era Proudhon con respecto a las mujeres? ¿Qué resonancias tenía en esta naturaleza sincera el sentimiento más vivo y más delicioso, que la imaginación aun embellece y trasforma, que fué la ocupación, el encanto y el tormento de la existencia de Rousseau? También aquí escucharemos a los mejores testigos o lo dejaremos hablar a Proudhon.

Estaba naturalmente en guardia contra los sentidos, era capaz de ternura, pero de una ternura viril, honesta. Su juventud fué pura. Desde los años de colegio, sabía velar sobre sí mismo: cuando lo atormentaban durante la noche pensamientos voluptuosos, trepaba al granero, se ponía junto al tragaluz, contemplaba la luna, las estrellas, todo el severo esplendor sideral, y no volvía al lecho sino completamente calmo y serenado.

Tuvo una primera pasión de juventud, un primer amor. En una carta del 20 de agosto de 1838, que escribía desde Besançon a Ackermann, leemos:

"Lo noto a usted triste y melancólico en su estilo; veo

que no es feliz. ¡Por Dios, amigo mío!, ¡no espere serlo nunca! No es precisamente la felicidad la que corona nuestros afanes: los sacrificios, los sufrimientos, el hastío insuperable, el abandono, la desesperación, "haec est pars calicis nostri". Escribí en estos últimos días a mi antigua amante, que se halla en este momento en Lucerna. Se muere de aburrimiento o tal vez de amor: me pedía consuelo. "Considere, le decía yo, lo que ocurre alrededor suyo: ¿no es usted dulce, casta, laboriosa, honesta? ¿Cómo se explica que tenga apenas para vivir mientras que una multitud de prostitutas ostentan un lujo desvergonzado? Le explicaré este misterio. Dios ha querido que cuando el mal y el vicio lleguen al colmo entre los hombres, los buenos padecieran más que nadie, a fin de que se despertaran y se opusieran al desborde próximo ya a absorberlos. Hay en Francia 100.000 jóvenes que, como yo, han jurado cumplir esta santa misión, y tarde o temprano sabrán vencer o morir. Es propio de los hombres valientes combatir con la cabeza y con el brazo. Pero usted, pobre niña, pida a Dios que nos dé inteligencia y audacia, que bendiga nuestro ardor y haga triunfar nuestra causa". ¿Qué cree usted que pueda sentir una joven por un amante que le habla de este modo? Contesto a sus confidencias . . ."

Se comprueba qué sentimientos viriles, extraños al amor mismo, se mezclaban hasta en las declaraciones apasionadas de este joven Espartaco; porque Proudhon es verdaderamente un Espartaco de la inteligencia.

Tenía, sin embargo, en este mismo orden de pensamientos, y encontraba, a veces, esas delicadezas morales que sólo conocen las almas sanas. Un día que otro de sus amigos más queridos había encontrado un obstáculo en el cumplimiento de sus votos, y parecía estar en vísperas de una decepción sentimental, Proudhon le escribía para consolarlo (1º de enero de 1841):

"Me apena que tus amores no hayan tenido un éxito más feliz, primero, porque quisiera verte feliz y contento, y después porque una mujer le sienta mejor a un estudioso que a un burgués disipado, grosero y corto de alcances. De todos modos me consuelo con una reflexión que, sin duda, tú no habrás hecho: y es que los primeros amores, que dejan huellas tan profundas en las almas castas, tienen a menudo el mérito de preparar una felicidad más sólida para una segunda unión. En general, querido amigo, los amantes jóvenes no saben ser felices con su amor y gozar convenientemente de ellos mismos: se adoran bastante bobamente; pero sus almas tienen más vivacidad y fuego que verdadero calor; a menudo se ignoran y no saben todo lo que valen recíprocamente; en una palabra, el arte, el saber falta a su pasión. No quiero predicarte aquí precisamente el refinamiento de la voluptuosidad: se trata sólo de la ciencia de amar y de ser amado. Lo que me dices de la joven me prueba que debía ser muy inexperta, y lo que sé de ti me hace creer que no hubiera encontrado un preceptor muy hábil. ¡Vamos, amigo mío, ánimo! Nada es más dulce y más bello que las primicias de una virgen; pero eso puede conciliarse con la razón y la inteligencia. Tendrás algo mejor de lo que se te escapa si no renuncias tontamente a lo que se te debe. ¿Cómo es que soy tan sabio, preguntarás, yo, que ni siquiera tengo mujer? Sencillamente porque desde muy joven tuve un amor honesto y porque maduré por encima del amor. Dentro de poco sabrás tanto como yo."

Estos pocos rasgos bastan para edificarnos con el carácter original de la juventud de Proudhon. Supo siempre mantener la integridad de su ser moral y la fuerza entera de su inteligencia. La voluptuosidad, ya se ha observado, es un gran agente de disolución de la fe e inocula, en mayor o menor grado el escepticismo. La vaga tristeza que emerge, se ha dicho, y se exhala como un perfume de muerte del seno de los placeres, esa lasitud enervante y desalentada, no es

solamente una turbación por lo que respecta al sentimiento, sino que actúa también sobre la cadena de las ideas. El principio de certeza en nosotros a la larga se resiente y se desconcierta. Hay una derivación en la austeridad de creencias. Proudhon estuvo exento de esas debilidades; para hablar con el lenguaje de Rivarol o de Chamfort, dos hombres de los que menos se le parecen, diría que no abrió ningún cauterio a sus convicciones. Ablandarse o distraerse, era, para él, corromperse. Proudhon, hombre laborioso, abrumado, que llevaba su propia carga y la de sus harmanos los desheredados, que no tenía horas de distracción, que razonaba sin tregua y sin ensueño, fué también lógico en eso: tuvo horror al afeminamiento. Compadecía a los seres débiles, a los que seduce lo novelesco; le asqueaban esas otras diversiones que no distinguía del vicio. Este Sansón estaba a prueba de las Dalila. Su naturaleza ruda y franca, rústica por fuera, delicada en el fondo, estaba hecha para los deberes y para las virtudes en el orden doméstico, para el matrimonio y la paternidad.

El 23 de enero de 1842 escribía, felicitándolo, a su amigo Bergmann, que acababa de casarse y que le participaba sus alegrías hogareñas:

"Leí tu carta con gran placer, y me alegra mucho tu felicidad doméstica. Sé desde hace tiempo que una inteligencia por encima de lo ordinario no va sino acompañada de una gran sensibilidad; y así el que parece lleno de calma y reservado no dice todo lo que siente. Sé pues feliz, tanto como pueda serlo un hombre honesto y estudioso; conserva y aumenta tu felicidad; la parte que un hombre puede tomar en los negocios de este mundo es tan pequeña en comparación con la que le queda por dar a sus intereses, que es locura, lo digo sin predicar el egoísmo, querer sacrificar un bienestar fácil y seguro a vanas especulaciones de ciencia o de sacrificio. ¡Alégrate, dice Salomón, con la esposa de la juventud!;

luego adora a Dios y ejercita tu alma en la contemplación de sus obras. La ciencia no dejará de desarrollarse, aunque no perezcamos por ella: la violencia, si conduce al reino eterno, hace abortar a menudo la verdad. No se haga nada con exageración, nada antes de tiempo; cada uno para su felicidad, y todos para el estudio: son los preceptos de la Sabiduría."

Se ve que si Proudhon no practicó siempre la sabiduría, no era por no haberla sentido y comprendido; tenía su genio, su demonio. En cuanto a lo que concierne al amor en sí, al amor-pasión considerado independientemente de la paternidad y de la familia, lo tenía en muy poco; lo considedaba como una enfermedad de la estación, un calor esencialmente pasajero, indigno de ocupar a un ser pensante. Escribía a su amigo Ackermann, de 31 años de edad, el cual, estaba enamorado y no lo ocultada, en vísperas de su casamiento:

"Está usted en el momento de la vida en que el amor nos "pica" más: después disminuye. Todo eso no es nada: ver, saber, formular lo bello y lo verdadero es lo único que cuenta."

Con esto, Proudhon decía la última palabra de su naturaleza austera, que no experimentaba ninguna necesidad de distraerse y recrearse (1).

(1) Aún físicamente, si me atrevo a hablar así, Proudhon tenía ideas particulares sobre el papel de los sentidos, sobre el imperio que ejercen a su respecto la voluntad y un régimen laborioso, honesto. En una carta al señor José Garnier, el economista, partidario de Malthus y de la teoría que recomienda al sentido común del hombre la mesura y la reserva hasta en el matrimonio, Proudhon escribía con fecha 23 de febrero de 1844: "...Todo lo que se ha escrito sobre este tema me inspira profundo desagrado e inexpresable piedad. Soy, pues, como usted, señor, partidario de Malthus, y en alto grado; es decir, que me refiero exclusivamente a "la abstinencia" en lo que respecta a la población. Le confesaré algo más, si usted quiere, y es que creo que en el futuro

habrá otras costumbres distintas de las nuestras, una espiritualidad en amor que realizará lo que había presentido Platón, y de la que el cristianismo ha dado más de un ejemplo. Considero nuestra lascivia actual como algo completamente fuera de la naturaleza; esa exhibición de ternuras, aunque honestas y delicadas, esas expresiones ardientes a propósito de las mujeres de que están llenos los libros modernos me parecen más efecto de una excitación erótica desordenada, que síntomas de tendencias legítimas. Si me estudié bien desde los 15 años, y si, como todo hombre, llevo en mí un ejemplar fiel de nuestra naturaleza, llegué a conclusiones muy diferentes. La exposición rápida de mis apreciaciones sobre esta materia ardua parecerá ridícula, pues hemos materializado mucho el amor y nos hemos hecho demasiado groseros. Es necesario un libro escrito expresamente para esto, un libro irrefutable que sirva a la vez de protesta y quede como un remordimiento eterno de nuestra conciencia contra el libertinaje de nuestros corazones." Hay mucha verdad en esta severidad, sobre todo si se aplica a un género entero de literatura. Pero de todos modos ¿me será permitido decir que Proudhon habla de estas cosas un poco a su gusto? Bien se ve que el amor y todo lo relacionado con Venus no es el punto débil de Proudhon. Esta abstinencia de que habla, y que practica, no tiene su aplicación eficaz en todos, sino respecto de las pasiones secundarias; no es tan fácil practicarla cuando se trate de lo que Pope llama pasión "dominante". Que procure pues él mismo abstenerse de esa doble pasión intelectual que lo posee y que constituye el fondo de su naturaleza, que procure moderarse en esa doble cuerda y en esa doble fibra que vibran irresistiblemente en él, la lógica y la "combatividad".

CAPÍTULO V

Con qué disposiciones fué escrita la Carta al señor Blanqui. *Esperanza; inquietud. — Peligro evitado. — Moderación relativa. — Pasajes elocuentes.*

La "Carta" al profesor Blanqui debía ser, según el primer pensamiento de Proudhon, un acto de moderación relativa: debía encerrar un examen crítico de las doctrinas que habían aparecido seis meses atrás sobre la Propiedad:

"Este examen, decía Proudhon (1º de enero de 1841), está destinado a evidenciar definitivamente mi posición de sabio, no de demagogo: espero el mejor efecto de las explicaciones que daré sobre mis intenciones pacíficas y la línea de conducta que quiero seguir."

Y el 31 de enero:

"En este momento termino mi "Carta" a Blanqui sobre la Propiedad; la imprimiré aparte y formará una segunda Memoria, de alrededor de 100 a 120 páginas. En lo sucesivo publicaré por folletos mis nuevas elucubraciones: si no, mis estudios aparecerán con intervalos demasiado largos; espero que esta "Carta" produzca un efecto muy feliz sobre el público y sobre los hombres del gobierno: en ella doy cuenta de mi conducta, de mis sentimientos, confieso mis errores *(si quæ sunt)*; después vuelvo a enfocar la cuestión desde un punto de vista completamente original. Creo que hasta

ahora, en cuanto a la lógica, no hice nada tan perfecto: dentro de un mes podrás juzgarlo. Tengo tal confianza en la certeza de mis principios y en la rectitud de mis intenciones, que no desespero de obtener un día cualquier misión del gobierno, "servatis servandis", bien entendido . . ."

Pero en el momento en que apareció esta segunda Memoria, el autor confiaba menos, y no estaba tan seguro de su trabajo; escribía el 24 de abril:

"En este momento estoy, como le sucede a todo autor, muy preocupado por la suerte de este nuevo escrito: tengo ya la certidumbre de que me procurará muchos enemigos y ningún pregonador: ¡Quiera Dios que no me ponga en ridículo! El comienzo es seco y austero, hacia la mitad se hace un poco más interesante, a causa de la parte histórica: traté de hacer que el final, compuesto de controversias, sea lo menos insoportable. Lo que más me fastidia en el oficio de autor, es estar obligado a divertir al lector, cuando debiera bastarle que yo razone con justeza.

"Tal vez notes todavía en el estilo de este folleto, demasiada tiesura, y que el tono que afecto tomar es demasiado fanfarrón y arrogante: es un *tic* de originalidad que no busco, del cual me será muy difícil despojarme completamente, y que trato de hacer lo más tolerable que puedo. Por otra parte, parece que hoy basta gritar y amenazar para tener razón; esto da buenos resultados con los tontos: las personas sensatas advierten el motivo y perdonan al autor."

Se excusa ingeniosamente. Pero lo cierto es que ese "tic", como lo llama, y esa "arrogancia" de tono que formaban parte tanto de su naturaleza como de su talento, lo ponían en evidencia, llamaban la atención, apenas entraba en juego. El inconveniente, de todos modos, era mostrarlo demasiado a los tontos o a los locos y ocultarlo y disfrazarlo demasiado a la mayor parte de los sensatos. Estas dos Memorias sobre la propiedad no eran, por lo demás, a sus propios ojos,

más que un preludio, una escaramuza, verdaderos "mendrugos": pensaba más lejos, en su obra de sabio. Su ambición, en este sentido, era muy grande: no creemos perjudicarlo si la descubrimos en toda su ilimitada extensión. En víspera de crear un método riguroso y universal que había faltado hasta entonces, Proudhon no creía ser menos que un inventor. ¡Quimera!, ¡quimera!, se dirá; pero es hasta hermoso naufragar en esos mares inmensos:

"Me parece, escribía confidencialmente a su amigo, el filólogo-filósofo de Estrasburgo, que mis ideas se precisan cada vez más y que me encamino directamente a la restauración, aunque no debamos decirlo, a la creación de la filosofía como "ciencia". El señor Jouffroy lo dijo muy bien y todo lo que hizo la filosofía se reduce a esta proposición única que él desmenuzó en doscientas páginas. La filosofía no está todavía definida por su fin, ni por su objeto, ni por su método. Por mi parte, pienso a mi vez construir un sistema de filosofía: aplicar el razonamiento y el método a todas las partes de la religión y de la moral, así como lo hago en este momento en la política, como los sabios especializados lo hicieron en historia natural, en física y en matemáticas, como, desde hace algunos años, los lingüistas lo hacen en las lenguas: después, generalizar, por composición e inducción, los métodos y las leyes de todas esas ciencias, y formar, con todas esas especies, un "género", que será, "in abstracto superiori", la filosofía.

"Ves pues que mis estudios económicos y legislativos (1), son, hablando propiamente, una serie de experiencias lógicas, que todavía no sé dónde me conducirán, pero que segura-

(1) Por estudios legislativos entiende hablar aquí del trabajo en que se ocupó para ese juez del tribunal del Sena, que sabemos que es el difunto señor X..., trabajo que debía tener por título: "Filosofía de la Instrucción criminal" y que lo llevó a encontrar, al mismo tiempo, una cantidad de cosas originales e interesantes.

mente me conducirán a alguna parte. Me gusta conversar contigo de estas cosas porque las comprendes muy bien."

En el billete de envío que escribía al profesor Blanqui, y al que adjuntaba un ejemplar de su "Carta" impresa (24 de abril de 1841), decía textualmente:

"Para que la jurisprudencia y la política lleguen a ser una ciencia, les son necesarias una "materia de experiencia" y un "campo de observación". La materia de experiencia es el hombre y la sociedad: el campo de observación es la historia, las religiones, las leyes, las costumbres, las creencias, la economía política, etc. ¿Qué hicieron los legistas hasta el presente? No han hecho más que partir de lo que llaman una "ley", es decir una "tradición", y aplicarla, por vía de deducción silogística, hasta en los últimos detalles. Pero sucede a menudo que una "ley", llevada a sus consecuencias extremas, se contradice con otra o se desmiente por el sentido común o por la misma naturaleza: ¿qué hacen entonces nuestros jurisconsultos? ¿Critican una y otra ley? En modo alguno; buscan en su cajón de tradiciones alguna vieja solución de comentador y salen del mal paso, siguiendo cada uno la opinión que es más de su gusto . . ."

Meditaba ya su próximo libro *La Creación del Orden en la Humanidad;* estas ideas lo poseían. Asistimos a la concepción, al estremecimiento intelectual de una inteligencia que cree llevar en sí una nueva ciencia y un mundo; su entusiasmo se mezcla con algo de deslumbramiento:

"Esta vez, escribía Proudhon a Bergmann (18 de julio de 1841), expondré las leyes económicas y universales de toda organización social. Acabo de escribir al señor Blanqui para pedirle audiencia y consultarle. Tengo que decir tantas cosas nuevas que puedo jactarme de que los que me leyeron con atención, todavía no saben nada. Verdaderamente la ciencia social es infinita, pues es la revelación de los secretos de la Providencia en las cosas de este mundo. En los últimos

quince días aprendí tanto, levanté un paño tan amplio del velo, que tengo la vista turbada. Necesito reposo: tengo que madurar mi germen antes de parir. Experimentaste lo mismo varias veces en tu vida: estudiamos en ocasiones largo tiempo, sin que el progreso sea sensible; luego, de golpe, los velos caen; después de un largo trabajo de reflexión, llega la intuición: es un momento divino. Es así, no creo equivocarme: habiéndote visto obligado a estudiar prosodia, en pocos días descubriste una multitud de cosas nuevas, curiosas, más sorprendentes que todo lo que ya habías publicado. Cuando un hombre aprendió mucho, cuando tiene suficiente erudición, no hay más que proponerle problemas y presentarle dificultades. Por poco genio que tenga, se lanzará como el sol y derramará olas de luz. Mi obra tendrá por título: *La Creación del Orden en la Humanidad.* Será una economía humana trascendente."

Entre tanto, su segunda Memoria seguía su camino y lo señalaba cada vez más, ante el público, como polemista y escritor de acción. Al respecto, Proudhon se inquietaba por la forma, y se preguntaba si había encontrado la que convenía a su designio; pues, "en Francia, observaba, el mal gusto y los vicios de forma son aun más temibles que el defecto de razonamiento, que muy pocos pueden seguir". Sin embargo, se trataba de otra cosa, de otro peligro:

"Hace algunas semanas —escribía (18 de julio)—, estaba, sin saberlo, a punto de que se me arrestase por crimen de "atentado". Mi segunda Memoria levantó esta tormenta. El señor Blanqui, que me hizo prevenir, y que también había sido denunciado como "co-conspirador", me dijo que la Memoria, a pesar del mejoramiento de la forma, había prendido fuego a la pólvora, porque yo había hecho entrar en ella a tanta gente que los monopolizadores del gobierno vieron la manifestación de un complot. Me tranquilizó en

seguida y me dijo que todos los ministros eran amigos suyos, que no toleraría que se me castigara. Al mismo tiempo escribió al prefecto de policía para presentarle quejas por la conducta a su respecto: en fin, este asunto ridículo se calmó; y prueba según mi juicio, que el gobierno no es malvado, sino que es necio y que está muy mal informado. Resolví tener, para lo sucesivo, a algún hombre poderoso entre mis defensores. Dirigiré un ejemplar de mis dos Memorias al señor Duchâtel (el ministro del interior) al mismo tiempo una carta firme y conveniente: espero que estará satisfecho. No dejo de consultar al señor Blanqui, y le hago entrever que haré marchar la ciencia económica y que le daré el cetro."

Proudhon, antes de 1848, y sobre todo antes de 1844, no invocaba en modo alguno la revolución: juzgaba severamente a ambos partidos, y no estaba por ninguno: antes que nada, deseaba que se le dejara desarrollar sus ideas. Su pasión no estaba del lado de ninguna dinastía, de ninguna forma política: detestaba un hecho, una realidad económica, y al no poder aniquilarla, ni siquiera atacarla de frente, hubiera querido tratar de tomarla por la cola, de flanco, y forzarla insensiblemente a trasformarse. En la línea de conducta que se proponía observar, y que hubiera preferido, olvidaba demasiado, sin embargo una cosa: que el gobierno propiamente dicho, es decir, el ministerio, era casi impotente para cubrirlo, para protegerlo. Y en efecto, en su primer anuncio, y por su insignia, había declarado una guerra a muerte a la clase media, topoderosa entonces; parecía, a cada vuelta, complacerse en irritar al toro con un paño rojo y en picarlo con un aguijón; no se moderaba con el clero ni con la magistratura, dos cuerpos poderosos, quisquillosos, vigilantes, y suficientemente independientes para desquitarse por sí mismos. Ponía en contra suya más gente de lo que aconsejaba la prudencia. Su deseo sincero de continuar siendo escritor, mitad filósofo y mitad batallador, juzgando

con verba a unos y otros, y no dándose a ninguno, está probado por todas sus confidencias de entonces y por la franqueza de sus declaraciones. Para cumplir semejante apuesta y no ser molestado demasiado en una posición tan audaz, realmente hubiera necesitado, en el seno del gobierno y de la mayoría, de algún hombre de Estado, de elevado espíritu, abierto, que lo apreciara, que desenredara el fondo de sus ideas, que sintiera en este joven un talento, una potencia, un peligro pero no un enemigo, que le sirviera de apoyo, y, por esto mismo, como moderador. Cuando veo cuánta estima profesaba Proudhon al señor Blanqui y cuánta gratitud le conservó siempre por haberlo defendido y comprendido, en medio de reservas, lamento que no le haya sido dado conocer familiarmente a hombres como el señor Rossi, como el señor Duchâtel, y debatir con ellos, sobre el terreno puramente económico, ciertas cuestiones; Proudhon hubiera ganado con esto, y tal vez, ellos hubieran también conseguido algo de él. Trató, en más de una ocasión, de abrirse camino hasta el señor Duchâtel; acabamos de ver que contaba con dirigirle sus dos Memorias acompañándolas de una carta, y lo hizo, sin duda. Renovó la tentativa cuando publicó su tercer folleto o "Carta al señor Considérant": se lo envió al ministro y le adjuntó una larga carta, con fecha del 20 de enero de 1842, que contenía su profesión de fe para el futuro; había tenido el cuidado de hacer notar que, en sus teorías más radicales, no atacaba la forma de gobierno, el cual era indiferente para su polémica, y aun podía aprovecharse de ella. Por desgracia, un ministro está preocupado, invadido por los asuntos y las cuestiones de cada día; las profesiones de fe de un recién llegado le interesan poco, y el espíritu más claro y sensato, cuando es ministro del interior, no tiene tiempo para filosofar. Cada uno permaneció entonces en sus líneas y en su papel; la fuerza de las cosas y de los caracteres lo llevó a las intenciones o a las veleidades del momento: lo

que debía suceder sucedió, y Proudhon llegó a ser, enteramente, Proudhon.

No conozco, por lo demás, mejor apreciación posible de su situación, ni tampoco una definición mejor que dar de su género de talento, que lo que dice en una larga carta a Ackermann, del 16 de mayo de 1841, —porque el verdadero título de mi trabajo podría ser: "Proudhon relatado y comentado por sí mismo":

"Acabo de publicar la segunda Memoria sobre la Propiedad, en forma de "Carta" dirigida "al señor Blanqui". Es una especie de apología de la primera Memoria y del autor. Desarrollé en ella nuevos puntos de vista: por ejemplo, que la humanidad, desde hace cuatro mil años, se aplica a un trabajo de nivelación; que la sociedad francesa, sin saberlo, y por la fatalidad de las leyes providenciales, derriba constantemente la propiedad; que todas las escuelas la condenan, etc. Esta exposición histórica y crítica de las tendencias y de las doctrinas termina naturalmente en esta conclusión: Debemos encaminarnos hacia el lado a donde vamos, puesto que la necesidad nos empuja.

"Esta Memoria les pareció a todos mejor escrita, más interesante y más mesurada que la primera: el señor Blanqui me dijo a este respecto las cosas más halagadoras, empeñándose en modificarme todavía, y prometiéndome que, a este precio, una tercera Memoria me haría un lugar en la ciencia.

"Puedo decir, en verdad, que no tengo un solo partidario, al menos declarado; la masa no puede seguir inducciones tan largas y tan abstractas; los entendidos no pueden pronunciarse, por prudencia: en fin, parece tan difícil admitir mis ideas como refutarlas. Entretanto, recibo directa e indirectamente, estímulos honrosos (1): hasta los que no están conmigo, me alientan para que prosiga; el señor Blan-

(1) Leo aun, en una hoja de carta desgarrada, sin fecha, pero que es de la misma época y que está dirigida también a Ackermann: "Me

qui, entre otros, me dijo que yo haría un bien muy grande, en cuanto no hubiera más motivo para temer de mis intenciones y del abuso que se podría hacer de mi libro. A esto respondí que sabré poner orden.

"Ataqué vivamente al "National", que lloró y apretó los dientes; hice una crítica muy viva a la filosofía de Lamennais, crítica que encuentran justa, pero que hubieran deseado más bondadosa para con el autor. Confieso que no puedo someterme a esta observación. Lamennais acaba de publicar un nuevo volumen que leí, y en el cual parece haberse tomado el trabajo de justificar lo que dije de él: que era "impotente en lo sucesivo": se sirve de la célebre profesión de fe del "Vicario Saboyano", y amplifica los argumentos de Juan Jacobo contra los milagros, las profecías, la revelación, el pecado original, el infierno, etc. Diatribas contra el clero y el catolicismo. Dígase lo que se quiera de este hombre, responderé siempre que no me gustan los apóstatas. Podía cambiar de ideas, pero nunca debía

---

enteré ayer de que un profesor de filosofía, al oír hablar de mi Memoria, se indignó tanto, que juró o refutar públicamente la obra o ser su "apóstol". Después de este hermoso juramento la leyó y se quedó estupefacto. Ya vi a dos o tres como éste, así de fuertes. Pero sin embargo, debo añadir que si no saben qué responder, tampoco creen; su espíritu se trastorna, he ahí todo. Un profesor de la Facultad de derecho me hizo llegar felicitaciones secretas, y se ofreció hasta para dirigirme en los puntos que puedo ignorar en materia de jurisprudencia.

Una princesa de Caraman (?) me leyó dos veces con la pluma en la mano, y terminó por decir: "¡Lástima que sea tan brutal!"

Me gustaría que usted estuviese aquí para demostrarle cómo hay que tratar a los literatos podridos. La indignación de un buen hombre produce efectos muy felices: lo experimento todos los días. Dicen que golpeo demasiado fuerte; pero en secreto, no se disgustan al verme derribar a la gente. Hasta me reprocharon que abuso de mi posición, que no ofrece ningún claro por donde tomarme, ni siquiera a la calumnia.

Una vez más, lo echo de menos, no solamente porque usted es mi segundo y mi testigo en mis luchas, sino también porque tomaría parte en ellas, mientras que todavía no tengo a nadie. ¡A nadie! estoy cansado..." Notamos el movimiento de su espíritu hacia arriba y hacia abajo en todos los momentos.

hacer la guerra a sus cofrades en el sacerdocio, ni al cristianismo, al que no se trata ya de atacar, sino de profundizar. Uno de estos días lo cogeré de nuevo.

Conocí a Pedro Leroux, persona amable y espiritual.

Usted ve, pues, cuál es mi posición: soy autor de dos Memorias contra la Propiedad, que quedaron sin refutación, aunque fueron leídas curiosa y minuciosamente; estoy empeñado en un camino todavía inexplorado (quiero rehacer toda la legislación, sustituyendo los antiguos principios por principios nuevos); anuncio nuevos escritos más explícitos, y esta vez, más positivos; no puedo retroceder. Considero mi tarea muy grande y muy noble: sólo me resta hacerme digno de ella. El género "Memoria" parece ser el que me conviene: mitad ciencia, mitad panfleto, noble, alegre, triste o sublime, habla a la razón, a la imaginación y a la sensibilidad; creo que me convendrá atenerme a esta forma. La ciencia pura es demasiada seca, los diaros son demasiado fragmentarios, los tratados largos, demasiado pedantes. Beaumarchais, Pascal, son mis maestros. Pero, ¡qué ventaja tengo sobre ellos! Hago intervenir al mundo entero en mis escritos; no hay una sola cuestión de filosofía, de moral o de política que no pueda hacer entrar en esas memorias. Ahora lamento mucho mi esclavitud: voy a apresurarme a entregar a mi "patrón" los materiales de su libro (2) y el

(2) El libro sobre la "Instrucción Criminal" que preparaba para el señor X... —Como antes que nada es preciso ser justo, y como últimamente me llegaron informaciones precisas sobre las relaciones de Proudhon con ese magistrado del Sena, diré que tal vez Proudhon lo había creído al principio un poco más ingenuo y más incauto de lo que era en realidad. Lo cierto es que en la época en que Proudhon escribía esta carta a Ackermann, el juez parecía ya muy enfriado por el trabajo de su coloborador, y parecía resuelto a no hacer de él ningún uso. Me basta como prueba este pasaje de una carta de Proudhon al mismo magistrado: "(Besançon, 16 de agosto de 1841)... Comprobé con pesar, en los últimos meses de mi colaboración, que usted se inte-

1º de agosto me voy al Franco-Condado. Olvidaba decirle que corrí un peligro inmenso en ocasión de mi primera Memoria, que ha sido citada en todos los procesos políticos en compañía de lo más abominable que produce el radicalismo. Blanqui me salvó. El Ministerio, el Consejo de Estado, la Academia, la Bolsa, todos lanzaban gritos de rabia. En fin, ahí estoy; iré adelante a fuerza de ciencia y de metafísica, de precauciones y de sentido común.

Estaba en el camino, no tanto como lo suponía, y no quedó en él mucho tiempo. Si el lector, impacientado al verme proceder siempre por citas, me preguntara mi opinión sobre la segunda Memoria de Proudhon, diría sin vacilar que comparto casi enteramente la opinión del señor Blanqui. Mientras Proudhon no hace más que mostrar que el gran hecho y la institución de la propiedad están en camino de transformarse y de modificarse en una escala cada vez más variable y móvil; que en muchas circunstancias reputadas legítimas, esa religión antigua, inviolable, en la que se fundaba el viejo derecho, no es más tenida en cuenta: que la estatua del dios "Término" se aleja cada vez más fácilmente de nuestros días, puesto que así lo exigen el interés público o la conveniencia administrativa; que eso es natural de las diversas especies de propiedades; que las conversiones de rentas por el Estado, en tiempo oportuno, son sólo conside-

---

resaba muy poco en mi trabajo; asimismo, en varias oportunidades, me pareció que usted lamentaba haber comenzado esta empresa. No tengo, señor, más que un solo medio de tranquilizarlo y de defender mi redacción: y es romper nuestro compromiso el día que usted quiera, devolverle su dinero y tomar mis manuscritos. Cualquiera que sea su resolución, no por ello quedaré menos agradecido; en consecuencia, le ruego, señor, que acepte mis saludos y la expresión de mi gratitud". Dando, pues, su verdadero valor a las mofas y a las malicias que quedaron sin efecto, a expensas de un hombre hoy olvidado, para nosotros sólo subsiste un hecho en esta relación de Proudhon con el magistrado y que es por sí mismo suficientemente irónico: una inteligencia superior al servicio de una inteligencia inferior.

radas como ilícitas por los espíritus atrasados; que el impuesto, al no estar nunca mejor justificado que cuando castiga los objetos de lujo, tiende implícitamente a llegar a ser progresivo y a atacar sobre todo a los ricos; — mientras Proudhon se limita a hacer comprender que, para establecer la igualdad entre los hombres o al menos para determinar la pendiente directa que lleva a la igualdad, bastaría sin duda generalizar el principio de las sociedades de seguros, de explotación y de comercio, y que este modo de sociedad particular e inverso del otro tiende a desarrollarse y a multiplicarse, como por núcleos, en el seno de la gran sociedad que lleva así su germen destructor, o su correctivo si os gusta más—; aun cuando insistiera todavía en este hecho moral: que cada vez es menos honroso y le está menos permitido al hombre rico, al heredero, dueño absoluto de un instrumento de producción, tierra o capital, hacer nada, ser lo que se llama un inútil, y limitarse a gozar del producto de su instrumento como privilegiado, sin poner manos en la obra; a esto hubiera podido agregar Proudhon todavía que la justicia, tarde o temprano, se hace sentir sobre el que vive ocioso, y que las pasiones, los caprichos y los vicios, unidos a la igualdad de reparto, pronto redujeron, castigaron, y, después de una o dos generaciones, disiparon o dispersaron esos fondos de bienes acumulados que se creían inagotables: —mientras se complace en indicar esta conspiración general de las costumbres, de los hábitos, de las mismas leyes, contra la propiedad entendida en el sentido romano o feudal y reputada inmutable o perpetua, Proudhon dice la verdad y está en la corriente de lo posible. También dice la verdad cuando denuncia las contradicciones y las debilidades de la mayoría de los que pretenden asentar "a priori" el derecho de propiedad y cuando los hace disputar entre sí. Pero, cuando pretende tener en su poder, en materia social, "un método de investigación y de

prueba infalible", y que los otros no tienen; cuando se jacta de haber encontrado, para todo lo que concierne a la propiedad y a la justicia, "una fórmula que da razón de todas las variedades legislativas y que da la llave de todos los problemas", se engaña. Aquí está la piedra del obstáculo y el choque. Oprime desde demasiado cerca a la historia y quiere hacerle dar más de lo que contiene. La historia propiamente dicha —aunque la estudió interesadamente y por tajadas, según los cortes y las direcciones que le convenían en determinado momento— ocupaba naturalmente un lugar muy reducido en este espíritu razonador, organizador; la lógica lo era todo. Había alojado en su cabeza un "absoluto" de verdad: desconocía el eterno "más o menos" de las cosas humanas y la marcha coja de las sociedades. Es preciso, sin duda, marchar del lado adonde se va; pero no es necesario correr, ni sobre todo empujar tan fuerte a los otros que se termine por atemorizarlos a su vez y hacerlos retroceder. En ese panfleto, muy espiritual e incisivo, trataba, por lo demás, de todo: de las fortificaciones de París, del señor Thiers y de Carrel, de los fourieristas, de los filósofos (a propósito de su "criterium" o principio de certeza), de Lamennais, cuyo "Bosquejo de Filosofía" acababa de aparecer, y del cual señalaba audazmente lo vulgar, lo recalentado y la excesiva mediocridad de pensamiento del autor; en desquite, lo hacía más poeta de lo que era: Lamennais, con la pluma en la mano, es un orador, un declamador elocuente y vehemente.

Si quisiéramos citar, podríamos extraer de esta segunda Memoria de Proudhon pasajes excelentes, en especial un fragmento muy elocuente en el que contesta a los que lo acusaban de haber sido fourierista en determinado momento; declaraba no acordarse:

"De todos modos, exclamaba, ni siquiera me defiendo de haberlo sido; porque, puesto que lo afirman, es preciso que

haya sido fourierista. Pero, señor, lo que mis ex-cofrades no saben, y lo que los sorprenderá, sin duda, es que fuí muchas otras cosas: sucesivamente protestante, papista, arriano y semi-arriano, maniqueo, gnóstico, hasta adamita y preadamita, ¿qué sé yo?, pelagiano, sociniano, antitrinitario, neocristiano; esto, en cuanto a la religión; idealista, panteísta, platónico, cartesiano, ecléctico (es una especie de justo medio), monárquico, aristocrático, constitucional, babuvista y comunista; esto, en cuanto a la filosofía y la política; recorrí toda una enciclopedia de sistemas; juzgad, señor, si es sorprendente que, a través de tantas vueltas, haya sido un momento fourierista. Por mi parte, no me sorprendo en modo alguno, aunque ahora no me acuerde. Lo cierto es que el paroxismo de mis supersticiones y credulidades decae precisamente en el período de mi vida durante el cual se me reprocha haber sido fourierista. Actualmente, cambié por completo: mi espíritu sólo se somete a lo que le es demostrado, no por silogismos, analogías o metáforas, como se demuestra en el Falansterio, sino por un método de generalización y de inducción que excluye el error. No conservé absolutamente nada de mis "opiniones" anteriores; adquirí algunos "conocimientos": ya no "creo" más, "sé" o "ignoro". En una palabra, a fuerza de buscar la razón de las cosas, me dí cuenta de que yo era "racionalista".

"Sin duda, hubiera sido más sencillo comenzar por donde terminé; ¡pero qué! Si tal es la ley del espíritu humano, si la sociedad entera, desde seis mil años atrás, no hace más que equivocarse; si los hombres, en masa, están todavía sepultados en las tinieblas de la fe, engañados por sus prejuicios y por sus pasiones, guiados solamente por el instinto de sus jefes; si mis propios calumniadores están reducidos al estado de sectarios, pues se llaman "fourieristas", ¿seré yo acaso el único inexcusable por haber, en mí

fuero interior, en el secreto de mi conciencia, vuelto a comenzar al viaje de nuestra pobre humanidad?" ([3]).

Protestaba además, al terminar la segunda Memoria, y con completa sinceridad, contra la intención de trastornarlo todo para llegar a la igualdad, de "ponerlo todo de arriba

---

([3]) Esta especie de confesión, con la cual echaba tanta luz sobre su educación intelectual y sobre la evolución de su pensamiento, le fué reprochada en seguida, como no podía dejar de ocurrir, por ininteligentes o malévolos que se complacieron en trasformar lo que Proudhon había dicho de la "variedad de sus estudios" en una confesión descarada de la "variación de sus sentimientos". Estos 2 fragmentos, la profesión de fe y la contestación, se complementan y no pueden separarse:

"¿Ignora ese hombre, respondía Proudhon a uno de sus acusadores anónimos, ignora pues que, para juzgar a fondo un sistema, es necesario, en algún modo, "creer" en él, porque sólo se concibe bien lo que se estudia con pasión?; ¿ignora que el que sabe más en filosofía es el que tuvo más de esas creencias artificiales, y que variar así no es dar prueba de lijereza sino de perseverancia?

Se han visto a médicos inocularse la peste, a químicos tomar venenos, probar excrementos, respirar vapores mortales; y lejos de reprocharles la depravación de sus gustos, se ha alabado su celo por la ciencia y su sacrificio por el bien púplico. ¡Y sólo tendréis ultrajes para aquel que, con fines de cultura general, se sumerge en las inmundicias de la filosofía ("inmundicias", convengo, es un poco excesivo: la fuerza de la analogía y la necesidad de equivalentes en la expresión arrastraron al escritor); acusaréis al ideólogo del crimen de afligir su pensamiento con inexpresables torturas, y, como premio a sus desoladoras experiencias, insultaréis la lealtad y la pureza de sus sentimientos.

Hay que enseñar a ese anónimo, que no parece saber que un filósofo experimenta sobre las ideas como un físico sobre los cuerpos, lo que es "cambiar de opinión"...

Pero ¿qué digo?, mi causa es la de la humanidad; no la reduzcamos a las mezquinas proporciones del interés personal. ¿Qué son las legislaciones, los cultos, las filosofías, los cismas, las rivalidades nacionales y las guerras, sino la serie de las experiencias que la razón general debe cumplir sobre ella misma para elevarse al conocimiento de lo verdadero? ¿Qué son nuestras pretendidas ciencias morales, políticas y religiosas, sino el inventario de nuestras aberraciones y de nuestras locuras? Es necesario que haya sistemas, dijo el Apóstol, "oportet hoereses esse", a fin de que el hombre penetre las vías de Dios y los secretos de la naturaleza..." Si esto no es elocuencia, y una elocuencia que lleva a la verdad de las cosas, no entiendo nada.

para abajo". En esta época, es un reformador, no un revolucionario; aspira a convertir el mundo, y a comunicar su pasión por la palabra, pero por la palabra solamente y con método, por medio de la inducción, de la generalización y del progreso: "Considero, decía, imposible una desapropiación general; el problema de la asociación universal, atacado por ese lado, me parece insoluble. La propiedad es como el dragón que Hércules mató: para destruirla, hay que tomarla, no por la cabeza, sino por la cola, es decir, por el beneficio y el interés."

Está bien dicho, y, en su línea de convicción, esto es prudente y está bien pensado. El segundo folleto era, pues, incomparablemente más moderado que el otro, y relativamente conciliador. Pero la propiedad, por cualquier lado que se la toque, es quisquillosa y recelosa. Proudhon se había impuesto por misión especial atacar la desigualdad, y, por su ángulo más saliente y más sólido, por la propiedad; no soltaba la presa. Penetraba en ella y volvía sin cesar. No podía dejar de ser y de parecer amenazador.

CAPÍTULO VI

Tercera Memoria o Carta al señor Considérant. — *Teoría de la igualdad absoluta.* — *Violencia de la polémica.* — *Embargo y demanda por el tribunal de Besançon. Proudhon en la sala del crimen. Absolución.*

Y volvió a aparecer más amenazador que nunca, al menos en apariencia, con una tercera Memoria intitulada: "Advertencia a los propietarios, o Carta al señor Considérant", publicada el 10 de enero de 1842. Volvía a la refriega, armado de pies a cabeza, contra todos, y desde el comienzo su consigna era: "¡En la guerra como en la guerra!" Había sido atacado por un oscuro falansteriano; contesta y se dirige a su compatriota del Franco-Condado, el excelente y leal Considérant. En su defensa, golpea a diestro y siniestro. Critica a los otros, tiene ventaja y a menudo puede parecer victorioso: en la reivindicación positiva de su doctrina de igualdad, y en lo que expone de ella, deja apuntar el aspecto más singular y más exorbitante de su pensamiento.

No tengo ningún propósito de sumergirme en esta estrecha discusión; pero me es imposible, sin embargo, no indicar en qué se distingue Proudhon de los otros partidarios de la igualdad y de todos los que tienden a ella de una manera menos rigurosa, menos extrema. Parece admitir positivamente que, en la asociación perfecta, tal como la con-

cibe en su pensamiento, no habrá ninguna diferencia de apreciación y de medida en los salarios; que a este respecto, un general no merecerá más que un soldado, y ambos serán tratados en el mismo pie de igualdad; que las capacidades especiales y diversas se compensarán, y que no se tendrá en cuenta, o se tendrá en cuenta muy poco, la desigualdad de sus talentos. Esto lo lleva a descubrir todo su pensamiento: que, en la sociedad futura mejor organizada, por una consecuencia de la igualdad de las condiciones, todo tenderá a la nivelación de las inteligencias. Confieso que no pude nunca hacer entrar en mi cabeza esta equivalencia rigurosa de las capacidades o especialidades, y sobre todo que nunca me pudo gustar, en pensamiento y en perspectiva, la especie de sociedad que resultaría de ella. Pero no se trata, en este momento de mis gustos ni de mis confidencias. Se trata, en cambio, de establecer el pensamiento de Proudhon, y este pensamiento es positivo. Lo ilustraré con un pasaje de su correspondencia. Respondía, a uno de sus amigos, que, uno o dos años después, en ocasión de una nueva obra, parecía acusarlo de orgullo por querer renovar la tentativa de los Kant y de los Hegel:

"El título de mi última publicación (1) no le gustó a usted: usted me conocía demasiado bien para suponer que yo no llegaría nunca a ser un Hegel, un Kant, o tal vez un Newton en metafísica. Espero que la lectura de mi obra lo tranquilice. La falta de protocolo con que hablo de mí mismo y de mis antecesores, no le parecerá más que la expresión del sentimiento de igualdad que hay en mí, igualdad en la que creo con toda mi alma, y que, según mi opinión, debe extenderse un día a las facultades intelectuales. Creo que no seré nunca un Kant ni un Leibnitz; me faltan muchas cosas, no por la parte de la naturaleza, sino de la

(1) *La Creación del Orden en la Humanidad.*

fortuna. Pero le confieso que el estudio, desde hace dos o tres años, me enseñó a considerar sin terror, a todos esos grandes genios que el común de las gentes admira con justo título, y a quienes encuentro mucho más cerca de nosotros de lo que nos parece. Consecuente siempre con la misma psicología, llegué a creer, sin enorgullecerme en modo alguno, que yo podía (como cualquier hombre bien constituído) adquirir por el trabajo o por un buen método o instrumentación, la misma potencia intelectual de esos hombres a los que usted me compara irónicamente: agrego que la debilidad de espíritu, la imbecilidad, la ignorancia, la estrechez de concepción, son perturbaciones, "anomalías", que el progreso social debe hacer desaparecer: llegará un día en que la inmensa mayoría de los seres humanos, sin ser idénticos, tendrán capacidades equivalentes, del mismo modo que tendrán iguales salarios.

"Todas estas creencias pueden ser quimeras, pero destruyen hasta la sospecha de orgullo, hasta la posibilidad de exorbitancia de amor propio."

¿Puede edificarse sobre la piedra angular de semejante idea de la igualdad? ¿No se encuentran más bien, en el fondo del cerebro de todo pensador sistemático, arenillas y callosidades? Condorcet, en su género, no estuvo exento de ellas. Los racionalistas ardientes y severos, tienen también su manera de entusiasmo, y ven en sueño su reinado de mil años. Para aprovechar las buenas ideas de Proudhon, no es necesario seguirlo hasta este límite y estos extremos. En su preocupación casi exclusiva por el principio y el molde social, no estudió suficiente fisiología y desconoce sus leyes múltiples y misteriosas (2). En todo caso, esta convic-

(2) No me complaceré en oponer a Proudhon consigo mismo: sin embargo, si no cambió en su deseo y en sus miras de igualdad, tuvo ciertamente muchas dudas acerca del tiempo en que podría convertir a

ción singular lo llevó, en la "Carta al señor Considérant", a un elocuente discurso contra el genio y el talento, a una magnífica invectiva:

"¿Qué habláis ahora de talento y de genio? Ese descuento, reclamado con instancias tan ridículas por vuestras llamadas capacidades, es una rapiña ejercida sobre el producto del trabajador, a quien, con el pretexto de inferioridad funcional, retenéis en servidumbre. Desarrollad esas inteligencias, dad forma a esos órganos, emancipad esas almas, y pronto veremos, mortales desecados por el egoísmo, a qué se reduce vuestra pretendida superioridad.

"¡Talento y genio! palabras sublimes, con las cuales la sociedad gusta de recompensar, como a centinelas avanzados en su camino, a los más precoces de sus hijos; pero palabras funestas, que produjeron más esclavos que los ciudadanos que creó el nombre de la libertad. ¡Talento y genio! A estas palabras mágicas, como a una invocación de la Divinidad,

---

ella a la especie humana, y en varias oportunidades habló de los hombres como hubiera podido hacerlo el genio más aristocrático. Separo el siguiente pasaje de una carta escrita en momentos de desgano y de amargura, después de una de sus últimas decepciones revolucionarias: "Si bajamos nuestras miradas y las posamos en nuestra pobre especie, comprendo que, aun cuando tratemos de ganar para la dignidad humana el mayor número posible de bípedos, no debemos considerar como semejantes a nosotros más que a los que gozan, como nosotros, de la libertad de razón y de conciencia, lo que disminuye singularmente el interés que podemos tomar por el resto. Las masas brutales, siempre dispuestas a gritar: "¡Viva el rey! ¡Viva la liga!", no son la humanidad. La humanidad, querido amigo, es "lo selecto" que constituye el fermento de los siglos y hace levantar toda la masa. Veo, según las estadísticas, que hay novecientos millones de individuos con rostro humano sobre la corteza terrestre. Dudo que la humanidad se componga de más de noventa mil. Un hombre por cada diez mil cabezas: ¿no es todavía demasiado generosa la proporción?" (Carta a Carlos Edmond, escrita desde Santa Pelagia, 1851). Llamaría a esto, usando su propio lenguaje, las "antinomias" o "contradicciones morales" de Proudhon. Por lo demás, todo esto se explica. El espíritu, como el corazón, tiene esos flujos y reflujos.

el rebaño de los seres humanos se prosterna; la voluntad se apaga en las conciencias subyugadas; el espíritu se detiene, encadenado por la fascinación del miedo. "Mi genio asombrado tiembla delante del suyo" decía Nerón, hablando de Agripina; y la historia demuestra que el más cruel de los Césares no fué al principio más que un niño pusilánime. No lo dudemos, todos esos cortesanos de una grandeza usurpada, todos esos pensadores sin energía, esos escritores sin carácter, esos imitadores serviles, son hijos del miedo. "Nacemos todos "originales", exclama el indomable poeta de las "Noches" (3); ¿cómo es posible que casi todos muramos "copias"?". La aparición de un verdadero espíritu, nos quita sentido y fuerza. El miedo esteriliza ciertas épocas, del mismo modo que hace tributarios a ciertos Estados; el miedo de los siglos antiguos, trae la era de las decadencias; y cuando los tiranos quieren sojuzgar a las naciones, les infunden miedo a la virtud, les gritan que ya pasó el tiempo, que degeneraron las virtudes puras de sus mayores. He aquí por qué las sociedades tuvieron hasta el presente períodos de sueño y épocas de renacimiento, por qué toda manifestación del espíritu, así como de la libertad, comenzó por la rebelión. El hombre, aniquilado al principio ante esos ídolos que su imaginación le representa tan terribles, vuelve insensiblemente a tener valor; con el tiempo y la costumbre, disminuyen su miedo y su respeto; cansado de la obediencia, se levanta de golpe, y ya su corazón, mucho antes que su corazón, proclamó la igualdad.

"Dejad, pues, dejad crecer a esas jóvenes inteligencias atemorizadas por vuestras demostraciones de genio, y cesad de mendigar una indigna gabela para el talento, cuando tantas almas están privadas del alimento espiritual. El que no ha podido competir, no merece censura, y nadie tiene el dere-

(3) Young.

cho de llamar cobarde a aquel a quien la servidumbre mutiló. ¡Ah! soltad esa mano entorpecida por la miseria, colocad a ese hombre en las condiciones que la naturaleza exige, y atacadlo en su fuerza y en su juventud; después, si enrojece ante sus iguales, si el aspecto de su semejante lo humilla, si se atemoriza de la tarea más noble, golpead: no es un ciudadano, es un esclavo."

Recordamos que el filósofo de la imaginación, Malebranche, se alzaba contra la imaginación. Nunca se habló con más talento que Proudhon contra el mismo talento, ni se han provisto mejores armas contra sí. O mejor aun, viéndolo bien, el obrero y el proletario Proudhon, fuerte, consciente de su talento, se rebela, rompe sus ataduras, y pleitea ante todos por la causa de Proudhon y por todos los Proudhon del futuro.

Tendríamos todavía que señalar, en este folleto, la atroz definición o descripción que comienza así: "Cuando me represento esa máquina que se llama un diario..." Ciertamente, no es halagadora para los diarios. Proudhon la aplicaba al "National", con el cual estaba desde entonces en guerra abierta, encarnizada, inexpiable. Si en él hubo odio, fué precisamente por ese lado, contra los del partido republicano a los que llamaba "rutinarios orgullosos". Estoy obligado a decir que la violencia de esta polémica, desde cualquier punto de vista que se considere, y aun reconociendo la justeza de algunos puntos de mira, sobrepasa toda medida. Proudhon fué injusto. La "Carta a Considérant" suscitó un proceso; pero no de la parte de la que el autor casi lo esperaba, es decir, del lado del "National", sino de parte de la autoridad. Las cartas siguientes nos instruirán de todo el asunto en sus peripecias y nos permitirán asistir a la misma audiencia en que se juzgó.

El 2 de enero (1842), Proudhon, en víspera de su pu-

blicación y que no recelaba nada todavía, escribía desde Bensançon, adonde había vuelto desde hacía algún tiempo, a su amigo Bergmann, confidente discreto, consejero sensato, pero más escuchado que seguido:

"Por mi parte, querido amigo, me sumerjo cada vez más en la "economía" y en las investigaciones socialistas; no te escribí desde hace tanto tiempo porque tengo un nuevo folleto que quiero enviarte, y esperaba terminarlo. Un ataque fourierista, unido a la gravedad de las circunstancias, me forzó a tomar la pluma y a lanzar, al mismo tiempo que me defiendo, una especie de programa de la obra más importante que preparo. Podrás, creo, prejuzgar mis futuros trabajos según este anuncio; y tal vez no te asombres si te digo que, dentro de dos años, estaré, sin reservas, con armas y pertrechos en el Gobierno (4).

"Me reprocharás de nuevo el ataque terrible contra el "National"; mi respuesta es simple: fuí denunciado y señalado a la justicia por ese diario; ahora soy el ofendido y no el ofensor. Por lo demás, espero que el "National" no deje pasar así este nuevo golpe; porque, una de dos, o reventará por mis acusaciones, o dará explicación, retractación y profesión de fe contraria. Pleitearemos, sea ante los tribunales ordinarios, sea ante árbitros, y como preví el acontecimiento, no tengo nada que temer. Unicamente el "National" experimentará una sacudida. También es posible que comprenda el peligro de su situación y que tome el partido de callarse, y quizá esto fuese lo mejor; en ese caso, mis acusaciones subsisten, y ¡atención con las citas que podrían hacer otros diarios!

(4) "En el Gobierno": quería decir que el Gobierno lo toleraría y comprendería, que no solamente no tenía ningún interés en perseguirlo, sino que, al contrario, estaba interesado en dejarlo sostener controversias a sus anchas y en esforzarse en transformar y hacer derivar una parte de la irritación política hacia los problemas económicos.

"Espero partir para París esta semana. Mi negocio trabaja algo: soy impresor para siempre jamás. Conquisto, poco a poco, la simpatía de mis conciudadanos; me estiman los banqueros, los negociantes, los jóvenes, los abogados y los médicos; sólo la vieja Academia está en contra mía. Probablemente me espere un año muy duro, pero tengo motivos para creer que será el último. Nuestros consejeros municipales me buscan una colocación por aquí, para retenerme entre ellos."

Pero, una vez llegado a París, tres semanas después, las cosas tomaron un cariz distinto:

"(París, 23 de enero de 1842). Ocurrió algo imprevisto: mi folleto acaba de ser embargado por el tribunal de Besançon y estoy citado para comparecer dentro de ocho días ante el tribunal de mi departamento. Todavía no conozco el motivo de la demanda, ni sobre qué pasaje se funda la acusación; espero noticias a este respecto. Sea lo que fuere, mi plan de conducta está trazado: me resulta imposible, en sólo ocho días, partir, improvisar una defensa, etc., etc., tanto más cuanto que aun no recibí citación, y sólo estoy informado de la demanda por correspondencia privada. Por otra parte, padezco dolores de vejiga, ocasionados por el frío, la humedad y mi último viaje, que me impiden ponerme en camino. De modo que escribiré para solicitar una prórroga hasta la próxima audiencia; en caso contrario, no me presentaré y formaré oposición en el juicio.

"El comisionista de géneros que llevaba la caja que contenía mi folleto, me dijo esta mañana que el folleto estaba embargado antes del requerimiento simultáneo de la prefectura de policía y del tribunal. Parece que el asunto irá rápidamente. La demanda emana del tribunal de Besançon (es imposible que la orden haya podido ser dada en París, según el cálculo de las fechas de depósito y de embargo).

Tengo, pues, motivos para creer que mis viejos académicos, criticastros y procuradores, aprovecharon con placer esta ocasión. Nos veremos, pues, cara a cara, pueden estar seguros, y espero que no se felicitarán, como no sea del mismo modo que el bandido se felicita de una venganza.

"¿Recibiste el ejemplar que te envié? Dejando de lado algunas partes demasiado vehementes, provocadas por las declamaciones de los "diarios-Guizot" contra el progreso, la depravación de las masas, la perversidad de las doctrinas y las esperanzas reformistas, el resto es más moderado aun que mis primeras Memorias. Aprecia por qué me felicitaron en Besançon, y cómo me juzgan mis conciudadanos:

" Este hombre, dicen, no es comunista ni republicano " propiamente dicho: exige la abolición de la propiedad, " pero habla de esta abolición como de una "transformación " orgánica", la cual sólo se produce por desarrollo. Toda " "eversión, sustitución" o "revolución", según él, es perjudicial; "la interrupción en la vida social es la muerte". " Concluye, pues, en la conservación de las propiedades en " manos de los detentadores, pero exige el desarrollo de " ciertos principios ya reconocidos, que deben, según su teoría, universalizar y equilibrar la propiedad: acepta entonces la conservación del Gobierno de Julio, salvo en la " elección del ministerio, el cual debe ser el más capaz de " cumplir esta transformación y este desarrollo."

"Y todo esto es completamente cierto. Critico la propiedad, no como forma transitoria, sino como forma definitiva; ataco a los hombres del ministerio, no porque estén ligados al Gobierno de Julio, sino porque quiero torcer las consecuencias. Los ataques personales que se me escapan son represalias. Por otra parte, los detalles personales no son de la competencia del tribunal, del mismo modo que no lo son el eufemismo y la retórica.

"Dirigí al ministro del interior, el señor Duchâtel, con fecha del 20 del corriente, antes de tener conocimiento de las demandas que se me seguían, un ejemplar de cada una de mis publicaciones, con una larga carta que contiene mi profesión de fe para el futuro. Espero que el ministro acoja favorablemente mis ideas, tanto más cuanto que le muestro (y tú lo comprendes bien) cómo las teorías más radicales pueden resultar provechosas para el Gobierno. En efecto, si no puede haber sustitución ni interrupción en una sociedad, es necesario que toda teoría pruebe que deriva necesariamente de la teoría existente; consecuentemente, que trabaje en conservar a ésta hasta el día de su propio advenimiento.

"Estas ideas, tan secas y tan extrañas en su expresión filosófica, son admirables por su aplicación y exposición histórica: sería preciso lograr hacerlas comprender a un ministro; y mi causa, por eso únicamente, estaría ganada. Pero ¡cuántos obstáculos!

"Ocurra lo que ocurra, no me rindo tan rápidamente y estoy lejos de desanimarme. Debo esperar la contestación del señor Duchâtel; después, puedo hacer maniobrar algunas recomendaciones capaces de imponerse: en fin, me queda un refugio en el jurado y en el favor del público de Besançón. La víspera del día en que me enteré del embargo, recibí el anuncio de que los miembros más influyentes del Consejo municipal se ocupaban en hacer recaer sobre mí la sucesión de un viejo empleado de dos mil cuatrocientos francos, con poco trabajo. Me gustaría que este nombramiento me llegara antes del proceso, y éste es uno de los motivos secretos del aplazamiento que voy a solicitar . . ."

Debió renunciar a solicitar este aplazamiento y en seguida se puso en camino. La causa se ventiló en Besançón, el jueves 3 de febrero. Escribía la misma tarde, a su amigo de Estrasburgo:

"(Besançon, 3 de febrero de 1842). Querido Bergmann: acabo de ser juzgado, y el jurado me absolvió de la acusación de los cuatro delitos que se me imputaban. Presenté yo mismo una defensa escrita, cuya lectura duró más de una hora: como pienso imprimirla, podrás juzgar (5). Es una especie de prospecto general tanto de mis estudios pasados como de mis estudios futuros y de su objeto. Lo gano y lo pierdo todo a la vez, como consecuencia de este proceso. "Gano" un corto momento de celebridad, que ni siquiera se extiende un poco lejos, porque, como sabes, no cuento con las simpatías de la prensa; gano —y esto vale más, pero nadie lo advierte— la ventaja de poder innovar, analizar y remover a mis anchas los principios, los derechos, las creencias y las instituciones; pues de ese juicio que reconoce que soy "un intelectual, no un revolucionario"; un economista, no un anarquista; que quiero, según la expresión del presidente, "transformar el Gobierno y a los propietarios", se deduce que puedo decirlo todo, como hace un preceptor o un amigo, y que no estoy considerado como un conspirador. Debo conservar esta magnífica posición.

Pero "pierdo", en este sentido, porque para defenderme me vi obligado a exponer puntos de vista e ideas que sólo quería revelar a su tiempo; por ejemplo, que, como la igualdad y la no-propiedad resultan de la metafísica legislativa, de la economía y de la historia, igualmente son una consecuencia necesaria de la Constitución y de todas las instituciones que la acompañan; de modo que, como lo anunciaba, no se trata hoy más que de "desarrollar", no de "destruir". Esto es magnífico para la gente sintética y de ideas encadenadas; pero para esa multitud de necios que hacen y deshacen en un instante las reputaciones, es excesi-

(5) "Explicaciones presentadas al Ministerio público sobre el Derecho de Propiedad". Besançon, 1842, in-12 de una hoja.

vamente peligroso, pues muchos ya dicen que me vendí al gobierno, y que sólo hice tanto ruido con el objeto de hacerme pagar más caro. Comenzar por la "igualdad y la abolición de la propiedad", para terminar en la aceptación y en el desarrollo de la Constitución, desconcierta a todos nuestros demócratas, del mismo modo que desconcertó a la audiencia y al ministerio público.

Sin embargo, estas ideas son tan hermosas y tan fecundas como verdaderas: espero que lo comprendas . . .

Me quedo en Besançon: creo haberte escrito que nuestro alcalde y su Consejo municipal piensan colocarme, para asegurarme el reposo y la independencia necesaria para el estudio: creo que no puedo hacer nada mejor que prestarme a esas buenas disposiciones. Me espera un año duro: pero, te lo repito, me parece que será el último, "en cuanto a las exigencias de primera necesidad".

Todos los días gano amigos: los tengo hasta en el tribunal: espero que pronto el gobierno, sin reconocerme, me tolerará. Sé que ya me estima y me honra.

Adiós, amigo mío: pasé un día fantasmagórico tan vano como los otros. "Todo es vanidad —decía Salomón—, salvo amar a Dios —agreguemos— y comprenderlo"."

En fin, después de más de tres meses, en una carta al otro amigo Ackermann, entonces en Berlín, resumía, o más bien exponía de nuevo todo este asunto del proceso, de la defensa y de la absolución, con acento pintoresco y dramático; una vena de alta ironía se mezcla en su relato. Describe la comedia del tribunal: es digna de lo mejor de Daumier. En el género de Proudhon es tan perfecta como algo de Pablo Luis Courier. Ciertos pasajes, por su buen humor recuerdan a Beaumarchais; el conjunto está sazonado y espolvoreado con sal del Franco-Condado. Descubre también, hacia el final de la carta, el fondo de sus sentimientos y la naturaleza de sus esperanzas. Durante todo este año, tuvo un

período de detención y de descanso, y como una tregua en su sublevación.

"(Besançon, 23 de mayo de 1842) Querido Ackermann: Usted sabía que trabajaba, en diciembre, en un tercera Memoria. Esta Memoria apareció el 10 de enero, día de mi partida para París: fué embargada el 18; el autor fué decretado arrestado, y se libró mandamiento de captura el 22. Estas noticias me llegaron el 24; fué hecha una pesquisa en mi habitación de la calle Jacob, el 25; 500 ejemplares de mi panfleto, tomados al comisionista, fueron depositados en la escribanía de París, y se hizo una visita domiciliaria a mí impresor y a varios amigos míos. No andaban con miramiento, se lo juro. Mis amigos estaban consternados; todos deploraban mis violencias, mi sombrío humor de antipropietario y esa ira de crítica furibunda que me precipitaba en las garras implacables del poder. El telégrafo maniobraba en mi honor (porque tenemos una línea telegráfica en Besançón); yo tenía recomendaciones de arriba, y el celo de nuestros sustitutos se señalaba a porfía contra el monstruo revolucionario. Nadie me veía salida en este asunto: el jurado estaba prevenido, los criticastros triunfaban, el clero se frotaba las manos, la Academia decía: "Está bien"; todo el mundo descontaba mi condena. Era acusado de nueve delitos que, por indulgencia, o más bien porque los unos comprendían a los otros, fueron reducidos a cuatro: 1º ataque a la propiedad; 2º excitación al odio contra el Gobierno; 3º y contra varias clases de ciudadanos; 4 ofensa a la religión. Se me hizo saber por "citación directa" que debía comparecer ante el tribunal de Besançon el 3 de febrero siguiente. Partí el 29, llegué el 31, y tuve 48 horas para ver a un abogado y escribir una defensa. Mi consejero, joven inteligente y sensible, no sabía cómo tomar mi asunto, y me vi obligado a darle la lección. Iba a lanzarse a lugares

comunes que me hubieran perdido, y que, por otra parte, no me gustaban. En fin, comparecí: gran multitud en la audiencia: el odio, la curiosidad, el interés, mil pasiones conmovían al público en los sentidos más opuestos. Es increíble a qué grado de odio habían llegado: me tenían por más feroz que Robespierre, por un anticristo. Vi a una joven y linda persona de 16 años huír ante mi presencia a causa del terror que le inspiraba; una dama de 50 años faltó a una reunión porque supo que allí debía encontrarme. Se trataba de cinco años de prisión por lo menos, multa, confiscación, etcétera. Al mismo tiempo encontré generosas simpatías: si me hubieran aplicado diez mil francos de multa, hubieran sido cubiertos en dos días por suscripción. La Academia, en su diario (¡nuestra Academia *se* hizo periodista!) [6], me colocaba junto con un asesino y un infanticida, y, atendida mi falta de fortuna, invocaba para mí diez años de cadena y 50 francos de multa. Coloque eso entre las amenidades literarias. Cuando el secretario principal hubo pronunciado su exhorto, el espanto llegó al colmo. La sola lectura de los pasajes incriminados, hecha con una voz sonora y elocuente, hacía estremecerse al auditorio. Para decir la verdad, yo no había escrito aun nada más vehemente ni mejor trabajado. Después, incurrí en el error de atacar a todo el mundo, de modo que no podía inspirar interés a nadie. La expectación era extrema con respecto a lo que yo respondería. ¿Qué va a alegar en su defensa? ¿Se retractará? Sería deshonrarse sin provecho; la justicia no perdona el arrepentimiento. ¿Se explicará? Parecerá ambiguo y de mala fe. ¿Invocará la libertad de las ideas? Lugar común rebatido.

(6) Se trata aquí del diario el *Franc-Comtois*, del cual Proudhon dijo cuando se fundó: "El *Franc-Comtois* es esencialmente el órgano de la Academia. . . Es un error. . . Una Academia literaria y moral debe evitar, a mi juicio, entrar en el periodismo y entregarse a la polémica cotidiana" (carta al señor Tissot, del 10 de agosto de 1840)

¿Insistirá con audacia? Sería agravar su posición. Mi interrogatorio había producido sobre todo un efecto mágico, cuando, interpelado sobre un pasaje de mi folleto en el que amenazaba a los propietarios con algo que no era el "asesinato, ni el pillaje, ni la insurrección, ni la negativa a trabajar, ni el incendio, ni el regicidio, etc.", pero que era "más terrible y más eficaz que todo eso", me negué a responder. En ese momento se me creyó perdido. Todos se agotaban en conjeturas sobre el fatal secreto; era un hermoso texto para hacer de mí un genio infernal. Puedo decirle que tenía en vista la reorganización de los Cursos acerca del método de los tribunales secretos de tortura de Alemania, con los cuales propiciaba una teoría apropiada a nuestro tiempo.

"En fin, hablé por mí mismo; mi lectura duró dos horas. Figúrese usted el asombro de todos esos curiosos, sacerdotes, mujeres, aristócratas, etc., cuando vieron, en lugar de un republicano con chaleco rojo, barba de chivo, voz sepulcral, a un pequeño pelirrubio, de tez clara, de aspecto sencillo y lleno de bonhomía, de continente tranquilo, que pretendía que sólo era acusado por una equivocación del tribunal y del que además alababa el celo, y que afirmaba que sus ideas eran las de todo el mundo, que lejos de ser hostiles al gobierno, le eran muy favorable, que lejos de merecer los reproches de cualquier sector, sólo eran dignas de elogios y que demostraba esta tesis con desarrollos científicos tan rebuscados, tan penosos de seguir, y presentados en un estilo, ya de una claridad y de una sencillez extremas, ya de una profundidad metafísica y tecnológica tal que nadie comprendía nada; figúrese usted, digo, a un hombre acusado de conspiración contra el orden social, que presenta como defensa un menjunje de economía política tan difícil de captar y de digerir, que todo el mundo confesó no haber entendido nada, y usted tendrá apenas la idea de esta mistificación judicial.

Mi abogado comenzó por declarar que, ajeno a mis estudios, no podía desecharlos ni adoptarlos, e insinuó que el jurado, en materia científica, era incompetente. Después, partió de este punto de vista para explicar la vehemencia de mis frases. El fiscal reconoció que no podía contestar a mi discurso de defensa, pero que mi libro estaba allí, y que, según él, hablaba bastante alto . . . Era confesarse vencido. El presidente, en su resumen, hizo una confesión análoga: de modo que para el jurado se trataba de saber si verdaderamente había un aspecto filosófico en mis doctrinas, que pudiera convertir en razonables e inocentes las terribles imprecaciones que me había permitido contra la propiedad. La cabeza del jurado dijo: "Este hombre está en una esfera de ideas inaccesible al común de las gentes; no podemos condenar al azar; ¿y quién nos responde de su culpabilidad?"

"Esto no es todo: acusado de excitar el odio y el desprecio contra los "sacerdotes, los académicos, los periodistas, los filósofos, los magistrados, diputados, etc.", aproveché la ocasión para tomar la parte científica e inabordable de mi defensa, para hacer una revista crítica de esas diferentes clases de ciudadanos. Esta crítica, leída con aire muy serio, con gran sencillez de entonación, que contrastaba singularmente con la sal, la vivacidad, la energía, la justeza de los sarcasmos, llena de alusiones personales (y algunos interesados se encontraban precisamente en la audiencia), produjo un efecto maravilloso. Los jurados se miraban y se mordían los labios para no reír; los jueces bajaban la cabeza para salvar su gravedad, y el público reía. Lo que se me reprochaba haber escrito no se aproximaba a lo que se me dejaba decir, y mi receta homeopática produjo el resultado que yo esperaba; fuí absuelto con aplausos del público, apretones de manos de los jurados ¡¡y felicitaciones de los jueces!! Al día siguiente, hubo una querella entre los miembros del tri-

bunal: se echaban la culpa unos a otros por la torpeza de la demanda . . .

"Ahora estoy fuera de alcance: mi folleto se deslizó, bastante lentamente, sin embargo. No tengo el honor de contar con las simpatías de ningún partido: maltraté tan horriblemente al "National", que todo el mundo temía por mi seguridad; golpeé a Fourier, a Saint-Simon, a los comunistas, etc., de modo que logré extinguir la inflamación de mis contradictores; pero hay en mi contra, como ya dije, "una conspiración de silencio". Contribuí, desde hace dos años, más que nadie, a desplazar el terreno de las discusiones políticas: desde este punto de vista serví indirectamente al gobierno y al orden; pero no me estiman. Blanqui me escribía: "El Gobierno rinde justicia a su carácter, pero deplora su tendencia." Y bien, quiero que mi tendencia sea la del poder, y le aseguro que lo lograré.

"He aquí, querido Ackermann, la historia de mi desgraciada aventura. Escapé bien, pero no sin dificultad. Necesité de toda mi presencia de espíritu y de todos mis recursos; el esfuerzo que hice durante dos días para producir mi discurso de defensa me causó una neuralgia y agitaciones cerebrales durante ocho días. No es un juego ser llevado ante un tribunal, y le deseo que no pase nunca por eso.

"Actualmente trabajo en una obra sobre la organización . . ."

Y al final de esta misma carta, vuelve sobre el peligro que corrió y al cual piensa alegremente no exponerse más: se sale bien librado menos cómodamente de un tribunal que de una Academia:

"Debo pensar en adormecer al dragón y en cebar al tiburón; pasé por entre los dientes del monstruo como una anguila; pero no me afano por renovar la experiencia; poco faltó para que fuese masticado. Trataré de presentarme acep-

table, incluso al poder; necesito una publicación brillante y espero ejecutarla. Dentro de seis meses, sabrán todo lo que quiero y todo lo que puedo. Me fijo este plazo para tomar una resolución defintiva sobre mi género de vida."

Proudhon pasó casi enteramente el año 1842 estudiando y trabajando en su imprenta ([7]). Estaba, después de haber ganado su causa ante el jurado, en una disposición menos hostil. Se cree notar que, absuelto y mejor acogido, está en vías de apaciguarse. Toda su ambición, durante este año, era obtener, en la alcaldía de Besançon, un modesto empleo que le permitiera entregarse a sus estudios favoritos y a su mezcla de ciencia y de polémica. Trabajaba, entre tanto, en preparar su libro *La Creación del Orden en la Humanidad.*

([7]) Más de una carta íntima de Proudhon, en esta época, lleva este sobrescrito impreso arriba: "Imprenta de P. J. Prouddon, rue du Collège 10. Impresiones militares". Parece que tenía este último suministro.

CAPÍTULO VII

Corto intervalo. — Distracciones locales: ardor especulativo. — Dedicatoria al señor Bergmann. — Humilde ambición; proyectos contradictorios; esperanza frustrada. — Su vuelta a la lucha.

Se ha podido observar que, tanto en las revoluciones políticas como en las tempestades de la naturaleza, ocurre algo semejante: se producen algunas veces períodos de detención sin que se sepa mucho por qué y sin que se los pueda explicar; una especie de calma súbita suspende el curso de los acontecimientos, el choque de los elementos; las olas encolerizadas se abaten y caen, los vientos desencadenados quedan en silencio durante un instante. Lo mismo pasa con las enfermedades: una mejoría súbita, sin razón y sin causa, hace creer en una solución imprevista y engañadora. Lo mismo pasa también en el curso ordinario de la vida humana, aunque esta vida deba ser de las más apasionadas, de las más arrastradas fatalmente, y de las más consagradas a una agitación tormentosa: se produce de golpe, en el momento en que menos se esperaba, un reposo, una pausa, se ve un claro o una calma, como dicen los marinos. Hay seis meses como éstos en toda vida, incluso en la más atormentada y en la más combatida. Se diría que nuestro destino o nuestro demonio vacila y quisiera

tomar aliento antes de ponerse nuevamente en marcha y de precipitarse.

Proudhon después de su absolución nos ofrece algo de ese fenómeno moral. Tuvo deseos de tomar un empleo, de ponerse en orden en un aspecto. Soñó en una mediocridad estudiosa y libre, por medio de algunos sacrificios y al precio de una cadena ligera. Este momento tan corto se extendió en la imaginación de sus compatriotas, y uno de ellos, de los mejor informados por lo demás, me escribía: "toda la ambición de Proudhon, fué, durante muchos años, obtener, en la alcaldía de Besançon, un modesto empleo que le permitiera entregarse a su amor por el estudio; yo había obtenido para él la promesa de ese puesto, cuando una oposición imprevista hizo fracasar todo". Sus amigos pudieron pensar en ello durante años, pero Proudhon acarició y alimentó seriamente ese deseo en estado de proyecto sólo durante algunos meses. Había en él, esto no puede ponerse en duda, un sabio que no alcanzó a realizarse completamente, y a quien las circunstancias interceptaron muchas veces y contrariaron hasta el fin. Este sabio creyó un momento que iba a encontrar refugio y abrigo para desarrollarse. Se proponía, sin embargo, no confinarse nunca en la ciencia pura y estar siempre disponible para las circunstancias y para la oportunidad. Su correspondencia con el señor Tissot de Dijon, a la cual la vecindad dió más actividad y que fué bastante regular durante todo este año de 1842, nos ilustra sobre ese rincón de su vida y de su pensamiento. Al anunciarle, como a sus otros amigos, la feliz peripecia de su proceso y su absolución, le escribía (26 de febrero de 1842):

"Perdí enero y febrero para mis estudios, pero no para mis reflexiones. Pensé mucho en estas últimas seis semanas; ahora me conozco mejor y comprendo qué es lo que me falta para conquistar más partidarios. Hay un punto en el

que nos encontraremos siempre, estimado profesor: racionalizar los espíritus, la política, la religión y la moral; derribar los prejuicios y las falsas ciencias; aplastar a los opresores del pensamiento y de la libertad civil, entregar a la infamia a los corrompidos y a los cobardes. Cuando haya dicho todo lo que pienso, me prepararé para el combate..."

De cerca o de lejos, veía siempre el combate; en el fondo, era su vida. En su necesidad de tener con quién hablar y con quién entenderse, trató por entonces de inducir al sabio profesor de Dijon a mayor actividad, y, si me atrevo a decir, aplicabilidad, de tentarlo a una especie de alianza filosófica. Para llegar a ella, contaba con disipar de una vez por todas sus disidencias, lo provocaba a una lucha amistosa cuerpo a cuerpo, y quería absolutamente alejarlo de Kant. No le hubiera molestado, se cree entreverlo, pues probablemente debía permanecer y fijarse en la región, establecer una comunicación intelectual, un concierto y una corriente de ideas de Besançon a Dijon.

El señor Tissot, en su línea de conducta severa y modesta, se resistía a todo ruido, a toda gloria. Proudhon lo acosaba, lo excitaba para que fuese más audaz:

"(3 de marzo de 1842) ... Me gustó mucho su idea de los "establos de Augias", pero no apruebo que usted se trate tan mal. Soy por naturaleza poco modesto, pero soy franco en mi amor propio, y no creo en la modestia de los otros. Sepa, pues, reconocer lo que vale, o me obligará a decírselo en la cara. ¿Por qué mis comienzos fueron clamorosos? Porque hoy es necesario, para hacerse entender, gritar y cubrir la voz de los demás. ¡Usted adelanta mucho, a fe mía, con sus elocuentes elucubraciones! Hay, en toda Francia, algunos cientos de individuos que pueden apreciarlo, y dentro de ese número, rivales que le tienen envidia,

escolares de la "Normal" que lo denigran, intrigantes que lo disimulan, camanduleros que lo detestan. ¿Por qué no procede usted como yo? ¡voto a tal! Las lindas maneras no consiguen nada: golpee con toda su fuerza ¿Será preciso que me constituya en su vengador?"

Había pensado al principio, y bastante naturalmente, dedicarle, a él, filósofo, al "Señor Claudio José Tissot", el capítulo de la *Creación del Orden* intitulado "Metafísica". Bergmann, a quien pasó en seguida esta dedicatoria, debía tener, al principio, otra parte inscripta a su nombre. Pero, por razones de reserva, de modestia, de prudencia o de conveniencia, el señor Tissot declinó el honor de tal interlocución pública. No fué por falta de insistencia de parte de Proudhon, quien, aun después de la negativa, le escribía:

"(21 de abril de 1842) ... Fué injusto para con usted y para conmigo, desconoció mis intenciones al rehusar la dedicatoria de un capítulo. No se trataba del honor bastante banal de una dedicatoria, ni de poner su nombre en evidencia como el de un personaje ilustre, ni de tomarlo (¡horror!) por nuevo tema o mártir de mis sarcasmos. Mi idea, idea totalmente científica, era publicar ideas metafísicas, no bajo la aprobación ni la protección, sino bajo la dirección de un metafísico, del mismo modo que se dirige una memoria de física a Biot, a Arago o a la Academia de Ciencias; que se dirigen versos a Lamartine, un descubrimiento a un ministro, una denuncia a un procurador del rey. También deseaba honrar a un compatriota, honrar al Franco-Condado al mostrar a sus hijos consagrados al estudio y formando una especie de pequeña sociedad intelectual; en fin, imponerme a mí mismo un yugo saludable, al colocar ante mi vista el nombre querido y venerado de uno de los hombres a quienes más amo y estimo. Ignoro si persistiré en el proyecto de dirigir un capítulo al señor

Blanqui, otro al señor Wolowski, otro a mi amigo Bergmann; en todo esto no hay una sola idea de crítica, se trata sencillamente de una dedicatoria: es únicamente un "envío" de mi pacotilla a los jueces competentes. Blanqui y Wolowski, Bergmann y Tissot son en algún modo árbitros oficialmente constituídos en estas clases de cosas: de manera que a cualquier recién llegado le está permitido honrarlos o contrariarlos tomándolos por jueces, pero Bergmann y Tissot son mis amigos y no quiero hacer nada sin su participación. Reflexione aún, se lo ruego: usted no será mi Mecenas, ni mi Aristarco, ni mi santo; aquí es sólo cuestión de un llamado a sus luces y de la edificación del público. No será la primera vez que un autor comience cada libro o cada capítulo de una obra con una invocación, un apóstrofe, etc., a su musa, a su amada, a su amigo. Quiero, a manera de descanso, de resumen o de enunciado de lo que va a seguir, hablar con un juez, con un conocedor, con un experto; es un exordio epistolar en un libro eminentemente didáctico. ¿Qué hay en ello que pueda molestarle? No hubiera debido decirle nada, y le aseguro que se hubiera sorpredido agradablemente. Vamos, señor Filósofo, ¿dejará usted de escuchar la súplica de un discípulo, cuando Jesucristo escuchaba la de una pecadora y la de un publicano?"

La filosofía fué inflexible: el señor Tissot no se rindió [1]. Esta correspondencia entre dos compatriotas, que no está exenta de cierta rudeza, brilla por su franqueza.

(1) Volviendo en pensamiento sobre sus negativas de entonces, y sobre la resistencia que opuso a las demostraciones amistosas de Proudhon, el señor Tissot me hace el honor de escribirme: "La importancia que a usted le parece que tuve durante un momento en el pensamiento de Proudhon, hubiera podido ser sin duda más considerable, si yo hubiera puesto en ello más ardor, y hoy lamento no haberlo hecho. Yo era uno de los hombres a quienes Proudhon hubiera escuchado con más gusto, al menos por un instante, si hubiera podido escuchar a alguien. Proudhon, por su parte, hubiera podido suscitar en mí ideas que tal

Proudhon había expresado una sospecha mal fundada sobre uno de sus amigos comunes, de los más rectos y de los más honestos: el señor Tissot le hizo notar vivamente la injusticia. Proudhon reconoce su error:

"Querido y honrado compatriota: hizo bien al reprenderme y se lo agradezco. Como usted dice, a veces tengo la enfermedad de nuestra comarca, quiero decir que estoy triste, desconfiado, receloso, sombrío, asediado por sospechas y malos pensamientos; y en esos terribles momentos, mis amigos, cuando están presentes, deben soportarme, y cuando están ausentes, siempre se equivocan. Castígueme, pues, como lo merezco, con severidad, y esté seguro de que aun lo estimaré más y de que no nos vamos a enemistar. Si tuviese siempre que tratar con gente como usted, tendría muchos menos defectos; pero ¡qué! los cobardes tienen más miedo de decir una pequeña verdad a un hombre que de batirse con él; mi enemigo será sólo aquél que huya ante una explicación o una corrección fraternal. Espero, amable filósofo, que no tome esto por hipocresía . . ."

Las elecciones generales se realizaron en 1842. Proudhon no permaneció ajeno a ellas. Publicó un memorial de interés totalmente local: "Advertencia motivada", que no vi, pero que los editores de sus Obras tendrán que buscar. Hasta parece que publicó aún algún otro escrito. Nos lo advierte un pasaje de una carta de Proudhon al señor Tissot, que había deseado leer ese breve folleto:

"(31 de julio de 1842) . . . No creía que una centella electoral pudiera excitar su concupiscencia, tanto más cuanto, que para entenderla bien, hay que estar un poco al corriente de los diarios y chismes del país. De todos modos,

---

vez están todavía por venir. Pero el ímpetu de su espíritu, sus síntesis "ex abrupto", no convenían al recogimiento que me es necesario y a mis hábitos de análisis".

puesto que así le place, la confió al correo, que se la entregará junto con esta carta. Es preciso que usted sepa, de pasada, que entre nuestros electores, unos juzgaron que la "Advertencia motivada" era muy profunda, en tanto que otros la encontraron demasiado moderada y cortesana; el "Imparcial" tuvo la audacia de escribir que esta "Advertencia" rozaba las cuestiones sin resolverlas... Casi nadie notó que me burlaba de los diputados, de los electores y del Gobierno. Sin embargo, debo esta justicia a los señores de F..., B..., Weiss y algunos otros, que no se equivocaron."

Esta misma carta nos pone al corriente de otras ocupaciones: colaboraba en publicaciones locales y trataba de sazonarles el sabor. Pero sus dosis, como siempre, eran demasiado fuertes, y su sal pareció demasiado amarga:

"(31 de julio). Actualmente trabajo lo más seriamente que puedo; me esfuerzo, así como usted me escribía antes de usted mismo, por apaciguar en mí la imaginación y la pasión por los estudios fuertes; me propongo volver a ser libelista a los 40 años. Como puedo tener éxito en el género, no quiero llegar a él con escaso equipaje.

"Le daré algunas noticias relativas a mí, que tal vez le interesen. Algunos jóvenes formaron aquí una "Sociedad de Emulación del Doubs"; hace seis semanas me pidieron que les haga un artículo para su compilación, que aparece dos veces por año. Les ofrecí un trozo de filología que pareció gustarles: había en él fragmentos griegos y hebraicos, lo cual encantaba infinitamente a estos buenos muchachos; pero había también otra cosa: el artículo en cuestión se desarrollaba sobre la exégesis bíblica impuesta en la Iglesia; y la conclusión negaba absolutamente la inteligencia de las Escrituras por los teólogos. Citaba como prueba, entre otros pasajes extraídos de los profetas, tres salmos

que traduje completamente, con un análisis gramatical, lógico e histórico. Era algo extremadamente curioso y divertido. Esperaba que usted tuviese un festín. Pero el impresor, que es el mismo del clero, comenzó por declarar que no imprimiría nada mío; después se reunió el Consejo de la "Sociedad de Emulación" y convino en que no podía cargar al clero sobre sus espaldas, pues tendría influencia sobre el Consejo municipal, el cual negaría entonces los socorros que se esperaban. Se me preguntó si no podría reajustar mi artículo a las conveniencias clericales; respondí que no; que a lo sumo la Sociedad podía declinar la responsabilidad, y que firmaría. Pareció demasiado peligroso aun, y en una palabra, mi artículo fué descartado . . ."

Se nota que su actividad no ocupaba su sitio ni tenía su expresión en este círculo estrecho, y debía a cada paso chocar con él. Proudhon, en la misma época, continuaba su correspondencia con su amigo el señor Bergmann; con éste no tenía que entrar tanto en las circunstancias y en las particularidades locales; lo informaba sobre todo de su trabajo en el astillero y de la construcción especulativa, de la cual no lo apartaban todas estas distracciones multiplicadas. Volveremos a encontrar en esta correspondencia, con relación al ofrecimiento de una Dedicatoria, algunas de las mismas ideas y de las mismas expresiones que en una carta precedente al señor Tissot: pero el tono afectuoso domina más; encuentra por este lado menos resistencia y trata con una amistad más antigua y más familiar.

"Trabajo activamente en mi nueva obra (*La Creación del Orden*) escribía a Bergmann (9 de mayo de 1842); espero que me dé una reputación y que me incluya definitivamente entre los pensadores. Todavía no me atrevo a esperar que el Gobierno advierta el valor de mis investigaciones: los gobernantes están siempre tan prevenidos que

una verdad les da miedo; la ocultarían de buena gana antes que propagarla. Aun no apareció el hombre que, en cada descubrimiento, encuentre un nuevo recurso y un nuevo medio de organización.

"Quizás tenga la intención de colocar uno de los capítulos de mi libro bajo el patrocinio de tu nombre, del mismo modo que se coloca a un niño o una capilla bajo la invocación de un santo. No se trata de una dedicatoria ni de una asociación con mis ideas... simplemente, deseo hacer público un sencillo billete de envío —con tu permiso, desde luego— y con miras a la edificación de los lectores. Podrías encontrarte así en compañía de los señores Blanqui, Wolowski, etc., etc. Ves que no es comprometedor. La ventaja que tengo con ello consiste en interrumpir, aquí y allá, un libro demasiado grave por medio de una comunicación amistosa, y en sostenerme al nivel de una discusión sosegada y digna, con la ayuda de los nombres de algunos a quienes amo y estimo. Es una especie de sello de dignidad que me impongo, y una satisfacción para mi corazón y mis sentimientos. Espero tu consentimiento dentro de 3 ó 4 meses; haz lo posible para no negarte: te comunicaré por adelantado, si lo exiges, mi carta epístola. Eres el único espíritu verdaderamente sintético que cuento entre mis amigos; y tengo necesidad de ti, pues la lingüística ocupará un lugar en mi obra, lo mismo que en toda mi vida. Resígnate, pues, amigo, a figurar honorablemente en un libro que será el esfuerzo más considerable de mi pensamiento, y que preparo desde hace cuatro años a través de toda esta desgraciada polémica."

Un Congreso científico debía constituirse, en el otoño de ese año, en Estrasburgo. Proudhon, al principio, se propuso asistir y hacer en él una doble lectura, una de metafísica y otra de economía política. Pero la falta de dinero, el trabajo

continuo en su taller, que no podía abandonar un instante, no le permitieron consagrar una semana a esos placeres de la inteligencia y de la amistad. No por ello se tomaba menos interés, de lejos, en ciertas cuestiones tratadas por los sabios de Estrasburgo:

"Hay decía a su amigo, una cuestión de filología propuesta en el prospecto del Congreso, cuya solución me interesa: "¿Por qué un nombre plural neutro, en griego, se construye con un verbo singular?" Hazme saber esto, te lo suplico..."

Envía y presenta por adelantado a su amigo el sumario y el análisis de su nueva obra. No los transcribiré aquí, porque esta explicación, dirigida a un filósofo y concebida en términos técnicos tomados de Kant, no aclararía nada a los lectores franceses, así como nada me aclaró a mí. Considero, en efecto, el libro de Proudhon, *La Creación del Orden en la Humanidad,* un gran esfuerzo de inteligencia antes que un resultado. Ignoro si el mismo Proudhon terminó por juzgarlo así (2). Prefiero separar de una de sus cartas la "Dedicatoria" que puso a la cabeza de la parte intitulada "Metafísica", y por la cual colocaba definitivamente este ensayo de "Novum Organum" bajo la protección del nombre estimado de Bergmann. La daré en su primera redacción; si se compara con el folleto, se observarán algunas diferencias:

Amigo:

"Te ofrezco este ensayo: te lo ofrezco a tí, cuyos consejos y cuyo ejemplo me advirtieron, hace tiempo, que la filosofía sin la ciencia es la sombra de la razón. "Aprende algo, me decías, y luego filosofarás". ¿Por qué me llegó

---

(2) Se puede ver lo que Proudhon dice en el artículo: "¿Quién soy yo?" recogido en las *Confesiones de un revolucionario.*

tan tarde este consejo saludable? No tendría que lamentar hoy una juventud consumida en estériles especulaciones y en largas esperanzas equivocadas.

"Negué la Religión, negué la filosofía: ¿qué soy ahora para hablar en nombre de la ciencia? Debo confesarlo en este instante solemne: las distracciones de mi vida y la desgracia de una educación totalmente filosófica y religiosa, casi no me permitieron aprender nada; fuí bastante fuerte hasta aquí para destruir, pero mi imaginación no cuenta con los materiales para edificar. De todo lo que el genio humano descubrió, sólo entreví pequeñas parcelas, cada línea de este escrito testimonia la insuficiencia de su autor.

De todos modos, me atrevo a decirlo, la misma mediocridad del saber me sirvió de inspiración, y me creé, con los jirones recogidos durante mis cortos estudios, por una especie de desesperación, una ciencia para mí solo (3). ¡Ojalá honres con tu estima, amigo, este fruto de mi indigencia! ¡Ojalá recojas alguna de esas indicaciones preciosas que la misma sabiduría debió a un feliz instinto! Tal vez, por otra parte, al ver lo poco que ha hecho un aventurero de la ciencia, otros, con más erudición y más tiempo, nutridos con pensamientos potentes, sonreirán de mi audacia, suplirán mis omisiones, y, "convirtiendo este sendero en camino real" (Kant),

(3) En toda la otra parte, prefiero la primer redacción de esta Dedicatoria; pero, en este lugar, la variante que se lee en el libro de Proudhon, es hermosa: "No me falta el diseño, me faltan los materiales para la reedificación"... Todo lo que soy lo debo a la desesperación"; puesto que la fortuna me cerraba el camino para adquirir la ciencia, quise un día crearme, con los jirones recogidos durante mis breves estudios, una ciencia para mí solo, etc." Estimados normalistas que leéis estas páginas, y que estábais tentados de mostraros severos con la erudición presurosa e improvisada de Proudhon, vosotros que habéis gozado de todas las facilidades y de todos los instrumentos del estudio durante tres años regulares en el más apacible y en el mejor provisto de los seminarios científicos, sed indulgentes, y que este grito desesperado redima, ante vuestros ojos, algunos de los defectos de este sabio sin títulos y sin graduación.

acabarán dignamente una tarea laboriosamente comenzada. "Eres feliz, querido Bergmann, interrogas en 30 idiomas a la razón humana; sigues, en las formas maravillosas del lenguaje, las leyes del pensamiento, y, para ti, la ciencia de la palabra no tiene secretos. Tus numerosos amigos te quieren y te honran y las alegrías puras de la familia colman tu felicidad. Saber, amar, ¡qué destino para un mortal! Es el tuyo, querido Bergmann: un día será el de todos los hermanos."

Proudhon estaba en tratos, durante todo este tiempo, para la venta de su imprenta, de la cual le era preciso deshacerse a cualquier precio. Alimentaba, más que nunca, la humilde ambición de un empleo en su ciudad natal: "Los personajes más influyentes de nuestra ciudad tratan de colocarme en los Archivos de la prefectura, y el prefecto parece bien dispuesto" (26 de diciembre de 1842). Esta era la gran dificultad de su situación, había una verdadera imposibilidad; lo sentía confusamente, pero no se daba cuenta del todo. Olvidaba hasta qué punto se había comprometido. Uno nunca se ve a sí mismo de cerca como los otros lo ven a la distancia. Cuando un hombre pretende innovar en la medida en que quería Proudhon, y producir semejantes revoluciones en las ideas de sus contemporáneos, es preciso que tenga absolutamente en alguna parte un punto de apoyo aislado, independiente, aunque sólo fuera una roca en el desierto, sin lo cual, es el blanco de las cóleras que excita y de todas las represalias. Rousseau pasó su vida buscando su fuerte y su asilo, sin encontrarlo; fué un errante. Voltaire sólo se sintió tranquilo y señor cuando tuvo su lugar de seguridad y de refugio en Ferney. Pero ¿es posible imaginarse a Proudhon un simple empleado de alcaldía o de prefectura en su ciudad de provincia, y desde allá, como Eolo, desencadenando a su gusto sus teorías y sus tempestades, lanzando uno tras otro escritos de ciencia

audaz o de agresiva elocuencia que inflaman los espíritus, que alarman los intereses, que levanta en unos, gritos de rabia, en otros, clamores entusiastas, que apasionan en pro o en contra de él a los cuerpos poderosos, a todas las clases de la sociedad? Igualmente me gustaría figurarme a Béranger, acurrucado en un rincón de los escritorios de la Universidad y, desde allí, ocupado en continuar soltando tranquilamente hasta el fin todas sus abejas y sus avispas contra el mundo realista y contra el régimen de los Borbones. Proudhon, es verdad, no atacaba al Gobierno de Julio, pero preocupaba e irritaba a la clase media, que era el apoyo y la fuerza de ese Gobierno: ¿cómo uno de esos intereses hubiera podido separarse del otro? A pesar de presentir dificultades próximas, conservó, sin embargo, su confianza en el éxito y se hacía, a medias, ilusiones hasta el último momento. El 30 de diciembre de este año, escribía todavía a su amigo:

"Te hablé, en mi última carta, del estado de mis asuntos: me enteré ayer de que el mismo arzobispo apoyaba mi presentación al prefecto, de modo que no puedo dejar de tener éxito. Todas estas circunstancias contribuirán a que, después de la publicación de mi libro, se me mire como a un monstruo de ingratitud, porque ha dicho mi opinión sobre lo sagrado y lo profano. Sin embargo, presentaré mi solicitud; una vez que esté en el puesto, me parece que quedaré, porque una destitución sería un escándalo y porque finalmente se decidirán por aceptar mis explicaciones, antes que por continuar persiguiéndome. El Gobierno debe aceptarme; si lo hace, mi carrera puede llegar a ser brillante. Tendré, a la vez, la ventaja de ser el reformista más avanzado, quizás, de la época y el protegido del gobierno. Para decirte la verdad, mis amigos de Besançon creen que me hago ilusiones; quizás no estén equivocados. Sea lo que sea,

antes de Pascuas se producirán novedades en mi vida. Seré destituído por mi libro, y esto hará mucho ruido: si no me destituyen, soy más fuerte que cualquiera en Francia."

Este puesto de Besançon era su "cántaro de leche"; lo volcaba antes de tenerlo sobre su cabeza.

A partir de este preciso momento estaba en contradicción formal con su deseo, y su temperamento belicoso iba a romper todos sus planes; en ocasión de una permanencia del P. Ravignan en Besançon, y de los sermones sobre el "Adviento" que el célebre jesuíta había predicado allí, no se contuvo, su sangre chisporroteaba; volvía en pensamiento a sus malicias, y completamente insensible, como debía serlo, a ese género de talento y de unción, decía:

"Tuvimos al abate Ravignan, un charlista, durante todo el mes de diciembre. Todo el mundo elegante, los ociosos, los magistrados, siguieron los sermones de este abate; únicamente el pueblo faltaba. Asistí cinco o seis veces; siempre encontré a un hombre por debajo de su papel. Nos prometen, para la cuaresma, al abate Lacordaire; si nuestro arzobispo lo hace venir, haré que en Besançon contemplen un espectáculo nuevo. Me propongo publicar cada semana, dando a la vez cuenta de los sermones, una crítica sumaria y perentoria de todo el sistema cristiano, y veremos quién quedará muerto en el sitio, el sermoneador o el razonador. Tengo listos excelentes materiales, y espero, sin ofender la religión ni la casta, componer panfletos deliciosos. Deseo de todo corazón, te lo confieso, que este plan pueda ejecutarse; mi puesto no me detendría."

Había en todo esto motivos para que la gente tranquila temblase. Proudhon creía poder conciliar cosas inconciliables. ¿Cómo criticar a fondo el sistema cristiano, sin ofender la religión, sin irritar al clero? Ese puesto que todavía no tenía, y que, si lo hubiera obtenido, no debía detenerlo

en ninguna de sus audacias y de sus temeridades, era, pues, una idea falsa, una quimera. Por un lado o por el otro, debía fallar, y falló. El 4 de febrero de 1843, al enunciar a su amigo que acababa de vender su imprenta con un 25% de pérdida y que salía de su negocio con 7.000 francos de déficit, de los cuales debía descontar los intereses sobre su trabajo futuro, agregaba:

"El asunto de la prefectura no tuvo éxito; el prefecto no consintió en concederme nada: ignoro los verdaderos motivos. Como todos mis amigos que me recomendaban se mantienen en un silencio profundo sobre el fracaso de sus esperanzas respecto a mí, presumo que las causas de mi repulsión provienen de mi pasado y de la poca esperanza que tienen de ver cambiar mis ideas. Me confirma en esta opinión el hecho de que un adjunto de nuestra municipalidad propuso al alcalde que me emplearan, y éste, después de haber reconocido que soy muy capaz, sobre todo en los trabajos de alcaldía, respondió que no podía asegurar que yo no hiciera de ellos, como de los académicos, unos "bobos" o "instrumentos". De modo, querido amigo, que tus excelentes consejos no pueden por ahora recibir aplicación; estoy rechazado por la prefectura y por la alcaldía, soy hostil al clero, la burguesía me teme, no tengo profesión, haber ni crédito: he ahí dónde llegué a los 34 años. Ya no tengo nada que hacer en Besançon; mi oficio de compositor me proporciona un recurso honesto y seguro; el pico de mi pluma me proveerá de un pequeño suplemento; con eso, esperaré los acontecimientos, y renuncio al papel de solicitante."

Va a volver a su papel de puro proletario y de sublevado. Uno de los amigos que lo recomendaba (el doctor Delacroix) dijo a este respecto (4): "El día en que vi que

(4) En notas que me fueron comunicadas.

Proudhon se nos escapaba y que volvía a lanzarse a la refriega, y sobre todo el día en que lo vi arrastrado por la lucha cotidiana, obligado a presentar al mismo tiempo la cara a todos, no dudé un solo instante de su futuro glorioso y desgraciado. Para mí, ¡Proudhon era un hombre y un amigo perdidos!" Un hombre perdido —¡oh! no; semejantes luchadores del pensamiento sobreviven aun a su misma derrota. La fama salda con ella su cuenta; sus sistemas, al quebrantarse, no tienen ya espinas ni dardos; se disemina y se propaga lo que hay de bueno y de posible en las ideas. Pero se concibe fácilmente que, en el momento de la entrada en acción, más de una honesta amistad provincial, horrorizada e intimidada, haya juzgado en forma distinta.

Y yo también formulo, al mismo tiempo, mis reflexiones, a medida que trascribo y que cito, a medida que avanzo en el relato y en la exposición de esta vida, de esta existencia excepcional, de este carácter enérgico, atlético, del cual se ven todas las nudosidades y los ángulos, pero que tal vez al principio no fuese irreconciliable. Si os parece que sueño un momento, permitidme escribir mi sueño.

A menudo me pregunté por qué Francia es el país de las revoluciones y no de las reformas; y tuve oportunidad de preguntármelo más a menudo todavía mientras estudiaba a Proudhon. He aquí, me decía, un hombre joven, ardiente, honesto, de inteligencia vigorosa, capaz de una ciencia fuerte y profunda, armado con una firmeza lógica inflexible, con una palabra indomable. Está poseído al principio por un pensamiento, por un sentimiento profundo y punzante, el de la desigualdad —no de la desigualdad de honor o de clase—; no de la desigualdad constitucional y política —sino de la desigualdad, en cambio, positiva, que tiene al proletario tomado por el cuello desde el primer día y que lo tiene sujeto durante toda su vida. Proudhon la encuen-

tra inicua, lo prueba o cree probarlo victoriosamente tanto por la aritmética como por la moral. Tiene la imprudencia de unir a sus cálculos y a sus razones, como si no fuesen suficientes para horrorizar, la más chocante de las insignias, una especie de antífrasis clamorosa; de su parte, es también una táctica, y es funesta. Este hombre, sin embargo, que tiene sentido común, se da cuenta muy bien al mismo tiempo de que, cualquiera que sea la importancia del hecho que califica de inicuo, no es posible aplicarle un remedio absoluto, que no se puede hacer una tabla rasa en la sociedad ni una reconstitución "ab ovo"; que no se puede ni se debe hacer una expropiación en masa ni una desposesión; hasta agregaré que este hombre no las desea: es honrado, humano; a pesar de sus explosiones y de sus ofensas de palabra, no odia a nadie; por otra parte nota muy bien que no tiene aliados o que los aliados que pudiera tener por casualidad no entenderían como él el problema, y su espíritu no estaría dispuesto a resolverlo económicamente; no es republicano girondino, ni jacobino, ni comunista, ni está por ninguno de los antiguos partidos recalentados; los estima poco, no puede hacer menos de declarárselo en la cara; porque es demasiado franco y demasiado impetuoso para disimular su sentimiento. Agreguemos que no es en modo alguno enemigo del Gobierno existente y que no desea su caída. Está mucho más preocupado por el estado de la sociedad que por las querellas políticas que no cambian apenas nada en la naturaleza de las condiciones, y que lo más frecuentemente, sólo hacen desplazar los abusos y a los que gozan de ellos. Y bien, este hombre, sin embargo, no buscará en el orden de las cuestiones posibles una o dos cuestiones atacables y solubles, uno o dos medios de transición, para proponerlos, preconizarlos y mostrarlos aceptables. Y si los propusiera, si los indicara con precisión y obstinación (pues es un hombre que bajo sus aires excesivos es capaz de dis-

tinguirlos, de precisarlos claramente), no encontraría ciertamente, en el gobierno ni en la opinión, a nadie que lo escuchara, que lo acogiera favorablemente, con atención, que se uniera a él; tampoco lo rechazarían. Los principales dirigentes políticos no tendrían por él ni poco ni mucho desdén o repulsión. El público que los sigue ciegamente no sería, ni poco ni mucho, su eco una vez que lo oyera nombrar: el público, entre nosotros, está con el que no sale de las posiciones en que se enroló. Le es más fácil todavía a este hombre audaz, a este espíritu original y que tiene también su pasión, atraerse, con una infinidad de enemigos, a algunos pocos amigos y discípulos, por medio de una doctrina absoluta, cabal, provocadora, tajante. Encuentra a todos en guardia: bien, en consecuencia, cargará a la bayoneta sobre todos; se le lanza el anatema, lo devuelve. No se establecerá ninguna cosa práctica, nada que pueda traducirse en fórmula inmediata entre él y sus contradictores, y no se limitará el campo de discusión. Si lo quisiera, tendría la idea práctica, como en realidad la tiene. Esta idea estaba y está en la asociación obrera, tal como la concebía y como la definía, en esa combinación de economía industrial, demostrada, vuelta en todos los sentidos, predicada hasta el cansancio. Tal vez triunfe cien años después de su muerte. Pero, ¿qué hacer en vida? Tiene en su contra tanto la ciencia como la rutina, la oposición como el gobierno. No ve claro por ningún lado; nadie le tiende la mano. Se le responde con una negativa absoluta; hay vítores y coro. Sorprendéos después de esto si, con ayuda de su temperamento, la paciencia se le termina. ¿Queréis la guerra, amigos míos? ¡pues la tendréis! ¿Queréis la contradicción? ¡os la serviré! Vosotros sois franceses rutinarios y frívolos, yo seré un montañés del Jura, "un campesino del Doubs", un hijo intratable de Franco-Condado. Y entonces, como no se le acuerda nada, lo pedirá todo. Abre fuego en toda

la línea. Lleva y cita por delante suyo todas las cosas humanas y divinas, y las enjuicia. Coge a todos los toros a la vez por los cuernos. En un juego semejante, infaliblemente, uno se irrita, se agria, se exaspera. Le acomete el primer impulso terrible, y se entrega a él. Está dotado de cierta alegría ciclópea; usará de ella para infundiros miedo. Tiene el secreto de ciertas fórmulas que invierten espectacularmente los problemas y las colocará expresamente por delante. Marchará armado hasta los dientes; se complace en el horror que inspira, en las tempestades que levanta. Juega con su lógica, con su masa de Hércules y la pasea sobre las cabezas como alguien que no tiene nada a que atender... ¡Y he aquí una de las mil razones que hacen que en Francia no haya un Ricardo Cobden!

CAPÍTULO VIII

El libro La Creación del Orden. — *Proudhon en la práctica; empleado en casa de los señores Gauthier.* — *Agente de negocios y teórico.* — *Su educación económica consumada.*

Proudhon, liberado de su imprenta el 1º de marzo de 1843, debió buscar medios de subsistencia. Pensaba llegar a París después de las Pascuas de ese año para presidir personalmente la publicación y la venta de su libro: *La Creación del Orden en la Humanidad.* Debió, en lugar de esto, partir para Lyon, donde había conseguido un empleo en una importante casa de comercio. Su libro, proseguido y acabado en medio de todos esos trastornos, fué puesto en venta en el mes de setiembre (1). El aspecto y la forma de la obra debió desconcertar un poco a los que esperaban al autor en el terreno quemante del "panfleto-memoria" en que ya había logrado éxitos. Exceptuaré, sin embargo, el primer capítulo o la primera división que tiene por título: "La Religión". El autor se muestra allí él mismo; dice claramente lo que quiere decir; lo dice con vigor, lozanía, y en todo el número 52 en que simula en el estilo (a modo de juego) un "pastiche" de las *Palabras de un creyente* y

(1) La primera edición dice en la portada: "Besançon, Bintot, impresor, sucesor de Proudhon.

en que supone que el Espíritu del orden, que el Genio moderno dicta una serie de apóstrofes dirigidos contra el monje ultramontano (Lacordaire), el sacerdote legitimista (Genoude), el prelado dinástico (Affre), el convertido demócrata (Lamennais), y hasta también contra los groseros apóstatas (Constant, Châtel), evidencia inspiración y verdadero talento. La estocada sobre todo lanzada contra Lamennais llega a fondo. No conozco una página más decisiva. El final del capítulo, en donde reúne como en recuerdo y en un adiós supremo todos los servicios y los beneficios de la religión en el pasado, es también, "positis ponendis", un hermoso pasaje y de un sentimiento elocuente. No diré lo mismo de las otras partes. El aparejo científico quita claridad. En el capítulo de la "Economía Política", encontramos, es cierto, a Proudhon, pero muy mezclado. En general, este libro fué poco comprendido, y debía serlo poco. El autor, en el primer momento, tenía de él la más alta idea, pero luego lo rebajó en su consideración:

"Encontrará en ese volumen, escribía a Ackermann (20 de setiembre de 1843), una metafísica nueva, mucho más sencilla, clara y fecunda que la de sus alemanes... Quiero que todo lo que publiqué hasta el momento sea considerado como "estudios" y "ejercicios", en la confidencia de los cuales, es cierto, creí deber poner al público, pero que, no obstante, no quiero incluir en el círculo de mis trabajos serios y duraderos. Quisiera, a partir de este momento, y si nada se opone a ello, comenzar mi carrera literaria y científica. Acumulé una gran cantidad de materiales, de ideas, de giros, de frases, etc., etc.; removí una masa de cosas: todo está en el taller y espera el comienzo de la obra. Tengo que ser muy desgraciado o muy torpe para no sacar nada en limpio de todo esto."

En el fervor de esas altas esperanzas, pero bajo el látigo de la necesidad, Proudhon debió tomar un partido y aceptar, ya lo dije, un nuevo empleo de los más ajenos a las letras. Encontró en unos amigos, hombres de negocios y de gran inteligencia, un socorro generoso, que les devolvió con servicios por lo menos equivalentes. Había tenido por compañero y amigo particular de infancia y de colegio a uno de los señores Gauthier hermanos, negociantes en Mulhouse y en Lyon, que habían establecido un servicio de barcos de vapor remolcadores para el transporte de hulla por el canal del Ródano hasta el Rhin. Tuvieron la feliz idea de ocupar a Proudhon, de utilizar su capacidad en su empresa, y de hacerle trabajar en los numerosos asuntos contenciosos que se presentaban diariamente. Desde la publicación de la primera y de la segunda Memoria sobre la Propiedad, el señor Antonio Gauthier había prestado atención a las ideas de su ex-compañero y le había dirigido observaciones y objeciones de hombre práctico que conoce los asuntos. Proudhon le había contestado entonces con una carta que es de las más curiosas y de las más esenciales, pues lo revela en toda su naturalidad y en toda la franqueza de la cordialidad del Franco-Condado, buen compadre y compañero, y también vemos en ella que sabía reducir muy bien, cuando era preciso, su utopía al "minimum", señalándola sólo como una perfección ideal en una lejanía indefinida, e indicando de cerca las únicas medidas de reforma que deseaba para el presente. No hay nada más preciso ni más sincero. Transcribo la carta completa, cuya comunicación debí al señor A. Gauthier:

París, 2 de mayo de 1841.

"Viejo amigo:

Merezco tus reproches, porque debería saber lo que es imprimir un libro; pero un autor se imagina siempre que

ya lo hizo todo cuando escribió, y que la prensa debe marchar tan rápidamente como su pensamiento. El arte de Gutenberg todavía no llegó a eso. La impresión de mi pequeña Memoria ([2]) duró más de 5 semanas; tenías motivo para impacientarte. Actualmente, la cosa está hecha y ya estoy bajo las garras de los críticos. De todos lados me anuncian que no me escatimarán molestias: el viento sopla y el cielo se ensombrece; tendremos tormenta. Suceda lo que suceda, en resumidas cuentas no tengo nada que temer por el lado del gobierno, lo que ya es esencial; hace mucho tiempo que conozco a los perros del tribunal y a los otros, y los espero. Soy tan atolondrado y temerario como hombre de mundo; pero cuando se trata de imprimir, puedes suponer que tengo el suficiente sentido común para no adelantar nada de lo que no esté seguro, hasta en mis más grandes paradojas. Los radicales reformistas arden contra mí a causa de algunas chuscadas que les dirijo; ¡qué dirán, Dios, el año próximo cuando mate su idea favorita! Pero dejemos aproximarse la nube, y consideremos, observadores tranquilos, la marcha del huracán. Presiento que esto se disipará; lo pensarán dos veces antes de atacar a un hombre que tiene pico y uñas, que golpea fuerte y justo. Lo podrás juzgar.

"Pero, querido, mi más viejo camarada, si los clamores de las camarillas, si una conjuración de periodistas escritorzuelos llegara a desmonetizarme ante los ojos de esa corpulenta bestia que se llama el público, ¿no tengo acaso por adelantado la indemnización en la estima de hombres honestos, independientes, que no ceden a la opinión, y en el afecto de mis amigos? Me complazco en ello: ningún hombre tuvo tal vez tantos amigos verdaderos como yo, y entre ellos, tantos esencialmente probos, tan llenos de

([2]) La segunda Memoria, la "Carta al señor Blanqui".

moralidad, tan señalados, incluso por el talento y la capacidad. Sabes que me resulta muy fácil, con mis costumbres y con mis gustos un poco campesinos, consolarme de las tribulaciones de la literatura y del oficio de autor. Cuando dejo la pluma, es como si cambiara de rostro: soy de nuevo un compañero, un paseante, un perezoso, me gusta correr, bromear, ir al café, a la taberna y divertirme en grande. ¿No estoy acaso hecho expresamente para dar latigazos a esa jauría de mastines que sólo saben coger a los carneros y gritar contra los lobos? Soy invulnerable por el lado del amor propio, pues desprecio sus alabanzas; soy inatacable en mi vida privada ¿qué quieres que tema? Todavía estoy en mi segundo acto, y no comencé para retroceder. La comedia será larga; y alguien, del cual aun no he hablado, recibirá tarde o temprano el aguijonazo.

"Siento un gran placer al hablar contigo, porque no recibo cartas tan francas, tan vivas, tan sazonadas como la tuya. Al leerte, reconocía esa buena naturaleza de los hijos del Franco-Condado que nuestros académicos tratan de corromper a cada paso por su ignorancia y su necesidad. Yo soy como tú, así como te muestras. Lo mismo que tú, sentía que mi indignación se revolvía al ver la hipocresía, la bajeza, las mentiras, la ignorancia y el charlatanismo de toda esa gente, y quise trasportar esa cólera verde a mi estilo. Quise ser sobre todo de mi país: franco y leal, pero razonador, mordaz, cáustico, zumbón, despiadado para con todos los "minus habentes" que quieren medrar. Sé que me reprochan el representar demasiado el papel de "verdugo de los necios" en mi polémica; pero, con un poco de reflexión, se puede ver que esto es sólo una táctica, una manera como cualquier otra de hacer valer mis razones. Y además, las críticas del presente son tan blandas, cobardes y volatineras que es preciso que haya un cocinero que ponga un poco de

vinagre y de limón en sus salsas. Por lo demás, que me traten como yo trato a los otros, no pido nada mejor; por todas mis estocadas, todavía no recibí ningún arañazo. Esto me aburre.

"Me pides explicaciones sobre la manera de reconstituir la sociedad. Voy a responderte en pocas palabras y trataré de darte, en este tema, ideas justas.

"Puesto que leíste mi libro, debes comprender que no se trata ahora de "imaginar", de combinar en nuestro cerebro un sistema y presentarlo luego; así no se reforma el mundo. La sociedad sólo puede corregirse por sí misma, es decir, que hay que estudiar la naturaleza humana en todas sus manifestaciones, en las leyes, en las religiones, en las costumbres, en la economía política; extraer de esta masa enorme, "por operaciones de metafísica", lo verdadero, eliminar lo vicioso, falso o incompleto, y con todos los elementos conservados, formar principios generales que sirvan como "reglas". Este trabajo durará siglos para complementarse.

"Esto te parece desesperante; pero tranquilízate. En toda reforma hay dos cosas distintas, que se confunden a menudo: la "transición" y la "perfección" o "terminación".

"La primera es la única que la sociedad actual está llamada a operar: ¡bien! ¿con qué principios vamos a realizar esta transición? Encontrarás la respuesta combinando algunos pasajes de mi segunda Memoria: (páginas 10-11), convertir todas las rentas, y, generalizando, rebajar la tasa de todos los intereses; p. 16, reforma de la banca; p. 28-29, emisión de capitales a bajo interés, reforma en los bancos; p. 33-37, abolición progresiva de las aduanas; p. 179, atacar la propiedad por el interés; p. 184, id., etc.

"Te das cuenta que un sistema de abolición progresiva de lo que llamo "ganga", es decir rentas, arrendamientos,

alquileres, elevados sueldos, competencia, etc., haría ya casi nulo el efecto de la propiedad, puesto que, si es perjudicial, lo es sobre todo por el interés. Pero esta abolición progresiva no sería más que una "negación del mal", pero todavía no una "organización positiva". Y para esto, querido amigo, puedo, sí, dar los principios y las leyes generales, pero, solo, no basto para precisar todos los detalles. Es un trabajo que absorbería a cincuenta Montesquieu. Por mi parte, daré los axiomas, proveeré los ejemplos y un método, pondré la cosa "en camino"; los otros harán el resto.

"De manera que créeme que no hay nadie en el mundo que sea capaz, como lo quisieron decir de Saint-Simon y de Fourier, de construir un sistema compuesto con todas las piezas y completo, de tal modo que sólo falte echarlo a andar. Esta es la más condenada mentira que se pueda presentar a los hombres y por eso me opongo con tanta fuerza al fourierismo. La ciencia social es infinita: ningún hombre la posee, del mismo modo que ningún hombre sabe la medicina, la física o las matemáticas. Pero podemos descubrir los "principios", después los "elementos", después una "parte" que siempre irá ampliándose. Y lo que hago ahora, es determinar los "elementos" de la ciencia política y legislativa.

"Por ejemplo, mantengo el derecho de sucesión, y quiero la igualdad: ¿cómo concertar ambas cosas? Aquí ya debemos entrar en la organización. Este problema será resuelto en la tercera Memoria, con muchos otros. No puedo en este momento decirte todo: necesitaría veinte páginas.

"En fin, si la política y la legislación son una "ciencia", comprendes que los principios pueden ser muy sencillos, que las inteligencias más estrechas pueden entenderlos; pero para llegar a la solución de ciertas cuestiones de detalle o de un orden elevado, hay que hacer una serie de razona-

mientos y de inducciones completamente análogos a los cálculos por los cuales se determina el movimiento de los astros. Eso mismo que te digo de las dificultades de la ciencia social, será una de las cosas más curiosas de mi tercera Memoria, y probará muy bien mi buena fe y la nulidad de las "invenciones" políticas.

"En dos palabras: "abolir la ganga progresivamente y hasta su extinción", he ahí la TRANSICIÓN.

La ORGANIZACIÓN resultará el principio de la "división del trabajo" y de la "fuerza colectiva", combinado con la conservación de la "personalidad" del hombre y del ciudadano.

"Esto que te digo parecerá tal vez un jeroglífico: sin embargo es la explicación del enigma; ahí yace todo el misterio: me verás comenzar esta aplicación, y podrás decirte entonces: Para terminar la obra, sólo faltan hombres y estudios (3). Me obligaste a mostrarme pedante en una carta familiar por una tonta cuestión: ¿hablo contigo para

---

(3) Se ha hablado mucho, estos últimos días, de una especie de desmentido que Proudhon se hubiera dado a sí mismo en su doctrina sobre la Propiedad. He aquí cómo reducía las variaciones y explicaba la evolución de su espíritu a este respecto. Respondía, a uno de sus amigos que creyó notar contradicciones entre ciertos pasajes de su libro de la "Justicia" y del libro *De la Guerra y de la Paz*.

"Confieso muy francamente que en 1858, cuando escribía mi libro de la *Justicia* no sabía nada de la sucesión histórica, de la hermosa correlación, de la moralidad de la guerra, de la potencia civilizadora y disciplinaria de la conquista, de toda la aplicación del derecho de la fuerza; del mismo modo que en 1840 ignoraba la solución del problema de la propiedad, que espero dar próximamente. Por eso le dije que si hiciera una edición completa de mis obras, tendría que reemplazar sin duda más de una expresión incorrecta para que todo estuviese en armonía. Pero insisto en que mi ignorancia de 1840 y de 1858 no me llevó a una contradicción en 1860; sostengo que todo se encadena, se continúa y se justifica y que sólo se me pueden reprochar incorrecciones gramaticales". (Carta del 16 de marzo de 1863, al señor Clerc, jefe de escuadrón de artillería).

dar una clase? Uno nunca puede explicarse enteramente en una página sobre cosas difíciles porque siempre quedan más dudas por aclarar que cuestiones resueltas. Lo esencial por el momento es que fijes tus miradas sobre la propiedad y que resumas toda la política interior en el asunto de la "abolición" y la política exterior en el de las "aduanas". Todo está allí. Lo demás se corregirá por sí mismo . . .

"Recibí ayer, del señor Blanqui, una carta encantadora, halagadora y especial para darme orgullo. Te das cuenta que ese profesor no puede aceptar mi doctrina en los términos en que la expongo; pero aparte de sus reservas y de la timidez que parece ser natural en él, es un hombre que, está conmigo.

"Por otra parte es un hombre de profundo saber, a quien todos estiman y es el organizador más capaz que tenemos.

"De vez en cuando recibo testimonios de consideración de parte de personajes eminentes, que sin decir "sí", dicen "¡valor!" ¿Comprendes?

Cuando comencé a escribir tenía ganas de charlar y bromear contigo; pero mi naturaleza de autor no puede dejar de presentarse. Aunque la culpa es tuya, ¿por qué me interrogas?

"Adiós, mi condiscípulo más antiguo, mi compañero de "Rosa". ¡Ya no queda nada de nuestro tiempo! Tu carta me enseña que "los más viejos son aún los mejores."

En 1843 los señores Gauthier, que no habían perdido nunca de vista a Proudhon, al verlo libre y en apuros, le propusieron que fuera su empleado, o mejor, el encargado de negocios, su consejero, su redactor de memorias, sin que esta tarea exigiera de su parte una asiduidad absolutamente regular. Debía estar a menudo en Lyon, pero podía también estar en París frecuentemente y aun atendiendo los negocios de los Gauthier. El mismo va a definirnos su

nueva situación, y las diversas versiones que da nos servirán para apreciarlo mejor en el aspecto práctico y positivo en el cual era tan capaz. Así leemos en una carta escrita desde Lyon dirigida a Ackermann y con fecha de 20 de setiembre de 1843:

"La viñeta que adorna el encabezamiento de mi carta (4) le hará saber mi dirección, lo que hago y lo que soy... Al desprenderme de mi deplorable industria me encontré tan apretado y falto de recursos que me vi obligado a entrar en una oficina en calidad de empleado, para subvenir inmediatamente a las necesidades más apremiantes de mi existencia. Paso los días con marineros, ganapanes, carreteros, negociantes, comisionistas, fogoneros, etc., etc., ya en mi oficina, ya a bordo de nuestro remolcador "El Dragón", uno de los barcos de vapor más grandes que navega por el Saona. Allí multiplico mis observaciones y finalizo "ab experto" mi curso de economía política, que había comenzado con Adam Smith y Say. No habré perdido el tiempo. La competencia, cuando yo era industrial, me mató; a mi vez, contribuyo ahora a aplastar a otros; usted no imaginará nunca el efecto terrible que produce una teoría científica empleada con intenciones destructoras. Como soy el principal, y aun, el único consejero de mis patronos, tengo amplia libertad para aplicar mis ideas de organización; cosa que aprovecho para experimentar sobre los competidores malintencionados, "in anima vili". Entre tanto, escribo folletos sobre materias administrativas: petitorios al ministro; demandas al prefecto; proveo de notas a las oficinas del ministerio; en una palabra, si el gobierno supiera qué

(4) Esta viñeta que representaba un muelle de Lyon y un barco de vapor en marcha, llevaba por inscripción: "Comercio de hulla; transportes por agua; remolques en el Saona por barcos de vapor; Gauthier hermanos, Mulhouse y Lyon, muelle Sainte-Marie-des-Chaînes.

auxiliar poderoso tiene en mí, en lugar de hacerme vigilar, me concedería una pensión.

"Espero estar este invierno en París, donde comenzaré mi carrera de periodista; para entonces, me verá usted hecho otro hombre. Mientras me creen enterrado en la metafísica, les revelaré de pronto conocimientos prácticos, adquiridos en una multitud de puntos, y con los cuales espero hacer rabiar a mucha gente. El año próximo verá cosas nuevas, tenga la seguridad."

Durante uno de los frecuentes viajes que hacía a París, escribía a Bergmann el 24 de octubre de 1844:

"Desde hace quince días estoy en París con el consentimiento de los señores Gauthier, a quienes atiendo aquí algunos asuntos difíciles. Estos señores se obstinan en no querer hacer de mí su empleado; de modo que estoy obligado, a pesar de mis principios, a aprovechar de su caja para ponerme en condiciones de prescindir de ellos en el futuro. Es verdad que les hago algunos servicios, y que poniéndome a merced suya quizá pierda algún empleo mejor; pero, de todos modos, no estoy todavía en una situación normal. Por lo demás, nadie puede mostrarse mejor dispuesto que los señores Gauthier; y no creo exagerar si reconozco que reemplazaron, para mí, a la Academia, de Besançon: gracias a ellos puedo continuar mis estudios."

Sus estudios remataron en la obra capital de las *Contradicciones económicas*, que publicó en octubre de 1846. Le había costado bastante trabajo terminarla en medio de un sinnúmero de ocupaciones que lo dividían y de los numerosos procesos que tuvo que seguir y que ganó en su mayoría. También era conocido en Lyon con el nombre del "abogado de los Gauthier". Algunos hombres inteligentes que lo vieron de cerca hasta han afirmado la habilidad especial de que hizo gala en esas cuestiones judiciales y en

las discusiones de derecho, y también que su verdadera vocación hubiera sido ser jurisconsulto, como su primo el profesor de Dijon. El mismo nos da una idea muy clara de esta vida tan ocupada y sobrecargada, en otro pasaje de una carta al señor Bergmann:

"¿Qué hice desde tu última carta? —le escribía desde París (4 de junio de 1847)—. En octubre, noviembre y diciembre, los asuntos y los juicios de la casa me retuvieron en Lyon casi continuamente; tuve la satisfacción de ver triunfar muchos de estos litigios, cuyo estudio constituye la parte esencial de mis funciones, y cuya importancia financiera oscila desde 50 hasta 200 mil francos. La Corte Real ya pronunció ocho sentencias sobre las conclusiones de mis memorias. Bien ves que si soy utopista en mis libros, soy práctico, por lo menos, en los negocios; agrego que a mis ojos razono siempre de la misma manera y siempre según los mismos principios, pero expresados en forma diferente. En una palabra, mi teoría y mi práctica están perfectamente "adecuadas"; permíteme deducir un favorable augurio para mis planes de reforma.

"Pasé casi todo el mes de enero en Besançon y en Burgille, aldea donde mi madre reside con mi hermano (5). En determinado momento creí que iba a enterrar a la pobre

(5) Era la época en que Proudhon trabajaba ya en la casa de los señores Gauthier, pero antes de la muerte de su padre y del retiro de su madre a Burgille; la carta siguiente, dirigida por Proudhon a sus padres y cuya comunicación debo al señor Oudet, se refiere a esta época; se observará en qué términos de deferencia les escribe. En el fondo se excusa de no ayudarles más. Contesta indirectamente a muchas habladurías provincianas, a pequeñas maldades que se le atribuían; algunos de los académicos que estaban en su contra, gozaban sin duda al verlo fracasar por su culpa en una carrera ya delineada, y al verlo reducido al estado de empleado; Proudhon cree que debe justificarse ante sus padres por escribir otra obra, voluminosa, que le es necesaria para refutar todos esos rumores malintencionados y mostrar lo que vale. La carta

vieja; me inquieté mucho y pude comprobar hasta qué punto, después de su muerte, me encontraría solo en el mundo y sin afectos. Esto me provocó mucha tristeza; pero la convalecencia de mi madre, mi partida para París y un nuevo asunto monstruo de mis patronos, que no tardaron en seguirme, me procuraron pronto nuevas distracciones. Durante un mes tuve que estar diariamente en comunicación con 40 diputados para pedir al Gobierno 2000 caballos, con los cuales los señores Gauthier hermanos ofrecían transportar trigo remontando el Ródano y aprovisionar

---

está dirigida al señor C. F. Proudhon, tonelero, rue du Petit Bartant 37, Besançon:

"París, 11 de noviembre de 1844.

Queridos padres:

¿Les entregó el señor Desprets un paquete de cartas con un par de anteojos para mamá? ¿Remitieron esas cartas a sus direcciones? ¿Echaron al buzón la carta para el cojo Proudhon? Contesten, por favor. Les envío aquí una carta para el señor Huguenet con diversos encargos que conciernen a mis libros. Deberá responderme inmediatamente y se entenderán con él para que su carta y la de ustedes me lleguen al mismo tiempo. Escríbanme los dos en una hoja simple y de papel delgado. ("Siempre la cuestión del porte de las cartas").

Deseo impacientemente saber cómo se encuentran y si sus finanzas andan muy mal. Espero dejar París tan pronto como mi actual trabajo, *Las contradicciones económicas*, esté en prensa. Le pasaré la última mano y leeré las pruebas en Besançon. Cuento partir de aquí hacia el fin de febrero.

La obra en que me ocupo en este momento tiene para mí una gran importancia. Me dará una nueva ocasión para que se vendan mis precedentes publicaciones, y muy probablemente, me produzca más beneficios. En todo caso, no tenía derecho a detenerme y debía al público nuevas explicaciones. Los sabios y los obreros ya comienzan a considerarme con respeto; sólo falta que se me haga justicia públicamente, por intermedio de la prensa y de la Academia. Sabré obligarlas a la una y a la otra. Una vez obtenido este resultado, mi condición de batelero no me molestará; habré demostrado que si "robé" la beca Suard, como algunos dicen, no fué por incapacidad y tendré el derecho de no ocuparme de otra cosa que de ganarme la vida. No puedo quedar con la afrenta de una acusación calumniosa, y si los "bobalicones" de la Academia todavía se atreven a lamentar mi designación, se verán

todo el este de Francia a un precio de acarreo cinco veces menor que el de las compañías. El resultado hubiera sido que el precio del pan, desde el 15 de febrero, se rebajara en todas partes a 20 céntimos el kilo, en lugar de 40 y de 50; representaba para todo el país un beneficio de más de 100 millones. Fuimos muy bien recibidos por los diputados, pero cortésmente despedidos por los señores ministros: era previsible (6).

"En mayo último, otro asunto me llamó a Dijon; pasé allí casi todo el mes preparando una causa, escribiendo una memoria, imprimiéndola, etc. De modo que apenas si pude, en todo ese tiempo, ocuparme de la solución de mis *Contradicciones económicas.*"

En los últimos meses de 1847, Proudhon se decidió a renunciar a este empleo tan absorbente, y que a menudo también lo mezclaba en una naturaleza de asuntos y sobre todo en una clase de operaciones que estaban demasiado en

---

obligados a reconocer que su único motivo es que soy demasiado íntegro, demasiado sensible para triunfar a su manera.

Aun este último sacrificio, queridos padres: ustedes no hubieran podido soportar la idea de que yo fuese contado en el número de los mediocres y de los ingratos. Una vez que mi carácter y mi inteligencia estén a cubierto de toda crítica, la responsabilidad de mi fracaso corresponde a los cobardes que me abandonaron sin comprenderme.

Los abrazo, queridos padres

P. J. Proudhon."

El padre de Proudhon murió el 30 de marzo de 1846 y desde entonces su madre se retiró a la aldea de Burgille. Murió allí alrededor de 18 meses después.

(6) Creo poder contar en el número de los trabajos y memorias escritas en representación de sus patronos, un artículo publicado primero en el *Journal des Economistes* (mayo de 1845) y poco después, en forma de folleto bajo este título: "La competencia entre los ferrocarriles y las vías navegables". Proudhon defiende en él la causa de la flotilla francesa, e implícitamente, la del canal desde el Ródano hasta el Rhin; pero, fiel a la forma y a la ley de su espíritu, elevó el interés privado que representa a la altura en un problema general.

desacuerdo con sus ideas y sus teorías; después de cierto disentimiento con sus patronos, se tomó, bruscamente, en octubre, una licencia, que significó una dimisión que al principio no fué aceptada ni rechazada.

Estos señores tenían interés, se comprende, en conservar a su abogado y a su jefe de asuntos contenciosos. Por su parte, Proudhon, quedando desde luego reconocido, había terminado por experimentar lo que es muy fácil imaginar de parte de una naturaleza independiente, recalcitrante y enemiga de todo yugo:

"Estoy muy contento —decía—, muy satisfecho de la decisión que tomé. Hace bastante tiempo que estoy al servicio de otros; quiero ser dueño a mi vez, aunque sólo sea de una choza, de una línea de pescar y de un anzuelo. Y si alguna vez me veo obligado a soportar un patronato, tendré cuidado en tomar por patrón a un extraño, a un desconocido, que no sea mi compañero, ni mi condiscípulo, ni mi amigo; que no ponga nunca los pies en mi casa, que no se ocupe de mí, y que yo no tenga nunca por qué entrar en la suya."

Cualesquiera que hayan podido ser las causas, tan explicables por lo demás, de esta impaciencia final de Proudhon, el patronato amistoso de los señores Gauthier, cuenta, para ellos, muy honorablemente en su vida.

CAPÍTULO IX

Nuevas relaciones. — El grupo de los primeros amigos; el de los segundos. — Los economistas; el señor José Garnier. — Relaciones alemanas; Carlos Grün. — Un discípulo francés, el señor Darimon.

En esos años, se produjo verdaderamente un cambio completo en la vida y en las relaciones de Proudhon: el grupo de los primeros amigos se reemplaza insensiblemente por otros.

Todos entramos en la vida con un primer grupo, un primer cortejo: son los amigos de infancia, los del colegio, los de la región, ésos de los cuales se puede decir en verdad que "los más viejos son los mejores". Esos primeros amigos que suspenden nuestro corazón en una secreta ternura por el derecho tan poderoso del primer ocupante, tienen una influencia muy grande sobre nosotros: en concierto con ellos tejemos nuestros primeros sueños, nuestros heroicos y magníficos proyectos, formulamos nuestras primeras ambiciones de gloria y de felicidad, nuestras futuras conquistas; entre ellos y nosotros distribuimos las jerarquias, los papeles en el teatro de la vida, y repartimos en pensamiento el mundo. A menudo hacemos por ellos nuestros más grandes esfuerzos; con ellos gozamos más vivamente de nuestros primeros éxitos. Estos primeros amigos tienen sobre nosotros derechos que ningún otro encontrará luego:

nos reprenden, nos tutean, nos dicen verdades duras, y no por ello los amamos menos; nos atrevemos, en desquite, a exhibir delante de ellos todo nuestro amor propio, todo nuestro orgullo, a concedernos todo nuestro genio, a hartarnos con todas nuestras esperanzas. Con ellos no tenemos necesidad de política ni de pudor; estamos en buenas manos, en manos seguras; no existe envidia; su amor propio, después de todo, forma parte del nuestro; somos, como se decía antes, de la misma banda, de la misma escuadra; la felicidad o el honor que uno de nosotros obtiene, salpica a los otros. Pero poco a poco estas amistades se alejan, se dispersan; el haz se afloja y se desata; el matrimonio sobre todo, el matrimonio, esa segunda existencia, termina por separar a esos primeros amigos y compañeros que parecían unidos y ligados para siempre a la espartana. El matrimonio tiene singulares efectos y contragolpes profundos sobre la amistad. Cuatro amigos estaban estrechamente unidos: tres se casan; ¿qué pasó, apenas al cabo de un año? —Creí advertir —nos dice el cuarto—, que, por el efecto único del lazo conyugal, la personalidad se acusó en éste, se deformó en aquél, y en el tercero maduró. Sucede a veces que esta personalidad se duplica por el casamiento, es decir, que en lugar de un amigo, el nuevo esposo os da dos. El caso es raro. Ordinariamente, el matrimonio acantona a su hombre; por lo menos lo clasifica. La dirección del punto de vista cambia. Los ambiciosos y los positivos se crean móviles e intereses nuevos. Los caracteres perezosos y blandos se aflojan y acaban por borrarse. Los caracteres amorosos y celosos se absorben en el matrimonio. Uno que antes del matrimonio era amable y siempre estaba en movimiento, curioso, inquieto, se abisma en el éxtasis conyugal poco después; para sus amigos de la víspera es un hombre perdido. Aun después de la luna de miel, no será el mismo. En general, los que aman mucho

a las mujeres no son, con los hombres, los mejores amigos. Proudhon, de quien tomo más de una de estas observaciones, Proudhon, que tenía áspera la costra y tierna la raíz, escribía un día a Ackermann sobre este tema (4 de octubre de 1844):

"De todos los miembros de nuestra antigua y reducida sociedad, soy el único que me mantengo fiel al compromiso filadélfico. Es por mí que todos nuestros amigos tienen noticias unos de otros, porque, me atrevo a decirlo, soy el único que no experimento, ni inspiro, enfriamiento. Observo solamente que el matrimonio opera de una manera extraña sobre vosotros, señores, que habéis tomado mujer: al principio, comenzáis por desear a vuestros amigos tanta felicidad como la que gozáis; después os atrincheráis poco a poco en el hogar, y termináis por olvidar que fuísteis compañeros. Creía que el amor y la paternidad aumentaban la amistad en los hombres. Me doy cuenta hoy que eso era sólo una paradoja, una ilusión. ¡El amor es, pues, tan limitado en el hombre como la inteligencia! El momento en que creemos haber llegado a una de las cimas de la ciencia, es precisamente el momento en que descubrimos que no sabemos nada, y nuestra pretendida ciencia es siempre más estrecha de lo que era nuestra fe. El momento en que nuestro corazón parece abrirse a infinitos afectos es justamente el momento en que se concentra y se hiela. Si Orestes hubiera desposado a Hermiona, desde ese mismo día hubiera olvidado a Pílades: esta amistad tan famosa sólo subsistió con una condición, la de un amor desgraciado."

Un poco más tarde, decía a Bergmann, no ya en un tono de reproche y de queja, aunque con el acento de la inquietud (22 de octubre de 1846):

"Tengo una "docena" de amigos (es mucho para un hombre) a los cuales no olvido nunca, ni en la buena ni

en la mala fortuna, que forman parte esencial de mi existencia, y en quienes pienso antes de emprender nada: eres siempre el primero de la lista. ¿Te habrás enfriado, tú que eres esposo, padre de familia, sabio en "us" y en "en"? ¿Hay todavía algo de común entre el soltero y el hombre casado? Habla, respóndeme, tranquilízame; te lo pido, lo necesito..."

Conocemos, más o menos, a esta "docena" de amigos; merecen ser recordados aquí: eran, además de los dos íntimos corresponsales tan frecuentemente citados, uno de los dos hermanos Haag, muy conocidos por sus serios trabajos en colaboración, el ingeniero Tourneux (1), el doctor Maguet, de quien Proudhon decía que era "un espíritu a la vez simple, sólido y sensato, cien veces preferible al espíritu brillante de los hombres que tienen imaginación y que construyen sistemas"; volvió más tarde a practicar la medicina en su país del Franco-Condado, en Dampierre-sur-Salon, y Proudhon fué a visitarlo allí un año antes de su muerte (2); el pintor Elmerich, a quien perdemos de vista bastante temprano en esta correspondencia, pero a quien volvemos a encontrar en las exposiciones; el excelente Dessi-

(1) El señor Tourneux, que, desde esa época, era jefe de división en el ministerio de Obras Públicas.

(2) El señor Maguet tiene la bondad de desprender para mí de su "album" la página siguiente, escrita por la mano de Proudhon y en la que expresa con energía el sentimiento "filadélfico" que siempre estuvo tan desarrollado en él; reproduzco exactamente la página, hasta en sus menores singularidades:

Sin la AMISTAD

¿Qué es la vida del hombre?

"La ciencia deseca y marchita; el poder embriaga e infunde soberbia; la devoción sin caridad no es más que hipocresía. El rico me es odioso por su egoísmo; me parece que hay que compadecer al enamorado por su indolencia; el voluptuoso me asquea por su molicie. Pero cuando la divina Amistad viene a confortar nuestras almas, todo toma una faz nueva, un carácter brillante. La Amistad sabe engrandecerlo todo, placer,

rier, autor de un Silabario o "Método fácil para aprender a leer", y con quien Proudhon había vivido algún tiempo, en rue Sainte-Anne 22, en los primeros meses de su residencia en París.

A partir de 1845 se ve poco a poco formarse alrededor de Proudhon otro grupo de amigos, el de aquéllos a quienes seducen su sistema y sus ideas y a quienes atrae y cautiva su poderosa personalidad. Después de los amigos que nacieron y se educaron con nosotros, tenemos los amigos adquiridos y conquistados (Darimon, Langlois, Duchène, Chaudey, Mathey, Crétin, Carlos Edmond, Herzen, Massol, Rolland, Delhasse...). Hay, entre estos últimos, algunos muy fieles: serán los amigos de la última hora. Varios de los primeros también se encontrarán allí.

---

amor, poder, riqueza, ciencia, religión; por ella todo se nos presenta más amable aun, más bello, más sublime.

"La amistad hace perdonar la fortuna, y algunas veces hace que la desgracia sea digna de envidia.

"Me atrevo a jactarme, siempre tuve amigos; nunca, en ninguna época de mi vida, estuvo vacío mi corazón de un dulce cariño. Y cuando nos encontramos por primera vez, querido MAGUET, no me equivoqué, algo me decía que acababa de ganar un nuevo amigo.

"¿Soy, pues, feliz?

"No, ¡y Dios no quiera que acuse a la Amistad!

"Pero, ¿quién podría conocer la felicidad en un siglo como el nuestro? El sentimiento de las miserias de la humanidad me persigue y me importuna en el santuario de la ciencia, al pie de los altares, en los brazos de la Voluptuosidad *, hasta en el seno de la amistad. ¡Oh, jóvenes generosos batallón sagrado de los Amigos, nuestra vocación es gloriosa: fuimos predestinados para la extirpación del vicio y de la tiranía. ¿Faltaremos a nuestra misión?

"En cuanto a mí, levanté mi mano hacia el cielo, y formulé el juramento:

"No vivo más que para el cumplimiento de esta obra sagrada, y para "la AMISTAD.

"17 de agosto de 1839

"P. J. PROUDHON".

* Quienes quiera que seáis, amigo lector y prudente lectora, os ruego que no veáis más que una sinecdoque en estas palabras del infrascripto.

Proudhon, desde su comienzo, había abierto una brecha en la opinión como economista. Aunque estaba en contradicción y en desacuerdo más o menos completo con la mayor parte de los autores y profesores famosos en esta ciencia, conoció a algunos de ellos, particularmente en 1844, y tuvo, al principio, que felicitarse de ello:

"Conocí —escribía a Bergmann, el 12 de mayo—, a la "camarilla" economista (porque hay que llamar a las cosas por su nombre), y estoy inscrito en la lista. Hay en ella buenos muchachos, hombres instruídos, sensatos, de buen gusto, con los cuales uno experimenta placer en encontrarse. Sólo puedo ganar con estas relaciones. Guillaumin, el librero, es el alma de la cofradía. Me adelantó algunas palabras, y espero tratar con él para mi próxima publicación; porque, en fin, una vez que uno se puso a escribir, las publicaciones llegan como vendimias. ¡Qué quieres! es preciso que la librería me devuelva lo que la imprenta me quitó, y espero lograrlo."

Trató, en efecto, con el estimable Guillaumin para su próxima obra en dos volúmenes (las *Contradicciones económicas*) y bajo condiciones de las que se felicitaba. Por esta época, mientras frecuentaba a los economistas de mérito y de reputación, tuvo la oportunidad de trabar relación con el señor José Garnier, director de la Escuela especial de Comercio. Esta relación, contraída en nombre de sus estudios comunes, y que llegó a ser bastante amistosa, duró hasta el fin. Yo mismo fuí testigo, en los últimos años, en cierta comida, de conversaciones entre uno y otro, y de ataques y de respuestas, llevadas en un tono perfecto y con un fondo de estima que no impedía una agradable zumba. Los buenos procederes tenían arraigo en el alma y en la naturaleza de Proudhon. El señor José Garnier los había tenido desde temprano a su respecto; lo había criti-

cado por su última obra (*La Creación del Orden*) en el *Journal des Economistes*, pero con mesura y conocimiento de causa; también había comprendido en su crítica las tres obras precedentes ([3]):

([3]) Daré algunos extractos de este artículo, que apareció en octubre de 1843, para hacer apreciar el espíritu y el tono; se verá lo que Proudhon podía tolerar de crítica, y lo que aceptaba con gratitud:

"En su primer trabajo, el autor, decía el señor José Garnier, partiendo del dato de que la propiedd es un monopolio, y de que todo monopolio es un robo, responde a esta pregunta: "¿Qué es la propiedad?" con este aforismo inusitado: "La propiedad es el robo". Esta afirmación, cualquiera que sea su valor científico para el señor Proudhon y sus adversarios, fué una torpeza, y al colocarla complacientemente en la primera página, el autor se servía de una etiqueta que valía menos que el frasco. Le sucedió al nuevo escritor lo que ya le había sucedido a Malthus, quien, por no haber suavizado ciertas expresiones, se vió desconocer e injuriar por todos los que no lo leyeron, y que son la gran mayoría. ¿Qué quería decir y qué dijo el señor Proudhon en su libro, tan lleno de erudición, de inspiración y de talento? Que la propiedad parcelaria, en su estado actual, constituía un monopolio perjudicial según él a la especie humana, dando a entender que no sería imposible constituirla bajo la forma de "posesión", con gran ventaja para todos. "Est modus in rebus"; el señor Proudhon lo olvidó y estamos seguros de que se arrepiente. Decirle a alguien: "Usted se equivoca", o bien, "Usted mintió", es decir a menudo, en el fondo, la misma cosa; pero aquéllos a quienes uno habla, hasta cuando comprenden, no se contentan con dar la misma respuesta. Si pudiéramos hacer la comparación diríamos que el autor de *"¿Qué es la propiedad?"* nos pareció un jabalí irritado que distribuye colmillazos mientras pasa "per fas et nefas". Hubiera estado mucho mejor inspirado si sólo hubiera empleado el 2º título: "Investigaciones sobre el Principio del Derecho y del Gobierno", y locuciones más suaves. Su libro hubiera sido lo que es, en el fondo: una obra científica. Entonces, nadie se hubiera equivocado; pues otros, antes que él no habían tenido mucha consideración hacia nuestras instituciones sociales, y eso, con toda libertad... El señor Proudhon retrocede demasiado poco ante el empleo de ciertas palabras, y se lo juzgaría muy mal por sus títulos. No escribe como Chaumette ni como el padre Duchèsne, y los desarrollos de su pensamiento prueban que puede elevarse hasta las más altas cumbres del entendimiento... Reconoce la ciencia (y es muy diferente en esto de la mayor parte de los socialistas, que la ignoran) tal como se nos presenta, y se lanza resueltamente en la segunda parte, país desconocido,

"Le agradezco muy sinceramente, señor, —le escribía Proudhon a este respecto (23 de febrero de 1844)—, su bondadoso artículo; no me hacen tanta justicia los radicales ni los independientes, que me llaman "hermano" y "ciudadano" Proudhon. Su artículo apenas si podía ser más largo, más substancial, más "ad rem", y tal vez no le fuese permitido a usted hacerlo más explícito. ¿Por qué, pues, el señor W... (4) me tiene tanta ojeriza? No podrían salir de su espíritu algunas bromas malévolas, a las cuales un joven no se niega y que eché de menos? El señor W... ya rehusó un artículo del señor Tissot (5) que concernía a mi publicación, artículo en el que yo era "refutado" y "condenado"; ¿podía desear algo mejor? Quieren matarme con el silencio; ¿pero no se dan cuenta acaso que, una vez muerto bajo mi propio nombre, puedo resucitar y hacerme

---

selva impenetrable que todavía espera numerosos colonos. El autor del *Orden en la Humanidad* es uno de esos colonos que tiene derecho, sólo porque se aventura lejos, a nuestra consideración; porque, observadlo bien, partió con todas las precauciones necesarias, la instrucción, el amor por la verdad, el sentido común y la claridad en las ideas. En su espíritu pues, la economía política es más que la ciencia de las riquezas, es la ciencia del trabajo. Debe dirigir a los gobernantes. . ."

Todo este artículo del señor J. Garnier está escrito con esta medida de equidad y de benevolencia, aunque se nota en él un poco de fastidio y el temor de decir demasiado. El señor Garnier no se pronuncia. Como no buscamos más que la verdad, nos permitiremos agregar que Proudhon, completamente en el fondo e "in petto", estaba menos halagado y menos satisfecho de lo que parecía estarlo en su agradecimiento; escribía a Ackermann el 25 de noviembre de 1843: "Le agradezco el cuidado que se toma por mi reputación en Berlín... Ya apareció un artículo muy miedoso, muy anodino, en el *Journal des Economistes*, artículo en el que el autor se limita a presentar sumariamente el conjunto de mi obra, sin atreverse a aprobar ni a desaprobar nada. Me da la impresión que la crítica teme el mismo peligro al hablar sea "en pro", sea "en contra", sea únicamente "sobre" mis publicaciones. Temen el prejuicio; temen al autor, hasta temen comprometerse al nombrarlo".

(4) El director del *Journal des Economistes*.

(5) El profesor de la Facultad de Dijon.

acoger bajo el pseudónimo? Les voy a jugar esta pasada a los malintencionados, tanto más cuanto que ya cumplí con mi deber. Ninguna idea se acepta, ningún libro se vende si el autor no pertenece a algo: a la Universidad, a la prensa, a la administración, al clero, a alguna camarilla o corporación. El público todavía es hoy como en la época de Fedra: tiene sus bufones y sus proveedores. Voy a hacerme aprendiz de harinero."

El señor Garnier, en una lección de apertura de un curso profesado en el Ateneo (*Introducción al estudio de la Economía política*) que había enviado a Proudhon, había hecho uso de las opiniones y de la autoridad del señor Rossi. Proudhon le responde a este respecto. Todo lo que dice de Rossi, uno de los escritores a quienes reconoce deber más, y del cual declara "admirar sus altas facultades más que nadie", me hace lamentar que no haya tenido ocasión de verlo de cerca, de cultivarlo desde sus comienzos, de cambiar con él, de viva voz, ideas y contradicciones que no dejan de modificarse con un tal contacto. "Estoy convencido tanto como usted, señor, —escribía Proudhon—, que el señor Rossi es una rara inteligencia; creo que dice mucho menos de lo que piensa; pero, ¿qué es, pues, lo que le impide hablar, y también al señor Blanqui, y al señor Miguel Chevalier, y a tantos otros?" Lo que impedía a estos sabios hablar y explicarse más, era una cierta prudencia política que les hacía evitar en su ciencia especial conflictos demasiado numerosos y demasiado chocantes. El señor Rossi, en particular, con su claridad circunspecta y prudente, había tomado la precaución, primero, de introducir la economía política en el marco de Adam Smith; quería que esta ciencia no se ocupara más que de las leyes naturales que presiden la producción y la distribución de la riqueza, dejando librado a las otras ciencias morales y políticas el desarrollo siempre aventurado del género humano.

"¿No cree el señor Rossi, —exclamaba Proudhon en la íntima y orgullosa conciencia de su fuerza—, que haya ya llegado el momento de reunir, mediante una poderosa síntesis, todas las ciencias morales y políticas?" — ¿Por qué no? Llegará el momento en cuanto se encuentre un hombre bastante felizmente organizado para emprenderla; y este hombre puede existir tanto hoy como mañana. Porque no hay que confundir la ciencia en su punto de partida, la ciencia en sus rudimentos, con la ciencia hecha y desarrollada . . . Una ciencia existe desde el momento en que están dados su objeto, su circunscripción y su método o su órgano; desde ese momento es CIERTA y no tiene necesidad, para eso, de estar "terminada". Decir que la economía política no es la ciencia general de la sociedad porque hasta ahora no habló más que de división del trabajo, de capitales y de monedas, es afirmar lo que se ignora; es hacer como el que, al inventar las cifras y el sistema decimal, hubiera dicho que la aritmética se reducía a la numeración, que no llegaba hasta el cálculo."

Pero también, al reclamar semejante extensión ambiciosa para su economía política, ¿con cuántos escollos iba a chocar Proudhon y a estrellarse? Rossi, al contrario, tomaba sus precauciones; con su sagacidad y su ausencia de prejuicios, veía, ciertamente, las incoherencias, las inconsecuencias; hasta las indicaba, pero no pretendía superarlas ni forzarlas; cuando, en una cuestión particular, encontraba la economía política con sus deducciones naturales e inmediatas en desacuerdo con la política o con la moral, se refería a éstas; no vacilaba en declarar a la economía política subordinada tanto a la moral como a una ciencia más alta. Esto es lo que hizo, sobre todo cuando tuvo que justificar el trabajo parcelario y el empleo de los niños en las manufacturas. Y entonces, Proudhon, sorprendido de su timidez

y de esta especie de denegación científica, escribía en las cartas que tengo ante mi vista, dirigidas al señor J. Garnier:

"Esta escapatoria, que me había seducido al principio como todas las sutilezas del señor Rossi, tiende visiblemente, no a justificar la economía política, sino a hacerla irresponsable de sus propias consecuencias. Pues, al tomar la idea de ciencia desde el punto de vista elevado de la metafísica, es fácil ver que una ciencia que, para existir, tiene necesidad de otra, no es una ciencia verdadera, que una ciencia cuyas aplicaciones racionales conduzcan a un mal, es una ciencia quimérica, si no es una ciencia mal comprendida. Partiendo de esta reflexión, comencé por rechazar las conclusiones del señor Rossi; después, considerando de nuevo las investigaciones sobre la ley de división, pude pronto convencerme, por la determinación de las leyes orgánicas del trabajo, de que el señor Rossi estaba débil en esta parte de sus interesantes lecciones. El señor Rossi procedió como Newton, ¿y no es glorioso equivocarse como Newton? Este, después de observar las perturbaciones de los planetas, cuya ley fué demostrada mucho después por Laplace, se atrevió a escribir que llegaría infaliblemente un día en el que la operación inmediata de la Divinidad sería necesaria para restablecer el orden en los mundos, sin lo cual, a causa del progreso de las perturbaciones, caerían en el caos. Laplace, al demostrar que esas perturbaciones formaban parte integrante del sistema, y que después de un cierto período todo volvía al orden primitivo, tranquilizó al mundo horrorizado. Pero Newton, con una afirmación tan extraña, destruía por la base su edificio astronómico. Un sistema cuya consecuencia fuera la ruina no podía ser admitido, y Newton se condenaba con su propia boca. Debía limitarse a decir: En el punto a que llegamos, debemos

resolver un problema, que es el primero y el más importante, el de las perturbaciones planetarias ([6]). Del mismo modo, el señor Rossi, después de haber reconocido las ventajas y los inconvenientes del trabajo de los niños y del trabajo parcelario, en lugar de invocar la moral, "Deus ex machina!", debía limitarse a proclamar el problema si no podía resolverlo."

Seguramente, es imposible encontrar una contradicción más digna, más deferente, más respetuosa. Pero la diferencia entre el señor Rossi y Proudhon se ve en ella claramente y se destaca. Cuando el señor Rossi con su alta razón y su prudencia por lo menos igual, encuentra una dificultad demasiado viva, que colocaría inmediatamente a su ciencia en disputa con las potencias sociales reinantes y celosas, se detiene, hace una seña, se inclina, se desvía y pasa: a buen entendedor, ¡salud! Proudhon, en cambio, con su lógica, extrema la consecuencia, cava la mina, hace saltar el peñasco, lo horada de parte a parte, y, seguro de su método y de su objeto, concluye afirmando, y cueste lo que cueste, que hay que erigir de nuevo la política o rectificar la moral.

([6]) Esta excursión de Proudhon en la ciencia astronómica puede parecer un poco aventurada; lo que dice es solamente verdadero "en términos generales". Un juez competente, a quien consulto (el señor J. Bertrand, de la Academia de ciencias), me lo explica y al mismo tiempo lo rectifica. Newton, en efecto, supuso que el sistema planetario no encierra en sí mismo elementos de conservación indefinida, y que una mano Poderosa debía intervenir de tanto en tanto para reparar el desorden. Eulero, que se ocupó mucho de las perturbaciones, compartía esta idea. Laplace, por su parte, demostró que ciertos elementos del problema son invariables; tranquilizó a los astrónomos sobre algunos puntos del sistema. Pero no existe la ley de las perturbaciones de los planetas; no ha sido encontrada. Las tablas que la reemplazan están construídas según los métodos descubiertos y perfeccionados por Eulero, d'Alembert, Clairaut, La Grange, sobre todo, y en fin Laplace, cuyo papel es bastante hermoso sin que se lo exagere. Los profanos deberían hablar lo menos posible de estas cosas, sobre las cuales no hacen más que balbucear.

Ahora, se dirá (y yo mismo lo diré el primero), ¿son hasta ese punto rectilíneas las ciencias sociales? ¿nunca lo fueron? ¿pueden y deber llegar a serlo? Todo el nudo de la dificultad está allí.

Dice por otra parte muy modestamente y con un sentido común muy espiritual, al comenzar esta correspondencia con el señor J. Garnier, y pidiéndole permiso para mantenerla (28 de setiembre de 1843):

"Después de haber provocado, señor, tan amistosamente mis explicaciones, ¿se negará usted a responderme? No seré indiscreto y sabré ahorrar el tiempo de un sabio consagrado a la enseñanza pública; hasta le prometo, si usted lo exige, no mantener con usted más relaciones que en beneficio de nuestros estudios comunes; y tal vez pueda tener la felicidad de sugerirle de tanto en tanto alguna idea fecunda y feliz.

"Nada es más valioso para un sabio que un hombre de paradojas"; y por mi parte, me atrevo a decir que con el giro de mi imaginación y colocado como estoy, veo más cosas desde mi escritorio que un profesor desde su cátedra."

Esta carta escrita en su escritorio de Lyon, rue Sainte-Marie-des-Chaînes, en medio de todos los trastornos de los asuntos y a modo de diversión de "la vida bruta y material que lleva", termina con palabras afectuosas y hasta amables:

"Dígnese, pues, señor, con cualquier comunicación, insignificante para usted, pero infinitamente valiosa para mí, mantener en mi corazón el fuego sagrado, pues la más dulce recompensa que espero de mis elucubraciones es la estima de mis amigos y el estímulo de los expertos."

No, Proudhon, a pesar de sus brusquedades, no era el campesino del Doubs todos los días ni en todos los momentos (7).

(7) Agregaré aún algunos detalles sobre las relaciones de Proudhon

Carlos Grün, un alemán que llegó a Francia para estudiar el estado de los espíritus, los diversos sistemas filosóficos y socialistas, vió mucho a Proudhon durante el invierno de 1844-45; de vuelta a su país, publicó en ese mismo año 1845, el relato de su viaje en una serie de cartas

---

con el señor José Garnier y los economistas. Proudhon llegó a París en los primeros meses de 1844: visitó al señor Garnier, que vivía cerca de Montmartre. Este esperaba al deshollinador. Vió entrar a un hombre con un sombrero de alas grandes y amplias espaldas. El diálogo siguiente se estableció:

J. G. — ¡Buenos días, lo esperaba con impaciencia!... ¿usted es el deshollinador que hice llamar?

P. — ¡No!... soy Proudhon (con un tono jurásico).

G. — (Aparte) ¡Ah! ¡Diablos!... (Alto) Bienvenido. Estoy encantado de conocerlo... le pido perdón; pero puesto que es filósofo, sabe que se puede confundir un...

P. — ¡Ciertamente! ¡Ciertamente!

Así se conocieron y la conversación continuó sin protocolo y con simpatía. Proudhon volvió algunas veces a Montmartre para hablar de economía política, de la Biblia, del matrimonio, de filosofía y del porvenir. Una mañana tomó allí un pocillo de café en compañía de Carlos Grün, joven alemán recién llegado. El señor Garnier presentó a Proudhon al editor Guillaumin que se interesaba desde hacía algunos años en abrir una librería especial para la economía política y que había fundado el *Journal des Economistes* en 1841. Garnier era secretario de la Sociedad de economía política, fundada por él y por Guillaumin en 1842, e invitó a Proudhon a la comida mensual, en la que se reunían los principales miembros de la Sociedad. Proudhon se mostró muy halagado por la invitación, como lo prueba la carta siguiente que escribió al señor Garnier:

París, 10 de marzo de 1844.

Señor:

"Si le es posible pasar por los Panoramas hacia las 5 y media, como me dijo, estaré encantado de verlo y de aprovechar la ocasión, única tal vez para mí, de ver tantos hombres distinguidos charlando juntos en forma muy distinta que en la Academia.

Será el más precioso recuerdo que llevaré a provincias, adonde ya me llaman asuntos importantes, por lo menos momentáneamente.

Su adicto y agradecido".

P. J. PROUDHON.

En una carta al señor Guillaumin, del 15 de agosto siguiente, en la que le proponía publicar su próximo libro de las *Contradicciones*,

familiares. El señor Saint-René Taillandier, más tarde, hizo de él materia de un interesante artículo, publicado en la *Revue des Deux-Mondes* (8), insistiendo en la influencia que tal relación con un amigo alemán había ejercido sobre el desarrollo de las ideas de Proudhon. Esta influencia de Hegel y de su método es sensible en efecto en el próximo libro de Proudhon, el *Sistema de las contradicciones económicas;* pero, al mismo tiempo, conviene reducir esta influencia a lo que realmente fué, y por eso debemos escuchar primero a Proudhon, el mejor testigo. Hablando precisamente de esta obra, que estaba componiendo, escribía a Bergmann el 19 de enero de 1845:

"Emprendí un trabajo demasiado amplio para ir tan rápido como lo esperaba. Comienzo una serie de seis memorias, tal vez siete, que deben seguirse consecutivamente:

---

aludía a esta circunstancia de la comida, y se comprometía, sin saberlo, a más de lo que podía cumplir; en efecto, formulaba sus condiciones en estos términos:

"Antes que nada, aunque usted sea el editor oficial de todas las obras de economía política que aparecen en Francia, entiendo tener la libertad de mis ideas, por diferentes que puedan ser de las de los señores Dunoyer, Rossi, Troplong, etc., etc. Entiendo también usar ampliamente, salvo el respeto debido a las personas y las consideraciones que merecen las posiciones y los talentos reconocidos, del derecho de refutación y de crítica.

¿Puede usted, señor Guillaumin, garantizarme esta doble franqueza? Por mi parte, prometo, y no debería necesitar decírselo, emplear la forma más pulida, la más académica posible. Gracias a usted, señor Guillaumin, y a la amabilidad del señor Garnier, puedo casi considerar cofrades y amigos a un buen número de los que tendré que citar: "¿No hemos acaso comido juntos el pan y la sal?", como dice el beduíno..."

Pero la pluma de Proudhon, aun cuando hubiera aspirado a ello, no podía plegarse a ser tan pulida y tan académica durante dos volúmenes. Cuando aparecieron las *Contradicciones,* Guillaumin no se congratuló precisamente de haber introducido al lobo en el redil; se zafaba diciendo: "La culpa es del señor Garnier".

(8) En el número del 15 de octubre de 1848.

la primera tiene ya cuatrocientas páginas. Es una crítica general de la economía política, desde el punto de vista de las antinomias sociales. Espero al fin enseñar al público francés lo que es la dialéctica: ¿no es deplorable que, mientras en Alemania todo escritor se somete a una forma metódica conocida e indica siempre el procedimiento lógico de que se sirve, en Francia se discuta eternamente sobre bagatelas a diestro y siniestro sin poder entenderse nunca? Creí que yo había sido el primero en inaugurar, bajo el nombre de teoría o dialéctica "seriada" (9), esta necesidad de disciplina para la razón, y de la cual Hegel había dado ya una constitución particular. Fuí, según las nuevas relaciones que contraje este invierno, muy bien comprendido por un gran número de alemanes, que admiraron el esfuerzo que hice para llegar sin ninguna ayuda a lo que ellos pretenden que existe en su patria. No puedo juzgar todavía el parentesco que hay entre mi metafísica y la lógica de Hegel, por ejemplo, "puesto que nunca leí a Hegel"; pero estoy persuadido de que voy a emplear su lógica en mi próxima obra; esta lógica no es más que un caso particular, o si prefieres, el caso más simple de la mía."

El mismo Carlos Grün es el primero en reconocer la fuerza inicial y original de Proudhon, y para demostrarlo me basta citar sus propias páginas, su visita a Proudhon, las conversaciones que sostuvo con él; me serviré de la elegante traducción del señor Saint-René Taillandier, aunque tendré que completarla en uno o dos puntos con el socorro de un joven y sabio amigo (10). El señor Grün, después de haber visitado a los diversos sectarios utopistas, a los jefes de las escuelas comunistas, a los fourieristas, termina

(9) En el capítulo titulado "Metafísica", del libro de la "Creación del Orden".
(10) El señor Emilio Délerot.

su excursión con Proudhon; estamos en presencia de un guía entusiasta, pero de un entusiasta que alcanza a ser, según los casos, un observador muy fino, y que es también, como se lo va a juzgar, un excelente descriptor:

"París, 4 de enero de 1845.

"Cuando, desde la estación Malaquías, se entra en la calle del Seine, se puede ver a la izquierda otra calle que forma un pequeño ángulo con aquélla. Encontrándome precisamente en este lugar, en una ocasión, hacia las 5 de la tarde, pregunté por la calle Mazarine. A la izquierda —me dijeron—. Allí se separan los dos caminos de Hércules: a la derecha, el camino ancho de los pacíficos fourieristas [11]; ¿y a la izquierda? . . . A a la izquierda, en la calle Mazarine nº 36, vive Proudhon.

"Me lo había representado como un hombre de unos 40 años, de rasgos duros, de cabellos negros, de rostro desconfiado, con la frente agobiada por profundas y dolorosas preocupaciones, pero, sin embargo, con esa imborrable bondad que se leía en la fisonomía de Juan Jacobo Rousseau y de Luis Börne. Es preciso —me decía—, para que no me confunda con los viajeros ingleses y los vulgares turistas de Alemania, es preciso que me conquiste esa benevolencia, es preciso que penetre hasta el fondo del baluarte donde se cobija este espíritu herido. En realidad, ¿cómo podía figurarme al autor de la memoria *¿Qué es la Propiedad?*, al autor de la *Carta al señor Considérant*, carta por la que debió comparecer ante el jurado del Doubs, al ex-obrero impresor que se sumerge desde hace ya largo tiempo en estudios sin fin, al proletario que busca la ciencia social en interés del proletariado, y que, recompensado por su valor con un proceso ante los tribunales, sufrió du-

(11) Víctor Considérant vivía en el bajo de la calle del Seine.

rante largos años el suplicio mucho más terrible del desdén público? ¿Cómo podía figurarme a este pensador solitario, audaz, despiadado, sino como un hombre amargado por los sufrimientos morales?

"Cuando entré en la habitación de Proudhon, vi a un hombre bastante alto, nervioso, de alrededor de unos 30 años, vestido con un chaleco de lana y calzado con zuecos. Una habitación de estudiante con una cama; unos cuantos libros en los estantes, sobre una mesa, muchos números del *National* y de una revista de economía política; esto era todo lo que lo rodeaba. No habían pasado aún cinco minutos cuando ya habíamos entablado una conversación muy cordial, y el diálogo se deslizaba tan fácilmente que apenas tuve tiempo de pensar, para mis adentros, cuánto me había equivocado al imaginar que encontraría la desconfianza de Rousseau y de Luis Börne. Un rostro abierto, una frente maravillosamente plástica, ojos marrones admirablemente bellos, la parte inferior del rostro un poco maciza y en completa armonía con la fuerte naturaleza montañosa del Jura; una pronunciación enérgica, llena, voluntariamente rústica, máxime si se la compara con el gracioso gorjeo parisiense; un lenguaje denso, conciso, expresiones elegidas de una exactitud matemática; un corazón sereno, seguro y hasta alegre; en una palabra, un hombre bello y valiente frente a todo un mundo."

Es el retrato del Proudhon joven, favorecido, pero se le parece. Lo que sigue, también del autor alemán, es un poco más sutil:

"En la época de mi primer amor, estaba —dice—, por lo que recuerdo, más enamorado de las pecas de mi amante que de toda su persona; sin embargo, si alguna otra joven hubiera tenido esas manchas, no la habría amado por ello. Es una regla general de psicología que el amante prefiera,

en los objetos que le son queridos, ciertos detalles, que precisamente están en contradicción con las leyes de la belleza... (Abrevio: se conocen, sobre este tema, los bellos versos de Lucrecio, de Horacio, y del "Misántropo"). Proudhon bizquea un poco, y precisamente esta circunstancia me hizo aparecer desde el primer momento tan interesante su rostro. Sus pupilas, bellas y claras, que dan la impresión de dirigirse en un sentido ligeramente divergente, me recordaron las pecas de Wetzlar ([12]). Y mientras hablabámos de Hegel, de Feuerbach, de Adam Smith, de Say, Blanqui, Wolowski, Fourier y Considérant, de Liszt y del "Zollverein" (Unión de las Aduanas), de Heine y de Mark ([13]), mi mirada se deslizaba desde esos ojos bizcos a la línea escultural de sus cejas y a la curvatura espléndida de su frente, que no me hubieran parecido tan bellos, repito, sin el ligero defecto de sus pupilas."

Os previne que estamos en presencia de un entusiasta; debemos tomar nuestro partido. Pero después de haber pagado este tributo a la patria de Werther, entramos ya en la parte seria de la apreciación y de la doctrina:

"¿Qué mayor felicidad hubiera podido desear? Después de un sinnúmero de estudios abrumadores, después de una incesante crítica de todas las teorías socialistas posibles, encontraba en el medio de París —de ese París donde mil sistemas acribillados de infinidad de heridas, se oprimen, se chocan entre sí con la pretensión de vivir, donde los pensamientos muertos andan errantes por aquí y por allí como otros tantos fantasmas— encontraba a un hombre que, va-

---

([12]) Wetzlar es la pequeña ciudad donde se asentaba antes el tribunal del Imperio. Allí Goethe conoció a la Carlota del *Werther;* y Carlos Grün, admirador de Goethe, encontró sin duda y quizá buscó en el mismo lugar una aventura del mismo género.

([13]) Un escritor de la joven escuela hegeliana, que se distinguió en la lucha contra la escuela de Berlín.

lientemente, libremente, sin reservas, se declaraba de acuerdo conmigo. En la crítica del socialismo y del filosofismo francés nos entendimos en todos los puntos, y sentí mi alma fortalecida.

"Proudhon es el único francés completamente libre de prejuicios que conocí. Se ocupó bastante de la ciencia alemana para aplicar su oído a tierra cada vez que el espíritu se agita del otro lado del Rhin. Posee conocimientos bastante profundos en filosofía para sospechar un sentido profundo detrás de nuestras frases redundantes... Supo verdaderamente apropiarse la sustancia misma de nuestra ciencia, y cargó con nuestras ideas sus cañones contra la propiedad. Comprendió a Kant, y vió muy bien el huevo que, como Colón, Hegel había sabido mostrar: "la negación de la negación". El trabajo grande y sublime de Hegel, que consiste en resolver, la una en la otra, en el seno de lo absoluto, la "libertad" y la "necesidad", y en haber planteado por lo menos el problema de la humanidad, estableciendo que "mi naturaleza" debe ser "mi obra", es una verdad inmensa que no escapó a Proudhon, y en la que muchos franceses encontraron su Waterloo. Proudhon la comprendió perfectamente. Pero Proudhon no tenía todavía ningún conocimiento de la disolución de la filosofía alemana por la crítica, y del aniquilamiento de toda sistematización filosófica. Tuve el placer infinito de ser, "sobre este punto" (14), por decirlo así, el "privat-dozent" del hombre que, después de Lessing y Kant, no fué superado tal vez por nadie en el vigor de la penetración. Espero, por ello, por lo menos haber preparado una conciliación y

(14) Las palabras "sobre este punto" fueron suprimidas en la traducción, muy fiel por lo demás, del señor Saint-René Taillandier; esta omisión hace aparecer a Proudhon mucho más discípulo de los alemanes de lo que en realidad fué.

una fusión completa de la crítica social de éste y del otro lado del Rhin."

En medio de las ligeras obscuridades que puede ofrecer para nosotros este elogio completamente germánico de Proudhon, se observa que Carlos Grün no se felicita más que de haber sido su guía y su iniciador sobre un punto particular, y no de una manera general. Lo tuvo al corriente de los sucesores y de los refutadores o ensalzadores de Hegel, no más. Hasta instituye una comparación consecutiva entre Proudhon y Feuerbach y un paralelo, en los que no lo seguiremos. Tiene la impresión de que Proudhon era un Feuerbach sin saberlo, y que no había tenido necesidad de éste para decir que la inteligencia humana es tanto más alta cuando más se despoja del antropomorfismo. Pero estas analogías que, en la pluma de un alemán están hechas para aclarar las cosas a los ojos de sus compatriotas, para nosotros sólo logran embrollarlas.

No puedo, sin embargo, dejar de trascribir otra página curiosa en la que Carlos Grün nos muestra fineza de observación mezclada con inspiración, y que termina en un elogio sin reservas de Proudhon; está fechada en París el 20 de diciembre (1844):

"¿Estoy, pues, condenado, escribe, a encontrar al espíritu francés insuficiente y superficial cada vez que entro en contacto con él, y a sentir un irresistible deseo de acercarme a él cada vez que le vuelvo la espalda para alejarme? ¡El diablo, si puede, explicará este problema! ¡Cuán amables son estos franceses en su manera de vivir, de expresarse, de sentir, pero cuán limitados son en cuanto se trata de penetrar la esencia de las cosas! Cuando uno les expone las concepciones más señaladas, las más profundas, os dicen, una vez que habéis terminado: "Comprendo, comprendo", lo cual significa sencillamente: "Adivino lo que usted quiso decir, pero usted

lo expresó mal: "usted quiere decir..." Y se lanzan elocuentemente a una interpretación burlesca que os hace morderos de rabia; después os preguntan. satisfechos de sí mismos: "¿No es eso?" Uno responde: "Más o menos" cuando en el fondo tenemos deseos de decirle: "¡Pero no, absolutamente, mil veces no, no es eso!"

"Sin embargo hay excepciones, gloriosas excepciones, que ejercen una influencia notable, que crean una Francia nueva, mientras que las frases de la vieja Francia se pudren y desaparecen, semejantes a hojas marchitas. Hoy pasé una hora deliciosa con Proudhon. Hemos cambiado cien millones de ideas. Le hablé de la filosofía alemana y de la disolución que llevó a cabo en ella Feuerbach. Le tomó un afecto profundo. Trataba de exponerle, tan brevemente como lo permite la rapidez de una conversación, mediante qué serie de ideas Feuerbach lograba aniquilar la Religión, cómo había llegado a ser maestro del dogma y había hecho descender el otro mundo a los ventrículos del corazón [15]; cómo había jugado en seguida la misma pasada a la filosofía, y había reducido las abstracciones de la razón absoluta a no ser más que concepciones del espíritu del hombre; en una palabra, cómo la ciencia de lo absoluto había llegado a ser para él una antropología. Proudhon me escuchaba con una atención que me hubiera intimidado si no me hubieran protegido las sombras del crepúsculo. Cuando dije, al terminar: "La antropología, pues, es la metafísica en acción", Proudhon golpeó las manos, se levantó y dijo: "Y yo voy a demostrar que la economía política es la metafísica en acción". Estas palabras aludían a un escrito que quiere

(15) Es decir, cómo se había aplicado a demostrar que las promesas de otra vida de la teología no eran más que aspiraciones del corazón. Sólo queremos, en todo esto, responder de la fidelidad de la traducción, no de las doctrinas.

publicar el verano próximo y del cual ya me habló. Después nos permitimos hacer pasar a todo el mundo por el filo de nuestra crítica: a fourieristas y a comunistas, a radicales y a economistas, a Cousin y a Schelling. Experimentaba una alegría que todavía no había sentido desde que estaba en París. Proudhon es un nuevo francés, un pensador, un lógico, un hombre que aprecia en su valor la ciencia alemana, sin divinizarla, como hicieron algunos parisienses locos, y sin robarla, como hizo el filósofo oficial de la Francia de Julio [16]... Le quité un peso al corazón de Proudhon cuando le expliqué cómo la crítica había penetrado en el grandioso estilo afectado de Hegel, y cómo había separado al hombre del sistema. Me aseguró que había esperado este desenlace, pero que, desgraciadamente, sólo podía conocer los trabajos alemanes a través de análisis y traducciones francesas. El pobre Proudhon no sabe nada de alemán; fué impresor doce años de su vida, y todo lo que sabe, lo aprendió solo; no tuvo tiempo para aprender el

---

(16) La justicia me obliga a decir que Carlos Grün —y tampoco Proudhon por lo demás— no se tomó el trabajo de entender bien, antes de atacarla, la filosofía del señor Cousin. Este, después de un viaje a Alemania, nos trajo algunas de las ideas de Hegel sobre la filosofía de la historia y nos la presentó brillantemente arregladas a su manera, en sus Cursos de 1828-1830. Pero esto es sólo un incidente, y, como decía el mismo Hegel: "Cousin pescó algunos peces en mis aguas, pero los ahogó hábilmente en su salsa". El conjunto y el cuerpo de la filosofía del señor Cousin, tal como se nos ofrece en su desarrollo completo, no es en modo alguno hegeliano, por el método ni por los resultados. Usa el método de la escuela escocesa, con más audacia y extensión; los resultados son espiritualistas. Basta, para convencerse de ello, comprobar cuáles son los principales hombres de talento salidos de esta escuela y que profesan la pura doctrina de la Universidad. Estoy muy desinteresado de la cuestión porque no creo que en ese sentido y por esa vía se pueda llegar a la verdadera solución de los problemas: únicamente, no hay que, como lo hicieron Lerminier y Pedro Leroux, y como lo hace Grün, considerar al autor en falta desde un falso punto de vista, ni desplazar el ataque.

alemán, porque si no, lo hubiera aprendido, como todas las otras cosas. Sin embargo, sabe aprovecharse de las traducciones y de los análisis; me dijo estas palabras sorprendentes sobre Feuerbach; "Pero, ¡es el cumplimiento de la obra de Strauss!" Strauss, en efecto, formulaba la teoría del mito, pero quedaba por descubrir de dónde venía el mito y por qué era una necesidad" (17).

En fin, debemos descender de esas alturas e indicar el único punto en el que Proudhon y su admirador alemán nunca pudieron entenderse: me refiero a la mujer y a su papel en la sociedad, inclusive en la sociedad regenerada. En esto Proudhon se mostraba, como vimos, un hombre de la vieja sociedad, un viejo romano, un enemigo de la innovación moderna. Este partidario de la igualdad absoluta no admitía la posible igualdad de la mujer y del hombre:

---

(17) Esto me recuerda uno de los proyectos de Proudhon, que expresaba en una carta de este mismo año, más de seis meses antes de conocer a Carlos Grün: "...Los jesuítas nos abruman, escribía desde Besançon (12 de mayo de 1844), y preveo que habrá que volver a comenzar, con nuevas costas, la guerra de Voltaire y de Rousseau. Cuento, para el año próximo, resumir todos mis escritos bíblicos en un volumen, que será para nosotros lo que el libro de Strauss fué para Alemania. Cuando ponga manos a la obra, tal vez necesite ir a trabajar algunas semanas en Estrasburgo. Pero veremos". Le faltaba tiempo, y siempre le faltó, para realizar tantos proyectos; siempre estuvo abrumado, ya obrero encadenado a su tarea, ya luchador arrastrado a la refriega, por la carga cotidiana. Nunca se colocó, por otra parte, en el séquito de Strauss, ni tampoco en el de Feuerbach; era propio de su natutraleza reaccionar hasta contra aquellos a los que parecía acercarse más. Leo en una carta de Proudhon, de fecha posterior: "No conozco la obra de Bauer, y empiezo a no hacer tanto caso a los alemanes, aunque pongo su concienzudo saber muy por encima de la palabrería de nuestros académicos. De todos modos, los alemanes tienen dificultades para llegar a la idea; son pesados, difusos, confusos y sus conclusiones no son felices. Así, me es imposible admitir la Cristología de Strauss, y tampoco soy partidario del ateísmo de Feuerbach, aunque éste sea uno de los más vigorosos discípulos de Hegel. Creo que no dió en el punto justo. (Carta al señor Tilloy, 25 de febrero de 1858).

"¿Cree, pues, dice en alguna parte, que una mujer, una amante, una esposa pueda ser un amigo?, ¿que la lealtad, la más perfecta probidad, las costumbres puras, el amor por el trabajo y por la gloria, los sentimientos más generosos, puedan durante mucho tiempo balancear en ella los pequeños defectos que únicamente nosotros, hombres, no advertimos?" Con esta querella termina, de una manera bastante mordaz, el libro de Carlos Grün; y he aquí la última carta que el viajero alemán escribe a su mujer:

"París, 20 de enero de (1845).

"Hoy almorcé con Proudhon y discutí vivamente con él sobre las "mujeres". Yo había tomado por punto de partida la frase de su libro sobre la "Propiedad": "Muy lejos de aplaudir lo que hoy se llama emancipación de la mujer, me inclinaría más bien, si fuera preciso llegar a este extremo, a recluir a la mujer". No pudimos ponernos de acuerdo. Quiere convertir a su futura mujer en una "mujer de su casa". No había medio de convencerlo; me decía siempre: "No lo comprendo"; y sin embargo, yo hablaba bastante claro. ¡No descuides, pues, la cocina, entiendes! Si un día Proudhon me visita, tendremos primero que servirle una buena comida hecha por ti, y luego discutiremos con él su teoría de la reclusión. Tu victoria sería comparable a la de Rosbach. Pero sobre todo, ¡no descuides la cocina!"

([18]) El libro de Carlos Grün es estimado en Alemania aun por aquellos que no comparten sus ideas y su manera de ver el futuro; el autor es reputado, el escritor más importante de la escuela socialista: "Su libro *El Movimiento social en Francia y en Bélgica* merece ser distinguido entre todas las obras de los socialistas alemanes por su aliento, su claridad, por su entusiasmo, por la reforma social unido a un análisis muy imparcial de los diferentes sistemas". Este es el juicio que formula Gottschall en su *Cuadro de la literatura alemana en el siglo XIX*.

¡Y que después de esto no se diga que un alemán, inclusive de los más entusiastas, no puede tener ingenio!

Pasaremos sin transición a una de las nuevas relaciones que Proudhon entabló hacia esta misma época, y que llegó a ser una amistad, un vínculo de discípulo a maestro. El señor Darimon, llegado de Lille a París desde hacía algunos años, se ocupaba de estudios sociales, económicos; había leído los libros de Proudhon y no dejaba escapar nada de él. Acababa precisamente de comprar el volumen de las *Contradicciones económicas* que aparecía en ese momento (octubre de 1846); lo tenía bajo el brazo. Entró a cenar en una fonda, en la calle Notre-Dame-des-Victoires (la casa Baurain); se enteró por uno de los parroquianos de que Proudhon estaba allí cenando. Le ofrecieron presentárselo. Proudhon, tal como lo vió Darimon entonces, y como nos lo pinta, no tiene nada del retrato ideal que trazó de él Carlos Grün; un cuerpo bastante delgado, pero fuerte y huesoso, envuelto en una gran levita verde botella que descendía hasta los talones, medias azules con pantalones cortos, zapatos enlazados, un sombrero bajo de alas anchas, un chaleco de colores chillones cruzado en el pecho; su palabra era áspera y su aspecto brusco y parecía decir: "¡Tregua a los cumplidos!" Proudhon cortó secamente las primeras frases con que el señor Darimon creyó deber empezar con un autor ya célebre, a quien admiraba, y después de algunas palabras que demostraban que el recién llegado tenía una gran inteligencia del sistema: "¿Leyó, pues, mi libro?" —"No, no lo leí; no está cortado." —"Bien, usted habla como si lo hubiera leído". —"Es el mejor cumplido que puede hacerme; me prueba que lo comprendí". —"Usted es el primero". —Le interesaba saber la opinión de la gente sobre sus libros, tenía una cierta inquietud a este respecto. El señor Darimon no le hablaba más que de sus doctrinas económicas: —"¿Pero usted no me habla del libro de la *Creación*

del Orden en la Humanidad?" —"Me hubiera gustado mucho no hablarle. Confieso que no me parece bueno en la composición y en el conjunto." —"Sí, dice, es un libro defectuoso; quise hacer una Enciclopedia, no sabía nada."

Se ve bastante la diferencia. Un francés, aun aquél que va a ser un lugarteniente o un discípulo, juzga a su jefe o a su capitán; hay análisis y reservas hasta en el respeto.

Para Proudhon fué, luego, una preciosa adquisición este primer y casi perfecto partidario. El hombre del Jura ya no pudo decir en adelante: "Estoy solo, no tengo a nadie". El señor Darimon tenía una inteligencia viva, precisa y flexible, una locución clara y fácil; nadie era má apropiado para elucidar las ideas del maestro, para quitarles su máscara horrorosa. Escuchadle hablar, interrogadle sobre el terrible reformador y sobre la doctrina, como yo lo hice y como tuvo la bondad de prestarse a ello; es persuasivo, simplifica las dificultades, descarta lo odioso; ya no hay más monstruo. Proudhon, explicado por él, sólo ataca la propiedad en un cierto sentido. Desde el punto de vista económico, la propiedad es capital, renta e intereses. Proudhon no ataca el capital, sino la renta, el alquiler, el interés, "la ganga", dicho en forma distinta, los abusos ([19]): esto es lo que llama robo. Lo mismo, cuando diga: "Dios es el mal", entiende hablar del Dios de los teólogos. "Tantum Relligio

([19]) Proudhon, en sus momentos más suaves, conviene en ello. Leo en una de sus cartas (16 de mayo de 1841, a Ackermann): "Lo que usted me dice del señor D... no me sorprende. En París pululan hombres como él. Están de acuerdo con todos los abusos que señalo; pero cuando quiero generalizar la idea y llegar a una conclusión, entonces ya nadie me sigue. Yo y mis críticos somos como gente que quiere quitarle los ángulos a un polígono: sólo que, cuando la operación esté llevada a cabo, ellos sostendrán que lo que quede será siempre un polígono, mientras que yo digo que será un círculo. He ahí, en realidad, en qué difiero del señor Blanqui y de muchos más". Esta comparación del polígono y del círculo le era familiar. Pero, si es sólo una querella de palabras, ¿por qué darle tanta importancia?

potuit suadere malorum". Es como el "Aplastemos al infame" de Voltaire; hay que comprender el sentido. Así, el Proudhon del señor Darimon se nos presenta sin su gruesa voz tonante. Alguien dijo espiritualmente que "Darimon era el *almohadón* de Proudhon". Siempre hubo, al lado de los grandes y fogosos reformadores, al lado de los hombres de invención y de iniciativa revolucionaria, estos segundos que comprenden, que traducen, que suavizan y atenúan. El señor Darimon cumplió este papel con las ideas proudhonianas; en una forma desviada, se aplica a la obra. Leedlo, y aquí mismo [20], sobre las asociaciones obreras fundadas en el principio de la mutualidad. Arrancar a la política tales cuestiones, restituirlas a la pura discusión económica, tratar de realizar las ideas sin hacer sombra al Gobierno, es propio de un buen espíritu y de una buena táctica. El señor Darimon, en esto, marcha y continúa, a su manera, en la línea de Proudhon. Y así, las ideas proudhonianas, infamadas, maldecidas y anatematizadas de frente, rechazadas a viva fuerza, se filtrarán cada vez más y se introducirán de sesgo en la sociedad moderna. Hay igualdad civil, igualdad política: ¿por qué no igualdad económica? El problema se plantea sin resolverse; pero el hombre tenderá cada vez más a este último fin, y se aproximará a él, aun cuando nunca deba alcanzarlo.

---

[20] En la "Revista Contemporánea" (en donde se sabe que el señor Sainte Beuve publicó, por primera vez, su estudio sobre "Proudhon" en 1865. El artículo del señor Darimon, al cual acaba de aludir, había aparecido el mismo año en el número del 15 de setiembre). ¿Y qué es, en efecto, todo el "movimiento cooperativo" actual, las encuestas y el repaso legislativo que provoca, la transformación que ese modo de asociación tiende a producir en la organización industrial, sino la aplicación y la verificación que se inicia de las ideas de Proudhon? Si sólo hubiera sido economista, y no apóstol, sus ideas no hubieran penetrado lo suficiente en la clase obrera, para vivir y realizarse en ella con ese ardor.

CAPÍTULO X

Las Contradicciones Económicas. — *Leyes y contra-leyes; método de doble filo.* — *Promesa de una síntesis.* — *Objeciones. Su verdadero sistema.*

La obra intitulada: *Sistema de las Contradicciones económicas o Filosofía de la Miseria* (1), se puso en venta el 15 de octubre de 1846. Hubiera debido ser publicada el 5, pero parece que el editor, atemorizado por los arranques de más de un género que había observado aquí y allá al recorrer los volúmenes, había creído deber pensarlo dos veces y someter el libro a "una censura previa" (2). Era un singular libro, en efecto, y de una forma sorprendente. Uno lo abría, esperando no encontrar más que problemas de economía política, y todo el prefacio, intitulado "Prólogo", trataba de "la hipótesis de Dios"; el autor parecía justificarse por emplearla, pero necesitaba de ella, decía, a título de

(1) Dos volúmenes in 8º, editor Guillaumin.

(2) Es la expresión misma de Proudhon, tal como la encuentro en una carta suya. Parece, al contrario, resultar de la correspondencia del señor Guillaumin, de la cual tengo extractos ante mi vista, que el buen editor habían sólo leído, a lo sumo, cuatro o cinco páginas de pruebas, un poco por casualidad, o a medida que el impresor le señalaba ciertos pasajes. Había todo un capítulo de los más escabrosos y de los más comprometedores, del cual, dice, no había sospechado la existencia, y que sólo conoció después de la publicación.

instrumento dialéctico. Agitar la cuestión de Dios en el preámbulo de un libro árido de economía política, y agitarla en esos términos extraños, equívocos, era, por lo menos, una complicación: evidentemente, el autor la había buscado. El epígrafe, sacado del Deuteronomio, decía "Destruam et ædificabo", y, en toda la obra, el autor no hacía más que oponer, entrechocar y destruir, reservaba la edificación y la solución para otro escrito. Asentaba como principio, desde las primeras líneas, que todo economista, por lo mismo que se ocupaba de las leyes del trabajo y del cambio, era verdaderamente y expresamente un "metafísico", cosa que la mayoría todavía no había sospechado. Por otra parte su método, si se le levanta la máscara alemana, es sencillo y audaz, simplemente; hubiera podido abstenerse del término hegeliano "antinomia". En toda cosa hay el "pro" y el "contra", y hay verdad en las dos partes. Proudhon debía y podía naturalmente decirse: "Si la propiedad que ataco es falsa, inicua, ¿cómo es que existió y duró desde el principio del mundo?" Esto lo condujo desde entonces a reconocer que una cosa puede ser falsa y verdadera a la vez. La naturaleza de los hechos sociales y de las instituciones es diferente de la del mundo racional. Lo relativo y lo absoluto, la historia y la filosofía se hacen la guerra desde el origen: ¿cómo lograr un día conciliarlas? Proudhon, en su trabajo por llegar a ello, hubiera podido también practicar su método en descubierto, claramente, a la francesa, y hacerlo remontar a Pascal, quien se complació en poner de relieve las contradicciones en el hombre: "Lo elevo, lo hundo, hasta que comprenda que es un monstruo incomprensible. Pero el reformador audaz y complejo no lo tenía en cuenta: emplea más artificio, tiene una pretensión más ambiciosa por la ciencia, y por una ciencia completamente nueva (3). No es

(3) Lo dice textualmente en una carta al señor Tissot, escrita a

por capricho o por confusión que su capítulo "de la Providencia" se intercala de golpe entre un capítulo sobre "la policía o el impuesto" y otro capítulo sobre "el balance del comercio". Según él, todo está unido y se encadena: "El problema de la propiedad es, en otro aspecto, el problema de la certeza; la propiedad es el hombre; la propiedad es Dios; la propiedad es todo". De ahí esa conexión singular o ese enredo de cuestiones. Uno se pregunta a cada paso, al leerlo, si se trata de un método, de una táctica, de una ironía, de un juego, de una simple convicción; en Proudhon la parte de todos esos elementos es indefinible, no se la puede fijar y desenredar. Es un poco maligno y diabólico, al mismo tiempo que un dialéctivo sutil, suelto y un lógico despiadado. Os toma, os conduce, lo seguimos; os lleva más lejos aun; también lo seguimos; creemos haber llegado:

---

propósito del libro de las *Contradicciones* (13 de diciembre de 1846): "Sé que esta dialéctica hegeliana no es de su gusto, y que, como sus cofrades de la Sorbona, acusa de escepticismo precisamente a aquellos que pretenden haber derrocado para siempre el escepticismo. No quiero entablar esta discusión en una carta: le diré solamente que la lógica de Hegel, tal como la comprendo, satisface infinitamente más a mi razón que todos los viejos apogtemas con que nos atascaron desde la infancia para hacernos comprender ciertos accidentes de la razón y de la sociedad. "¿Qué quieren decir, le pregunto, todas esas máximas anticuadas: "Cada cosa tiene sus ventajas y sus inconvenientes: —la sabiduría está en el medio y huye de los extremos—; no hay que confundir el uso con el abuso", y otras cháchares por el estilo que, analizadas, se reducen a concepciones absurdas?

Al leer las Antinomias de Kant, vi, no la prueba de la debilidad de nuestra razón ni tampoco un ejemplo de sutileza dialéctica, sino una verdadera ley de la naturaleza y del pensamiento; Hegel hizo ver que esta ley era mucho más general de lo que había parecido suponer Kant; y sin que haya necesidad de seguir a Hegel en su infructuosa tentativa de construir el mundo de las realidades con pretendidos "a priori" de la razón, se puede sostener resueltamente, me parece, que su lógica es maravillosamente cómoda para dar razón de ciertos hechos que antes no sabíamos considerar más que como los "inconvenientes", los "abusos", los "extremos" de ciertos otros".

todavía no; os vuelve a tomar y os trae de nuevo hacia atrás; os levanta más allá y a regiones en donde lo que él quiere, hacia dónde va y hacia dónde os conduce sólo se distingue por destellos. Uno, al sentirse balanceado de este modo, no cesa de preguntarse con inquietud: "¿Dónde quiere llegar?" Juego peligroso, que no está hecho para tranquilizar a los tímidos, para contener a los imprudentes, para guiar a los débiles, y que debía prestarse a muchos malentendidos.

Dijo en alguna parte, en una carta familiar (4), una frase de oro: "Si la mitad de la verdad a veces nos aterroriza, la verdad entera nos tranquiliza y nos encanta". Pero entonces, podría decírsele, ¿por qué detenernos tanto tiempo y como complacidos sobre la una o sobre la otra de esas mitades de verdad, cada una de las cuales es capaz de producirnos espanto?, ¿por qué demorar en tranquilizarnos y en maravillarnos y por qué no nos muestra las dos mitades juntas y nos descubre la verdad entera? La poseía tan plenamente como se lo figuraba? Creo más bien que todavía la buscaba (5). Sea lo que fuere, él mismo definía su método, daba de él (lo que es más) los secretos y demasiados

---

(4) En una carta del 2 de noviembre de 1862, dirigida al señor Milliet, redactor del *Journal de l'Ain*.

(5) Me equivoco al dudar; Proudhon es el primero en decirlo; y en esta misma carta del 13 de diciembre de 1846 dirigida al señor Tissot, escribía: "Usted preferiría a ese dédalo de contradicciones la exposición del "principio superior", que concilia todos los contrarios. Concibo su impaciencia; pero es como si usted me reprochara no haber podido descubrir antes de haber buscado. Todo lo que publiqué hasta el momento, no es otra cosa que mi misma investigación, de la cual hice confidencia al público, a medida que avanzaba. Actualmente, estoy en condiciones de dar los preliminares de esta organización social, cuyas últimas leyes no pueden ser conocidas más que a medida que se producen hechos nuevos, sin los cuales me es imposible ir más allá. Estoy sorprendido de que usted me trate de inspirado, cuando repetí tantas veces que soy un "buscador".

motivos verdaderos, cuando, comenzando a aplicarlo, escribía a Ackermann, el 4 de octubre de 1844, en el intervalo entre la *Creación del Orden* y las *Contradiccioness*

"Tiene razón al decir que mi última obra ("la Creación") está menos bien escrita que las precedentes: cargué todo mi esfuerzo sobre las ideas, y no podía hacer una obra de artista. Por otra parte, me faltó tiempo, aunque esto no me excusa; pero estaba obligado. Júzgueme pues, se lo ruego, como pensador antes que como escritor...

"Me pregunta si tengo "partidarios". Le confieso muy humildemente —o muy orgullosamente—, que no lo creo. P... encuentra mi teoría muy "espaciosa"; pero, dice, ¿quién sabe si hay una teoría más general? Tissot se pronucia claramente: mi metafísica no vale nada; la *Revue independante* declaró que me "equivoqué"; Pedro Leroux me reprocha haber atribuído a Fourier la primera percepción de la ley seriada, sin explicarse más: la mayor parte dicen que "no me comprenden". Por lo demás, unos aceptan la economía política y la teoría de las funciones; otros están encantados al ver la religión acuchillada pero no admiten que la filosofía no sea nada, y "viceversa". Hay una cosa cierta: me saquean con rara impudencia... Todos los días veo folletos en los cuales tengo más parte que los mismos autores, y en los que no se me cita. Los republicanos no prestan atención a mis trabajos porque no soy partidario ciego de la guerra, de las fortificaciones de París y de otras ideas revolucionarias: los comunistas, que no se figuran como de dos principios contradictorios (propiedad y comunidad) se puede formar una síntesis que los absorba y los transforme, me consideran casi como un justo medio. Estoy en la condición más desgraciada: es preciso que tenga razón contra todo el mundo a la vez, si no, estoy perdido. Y lo que termina de desesperarme, es, por una parte, el atraso en

que se encuentra el público francés con relación a los estudios filosóficos; por la otra, el monopolio retrógrado e intolerante ejercido por la camarilla universitaria.

"Esas dificultades son casi insuperables. De todos modos, ya que no puedo cambiar bruscamente a los hombres, voy a tratar por lo menos, colocándome en el centro de sus prejuicios, de traerlos a mi punto de vista, del mismo modo que, en un panorama, el maquinista cambia el espectáculo haciendo girar al espectador. Tentaré pues, para salir de una situción inextricable, lo que Kant declaró formalmente imposible: "popularizar la metafísica", poniéndola "en acción". Para ello, empleo la dialéctica más profunda, la de Hegel; pues mi desgraciada suerte es tal que, para triunfar de las más indomables repugnancias, debo servirme de los procedimientos más antipáticos al sentido común. Pero para los grandes males, grandes remedios: después de haber examinado bien la posición, me pareció que podía ser tomada a viva fuerza; y en seguida me puse al trabajo. No abrazaré un marco tan vasto como en la *Creación del Orden*, me encerraré en un punto de vista único, y podré, con una multitud de ejemplos, hacerlo fácil, inteligible hasta para los espíritus más estrechos; después, conduciré al lector por todas las partes por donde me guste pasearlo."

El error estaba en creer que podía ser perfectamente inteligible y claro con ese método, y que la metafísica podía popularizarse en Francia: sólo lograba oscurecer la economía política, y si realmente introducía algunas verdades nuevas, las hacía abstrusas, enigmáticas y sospechosas para la gran mayoría. Proudhon no se daba cuenta exactamente del efecto producido. Se jactaba de haber alcanzado el fin perseguido, cuando en realidad no había hecho más que golpear alternativamente, y golpe tras golpe, a diestro y siniestro. Había cumplido su palabra. Pero, a fuerza de hacer girar

al espectador, lo dejaba más aturdido y más asombrado que convencido. Se hacía alguna ilusión a ese respecto. Cuando apareció el libro de las *Contradicciones*, se lo envió al amigo Bergmann, diciéndole (22 de octubre de 1846):

"Verás, sin duda, después de haberme leído, que la obra que aparece en este momento con mi nombre es la última de este tipo que escribiré, y que en lo sucesivo sólo me falta proseguir la aplicación de las leyes generales expuestas en mi libro, siempre que esas leyes sean exactas. A partir de hoy, vuelvo seriamente a la vida activa, de la cual salí en 1840, con mi publicación del "Domingo" y de la "Propiedad". Mi período de investigación pura terminó: comienza para mí una nueva carrera, y pronto sabré si valgo realmente algo, o si debo resignarme a beber, comer, trabajar, ambular y morir como los 999 de cada mil ejemplares de la especie humana... Quiero que me digas sobre esto la verdad sin miramientos. El momento es decisivo: para mí se trata de la vida o de la muerte moral."

El señor Bergmann, le hizo, en esta oportunidad, numerosas objeciones; estamos informados de ellas por la misma respuesta de Proudhon (4 de junio de 1847). Este anunciaba a su amigo, en la misma carta, que acababa de comprometerse para trabajar en la publicación de un nuevo diario, *Le Peuple*, del cual esperaba mucho; luego agregaba:

"Vamos a tus críticas. —Tienes razón, completa razón, cuando, colocándote en el punto de vista de la ciencia pura, me reprochas los ataques personales que, según tu juicio, deshonran mi libro, y según los juicios de otros, constituyen todo su encanto. Tengo, como lo reconociste perfectamente, inclinaciones científicas; sin embargo, no paso de ser un libelista; ¿es por debilidad de costumbre o por error de juicio? Me había formulado la pregunta antes de tomar la pluma.

"Creo, querido Bergmann, que la forma de mi libro —como la de toda mi polémica—, está dictada por la necesidad. Lo que me reprochas se relaciona estrechamente con una teoría que me fabriqué sobre la responsabilidad literaria y lo personal de las opiniones; algún día haré de ella materia de un número de mi diario. Pienso que las teorías, en política, en moral práctica, en ciencia social, en todo lo que se relaciona con la vida activa y con la actualidad de las sociedades, no son solamente ideas, abstracciones del espíritu, sino también intereses, influencias, coaliciones, intrigas, personas... Contigo, y sobre todo en una carta, no preciso decir más; ves cuál es mi tesis; comprendes cómo, sin querer mal a las personas, no puedo dejar, y con premeditación, de fustigarlas y de negarme a hacer abstracción de ciertas circunstancias; en fin, debes advertir que, con razón o sin ella, últimamente ciertas consideraciones de ciencia me guían en esto: debes esperar mis explicaciones antes de condenarme.

"Para todo lo que se relacione con tus objeciones sobre Hegel, sobre la definición del Valor, sobre el libre cambio, sobre la posibilidad de superar, con una teoría aplicable, la práctica social existente, te remito a mi próxima publicación. En ella encontrarás la mayoría de tus argumentos revocados y refutados; y en cuanto a la conclusión negativa que quieres sacar, a pesar mío, de mi libro, verás, por la conclusión "positiva" que doy, cuán poco fundadas eran tus críticas. ¿Por qué afirmar por adelantado que no puedo salir del sistema actual sin caer en la utopía que repruebo? ¿Por qué no esperar mi conclusión? Formulé una crítica, nada más; crítica metódica, es verdad, y que contiene todos los elementos de mi síntesis, aunque esta síntesis no se descubra. Pero cuando afirmo que esta síntesis existe, que la poseo, que satisface todas las condiciones del problema, ¿por qué sostener que esto no es posible, que no puede ser?

"Me reprochas las etimologías (6): si no te gustan, considéralas como juegos de palabras; dígnate tener presente, y ya lo dije en alguna parte, que sólo las acepto con beneficio de inventario, y como medio de explicar mejor mi pensamiento, pero que no las garantizo. Creo en ellas, es verdad; pero en fin, mi creencia no está, a mis ojos, fundada en una certeza tal que pueda decir: "Esto es". De modo que presenté las etimologías como tanteos, como analogías: es lo que hicieron los escritores en todas las épocas.

"No quieres que mezcle la teología con la ciencia social; me reprochas el "Prólogo" y las digresiones sobre Dios, el mal (7), etc. Temo mucho, querido Bergmann, que hayas

---

(6) Las tenía sumamente singulares, en efecto. Hacía de Caín el primero de los propietarios. Pues, decía, "Quaïn" significaba estaca, lanza; de ahí, en latín, la palabra "canna", vara, caña, materia del venablo; y Caín, después de haber conquistado la tierra con su lanza, la rodeó de estacas. Abel, al contrario, significa hombre de nada, de la nada ("Habel"), y es el primer proletario, muerto como justo, por el primero de los propietarios. Había aquí un abuso de hebraísmo, y motivos para impacientar a un sabio riguroso como Bergmann.

(7) "¡Dios es el mal! Esta famosa proposición se encuentra en el capítulo VIII de las *Contradicciones económicas*. Es el mundo dado vuelta. Uno se pregunta, en efecto, cómo el señor Bergmann pudo hacerlo, amigo como era de Proudhon, por qué esos desafíos al género humano sin ninguna necesidad, fuera de tema. Aquí está el "tic", la enormidad, la bravata, no sé cómo decir, una especie de rúbrica y de firma que se pone en evidencia y que salta a los ojos. De Maistre, en su época, tuvo también palabras elegidas expresamente para injuriar y que produjeron escándalo en sentido inverso. Insolencia aristocrática, audacia plebeya, ¿qué importa el origen o el principio? Estos dos espíritus eminentes, que estaban en todo en los dos polos contrarios y en los antípodas, se acercaban en este punto; había algo de relación y un rasgo común entre ellos en medio de todas las diferencias. Uno abofeteaba con el guante a la opinión pública, en la mejilla; el otro, para comenzar, le asestaba un golpe en pleno pecho o entre los dos ojos. Rouseeau, antes que ellos dos, había encontrado algunos axiomas-paradojas que muerden a cualquier precio, y que, por lo menos, son revulsivos violentos. Notad, sin embargo, que Proudhon, que ese día parece haber confundido a Dios con el mal, no era en modo alguno

cedido en este punto al malhumor: porque persisto en creer que las cuestiones sobre Dios, sobre el destino humano, sobre las ideas, sobre la certeza, en una palabra, que todos los problemas elevados de la filosofía forman parte integrante de la ciencia económica, la cual no es, después de todo, más que la realización exterior, así como el "fenómeno" es la expresión del "nóumeno" ([8]).

"Di más bien que estamos cansados de teología y de metafísica, que no queremos que se nos hable más de ellas; hay que hablar de la "miseria" y no hablar del "mal";—del valor de los "productos", no del valor de las "ideas"; —del gobierno de la Humanidad, no del gobierno de la Providencia, etc., etc. Pero notas qué inconsecuencia hay en esta pretensión de los espíritus estragados; y, seguramente, yo no era un hombre para someterme a ellos.

"Me doy cuenta muy bien de cuánto me queda por hacer

---

un ateo: era más bien un estoico; contestaba, en setiembre de 1856, a un nuevo amigo (el señor Tilloy, hoy redactor de la "Gazetta de Péronne") que le había escrito una carta hermosa y conmovedora que acusaba dolores morales y gran ansiedad intelectual: "Como usted, conocí las luchas de la conciencia, cuando ésta pasa del estado de fe religiosa al de justicia filosófica, y simpatizo con sus inquietudes. Pero hay que pensar, querido señor, y no perder nunca de vista este principio: que, cualquiera que sea la idea que nos formemos del gobierno del universo —que el Pensamiento dirigente sea el de una naturaleza superior, o esté latente y esparcido en todos los átomos que componen el mundo—, en último análisis "las cosas fueron bien dispuestas"; que ni la muerte, ni las revoluciones, ni la pérdida de las creencias, ni el agotamiento de los amores, son un mal; que son de provecho para el que sabe comprenderlas, para el que juzga esas cosas en lo que valen, para el que goza de ellas un instante y se liberta, de modo que pueda ser para siempre él mismo, como el universo, cuyo equilibrio es inalterable". Proudhon escribía en la intimidad estas cosas bellas y nobles. ¿Por qué echarlas a perder en público, y por la única necesidad de golpear fuerte?

([8]) Es decir, como el "hecho sensible" es la expresión del "pensamiento puro". Los "nóumenos" opuestos a los "fenómenos" son términos sacados de la filosofía de Kant.

para establecer mis teorías sobre Dios, el alma, el destino del hombre, la certeza, etc. Pero en fin, avanzaré poco a poco; y como, después de todo, estoy seguro, completamente seguro, de llegar en economía social a un resultado positivo, inmediato, encuentro en esta realización un argumento en favor de la adopción ulterior de mis otras teorías. Sí, te digo, la sociedad marcha hacia un estado directamente "inverso" del estado en que está ahora, y marcha hacia él por el desarrollo de los mismos principios que realizaron el estado actual. Esto lo demostraré hasta la evidencia por A más B, independientemente de cualquier consideración filosófica, política o religiosa.

"Esta inversión de la sociedad, es mi "sistema": cuando el hecho se te imponga como a Santo Tomás, tal vez confieses que tenía razón."

En sus cartas familiares recogemos el verdadero pensamiento de Proudhon, sin arreglos, sin máscara. La "inversión" de la sociedad es su sistema; lo dice también, en una carta de 1844 al señor José Garnier: "Todavía no se comprende en Francia, en donde se cree estar al corriente de todas las cosas avanzadas, le escribía, que ciertos hechos, lo mismo que ciertas ideas, se destruyen por su propio desarrollo". Y citaba ejemplos: la religión, al desarrollarse para la gran mayoría de los espíritus cultivados en un simbolismo cada vez más desnudo, cada vez más racional, llamado con el nombre de deísmo o con cualquier otro, no dejará de expirar, fatalmente, en la filosofía pura; —la realeza, al acercarse cada vez más a la democracia, se dirige, poco a poco, a apagarse en ella, o ésta no es más que su coronamiento directo—; y en fin la misma propiedad, la propiedad romana, reconocida en principio a todos los ciudadanos y que tiende, por el trabajo, a "realizarse" en beneficio de cada individuo; por consiguiente, que tiende a limitarse, a

equilibrarse, a organizarse: debía nacer y surgir de ella inevitablemente un derecho nuevo, económico, positivo, que no tendría nada de común con el otro, aparte del nombre. Este era (siempre según Proudhon) un movimiento de metamorfosis, el cual, siendo normal, inherente a la naturaleza de las cosas e íntimo de ella, no tenía nada de hostil para ninguna existencia:

"Lejos de ello, es evidente que, al contrario, es favorable a todas; que debemos secundarlo con todos nuestros esfuerzos; por consiguiente, es preciso indicarlo a los hombres; es más, investigar sus leyes, a fin de no hacer nada que lo impida o que lo precipite. Por esta especie de estudio, la sociedad, "gobernándose" a sí misma, se parecerá a un hombre que tuviera una potencia absoluta sobre todos sus órganos, que dominara la circulación de su sangre y que se hiciere crecer y desarrollar a voluntad."

Pero, ¿dónde está ese hombre? Y la sociedad, es decir la reunión un poco confusa de todos los hombres, compuesta de tantos elementos desiguales, de tantos cuerpos sensibles y resistentes, ¿puede convertirse en ese milagro de orden, de regularidad y de potencia de sí sobre sí misma?

No es menos verdadero que las ideas de Proudhon, expresadas en esta forma, tienen mucha elevación y hasta una parte probable de verdad; que la sociedad, en efecto, se transforma incesantemente y, según algunas apariencias, en el sentido general que Proudhon indica y prevé. Sólo se equivocaba en el rigor de los resultados y también en los datos; acercaba prodigiosamente los vencimientos y reunía en pocos años lo que sólo puede ser lento trabajo de los siglos (9).

---

(9) Y a este propósito, un hombre de mucho ingenio, y que aceptaba sus ideas, lo había llamado "el gran présbite", aquél cuyo defecto capital era ver siempre cuatrocientos o quinientos años adelante. Prou-

Esta vez Proudhon no tuvo motivos para estar satisfecho de los economistas. Su juez, en su diario oficial, no fué el señor José Garnier, sino el señor de Molinari, quien dió cuenta del libro en un artículo muy bien hecho, pero pura y simplemente severo ([10]). No dejó pasar nada al ambicioso innovador, pero tampoco le acordó en desquite lo que hubiera podido acordarle. El crítico, satisfecho del estado de la ciencia, defensor incondicional de los procedimientos de estudio impuestos, de las nociones adquiridas, a las que estimaba suficientes para resolver las dificultades del momento a medida que se fueran presentando, confiado en la doctrina del "dejar hacer, dejar pasar", no creyó deber reconocer lo que hay de encomiable en un gran esfuerzo, aunque sea incompleto, lo que la ciencia puede ganar a veces al ser así sacudida por un áspero justador, no advirtió todo lo que había de real, de nuevo, de sorprendente más que de amenazador en esta filosofía de la "miseria" de la que Proudhon hablaba como un experto y un práctico consumado. Ni siquiera se dió la ventaja de tener, en su lucha con los comunistas y socialistas vulgares, a un auxiliar tan lleno de hilaridad como de vigor. La ciencia permaneció impasible, encerrada en sus atrincheramientos, pues nada esperaba de este intrépido agitador de problemas, de este economista indisciplinado e injurioso, nacido y crecido fuera de ella. La escisión estaba consumada; estaban en guerra. Proudhon, por su parte, sensible a las demostraciones de estima y a los buenos testimonios, aun cuando proviniesen

---

dhon, en efecto, no dudaba que los otros sentían lo que él; creía en la lógica humana; consideraba hecho lo que aun tenía tres cuartas partes por hacer; muertas ya, cosas vivientes que, a lo sumo, están enfermas; pasaba por encima de los siglos, "luego se volvía y al comprobar que no lo seguían, se indignaba o caía en el desaliento". (Carta del señor d'Alton Shée).

([10]) *Journal des Economistes*, número de noviembre de 1847.

de sus contradictores, sabía todavía mejor pasarse sin ellos; los obstáculos y los asaltos eran su elemento; había conocido, por lo demás, "peores", y se decía, después de sentirse liberado de un peso y respirando a pleno pulmón: "Es igual, terminé por levantar a viva fuerza esta publicidad que fué tan injuriosamente negada a otros".

Proudhon no sospechaba que llegaría un día en que, cansado, envejecido antes de tiempo, en el final de la lucha, saturado de ruido y de combates, exclamaría: "...Estoy harto de publicidad; lo único que necesito son las alegrías fortalecedoras de la intimidad ([11])" ¡Pobre corazón humano, al que, inclusive en los espíritus más firmes, no le son necesarios más de quince años (y a menudo mucho menos) para sentir en forma completamente distinta, para recorrer toda la gama de las sensaciones y para pasar de un extremo al otro!

([11]) Carta del 2 de noviembre de 1862, al señor Milliet, uno de sus ex-compañeros de imprenta, hoy redactor del *Journal de l'Ain*,

CAPÍTULO XI

Diversos juicios de Proudhon antes de 1848: –sobre la literatura; –el espíritu público; –la poesía; –la prosodia; –el neologismo; –el socialismo.

Nos acercamos a 1848. Me quedan por resumir y por reunir los sentimientos, las disposiciones de espíritu de Proudhon en vísperas de la Revolución que lo sorprendió, lo asombró, y, según su propia expresión, lo dejó durante un tiempo completamente "atolondrado". ¿No la había predicho sin embargo, desde hacía mucho y no la había previsto? ¿La había invocado igualmente y deseado? ¿De qué manera, en general, juzgaba, desde 1840 a 1848, la sociedad, la política, la literatura? ¿Varió en sus juicios y en sus pronósticos durante este período? Para nosotros es curioso y útil, en el punto a que llegamos, instruirnos de esto con precisión.

En sus cartas a Ackermann, Proudhon se explica detalladamente sobre los problemas de la literatura: es fácil comprenderlo. Ackermann era un literato, un gramático, un "métrico" que aspiraba a ser poeta; un aficionado incitado por el espíritu de innovación que no retrocedía ante las singularidades; además, estaba en comunión política con Proudhon desde el principio, y era una especie de adepto en lo que se relacionaba con la reforma; en fin, había dejado

Francia, se había desterrado para estudiar en Berlín, y era natural que su amigo, que a veces deseaba atraérselo y hacerlo volver a París, para que fuese, como se lo decía, su "testigo" o su "segundo" en todas las luchas, lo tuviera al corriente del estado de los espíritus y del movimiento de las ideas (1).

---

(1) Como tenemos que hablar tan a menudo de Ackermann en este Estudio, del cual es uno de los pilares, es nuestro deber dar sobre él una corta noticia, y la extraemos de las mejores fuentes. Pablo Ackermann, nacido en Altkirch el 28 de abril de 1812, fué destinado, desde su infancia, al ministerio evangélico; cursó estudios teológicos en Estrasburgo. Como era un espíritu rigurosamente lógico y que buscaba ante todo la verdad sin concesión ni complacencia, la exégesis le hizo naturalmente, perder la fe, y, una vez pasados sus exámenes, debió, por razón de conciencia, renunciar a la carrera pastoral. De todos modos, conservó de su educación protestante, a pesar de la pérdida de las creencias, y hasta su muerte, costumbres austeras. Tenía por naturaleza, y tal vez por ser hijo del Franco Condado, inclinación por la paradoja, por la contradicción y por las reformas, inclinación por lo demás muy inofensiva en él, pues nunca la aplicó más que a la gramática y a la versificación. Sin estado, sin fortuna, irremisiblemente consagrado a las letras, no sacrificó nada al gusto del momento, e inclusive en sus retornos hacia el siglo XVI no se colocó bajo las banderas de ninguna escuela. Lo conocí desde entonces, y en nuestras discusiones sobre las materias de nuestros estudios comunes, me daba la impresión de ser un calvinista del lenguaje y de la poesía. Publicó, en colaboración con Carlos Nodier, un *Vocabulario de la Lengua Francesa* (1836); no hay que ver, sin embargo, en él a un discípulo de Nodier. Proudhon, Fallot Ackermann y el abate Dartois, cuando hablaban entre ellos con el corazón abierto, y olvidándose del Franco-Condado, juzgaban a Nodier "muy ignorante y demasiado afiligranado" en la verdadera ciencia del lenguaje. Ackermann publicó sucesivamente en esos años: un *Ensayo sobre el Análisis físico de las Lenguas* (1838); un *Discurso sobre el buen uso de la Lengua Francesa*, seguido de la reimpresión de la *Defensa e Ilustración* de esta misma lengua, por Joaquín du Bellay (1839); la obra póstuma de su amigo Gustavo Fallot, *Investigaciones sobre las formas gramaticales de la Lengua Francesa*, que acabó de disponer para la impresión (1839); un *Elogio del abate d'Olivet*, publicado por la Academia de Besançon (1839); un *Examen de algunas cuestiones relativas a la formación y al cultivo de la Lengua Francesa* (1840); "*Cantos de amor, seguidos de diversas poesías*" (1841); un

Las primeras maneras de ver de Proudhon, las primeras informaciones son totalmente sombrías, totalmente amargas y misantrópicas: no son falsas. Remontando un poco hacia atrás, lo encuentro todavía en provincias, en Besançon, mientras Ackermann está aún en París. ¿Cómo juzga los diarios del lugar, las Revistas de Provincia, esas compilaciones que siguen e imitan a las grandes Revistas de París?, ¡con qué sentido común vigoroso y con qué independencia!

Tratado del Acento aplicado a la teoría de la versificación (1840); *Del Principio de la poesía y de la educación del poeta* (1841). En esta fecha, ya estaba desde hacía más de un año en Berlín. Había partido una hermosa mañana, un poco a la aventura, esperando vivir allí con más facilidad que en París, y con la ventaja de aprender el alemán por añadidura. Una recomendación de Eugenio Burnouf lo presentó a Alejandro de Humboldt, quien le tomó inmediatamente afecto. Este sabio que, bajo su malicia, ocultaba mucho más corazón de lo que se cree, fué desde entonces para él no solamente un protector, sino también un padre. Ackerman le debió el ser adjunto, para la edición de las Obras de Federico el Grande, del profesor Preuss, historiógrafo de Brandeburgo, encargado, como jefe, de esta publicación monumental. Sus funciones le dejaban tiempo libre y Ackermann lo aprovechó y prosiguió con intrepidez sus estudios especiales y favoritos, sin preocuparse por si tendría un solo lector. Así, hizo imprimir en Berlín, sin contar algunos de los opúsculos precedentemente enumerados, el *Diccionario de Antónimos* (1842); un *Ensayo sobre las Categorías* (1844); *Observaciones sobre la Lengua Francesa* (1844-45); una edición enteramente refundida de su *Tratado del Acento* (1843). Pedimos permiso, a fin de animar un poco esta nomenclatura, para dejar hablar a su digna viuda: "Si se exceptúan, me escribe, algunas raras excursiones en los dominios de la estética y de la filosofía, mi marido sólo tuvo una pasión en el mundo: la lengua francesa; ésta fué el único pensamiento de su vida. Su admiración por nuestros grandes escritores era idolatría. Un verso de La Fontaine, una página de Bossuet o de Pascal lo embelesaban y lo ocupaban todo un día; se olvidaba de comer y beber. De modo que nada igualó su alegría cuando entrevió la posibilidad de levantar un monumento a sus dioses, es decir, de componer un verdadero Diccionario clásico de la Lengua Francesa. El azar, me refiero al matrimonio, acababa de proveerle en mí de un obrero suficientemente inteligente y completamente adicto. No me dejó descansar, se lo aseguro. De la mañana hasta la tarde, examinaba documentos; todo, de Thibaut de Champagne a Voltaire, pasaba por mis manos. Me dejé gustosamente

"(Besançon, 3 de junio de 1838). Apenas conozco de nombre, y por la lectura de tres o cuatro números, la "Revista de Ambas Borgoñas". No me gusta este diario ni su conducta; ignoro si hay en él más bandería que en los otros; lo que sé es que Borgaña lleva el paso en el Condado, y que los borgoñeses sólo tienen incienso para sí mismo. Es muy difícil hacer admitir un artículo. Las doctrinas están, según la moda del momento, impresas de cierto misticismo filosófico, son vagas, rastreras, no tienen firmeza ni vigor. Es agua azucarada. Si yo dirigiera un diario semejante, me serviría de él sobre todo para decir a mi país las más duras verdades. Pero estos señores no lo entienden así. ¿Puede usted componer una linda novela, escribir versos a lo Hugo, hacer historia con infinitas consideraciones? ¿Puede desviarse del sentido común lo suficiente como para coger el ingenio y la fina flor del estilo?: preséntese a la "Revista de Ambas

---

enganchar a este trabajo, llevada, debo confesarlo, mucho más por amor a mi marido que al francés. El Diccionario de Littré me representa más o menos el que mi marido había soñado, con menos extensión, sin embargo; pues, aunque su plan abrazara la lengua desde su nacimiento, no iba más allá de su sana floración. Los escritores de nuestro tiempo no tenían lugar en él. La exclusión comenzaba con Rousseau". En medio de estos proyectos, la salud le faltó de golpe. Regresó a Montbéliard y murió en el seno de su familia el 26 de julio de 1846; sólo tenía 34 años. Un monumento elevado a su memoria en el cementerio de los Franceses, en Berlín, por los cuidados de Alejandro de Humboldt, está destinado a perpetuar en esta ciudad el recuerdo de su permanencia allí y de sus trabajos. La Correspondencia de Proudhon será para él un monumento más seguro y una tumba más viviente. Como yo mismo estuve en relación bastante continua y en correspondencia con Ackermann, puedo decir que nunca conocí a un literato más probo, más amigo de la verdad, y que tolerara mejor la discusión. Tuve que emitir mi opinión sobre algunos de sus opúsculos, y me encontré, sin saberlo, con Proudhon en un mismo juicio, cuando yo escribía en enero de 1842: "Las objeciones que se pueden hacer a Ackermann, a cada paso, son de todas clases y de las más considerables; pero es instruído, ingenioso, hace pensar". (En un artículo sobre "El Manojo de Espigas" de la señorita Bertin, en la *Rewe des Deus-Mondes*, y en el tomo II de los "Retratos Contemporáneos").

Borgoñas". En una palabra, creo que esta publicación no conviene a hombres que tratan de hacer arraigar buenas verdades, desnudas, vivas, decididas. Sólo imagino, querido Ackermann, tanto para usted como para mí, un medio de publicación: reducir nuestras obras a las dimensiones del panfleto, y hacer de modo que, publicadas fragmentariamente, formen otros tantos artículos completos, distintos, pero que sin embargo puedan reunirse y organizarse en una unidad. De ahí, estaremos obligados a oprimir el estilo, hacerlo ardiente, breve, sencillo y sobre todo popular, aunque noble y castigado; en una palabra, quisiera que como *Timon* o Pablo Luis pudiéramos ignorar a los otros y hacernos solicitar por nosotros mismos."

Cuando Ackerman tomó la resolución de desterrarse y de ir a buscar fortuna a Berlín, Proudhon le da excelentes consejos: le designa el trabajo original que un gramático, en su posición, podría emprender:

"(15 de octubre de 1839). Cuando esté en Alemania, haga una comparación de los idiotismos, de la sintaxis y de las formas del francés y del alemán: esta comparación no se ha hecho, pues nadie se ha ocupado de ella, me parece, en ninguna lengua: los filólogos se contentan demasiado fácilmente con generalidades. Pero para que esta comparación esté bien hecha, debe ir al fondo de las cosas, e ilustrarse con una alta crítica y con una buena filosofía: será historia natural, como dice Bergmann."

En Proudhon, la literatura nunca se mantiene independiente durante mucho tiempo: Proudhon vuelve a cada paso sobre el estado de la sociedad, de la cual la literatura, no es más que un indicio y un síntoma. En este capítulo, es terriblemente severo.

Siempre admiro cómo cambian los puntos de vista según las situaciones, si se mira de la calle o desde el balcón, desde

el "avant-scène" o desde la platea: a menudo uno cree que no es el mismo espectáculo. Durante los 18 años, relativamente prósperos, que reinó Luis Felipe, había muchos grados y como pisos de juicios. Conozco a algunos que estimaban que todo estaba perdido si el señor Molé continuaba siendo ministro, y todo salvado si dejaba de serlo; conozco a otros que creían que la suerte del Estado estaba comprometida si el rey conservaba al señor Thiers; otros aun pensaban que todo se reparaba o que se echaba a perder de la manera más decisiva bajo el señor Guizot. Hablo de los salones. Y en la calle, a través de los grupos opositores o enemigos, y sin formar parte de ninguno, no faltaba el descontento de alta estatura intelectual, que distinguía apenas a los ministros y a los ministerios, que los confundía a todos y también al régimen entero en un mismo sentimiento, no político, sino social; no de animosidad sino de indiferencia y de profunda desesperanza. Proudhon, desde su llegada a París, lo ve todo negro, y escribe (12 de febrero de 1840):

"En París hubo, en el mes de enero de 1840, sesenta quiebras, cuyo pasivo asciende a seis millones. El número de las quiebras, durante 1839, asciende a 1014, únicamente para París; y el pasivo sobrepasa 60 millones. ¡Feliz propiedad!

"El pueblo continúa muriéndose de hambre o se hace encarcelar por robo y vagancia. Se van a acordar al duque de Nemours 500.000 francos de regalo de bodas y otro tanto de renta anual. "Timon" compuso una glosa sobre este hermoso tema; pero los diputados votarán, el pueblo pagará y la Corte tomará ...(2).

"Se habla de una insurrección para la primavera próxima:

(2) A pesar del pronóstico de Proudhon, es sabido que el proyecto de ley de dotación fué rechazado por la Cámara, y sin discusión.

unos creen, otros no. Los carlistas conspiran y esperan más que nunca. Quieren hacerse aniquilar. Mucha gente reduce el número de criados, otros permanecen en la campaña: el miedo comienza a hacerse sentir; en la masa toma consistencia la opinión de que el gobierno no resistirá. Es un pronóstico muy fastidioso."

Y seis meses después, el 2 de julio de 1840, en pleno ministerio del 1º de marzo (pero qué le importaba a Proudhon el ministerio del 1º de marzo, y el del 12 de mayo, y el del 29 de octubre; estas fechas, que hoy tenemos dificultades en encontrar desde tan lejos, para él nunca significaron nada):

"París está igual que cuando usted partió: necio, inmundo, charlatán, egoísta, orgulloso y cándido. Todos, desde los chiquillos hasta los pares y los ministros, se entregan a la codicia y al placer: caminan sobre los que se mueren de hambre: con tal que puedan chillar en un banquete político y acostarse . . . están contentos. Vivimos en la época de Cómodo y de Caracalla.

"El señor B. . . también está muy descontento de su suerte: me decía ayer que usted podría llegarse hasta San Petersburgo; se lo aconsejaría de buena gana si esto no lo alejara cada vez más, pues me parece que cuanto más uno se acerca a los escitas, marcha más seguramente hacia la civilización."

La exageración es sorprendente, es exasperación. Proudhon no era un observador certero: tiene demasiada bilis y ésta le colora los objetos; tiene en su cabeza toda una sociedad futura que le hace la sociedad presente insoportable y odiosa. No es demasiado empírico ni está demasiado desinteresado para tomar fríamente el pulso de las cosas e indicar las crisis a punto. Pero si consentimos en salir de la esfera oficial y de los círculos políticos ¡cuántas observaciones justas y vigorosas formulaba a su alrededor! ¡Cuántos

golpes de sonda, firmes y penetrantes, daba en las capas profundas! Juzgaba entonces con una severidad, que sólo era desmesurada en la expresión, a los revolucionarios estériles, a los agitadores sin ideas, a los destructores sin porvenir, a todos esos vecinos de quienes se lo hubiera podido creer aliado, y de quienes era y debía ser el adversario más irreconciliable:

"(15 de noviembre de 1840.) Estamos en un atolladero político del que casi todo el mundo se espanta; el "National" lo explota maravillosamente. Todos, gracias a sus oficios y a sus declamaciones se han puesto, desde hace dos meses, a cantar la Marsellesa; la población desconfía, la Cámara no tiene fuerza, los partidos políticos están más ciegos y más egoístas que nunca. Los diarios ya no discuten: se injurian, se cubren de lodo, se envilecen. Por otra parte, no tienen más inteligencia que dignidad y buena fe. Hace un año, se podía creer que marchábamos hacia una reforma; hoy, marchamos a una revolución. La conducta del partido republicano fué, como siempre, estúpida desde hace dos o tres meses; y me parece que la salvación de Francia y de la libertad están comprometidas si una reacción formidable no logra aplastarlo. Por todas partes veo peligros extremos. El Gobierno no tiene generosidad, ni nobles sentimientos, ni la menor inteligencia; los demócratas no tienen otras armas que un frenesí demagógico y sus grandes palabras, acompañados por la sed de poder, de oro y de goces. Nunca hubo una nación tan charlatana y gritona como la nuestra. Unicamente lo arbitrario puede salvar al Gobierno; pero ¿qué sucederá si triunfa por lo arbitrario? Por otro lado, me parece que si lo vencen, se impondrá una dictadura, tal vez más peligrosa aun; y con ella, vendrá una guerra europea en la que todos sucumbiremos infaliblemente. Antes del combate, Francia será desmoralizada. El *National* y sus

iguales tendrán mucha comodidad para hablar; pero no tendrán la misma fuerza para hacer creer y esperar y todavía menos para unir los intereses. Veo claramente que nos aproximamos a una crisis social cuyo desenlace dará a Europa una mejoría universal; pero nadie podrá probarme que Francia no perecerá en ella como potencia de primer orden. ¿Puedo acaso considerar con flema filosófica la humillación de mi patria?

"No más publicaciones literarias; no más grandeza e inspiración en nuestros escritores; sólo pequeñas ideas, pequeñas frases, filosofía en miniatura, un mariposeo continuo. Leo y releo a Bossuet, Montesquieu, etc., no tolero a otros. Lamennais publicará una gran filosofía en 3 volúmenes in-8º; no valdrá más que el *Espíritu* de Helvetius, o el *Sistema de la Naturaleza* de d'Holbach ([3]) ; pero el partido necesita un filósofo como él, y usted puede descontar que serán ensalzadas las abstracciones robespierristas de Lamennais. Tres o cuatro hombres son, a mi juicio, los azotes de Francia, y suscribiría de buena gana para una corona cívica a aquel que, sea por el fuego, el hierro o el veneno, nos liberara de ellos: son X . . ., XX . . ., Y . . . y Z . . . Me consuelo pensando que existe una Providencia para los ambiciosos, los charlatanes y los tontos."

En Proudhon, es preciso siempre cargar la parte de los extremos, más a la expresión que al pensamiento. Su expresión es furiosa, exterminadora. Una vez aliviado de lo que le pesaba en el corazón, el hombre no tenía hiel ni conconservaba rencor a las personas. Todavía hay exceso en el pasaje siguiente de una carta dirigida poco después al señor Bergmann, y cuando ya el ministerio Soult-Guizot había

([3]) El pronóstico no se verificó. El libro de Lammenais, sin ser de un gran valor filosófico, contiene pensamientos elevados y partes talentosas que nunca sospecharon Helvetius ni d'Holbach.

infundido un poco más de nervio al gobierno. Lo que importa señalar, en medio de todas esas expansiones, aun de las más violentas y amargas, es que él tiene su propia línea revolucionaria, y que no entra en ninguna otra. No es de los que comercian con sus ideas en provecho de sus odios y que se coaligan. Proudhon no deja de ser él mismo, aunque sea solo. Ocupado en su guerra económica, no aprueba la oposición que lleva a trastornar, cuando ésta no tiene con qué reemplazar lo que ha derribado. Hasta prefiere un *Statu quo* malo a un triunfo de un día, que rápidamente terminaría en el desastre. Tiene, me atrevo a decirlo, un fondo de sólido y buen juicio hasta en su pesimismo más desmesurado:

"(24 de abril de 1841.) En París, la política no es más que una palabra. El espíritu público está muerto; los radicales están desmoralizados y aniquilados por su inepcia y por su incapacidad; el Gobierno está fuerte: Luis Felipe triunfa en todos los puntos. Las reformas deberán aplazarse para dentro de 4 ó 5 años. Todo el mundo se pregunta quién será el incauto en el asunto de las fortificaciones; no dudo que todos los partidos piensen, por su lado, servirse de ellas un día, y también Luis Felipe; pero creo que el que triunfe se mantendrá durante mucho tiempo. Los procesos de prensa siguen su tren: el *National* ha sido amenazado en su existencia, lo que, por otra parte, es poco lamentable. El pueblo está apático, la juventud epicúrea e inmoral; toda la nación está inquieta y es cobarde; ignoro verdaderamente lo que sucederá. ¿Soplará sobre Francia un huracán más? No sé, pero no lo deseo."

Desviemos un momento la vista de estos presagios; aplacemos la política por la literatura y veamos cómo juzgaba Proudhon durante estos años una producción reputada floreciente. Temo que sólo cambiemos un horizonte sombrío por otro no menos sombrío y que pasemos de un círculo a

otro, en un mismo infierno de reprobación y de desesperación:

"(16 de mayo de 1841.) La literatura ya no produce nada; Francia cae brincando: está como el animal al que se acaba de hacer saltar... se acuesta y se adormese... No más virtud, no más espíritu público. Quizá tengamos todavía para muchos años. Sufro, lloro."

No todo es falso, en lo que veremos de los juicios literarios de Proudhon, que nos preparan muy bien para lo que podremos leer en sus últimos escritos sobre el arte: sólo peca por exageración y por extrema dureza en sus condenaciones de entonces. No se equivoca en el fondo con respecto a esa gran orgía literaria que señaló la última época del reinado de los 18 años, sobre el inmenso charlatanismo que se desplegó de una manera desvergonzada, sobre esa ambición desenfrenada de los hombres de pluma que se discernían a sí mismos la primer fila y que llevaban adelante la avidez industrial y la ostentación. La literatura tuvo, después, que soportar tales sacudidas y atravesar por tales pruebas que uno está tentado de olvidar sus excesos y su petulancia durante esos años en que ella lo era todo —en que ella se creía todo—, para no recordar más que los recursos del talento y de la producción de que hizo gala. Proudhon, por otra parte, descuidaba en sus apreciaciones partes considerables, sólidas e incontaminadas de literatura seria, de crítica y de historia. No estaba suficientemente informado; no había leído bastante, y leído como hay que leer, es decir, con medida y detalladamente. No lo olvidemos nunca: había demasiadas buenas razones para ello: no poseía libros y le era difícil procurárselos: estaba obligado a ir a buscarlos y a devorarlos a toda prisa en las bibliotecas públicas o en las salas de lectura (4). Su vida ambulante lo retenía alejado

(4) El doctor Roulin, el amable y sabio bibliotecario del Instituto,

tiene la bondad de relatarme las relaciones que tuvo con Proudhon, en ocasión de sus lecturas. El becario de Besançon, a su llegada a París, había sido presentado a la Biblioteca del Instituto por el señor Droz, y recomendado en particular al señor Roulin, entonces sub-bibliotecario, como un joven salido de las filas del pueblo y que prometía. El señor Roulin ya lo veía venir a Proudhon, quien trabajaba asiduamente en la Biblioteca y que allí, como antes en Besançon, apilaba libros sobre libros, de tal modo estaba ávido de aprender. En una ocasión, el señor Roulin, al llevar a Proudhon las obras que éste pedía, y no sabiendo bien, por otra parte, con qué naturaleza de espíritu trataba, creyó poder dirigirle algunas observaciones: "Temo, joven, le dijo, que se disperse demasiado y que no se concentre bastante en sus estudios". Proudhon le respondió primero, más o menos como antes lo había hecho al señor Weiss: "¿Qué le importa? ¿y por qué me hace usted esas observaciones?" —"Porque yo mismo, le respondió con su fina bonhomía y con su modestia extrema el señor Roulin, sufrí casi toda mi vida por haberme dispersado demasiado en los comienzos, por no haberme dedicado a una especialidad desde temprano, por no haberme trazado una carrera definida; y cuando veo a un joven a punto de caer en el mismo inconveniente y de dar con el mismo escollo, me permito advertírselo. Proudhon, alzando entonces la cabeza y considerándolo atentamente, le dijo con un acento indefinible: "¿Es usted, pues, un hombre bueno?" A lo que el señor Roulin replicó sonriendo que no se creía precisamente malvado. Poco a poco el señor Roulin se enteró de que ese lector asiduo y voraz era un escritor audaz e innovador. Otro día, le traía las obras pedidas y Proudhon adivinó su pensamiento por su sonrisa: "¿Qué quiere? le dijo, debo buscar armas". Otra vez, al verlo enfermo, con el rostro alterado, aunque no trabajando por ello menos obstinadamente, el señor Roulin le hizo preguntas sobre su salud, y como es médico, le dió algunos consejos; hasta le dió una receta. Proudhon, después de agradecérselo, movió la cabeza y le declaró que no haría nada, que no tenía tiempo ni medios. "Pero no es un tratamiento tan largo ni tan dispendioso", le dijo el señor Roulin. —"Todo es dispendioso cuando no se tiene nada; tengo obligaciones, vencimientos; quiero cumplir con honor". El señor Roulin, entrando entonces en su pensamiento, le representó que la mejor manera de hacer honor a sus obligaciones era, primero, conservarse y vivir; que su salud era la mejor de las garantías. Y poco a poco, con una cordialidad delicada, lo llevó a aceptar un pequeño préstamo que no tendría vencimiento fijo. Proudhon (que pagó esta deuda en cuanto pudo) quedó infinitamente agradecido a esas pruebas de interés. Dos naturalezas, en el primer encuentro no podían ser más desemejantes ni más contrarias que las del doctor Roulin y Proudhon, pero se habían tocado y unido por un punto moral que las ponía en inteligencia y las hacía simpatizar en medio de todas las contradicciones. Proudhon había dejado de concurrir a la Biblioteca del Instituto. El señor Roulin lo encontraba a veces por el

de París hasta seis meses enteros (1). ¿Puede uno sorprenderse de que no haya tenido presentes, y que no introduzca en sus balances, todos los elementos, todos los términos de una valuación exacta? A pesar de todo, si su instrucción en tal materia es incompleta, de igual modo que en sus escritos su erudición aparece demasiado frecuentemente indigesta, su juicio, en términos generales, en el total, no seguía un camino equivocado; su instinto es certero. Ackermann había pensado, a su llegada a Berlín, hacer imprimir una

---

lado de la calle Mazarine y siempre charlaban juntos algunos momentos. Un día encontró a Proudhon con mejor aspecto, mejor vestido, y éste le dijo alegremente: "Y bien, seguí su consejo: tengo un punto de apoyo; estoy empleado en una casa de Lyon, pero esto no me impide proseguir mis estudios". Después de la revolución de febrero, continuó encontrando aún, de vez en cuando, a Proudhon, ya célebre: "Pero ahora, agrega el doctor con su dulce ironía, él debía tener paciencia, pues yo estaba descontento y lo reprochaba agriamente. Me escuchaba".

(1) Nada dará mejor idea de esta vida acaparada y empeñada, a la cual estuvo sujeto durante más de 4 años, que este comienzo de una carta dirigida al señor José Garnier, el economista (23 de febrero de 1844): "Señor, su carta, fechada el 15 de enero, recién me ha llegado ayer, pues mi amigo, el señor Dessirier, ignoraba mi dirección desde principios de este año. Una vez que terminé la campaña para la flotilla en el Saona, los negocios de mis patrones me llamaron a Alsacia: allí, tan pronto abogado como negociante, yendo sin cesar de Mulhouse a Estrasburgo y de Basilea a Colmar, apenas si pude recoger, a través de las fábricas de hilados y de los astilleros del país, algunas observaciones económicas. Mi vida es tal desde hace seis meses que su carta, señor, me desorientó completamente. No recuerdo ya de qué tuve el honor de escribirle; hasta me parece que ahora olvidé, por la tercera o cuarta vez en mi vida, todo lo que había aprendido de economía política. Así voy: trabajo a ratos, y tengo necesidad, cada vez que me toma la fantasía de escribir, de recordar penosamente lo que sé y de localizar a los otros por añadidura. No se sorprenda, pues, señor, si por el momento comparto enteramente su opinión; dentro de seis semanas, quizás sea otra cosa..." ¡Juzgad qué suplicio! Y pues, si esto le ocurría en economía política, su preocupación constante, ¿qué debía ocurrirle en literatura y en todo lo que se relaciona con el recreo del espíritu? Se puede haber sufrido mucho, se pueden haber tenido grandes y vivos dolores, y sin embargo ser un gran literato, con todas las finezas y los matices; pero no es preciso haber "penado" demasiado.

colección de versos, intitulada: *Cantos de amor* (1841) —un ensayo de retorno hacia Ronsard—. La intención valía más que la poesía; los versos eran débiles o secos; la gramática ocupaba mucho lugar. Había más de Domergue que de Ronsard. El autor había colocado en el encabezabiento un prefacio radical y feroz para todo lo que interesa al gusto francés ordinario: había adoptado además una ortografía sistemática, tal vez razonable o por lo menos racional, pero extraña y contraria al uso. Proudhon, en cuanto se enteró de que su amigo pensaba publicar versos franceses en Berlín, trató de desalentarlo, de desviarlo de este camino sin salida; redoblaba, en esta ocasión, sus consejos llenos de sentido y de gran oportunidad:

"(15 de noviembre de 1840.) ... Querido Ackerman: va a publicar usted un volumen de versos; está muy bien hecho, y lo felicito por haber conservado la suficiente libertad de espíritu para ocuparse de hemistiquios y de cesuras; pero hubiera recibido con más placer la noticia de que usted publicaba alguna breve traducción alemana o francesa, algún estudio lingüístico o psicológico, o cualquier otra obra más digna de usted y del tiempo en que vivimos. Creo que el número de versos buenos que pueden ser compuestos en cada lengua es en general bastante limitado: y en cuanto a la lengua francesa en particular, creo que ese número de versos ya había sido alcanzado desde antes de Voltaire. Tal vez encuentre usted esta opinión singular [5] : pero le parecerá menos extraña si reflexiona en ella. De la gran masa de palabras que encierran nuestros enormes vocabularios, sólo son poéticos apenas los términos usuales, los vocablos clásicos; ¡y cree usted que sobre tres o cuatro mil palabras es

(5) Es curioso ver que Proudhon piensa absolutamente como Fontanes a este respecto, quien decía: "Todos los versos están hechos".

muy grande el número de las combinaciones que pueden producir bellos versos! Hay, según mi juicio, una causa material de decadencia en toda poesía, causa que no advierten nuestros rimadores y contra la cual se resisten de una manera risible. No, nunca creí que una nación no podía producir más que un Corneille, un Racine, un Molière; pero lo que hace un Molière y un Corneille no puede servir para dos. Recuerde que los últimos poetas de Grecia y de Roma, con tanta ciencia y genio tal vez como Homero y Virgilio no eran más que colectores de centones; ¿y por qué? porque, repito, todo estaba más o menos hecho cuando aparecieron. Un bello verso no merece trescientos versos de marco. Cuide más bien su salud, aprenda bien el alemán, ocúpese de gramática, de psicología comparada, y vuelva a vernos cuanto antes. Espero que me perdone mis veleidades de amonestación; recibo sus críticas, le digo lo que pienso; pero olvídelo si me equivoco . . ."

Cuando Proudhon se informó, por cartas, más minuciosamente de la reforma múltiple, poética, prosódica, rítmica a la que aspiraba su amigo en ese pequeño volumen, fué más lejos y lo reprendió agriamente en estos términos:

"(16 de mayo de 1841.) No recibí ningún volumen de poesías llegado de Berlín, y no vi a nadie que haya podido hablarme de él. No puedo pues decirle nada a este respecto; pero, a falta de críticas especiales, le diré franca y claramente que me fastidia verlo sumergido en trabajos que achican el espíritu a fuerza de sutileza. ¡Quiere rehacer la poética de la lengua! ¿Cómo no ve que las leyes de la métrica y del ritmo no tienen absolutamente nada de arbitrario? ¿que están dadas por la naturaleza misma de los idiomas, y "reconocidas" por los oradores dotados de gusto y de oído? Quienquiera haya escrito en una lengua debió observar que, cada vez que el estilo se eleva, se depura o se armoniza, se

vuelve naturalmente hacia el verso. Así, yo escribí más de cincuenta versos a través de mi vil prosa. La lengua francesa, para atenernos a ella, gusta de los cortes de seis, de siete, ocho, diez y doce sílabas, y también de la vuelta de las consonancias. La poesía es el ideal del lenguaje; pero este ideal sólo se encuentra en el estudio profundizado de las propiedades y de las tendencias secretas de un idioma. No dudo que en este tema todavía haya muchas cosas excelentes que decir, pero quisiera que en lugar de demoler, como hace el señor de Lamennais en religión, se contente usted con filosofar. Denos razón de las bellezas de la lengua, de "por qué los versos de Racine nos parecen tan bellos"; explique por qué un cierto número de formas métricas son bellas y las únicas practicables; por qué, más allá de ellas, sólo hay disonancia y confusión, y usted habrá hecho la filosofía de la poética y del estilo. Será algo profundo, sabio, ingenioso y divertido. Hará comparaciones alemanas, latinas, griegas, etc. No existe trabajo semejante."

Obsérvese que Proudhon no es radical cuando se trata de literatura, que quiere que uno se divierta en "filosofar", pero sin tratar de "demoler", que recomienda permanecer fiel al genio particular de las diversas lenguas, y respetarlas hasta en las consideraciones originales que se aportan a ellas; en una palabra, ¡qué lejos está, por este lado, de aplicar su divisa: *Destruam et aedificabo!*

Ackermann, al recibir sus críticas, después de aceptarlas y apoderándose a su vez de ellas, ¿no hubiera podido, pues, tomarse el desquite y responderle: "Pero, en política también hay pueblos y pueblos, hay sociedades y sociedades, hay privilegios que gustan a ciertas razas más que a otras; hay historias y un pasado que obligan; existen usos arraigados que llegaron a ser una razón y una ley; las civilizaciones tienen, como las lenguas, irregularidades, inconse-

cuencias aparentes, pero que no son tan arbitrarias como se cree y que proceden de la propia naturaleza de las cosas? Encontramos allí, sin duda, mucho que decir y que retocar incesantemente, que suprimir y que corregir por un lado, que mejorar por el otro, pero sin deber cambiarlo todo por ello, sin trastornar ni destruir." Ciertamente, Proudhon no hubiera sabido qué responder. Sin embargo, la estocada, convenid, no hubiera estado tan mal dirigida.

Proudhom recibía poco después un nuevo escrito de Ackermann, igualmente impreso en Berlín e intitulado: *Del Principio de la Poesía y de la Educación del Poeta.* Este trabajo tenía partes muy ponderables y ofrecía además un gran campo para discutir, para debatir. Proudhon estaba más satisfecho de él, y se lo decía a su amigo en los términos de un conservador literario tan abierto como inteligente:

"(23 de mayo de 1842.)... Voy a su folleto. Me gusta más que todo lo que conozco suyo y lo felicito. Esta vez, usted es un pensador, siempre un poco sutil; pero en fin, formula observaciones, tiene ideas, dice bien las cosas. Salvo algunas reservas, su obra me gusta. Hay en ella interés, instrucción, vida, estilo. Lamento que haya usted tomado tan rápido el color germánico; pero eso prueba a mi juicio, que aprovecha su estada, y que si alguna vez, bien saturado de la forma y del pensamiento alemán, vuelve a Francia, será, al mismo tiempo, un escritor original y espiritual. Precisamente, me parece que ésa es su especialidad: elegir bien en la masa de los lugares comunes literarios, tan rebatidos desde Quintiliano, Dionisio de Halicarnaso y Aristóteles, los que convienen a su giro de espíritu, tratarlos de una manera original y atractiva, hacerse de un texto a fin de esparcir algunos conocimientos interesantes, algunas críticas de buen gusto, algunas paradojas animadas; esto, digo, es más difícil de lo que se cree, exige más arte que fuerza

de concepción, más talento que genio, y me parece que usted logrará éxito. Le dije que tenía que hacer algunas reservas; voy a seguir el orden de sus páginas . . ."

Y Proudhon entraba en el examen del detalle como lo hubiera podido hacer el crítico literario más atento y más sensato. Ackermann, al comienzo, cuando quiere definir al poeta, se había complacido en oponer Goethe a Boileau. El autor de *El Arte Poética* sólo reconoce como poeta a aquel que, al nacer, recibió "la influencia secreta": Goethe parece creer, por el contrario, que la poesía, el "don poético", es un bien común a la humanidad, y que el poeta sólo difiere por una dosis más fuerte. Pero Ackermann, al querer ampliar la definición en el sentido de Goethe, caía en lo vago: "La poesía, según nosotros, decía, consiste en complacerse en una emoción o en el espectáculo de una emoción." Consideraba "como poeta posible a cualquiera que tenga la voluntad de cultivar la poesía". Sobre esto, el sentido común de Proudhon le respondía:

"Creo que usted exageró el pensamiento de Boileau para reservarse el placer fácil de refutarlo. Usted debió, con un poco de benevolencia para con él, limitarse a interpretarlo según su apreciación; esto bastaba para lograr su objeto y el libro no perdía nada con ello. Todos tenemos el sentimiento innato de la poesía y un principio de talento poético: Boileau pensaba, no lo dude, lo mismo que Goethe; pero no admitía que ese germen, en su cantidad media proporcional, se convirtiera por el trabajo en lo que se ve en Homero; esto bastaba para su tesis, y creo que tenía razón. Todos somos apreciadores, porque todos tenemos el germen; todos no somos "hacedores" porque no todos recibimos la fecundación.

"No puedo aceptar su definición de la poesía; es la mancha más grande que encuentro en su obra. Su definición

conviene, a lo sumo, al "sentimiento poético"; pero la poesía es el "talento de expresar ese sentimiento" o de "reproducir el espectáculo de una emoción . . ." Me gusta mucho su idea de "poeta posible": ¡cuántas cosas posibles soy también yo! . . .

"Páginas 12, 13, 14 sobre el "estado poético": están llenas de excelentes observaciones y bien expresadas. Pero prueban contra usted que los hombres "no poetas" son personas en las que el "sentimiento" no pasa a la "idea", ni de la "idea" a la "expresión", de modo que mi observación precedente subsiste."

Ackermann abusaba del neologismo; creaba palabras según la lógica y para satisfacer todas las divisiones de su pensamiento; no consultaba más que la comodidad y su gusto; no se preocupaba en lo más mínimo por la impresión del lector. Así, introducía y fabricaba con todas las piezas las palabras "bajafrase, altafrase, anteposición", etc. Proudhon exclamaba:

"Usted imita el estilo de Fourier, cuyos libros están distribuídos en "prefacio" y "post-facio"; "prolegómenos" e "in-legómenos", etc., etc. Si inventamos tantas palabras como tenemos matices de ideas, llegaremos hasta el infinito y no nos entenderemos nunca. El "Arte de hablar y de escribir" consiste en diferenciar y en precisar con el menor número posible de signos. No hay que hacer de nuestras ideas una nomenclatura botánica: considere más bien que las obras del espíritu son como organismos que, en una variedad infinita de "combinaciones" emplean siempre las "mismas piezas". Esta es la razón secreta que hace al neologismo poco agradable. Pero los retóricos no la conocen; nos recomiendan que huyamos de las palabras nuevas, pero no nos enseñan a variar las combinaciones de las viejas palabras, para hacerlas decir todas las cosas que queremos."

Proudhon, se comprueba, hubiera sido un muy bueno y hasta un fino crítico literario. De todos modos, la literatura pura no era su campo. Tuvo un momento la idea de concurrir para el Elogio de Suard, propuesto por la Academia de Besançon [6]; pero esta idea se le pasó rápidamente. había debido, desde el principio, pensando en ella, agrandar y organizar ampliamente. su tema: sin duda el siglo XVIII, en su oposición con el nuestro, con sus guerras de ideas, su literatura militante y su carácter filosófico, debía entrar completo en su trabajo; Suard no hubiera sido más que un pretexto. Pero, para llenar convenientemente ese marco, Proudhon necesitaba nociones precisas y delicadas de la sociedad del siglo XVIII que no había tenido tiempo y que no hubiera tenido nunca la paciencia de reunir. Hubiera estallado o se hubiera desbordado antes de terminar.

Esta correspondencia con Ackermann, a pesar de algunas lagunas y algunos cortes que lamentamos, es muy completa en sí y muy honrosa para ambos; muestra muy bien un aspecto de Proudhon, y Ackermann, de este modo en conexión con uno más fuerte que él, y como un hombre que hubiera sido sacado del agua después de un naufragio, ga-

---

(6) Era en noviembre de 1840; el pasaje de la carta en que lo dice es mordaz e intencionado como todo el resto: "Este año se reunió en Besançon un congreso científico. El señor Pérennès leyó en sesión solemne un informe sobre el estado de la literatura y de las ciencias en el Franco-Condado, en el cual usted ha sido mencionado honorablemente al lado de Fallot, del abate Dartois, y, ¿adivine quién? N... NN... La Academia se empeñó en sacar un diario (el *Franc-Contais*) que la cubre de ridículo; en él hacen "echar espuma" a los jóvenes que son sensatos. Se propuso en concurso el "Elogio de Suard". Anuncié que me ocuparía en él; pero después de quince días de investigaciones y de lectura, desistí. Tendría cosas interesantes para decir, pero me faltaría el talento para hacerlas agradables. ¡Si estuviera aquí! le comunicaría mis ideas, y creo que usted haría una buena composición". Si Proudhon tenía plena conciencia de lo que era y de lo que valía, advertía también lo que le faltaba.

nará al sobrevivir y al ser conocido en lo sucesivo. Proudhon, siempre fiel a una confraternidad primera, no cesa de llamar a su amigo, lo quiere tener en París y no en otra parte, en el gran teatro, allí donde se juega el gran juego, en el "foyer" y en el corazón de la acción. Tuvo, en efecto, siempre la convicción de que hay que escribir en París, luchar y permanecer en París, aunque sea en las peores condiciones, en medio de trabas y de apuros. No hay una sola carta de Proudhon en la que no resuene esta campanada, este refrán:

"Pero usted, querido Ackermann, ¿es pues un completo prusiano?

Componed vuestros versos en París,
Y no vayáis a Alemania,

decía alguien a quien usted estima mucho . . .

"Usted que es inteligente y sensible, de quien ayer precisamente dije a Pauthier: "Es demasiado honesto para triunfar" ¿por qué se hizo alemán? Aquí tendremos buen tiempo uno de estos días, y no allí. ¡Ah! ¡por Dios! No lo dejaré buscar piojos en la paja, cuando tenemos que cazar a los lobos . . .

"Lo abrazo y le deseo mucho . . ."

Este grito de llamamiento es perpetuo. Ackermann, después de muchas pruebas, iba en fin a casarse con la persona distinguida que no anunciaba entonces más que aficiones estudiosas, y que sostiene y realza hoy como poetisa el honor de su nombre. Este cambio de estado era, según Proudhon, una razón de más para volver:

"(20 de setiembre de 1843.) Siempre esperé que permanecería en Berlín como un pájaro de pasada, y aun cuando debiera allí "doblar" su existencia, que volvería a París, con sus hijos y su compañera, como dice la "Marsellesa". El

tiempo está hoy mejor que cuando partió; y en cualquier forma que gire la cosa, se preparan acontecimientos cuyo resultado inevitable será darle a usted un lugar en la república de los pensadores y de los artistas.

"Primero, la pura literatura clásica, ática y antigua, vuelve navegando y produce hastío por la romántica; todo gira alrededor de los estudios fuertes, sólidos, nutridos de observaciones y de hechos: por todas partes no se habla más de ciencia social, de ciencias morales y políticas, de ciencia económica, de ciencia del derecho, de ciencias por construir, de ciencias en construcción.

"Por otra parte se manifiesta, entre el gobierno, representado o personificado en la dinastía de Orléans, y el pueblo, una antipatía creciente: se alzan bastillas; el régimen militar se desliza por todas partes... Es preciso que de aquí a dos años, nosotros, franceses demasiado turbulentos, seamos puestos en razón, o que hagamos una vez más danzar la carmañola a la monarquía.

"Se da cuenta de que en medio de todo esto un hombre como usted está bien colocado: monarquía o república, lo que sea, habrá transición y revolución completa, y usted es innovador en toda la fuerza del término. Después, como la mejor parte de nuestra vida, lo mismo que de nuestro destino, es ver, aprender, ¿dónde estaría usted mejor para ello que en el seno de una nación que sube o que baja, pues todavía no puedo decirle si ocurrirá lo uno o lo otro?"

Y más lejos, en otra página (pues estas cartas están llenas de aliento, porque querría comunicarlo a su amigo):

"Tome, pues, la resolución de volver, y escríbame para que conserve sus libros. Estaré en París en diciembre; allí encontraré simpatías y medios de existencia, pues como mis relaciones se extienden cada vez más, nunca quedaré sin empleo ni estaré expuesto a la falta del pan. Espero pasar

alegremente mi vida de bohemio: no tengo mujer ni compromisos, siento afición por el paseo, la conversación y la vagancia, y sólo me anima una pasión: el amor a la verdad y el odio al privilegio. La literatura se restablece —los más... románticos caen a cada momento; el descrédito de los escritores corruptores y corrompidos llega al colmo—; por todas partes se exige lo bello, lo verdadero, lo útil. Hay lugar para usted. Venga...

"*Vive menor quam sis oevi brevis*, y créame que no lo olvidaré así pasen treinta años, así como no lo olvidé al día siguiente de su partida."

En otros momentos, lo incita con el honor, lo acosa y lo ataca por el lado del amor propio (25 de noviembre de 1843):

"En dos palabras, o usted vuelve a Francia para trabajar en sus libros y para no salir más de ella, o no será nunca más que un miserable "papelero". ¡Qué gran éxito vender libros en Alemania! ¡como si en ese país no se vendiera cualquier clase de libros, como si se supiera distinguir allí lo excelente de lo peor! Todos los días oigo decir que tal obra, poco estimada en Francia, se traduce y se vende por millares del otro lado de la Mancha y del Rhin; y entonces, los autores no dejan de decir y de imprimir que nuestros vecinos alemanes e ingleses no tienen ahora el gusto tan malo...

"Si las razones que acabo de darle no bastan, le reservo otras un poco más vigorosas, puede esperarlo. Puesto que es insensible a las varillas, tal vez sienta los bastonazos: todo esto, sin rencor."

Ackermann respondía a la terquedad de Proudhon y a sus golpes. Devolvía la injuria; acusaba a su vez a Francia; y Proudhon, a quien hemos visto tan severo con ella hace un momento, se volvía al instante y la defendía:

"¿Es preciso que vuelva sobre sus querellas? Siempre acusa a Francia: como si Francia, como si toda una nación, la más espiritual y generosa de las naciones, pudiera solidarizarse, hasta ante los ojos de los niños, con los gobiernos que la deshonran, con las camarillas que la engañan, con los charlatanes y los malvados que la explotan. Francia se perdió en su estima, debería decir en su amor propio, porque no distinguió sus ensayos de filología: lo mismo hizo con mi metafísica y con las elucubraciones de Tissot, con los trabajos chinescos de Pauthier, y con tantas otras cosas, por las cuales se interesa tanto como por su "Alfabeto". ¡Ah! ¡la recompensa no siguió a la publicación de sus obras! ¿De quién es la culpa, querido cofrade en independencia? ¿Era usted tan ingenuo para creer que hoy basta ser un hombre íntegro y tener mérito para abrirse camino? No estaba ligado a ninguna camarilla: despreciaba a los V . . ., a los X . . ., a los Z . . . y a toda esa pandilla asalariada por nuestros ministerios, y cuya insolencia hace, como dice Alcestes, "murmurar al sentido común y ruborizarse a la virtud". Usted no quiso únicamente graduarse. Sabía tan bien como yo que un examen, hoy, no es más que una ocasión ofrecida al candidato para cortejar a los maestros, o un medio de excluirlo, por poco que desagrade. ¿Por ventura N . . ., NN . . ., NNN . . ., nombrados profesores al mismo tiempo que Bergmann, saben algo? Usted se destacó como un ciudadano probo y libre: debía ser apartado; lo fué. ¡Y despotrica contra la injusticia de Francia!"

No le exijáis la justicia de detalle, la retribución exacta entre las personas. Toma un puñado de nombres propios y los sacude muy indistintamente; pero el fragmento es bello, el brote de indignación es elocuente. Es Alcestes puro.

Para consolar un poco la sensibilidad de su amigo, con quien no siempre tenía miramientos, le promete citar en su

próxima obra de las *Contradicciones económicas*, el *Diccionario de los Antónimos*, última producción de Ackermann, en la cual el filólogo sutil había dispuesto por parejas las palabras de la lengua opuestas y contrarias: armonizaba con el *Diccionario de Sinónimos* y era su contraparte. Después de haber pagado este tributo al amor propio del autor, Proudhon se esfuerza de nuevo para conducirlo a puntos de vista más amplios y atraerlo al terreno común, trazándole, en esta época, un cuadro seductor de la situación y un poco embellecido: ordinariamente no peca en este sentido, pero quiere decidir a aquél a quien habla, y por lo demás hay mucha verdad en el conjunto del movimiento señalado:

"(4 de octubre de 1844.) Si alguna vez viene a fijarse en París, y le conviene trabajar por la causa reformista, me atrevo a prometerle más lectores de los que obtendrán todos los laureados por la Academia. Comienza a organizarse lo que hoy se llama en Francia "partido socialista". Algunos escritores ya se han unido: Pedro Leroux, Luis Blanc, varios otros de los cuales usted no pudo oír hablar, y éste su amigo, aunque indigno. El pueblo se encarga de hacernos sitio y propaganda: es el papel que se atribuye. Solamente nos ruega que le demos ejemplo de unión y que lo instruyamos. George Sand entró enteramente en nuestras ideas: los compositores de novelas y de folletines ([7]), sin atenerse a ellas en otra forma, se dignan ponerlas de moda explotándolas; y el Socialismo, una vez que las contradicciones de la Comunidad y de la Democracia hayan sido develadas y que vayan a reunirse con las utopías de Saint-Simon y de Fourier, elevado a la altura de una ciencia, el Socialismo, que no es otra cosa que la economía política, se apoderará de la sociedad y la lanzará hacia sus destinos

---

([7]) Eugenio Sue, por ejemplo.

ulteriores con una fuerza irresistible. Ese momento no puede tardar mucho: entonces Francia se situará irrevocablemente a la cabeza de la humanidad.

"El Socialismo todavía no tiene conciencia de sí mismo: hoy se llama Comunismo. Los comunistas son en número de más de cien mil, tal vez de doscientos mil. Trabajo con todas mis fuerzas para hacer cesar las disidencias entre nosotros, al mismo tiempo que introduzco la discordia en el campo enemigo. Provoco, ya negociante, ya especulador, ya diplomático, ya economista, ya escritor, una centralización de fuerzas que, si no se evapora en verbosidad, debe, tarde o temprano, manifestarse de una manera formidable. La mitad del siglo no transcurrirá, no lo dudo, sin que la sociedad europea no sienta nuestra poderosa influencia. Todo ello, por lo demás, se hace sin ocultaciones, a la cara del sol. Ya no conspiramos, usamos de la libertad que nos es acordada."

Estas son páginas, me parece, que un historiador de los 18 años deberá tener en cuenta. 1843-44 fué, en efecto, un momento decisivo y crítico para el destino del régimen. En las esferas políticas propiamente dichas no lo advirtieron: Proudhon acaba de despejarnos la espantosa incógnita de la situación. El 24 de febrero fué un accidente, pero el régimen estaba minado. Ahora no podemos ocultarnos que si Proudhon, de 1840 a 1843, había parecido dispuesto a amoldarse al gobierno existente y del "cualquiera" que reinaba, sus sentimientos en los años siguientes eran mucho menos inofensivos y menos neutros. Nos lo dirá más tarde, no había entonces en él el "lastre" que hubiera podido ponerlo en guardia y advertirlo de arrojar el ancla a tiempo antes de entregarse a las corrientes rápidas. No contaban para él ninguna de las razones que retienen a los hombres y los ligan más o menos a la estabilidad; llegó pues un día

en que terminó por decirse: "¡Tanto peor después de todo para el "Sistema"!" Llevó luto y tomó su partido, como le resulta tan fácil a un soltero joven, pobre, ardiente, rechazado, lleno de fe en su ideas y en sus doctrinas; le bastaba, para estar de acuerdo consigo mismo, no conspirar ([8]).

La última de las cartas que escribió a Ackermann lo muestra bien en este aspecto. Esta última carta, por otros motivos, es conmovedora. Ackermann, hasta entonces tan sano y alegre, acababa de doblegarse de repente bajo el trabajo y el clima. Sus amigos se enteraron casi al mismo tiempo de su enfermedad y de su regreso a Francia. Proudhon, en esta última carta que le dirige, trata de reanimar en su amigo el sentimiento de la vida y la esperanza en el futuro. Se nos dibuja al mismo tiempo como en el comienzo de un período ¡qué digo! de una carrera nueva, con el pie ágil, el corazón henchido por la audacia y la frente ennoblecida:

([8]) Sorprendo, en una carta al señor José Garnier, el economista, (23 de febrero de 1844) el instante preciso en que Proudhon se irrita de nuevo contra el gobierno y el "Sistema" de entonces. Acaba de mostrar que todo —religión, monarquía, propiedad— en la sociedad actual, está en vías de transformación y de metamorfosis, y que no se trata, en lo que se relaciona con esta última, más que de darse razón de lo que se hace, de no contrariar el movimiento, y de ayudarlo con todos los esfuerzos; después agrega: "Pero hay "alguien", como dicen los diarios, que no quiere que esto se publique; —hay "alguien" que quiere que la realeza permanezca realeza, la propiedad, propiedad. . .; que, con este fin, importuna en sentido contrario a la opinión pública; que convierte a la magistratura, al clero, a los manufactureros, a los profesores, a los militares y a los propietarios, en cómplices de sus pretensiones culpables. Y de cuando en cuando escribo, solamente para resistir a ese "alguien"; y ahora, si bajo mi pluma, la ciencia toma una fisonomía poco agradable, ¿de quién es la culpa. . .?" Suprimo estallidos de cólera y de amenaza que se introducen demasiado en el extremo ingobernable de Proudhon; pues era hombre de especulación y de pensamiento tanto como hombre del pueblo, y había en él esa parcela temible que se dice que Prometeo mezcló al cieno del primer hombre. . . "Fertur. . . insani leonis vim stomacho apposuisse nostro".

"(Lyon, 2 de julio de 1846.) Querido Ackermann: una carta que recibo de Dessirier me anuncia su llegada a Pont-de-Roide.

"Ha sido usted injusto al no darnos ningún detalle de su enfermedad, la cual esta primavera nos apenó a todos, a Haag, a Tourneux, a Maguet, a Dessirier y a mí. Hasta hoy mismo ignoro absolutamente cuál es la naturaleza de ese mal; la señora de Ackermann nos habló de él como de un resfrío o afección de pecho. ¿Cómo puedo creer que usted está tísico, usted que era antes un compañero tan vigoroso y cuya vida siempre fué tan metódica y prudente? Y si no está tísico, ¿qué especie de enfermedad puede ser la suya y qué peligro corre? Juzgando por el pasado, todos hemos dicho, querido Ackermann, que su enfermedad era una quimera: hágame el favor, escríbame algunas líneas y explíquese claramente, si no quiere desesperar mi amistad.

"Recibí a su tiempo sus diversas publicaciones, por las cuales lo felicito sinceramente. Entreveo, a través de sus paradojas (no todos pueden adelantar paradojas), una serie de estudios; me impaciento por ver el conjunto y por conocer la última palabra. Pues, en fin, usted no trabaja desordenadamente, y lo que leí suyo es una prueba suficiente. No siempre soy de su opinión, pero usted me provoca reflexiones y me enseña algo. Apresúrese pues a curarse y a completar su obra. Sus estudios me interesan tanto como mis querellas con los economistas; y aunque haya renunciado por completo a la filología y a la literatura, la ciencia de las palabras y de las "letras" conservó por encima de todo el privilegio de apasionar mi curiosidad. Me impaciento por charlar con usted, querido Ackermann, de todo esto.

"Encontré un modo para citarlo en un grueso libro de economía política en el que trabajo y que aparecerá pronto.

Sus "Antónimos" me han provisto de esta reminiscencia. Así como usted escribe el catálogo de las "Antonimias" del lenguaje, compongo el sistema de las "Antinomias" de la sociedad, más o menos como Kant había hecho la crítica de las "Antinomias" de la razón. Ya ve usted, querido enfermo, que siempre estamos el uno cerca del otro, aun cuando la divergencia de nuestros estudios y la distancia de los lugares nos separen. Hubiera querido haber tenido la idea de sus "Antónimos" y, si estuviera en su lugar, los reharía.

"Perdí a mi padre hace tres meses. Este acontecimiento me hizo renunciar en seguida a la estada en Besançon; mi madre se retiró a su aldea natal, con mi hermano, que se estableció allí; y, sacando una pequeña pensión alimenticia que paso a esta querida mujer, soy tan libre como si me encontrara absolutamente solo en el mundo y sin lazos de familia, como el gran sacerdote Melquisedec. No creo que renunciaré en adelante a esta manera de vivir. Mi vida incierta y ambulante, llena de circunstancias imprevistas y de contrariedades, exige esta perfecta independencia, esta completa libertad. Trabajo un poco para ayudarme a vivir, y mucho para coronar mis estudios especulativos: con respecto a esto último, espero llegar pronto a la meta de mi tarea, y, si debo decirle todo, querido Ackermann, pasar incesantemente de la idea a la realización. Pero esta es una materia vastísima para darle una idea de la cual apenas si bastarían ocho días enteros de conversación. Bástele saber que de aquí a un año, o habré caído completamente por lo absurdo y ridículo de mis teorías, o habré inaugurado el más vasto movimiento revolucionario, el más radical, el más decisivo que se haya visto sobre el globo.

"Tal vez, también no esté ni tan cerca de una caída ni tan cerca de la apoteosis, y ocurra con mis planes lo mismo que con tantas otras cosas que habían aparecido como mon-

tañas a sus autores, cuando sólo eran toperas. Suceda lo que suceda, no pido gracia a nadie, excepto a mis amigos. . ."

Así auguraba y pronosticaba Proudhon antes de su libro de las *Contradicciones económicas,* este problema de esfinge, destinado por lo menos a dar mucho "hilo que retorcer" a los economistas, a aquellos sobre todo que, satisfechos de su suerte, querrían persuadirnos de que todo está resuelto para mejor en la mejor de las ciencias posibles.

CAPÍTULO XII

Carácter de la Correspondencia de Proudhon; en qué difiere de algunas otras correspondencias. — Sus disposiciones de espíritu y sus proyectos de 1846 a 1848. — Cómo acoge el 24 de febrero. — Admirable carta de 1854.

Con Ackermann, muerto en julio de 1846, perdemos a un confidente precioso; el señor Bergmann va a suplirlo hasta el fin del año 1847. En presencia de estas dos correspondencias tan esenciales, que se completan o se corrigen la una por la otra, me pregunté si no existía una tercera o cuarta correspondencia, tan importante para estos seis u ocho primeros años. No veo bien a cuál de los otros amigos podría haberse dirigido, pues Proudhon no estaba con ninguno en una relación intelectual tan estrecha y tan fuertemente ligada como con estos dos corresponsales de Estrasburgo y de Berlín (1). Debemos observar, sin embargo, que las car-

(1) Deben existir cartas de Proudhon al doctor Maguet, a uno de los señores Haag, al señor Tourneux, tal vez al señor Elmerich. Hacemos un llamamiento a los posesores para que esos complementos y acrecentamientos de información salgan a la luz un día u otro y lo más pronto posible; éste es el momento. Precisamente en este instante me entero de que el señor Maguet tiene la bondad de poner a mi disposición su correspondencia. Las cartas de negocios dirigidas al editor, señor Guillaumin, y que contienen partes interesantes para la ciencia, me han sido comunicadas recientemente por el señor José Garnier con el consentimiento de las señoritas Guillaumin; en seguida haré de ellas buen uso.

tas de Proudhon, aun fuera del círculo de los amigos particulares, siempre tienen su valor, siempre nos enseñan algo; éste es el lugar para determinar bien el carácter general de su correspondencia.

Fué considerable en todas las épocas, sobre todo desde su entrada en la completa celebridad; y, para decir verdad, estoy persuadido de que, en el futuro, la correspondencia de Proudhon será su obra capital, viviente, y que la mayor parte de sus obras no serán más que lo accesorio y como las piezas de apoyo. Sus libros, en todos los casos, sólo se comprenden bien con la ayuda de sus cartas y de las explicaciones continuas que en ellas da a los que lo consultan en sus dudas, y lo interrogan para ilustrarse.

Hay, para las personas célebres, muchas maneras de mantener correspondencia. A algunos les fastidia escribir cartas, y asaltados por problemas o por cumplidos, responden a toda prisa, únicamente por responder, y devuelven cortesía por cortesía, uniendo a ella más o menos ingenio. Estas clases de correspondencias, aunque pertenezcan a personas célebres, son insignificantes y no son dignas de organizarse en una unidad y de ser recogidas.

Después de los que despachan sus cartas como un trabajo molesto, y casi a su lado por la insignificancia, colocaré a los que las escriben de una manera totalmente exterior, superficial, exclusivamente halagadora, prodigando la alabanza como el oro, sin contar; e igualmente a los que lo pesan todo, lo calculan todo, que responden con pretensión, con ampulosidad, atentos a la frase y al efecto. Sólo cambian palabras y no las eligen más que para que den brillo y para satisfacer su vanidad. Usted cree que es a usted, individuo, a quien hablan, y se dirigen en su persona a los cuatro extremos de Europa. Estas correspondencias son vanas y no enseñan nada, fuera del juego teatral y de la pose favorita de sus actores.

No colocaré entre estos a los actores más prudentes y más finos que, mientras escriben cartas particulares, al mismo tiempo, guiñan el ojo a la posteridad. Sabemos que esto llevó a escribir cartas largas, cuidadas, encantadoras, acariciadas, suficientemente naturales. Béranger nos ofrece la obra maestra del género.

En cambio, Proudhon es de una naturaleza completamente distinta, y sus costumbres también son diferentes. No piensa, mientras escribe, en nada más que en el pensamiento mismo y en la persona a quien se dirige: "ad rem et ad hominem". Hombre de convicción y de doctrina, escribir no lo fastidia; ser interrogado no le importuna; cuando lo abordan, le basta reconocer que el motivo que los lleva no es una curiosidad fútil, sino el amor por la verdad; os toma en serio, os contesta, entra en vuestras objeciones, tan pronto de viva voz, tan pronto por escrito; pues "si hay explicaciones, observa, que no terminan nunca por correspondencia y a las cuales se corta seco en dos minutos de conversación, en otras oportunidades ocurre lo contrario: una objeción claramente formulada por escrito, una duda bien expresada, que provoca una respuesta directa y categórica, adelantan más las cosas que diez horas de diálogo" (2). No teme, pues, al escribiros, tratar de nuevo el tema, os desarrolla el fondo y la consecuencia de sus pensamientos: raramente se confiesa vencido, no es su manera; se resiste, pero confiesa las lagunas, las variaciones, la "evolución" de su espíritu en una palabra. La historia de su espíritu está en sus cartas: allí hay que buscarla (3). Proudhon, cualquiera que sea

(2) Carta del 4 de marzo de 1863, al señor Clerc, jefe de escuadrón de artillería.

(3) Y por ejemplo, en una de sus cartas al señor comandante Clerc, que datan de su última época, cartas de discusión y muy desarrolladas, encuentro esta página significativa; se trataba de algunas contradicciones que le señaló el señor Clerc, entre lo que acababa de escribir sobre la

la persona que se dirige a él, está siempre dispuesto; deja la página del libro que compone para satisfaceros por carta con la misma pluma, y esto, sin impacientarse, sin creer distraerse, sin economizar tinta ni lamentarse: es un hombre público y está consagrado a la propagación de su idea, en todas las formas, y la mejor forma para él, es siempre la actual, la última. Su misma letra, llena, igual, legible, aun en los lugares cansados, no traiciona ninguna precipitación, ninguna prisa por terminar. Cada línea es exacta: nada ha sido dejado al azar; la puntuación, muy correcta, un poco

---

"Guerra" y lo que había escrito precedentemente sobre el trabajo; a lo que respondía (4 de marzo de 1863):

"Una observación previa.—Tenga en cuenta, estimado capitán (Proudhon confunde los grados) que nunca me releo; primero, porque una vez que el pensamiento salió de mi cerebro y fué recogido por escrito, me repugna volver sobre él; releer lo que publiqué es para mí como si, siguiendo una comparación de la Biblia, volviera a mi vómito. En segundo lugar, me atengo ante todo a escribir con la franqueza de mi sentimiento y la frescura de mis ideas; desconfío de un autor que tiene la pretensión de ser, a 25 años de distancia, idéntico a sí mismo y de estar adecuado a su propio pensamiento. Esta manera de imponerse al lector me es odiosa y no revela más que mentira y orgullo. Todos estamos sujetos al error y debemos comenzar por reconocerlo humildemente. La verdad es una; pero se nos aparece por fragmentos, desde ángulos muy diversos; nuestro deber consiste en expresarla tal como la vemos, dispensada de contradecirnos realmente o en apariencia.

Esto le parecerá quizá singular, estimado capitán; pero si usted reflexiona, reconocerá que desde el punto de vista de la sinceridad, tengo razón. La "verdad" es el precio de un largo trabajo; tiene muchas faces diversas, a menudo parece contradecirse; por eso estamos mucho más expuestos a desnaturalizarla al querer ponernos de acuerdo que al decir buenamente, todos los días y sobre todas las cosas, lo que pensamos y lo que vemos. He ahí por qué no merezco en modo alguno a un autor expuesto a contradecirse, siempre que lo haga de buena fe y no por necedad; y también por qué, en consecuencia, me preocupo tan poco por las contradicciones, aparentes o reales, que puedan encontrarse entre mis diversas publicaciones. La sociedad humana, el mundo moral es un caleidoscopio infinito. ¿Cómo quiere usted que responda de ser siempre perfectamente lógico, consecuente, adecuado conmigo mismo? Es imposible. . ."

excesiva, un poco apretada, indica con precisión y distinción de matiz todos los eslabones del razonamiento. Pertenece a vosotros, a su asunto y al vuestro mientras os escribe, y nunca está fuera de él. Todas las cartas suyas que vi son serias; ninguna es banal. Pero al mismo tiempo, no es artista ni presumido en ninguna forma: no "compone" sus cartas, no las retoca, no se da ni siquiera tiempo para releerlas; tenemos una primera redacción excelente y clara —el chorro de la fuente— pero no otra cosa. Las razones nuevas que le salen al paso mientras os escribe para apoyar sus ideas, y que la contradicción le sugiere, sorprenden agradablemente y arrojan una luz que se buscaría en vano en las mismas obras; su correspondencia difiere notablemente de sus libros porque no hay en ella cavilaciones; os coloca en el corazón del hombre, os lo explica y os deja con una impresión de estima moral y casi de seguridad intelectual. Se nota en ella la buena fe. No sabría compararlo, en este respecto, más que con Jorge Sand, cuya correspondencia es a la vez abundante y llena de sinceridad. Forma parte de su papel y de su naturaleza, en conjunto. Si trata con un joven que se abre a él en sus ansiedades de escepticismo, con una joven que le plantea problemas delicados de conducta, su carta es entonces un breve Ensayo de moralista, una consulta de director espiritual. Si por casualidad asistió (lo que es para él un acontecimiento) a una pieza de teatro, a una comedia de Ronsard, a un drama de Carlos Edmond, se cree obligado a dar cuenta de sus impresiones al amigo a quien debió ese placer, y su carta es entonces un folletín literario, filosófico, lleno de sentido y que no se parece a ningún otro. Su familiaridad es proporcionada: no afecta rudeza. Los términos de cortesía o de estima que emplea con sus corresponsales son sobrios, mesurados, apropiados a cada uno, de una simplicidad y cordialidad francas. Cuando habla de moral y de la familia, por momentos tiene

algo del hombre de la Biblia y de patriarca. Goza de toda la libertad de la lengua y no se priva de nada. Algunas palabras gruesas, referencias personales demasiado ásperas y completamente injustas o injuriosas, deberán desaparecer en la impresión: el tiempo, por lo demás, al transcurrir, permite muchas cosas y las hace inofensivas. ¿Tengo razón para decir que un día la *Correspondencia de Proudhon*, siempre substancial, será la parte más accesible y más interesante de su obra?

Volvamos al punto biográfico que nos ocupa. Las cartas, mitad de negocios, mitad de explicaciones, que dirigía al señor Guillaumin, su editor, durante la impresión de sus *Contradicciones económicas* e inmediatamente después de la publicación, no dejan de agregar algo a lo que ya sabíamos sobre el estado de su espíritu, sobre la verdad de sus sentimientos y de sus doctrinas en ese momento. Debió ceder, en el curso de la impresión, a más de una observación justa del estimable editor, que se sorprendía al encontrarlo mucho menos moderado en su libro de lo que lo había visto cuando conversaba con él. Entre otras observaciones que el señor Guillaumin le hizo a tiempo, entre otras correcciones que exigió, figura una muy esencial y que seguramente era de mucha importancia que el autor tuviese en cuenta, bajo pena de exponerse, él y su editor, a molestas contrariedades.

¿Es posible imaginarse que, en el capítulo XI que trata de la "Propiedad", al fin de su anteúltimo párrafo (4), Proudhon había escrito en forma totalmente corriente, después del nombre de Luis Felipe, estas breves palabras, llenas de significados: "Ultimo rey de los franceses"? Así, más o menos, ("si parva licet") había dicho antes, hablando de sí mismo y dirigiéndose a la Academia de Besançon, que

(4) En el tomo II, pág. 329, de la primera edición.

esperaba ser "el último de sus becarios". En muchos puntos, se sentía inclinado a derribar la tranca y a escribir la palabra "Fin", tanta prisa tenía por comenzar el capítulo del porvenir. No opuso dificultades, por otra parte, para rendirse a la observación de su editor, al cual escribía desde Lyon el 29 de agosto de 1846:

"Suprimí, como usted exigía, las palabras que lo preocupaban con relación a S. M. Luis Felipe. Esas palabras no hacían más que resumir una ojeada filosófica que sólo se podía coger por una lectura seguida de la obra; usted vió en ellas una amenaza revolucionaria; no tengo nada que reprochar a un hombre que busca su seguridad. Sé que usted preferiría mucho más, a la independencia de mi lenguaje, un estilo más contorneado, más académico, y maneras más obsequiosas; pero, para ello, hubiera sido preciso infundirme más fe en las instituciones, más estima por nuestras costumbres, más consideración por los hombres. Puesto que estas condiciones faltan, no conozco más que la despiadada justicia de mi conciencia, y quisiera tener un estilo infernal para flagelar todo lo que me parece falso e inmoral.

"A pesar de mis defectos, que otros tomarán por buenas cualidades, espero que mi libro no será un oprobio para su librería, y por eso, le ruego que acelere la impresión, etc."

A pesar de esa frase sobre el rey Luis Felipe, que nos muestra a Proudhon muy poco dinástico, por lo menos en sus presagios, enfocaba la lucha próxima por un lado completamente distinto; éste era un combate de ideas en el cual según él, iban a trenzarse unas con otras. Como al señor Guillaumin, editor de los principales escritores economistas, le repugnaba bastante naturalmente publicar obras en las que sus autores y sus amigos eran muy maltratodos, Proudhon le respondía:

"(Lyon, 29 de setiembre de 1846). El tiempo se avecina, señor Guillaumin, en que un combate a muerte será librado entre el Socialismo y la Economía política; entre la prohibición y la no-prohibición, entre la democracia y la monarquía, etc. Esta batalla no debe emplear el cañón, sino la prensa. Usted está en posición, si quiere, de convertir a su librería en campo de batalla de todas las ideas. Muéstrese imparcial, no deje escapar las ocasiones, créelas en caso necesario, y su parte, en la revolución que se prepara, será una de las más hermosas. Usted sabe qué papel representó, en el siglo XVIII, el impresor y librero Panckoucke; usted puede superarlo con toda la altura de nuestro siglo sobre el precedente. Cuento, como cualquier otro, cumplir con mi deber en esta refriega, y no dudo, señor Guillaumin, que siempre nos entenderemos, salvo en los ataques al Gobierno, con respecto a los cuales le abandono la soberanía de las tijeras."

El señor Guillaumin no estaba tentado de ver su librería convertirse así en un campo de batalla neutro para los combatientes; un sentimiento de conciencia animaba también a este digno editor que estimaba que su concurso activo debía estar de parte de sus amigos: "Tal vez sea, escribía a Proudhon, un error, comercialmente hablando, pero me es imposible sustraerme a la influencia de mis ideas, por limitadas que sean. Para mí es tanto un asunto de simpatía como de comercio". —Proudhon, juez y parte, se mostraba un poco áspero en esta discusión, y, una o dos veces, llegó hasta herir un poco a lo vivo la honesta susceptibilidad del señor Guillaumin:

"(Lyon, 31 de octubre de 1846). Deploro el singular heroísmo de que hace gala... Tenga cuidado, señor Guillaumin: usted se erige gratuitamente en confesor y mártir de ideas que no entiende y de las que sus amigos

los economistas no son garantes seguros. Unicamente una controversia libre, completa y leal puede hacer que las obras de la secta de la cual temo mucho que usted sea un día el cabrón emisario, sean leídas hasta por sus adversarios..."

El señor Guillaumin, en su modestia, resistía y oponía razones honorables. No era un puro vendedor de libros, un minorista; definía su papel de editor que elige libremente lo que publica, y se comparaba a un editor de libros de piedad, que no podía, sin faltar a la delicadeza, publicar al mismo tiempo obras irreligiosas; se mostraba como ligado por afecto tanto como por interés con sus amigos, el grupo de los escritores economistas, con respecto a los cuales la controversia de Proudhon le parecía exceder en mucho la medida: en esto, tenía razón. Pero Proudhon, por su parte no dejaba pasar esta comparación ortodoxa, y, tocando el punto exclusivo de la escuela a la que atacaba, se animaba poco a poco, se inflamaba, y entraba en toda su elocuencia:

"(Lyon, 7 de noviembre de 1846). Lamento no estar de acuerdo con usted sobre los motivos de exclusión con los que pretende justificar su especialidad estrecha de editor economista, y le diré claramente que sí, en su comercio, usted está sometido a una ley de proscripción, como un vendedor de libros de seminario, contra todo lo que puede contrariar las ideas de sus patronos, usted no está ya dentro de las condiciones del libro examen, de la prensa libre, ni siquiera del libre cambio. No se trata de deshonrar su establecimiento con todas las rapsodias que pueden ocurrírseles publicar a los socialistas, ni de dar curso a sucios panfletos; se trata, como tenía el honor de decírselo en mi anteúltima, de hacer de su librería el campo de batalla de las ideas sociales, las cuales están en vías, como usted puede ver, de ahogar a las ideas políticas, místicas, diplomáticas

y filosóficas. De aquí a dos años, la Economía política o Economía social, o ciencia económica, o todo lo que le plazca, será el todo en la opinión y estará a la cabeza de la Enciclopedia humana; pero esta ciencia está en vías de construirse, y si no está hecha, se pueden ya distinguir hermosas proporciones. Provoque pues, tanto como lo pueda, la lucha de las ideas; sobre todo, trate de tener por redactores a hombres de un espíritu más elevado y más comprensivo que los que redactan habitualmente su Revista, y cuyo papel, como el mío, es el de ser combatientes, pero no jueces. Los señores economistas, no le moleste, todavía tienen muchas cosas que aprender para ser absolutamente competentes, aun en su propia especialidad. Esto sea dicho sin que yo quiera en modo alguno disminuir a sus ojos el mérito de sus amigos. No con palabras, que no significan nada, como "Dejad hacer, dejad pasar", se puede hoy dar satisfacción a hombres que preguntan: "¿Qué hay que hacer, y por dónde hay que pasar?..."

"Preveo que los socialistas van a gritar que exterminé la Economía política, pero que no toqué el socialismo ni con la punta del dedo; lo mismo dirán, pero en sentido inverso, los economistas. Si pudiera derribar a todo el mundo, hubiera obtenido justamente el resultado que me propuse; la reconciliación universal por la contradicción universal.

Pero nuestro público no puede todavía comprender esto."

¡Ya lo creo! —Y quince días después, para tranquilizar a su hombre que declaraba tener "un miedo horrible de ver al procurador del rey meter la nariz en cierto capítulo muy irreverencioso para con la Divinidad", y del cual el mismo editor se había enterado demasiado tarde, y cuando el libro ya estaba publicado:

"(21 de noviembre). ...Vamos ¡voto a Satán! señor

Guillaumin, no tenga miedo. Ocurrirá con todo esto como con las querellas de los jesuítas y de los jansenistas; se producirá un poco de escándalo; pero nuestros nietos se burlarán de nosotros. Lo saludo cordialmente."

Después de la publicación de las *Contradicciones económicas,* Proudhon desarrollaba proyectos que debían señalar un nuevo paso decisivo en su vida; no me los defino muy distintamente. Lo vimos, cuando hablaba a Bergmann y le enviaba su libro (22 de octubre de 1846) anunciarle que esta obra sería "la última de esa talla" que saldría de su pluma, y que en lo sucesivo no le faltaba más que proseguir la aplicación de los principios y de las leyes generales expuestas en él. Estaba resuelto, decía, a entrar seriamente en la vida activa. ¿Tenía por entonces en pensamiento algún plan positivo de empresa, de creación industrial y de banco popular? Estamos tentados a suponerlo, según sus palabras:

"Como hombre de negocios, escribía a su amigo, con los conocimientos prácticos que adquirí y la regular reputación que me hice, puedo crearme todavía una existencia confortable; pero aspiro a algo mejor; y cuanto más comparo mi individualidad con tantas otras, tanto más me parece que tengo derecho a pretender a un papel más noble."

Dando la espalda a la ciencia pura, no renunciaba, pues, a alguna aplicación de una naturaleza original y grandiosa. Pero ¿cómo entendía Proudhon esta aplicación, esta puesta en práctica de sus ideas? En todos los casos, esperaba comenzarla y realizarla por medio de un diario:

"(Al señor Bergmann; París, 4 de julio de 1847). Actualmente, estoy comprometido a dedicar mis esfuerzos a la publicación de un diario semanal, *Le Peuple,* que deberá aparecer en noviembre o diciembre, a más tardar. El fundador va a ponerse en campaña para recoger las suscrip-

ciones de acciones y de abonos; acabaré mi libro ([5]), que servirá de manifiesto a este nuevo órgano: espero que para fines del otoño estaremos en pleno trabajo."

Y después de algunas palabras sobre un arreglo regular con los señores Gauthier hermanos, que tenían siempre interés en sus servicios:

"He aquí mi vida, mi posición, mi porvenir. Si alguna vez puedo hablar al público en forma distinta que por medio de libros, y arrastrar por la fuerza a esa pandilla de periodistas, utopistas y economistas al terreno de los verdaderos problemas, no dudo que se resienta la situación general, en la opinión, en los negocios y en el Gobierno. Espero que entonces tus buenos consejos no me hagan falta . . ."

Luego, después de 4 ó 5 meses, cuando había tomado la resolución de desligarse de los señores Gauthier:

"(Lyon, 24 de octubre de 1846). Recobro pues toda mi libertad de acción. Tengo 200 francos; pero Guillaumin consiente en editar mi nueva obra pagándome cada hoja a medida que la voy entregando, y en recibirme algunos artículos para el *Journal de Economistes.* Las ocasiones harán el resto ([6]).

([5]) El libro que debía seguir al de las *Contradicciones* y dar la "Solución".

([6]) Tengo ante mi vista la carta de Proudhon al señor Guillaumin, en la cual le proponía regularizar esta situación nueva y le ofrecía sus servicios; algunos pasajes no carecen de interés:

"(Lyon, 19 de setiembre de 1847). Dejo la casa Gauthier Hermanos, en la que estoy empleado desde hace 4 años. Como mi intención es fijarme definitivamente en París, me presento para preguntarle, sin protocolos, si usted puede ayudarme en esta circunstancia . . . No sé cómo juzgó el público francés mi última obra [*El Sistema de las Contradicciones*]; pero el hecho es que acaba de ser anunciada en Alemania una tercera traducción . . . Esto me hace creer en un éxito por lo menos igual para mi nuevo trabajo; pero se trata de usted y no del extranjero. ¿Cuáles serían sus esperanzas? ¿Serían mejores para mí sus nuevas condiciones que las últimas? Le ruego que me responda claramente

"Después de 7 años de estudios especiales, sólo tengo mi economía política para vivir, y como esta economía política no tiene otro valor que el de la aplicación, se sigue que, para que encuentre mi lugar en la sociedad, es preciso que haga una revolución . . . (una revolución económica). Admito de buena gana que el futuro dará otra solución a este dilema; pero para el momento, no veo término medio; sería un insensato si no abrazara resueltamente la única posibilidad de salvación que me queda. Se trata, para mí, de pasar el puente de Arcola bajo la metralla, por consiguiente, de vencer o de morir; estoy impaciente por ver el resultado."

Las expresiones son más terribles que las cosas. El "puente de Arcola" y esa "metralla" no anunciaban una guerra política al Régimen, al que apreciaba muy poco, pero contra el cual no conspiraba. La revolución que quería hacer se orientaba siempre en el mismo sentido, en el mismo orden y contra los mismos adversarios: quería llegar a su organización del trabajo; tenía por antagonistas directos,

---

sobre estos puntos. Usted sabe que me gusta tratar de manera que nunca haya que volver sobre nada y que temo por sobre todo las discusiones. Tengo entera confianza en usted y en su criterio . . .

Las obras que salen de su librería bien impresas, son, en general, poco correctas; los impresores ascendieron a correctores, sin tener muchos conocimientos. Como este oficio es precisamente el mío, más aun, como la economía política es el objeto particular de mis estudios, si pudiera serle de alguna utilidad para sus pruebas, estaría a su completa disposición.

En fin, conozco medianamente la materia comercial, y puedo encargarme, mal que bien, de la correspondencia: sería, en calidad de comisionista de transportes, por tierra o por agua, tan buen director de una compañía como el señor H. D. . . ., su amigo y ex redactor. Si oye decir que en alguna parte necesitan a un hombre, le quedaré muy agradecido si piensa en mí. Confío que con conocimientos razonables de tipografía, transportes, contabilidad, economía política, literatura, filosofía, debo encontrar medios de existencia; pero los 4 años que acabo de pasar me aislaron completamente, y para volver al mundo necesito amigos. A este título me tomo la libertad de dirigirme a usted . . ."

ante todo, con razón o sin ella, a los economistas del libre cambio; pretendía convencerlos de que estaban en un error flagrante y positivo: "No hay uno solo de sus argumentos que no implique un error de contabilidad: éste será el punto de partida de mi nueva crítica. Juzga si será grande la sorpresa. La Economía política, lo ves, es la filosofía de la contabilidad... Unos quieren que se organice, otros que se "deje siempre hacer", fundándose en la incertidumbre y lo arbitrario de las teorías de organización. Tal es el estado del problema, uno de los más difíciles y de los más vastos que pueda plantearse el espíritu humano".

La desgracia entonces, en esta época de efervescencia, era que todos estos problemas económicos se tocaban y se confundían en la opinión pública. El "espíritu humano" estaba en un estado muy poco sereno para agitar semejante problema, que no puede, en ningún caso, tratarse en una esquina; sólo podían provocarse malentendidos fastidiosos y terribles. Hasta el diario que iba a usarse como instrumento se llamaría "el Pueblo", y este título de un antiguo periódico, señalado por principios de democracia extrema, debía prestarse al equívoco; era imposible que la gente no se engañara y que se aplicara a desenredar la oculta intención de un razonamiento enmascarado, o por lo menos, muy complicado. Proudhon se jactaba de ser el jefe de ese diario, y no debía serlo. Le fueron hechas una parte de estas objeciones. Con su confianza ordinaria y su necesidad de esperar a fuerza de desesperar, seguía adelante:

"... En esta disposición de espíritu, decía (24 de octubre de 1847), voy a inaugurar mi diario. Digo "mío", aunque la cosa, el negocio, como dicen los comerciantes, no me pertenezca; pero soy el único que puede dar vida y éxito a la empresa. El prospecto, salido en parte de mi pluma, es irrealizable para cualquier otro que no sea yo: esto es tan

cierto, que los fundadores, redactores, accionistas y suscriptores están angustiados por saber cómo saldré de la coyuntura. Digo pues que el diario es mío, y entiendo que debe conformarse en todo a mis ideas: y si no, no.

"Te das cuenta que al convertirme en periodista, no voy a conducir mi barca como los otros y hacer una competencia de palabras con mis futuros cofrades de la prensa parisiense. Que ellos ejerzan su oficio como lo entienden que vendan "premiers-Paris", folletines novelados, crítica canalla, hechos diversos y anuncios: eso no me interesa. Cuando estemos allí, veremos.

"El diario *Le Peuple* será el primer acto de la revolución económica, el plan de batalla del trabajo contra el capital, el órgano central de todas las operaciones de la campaña que voy a comenzar contra el régimen propietario. De la crítica paso a la acción; y esta acción se inaugura con un diario. Como la posición es excepcional, espero que la redacción será por lo menos igual en originalidad: si Dios me da vida y salud, una vez que le haya dado impulso y le haya trazado la marcha, los cooperadores vendrán en multitud, y todo irá a las mil maravillas.

"Comprendo perfectamente tus críticas con relación al título del diario. Me impusieron el título: se decidieron por esta palabra *Le Peuple,* con un propósito de tradición, o si te gusta más, de resurrección. Quisieron recomendarse a todos los lectores y accionistas del antiguo diario "El Pueblo": como ves, el primer pensamiento que hizo preferir esta designación es absolutamente industrial. Sin hacer mucho caso a sus razones, tomé en seguida mi partido. El pueblo será el tema de nuestros primeros números, el pueblo, ser colectivo; el pueblo en su soberanía, en su razón, en su conciencia; en una palabra, el pueblo, ser infalible y divino; este tema domina en mi obra, pero desarrollado, desde luego,

desde un punto de vista muy distinto y en otra forma que en el *Contrato social*. Tanto como las viejas teorías sobre la soberanía del pueblo son vacías y vagas, y por consiguiente mentirosas, del mismo modo, espero que encontrarás mis ideas claras, positivas, y de una realización inmediata y fácil."

Sin embargo, el anuncio de esta nueva idealización del pueblo es muy oscuro, y no prometía, en sí mismo, ninguna cosa clara. Llegamos ya a todos los puntos de dificultades inextricables, a todos los escollos contra los que debía estrellarse, como fatalmente, la inteligencia de Proudhon.

Le Peuple o *le Representant du Peuple* no pudo aparecer bajo el régimen de entonces, y sólo se publicó después de febrero de 1848; Proudhon nunca fué el jefe absoluto. Volvió a París hacia fines del año 1847, y se esforzaba por proseguir allí, de una manera u otra, sus soluciones económicas; asistía, con los brazos cruzados, a la excitación política creciente y al acaloramiento inconsiderado de los espíritus, cuando, súbitamente, una mañana, estalló la Revolución. El señor Darimon lo había ido a visitar ese mismo día —el primer día— en el Hotel de la Côte-d'Or, en la calle Mazarine, en donde vivía, y tuvo de él estas primeras palabras: "¡Qué lindos asuntos! ¿y cómo va a vivir la gente como nosotros?. Esta no era su última palabra. En seguida nos expondrá él mismo, ya con ardor, ya con serenidad, sus impresiones sinceras y verdaderas, las de la víspera, las del día de la revolución, las de las primeras semanas: no nos está prohibido, sin embargo, ya que lo conocemos en esta forma, tratar de desenredar y de adivinar algunos de los pensamientos que debieron asaltarlo al principio. Sabía mejor que nadie que los partidos hostiles a la monarquía de Julio, y que heredaban tan bruscamente el poder, no estaban en modo alguno preparados para ejer-

cerlo, para la fundación de lo que fuere, y les cantó en varias oportunidades, y bastante alto, a cada uno de los ilustres u honorables miembros del Gobierno provisorio, algunas verdades y les gritó sus obligaciones. Y Proudhon, antes que nadie, que se jactaba de tener una idea más fecunda y una solución para el porvenir, se daba cuenta muy bien que no podía aplicarla, ni siquiera desarrollarla a la luz del sol, con claridad y posibilidad de ser escuchado: los acontecimientos de 1848 iban a colocarlo al pie del muro, por decirlo así, ponerlo en moratoria para pronunciarse mucho antes y más claramente de lo que deseaba. Veía cogida su palabra. El filósofo —sí, el filósofo agitador que era Proudhon (y en esto consistía propiamente su papel)— podía ser requerido, de un momento a otro, para ser legislador. Esta Revolución —lo presentía también desde el primer día— iba a tener aún por efecto casi inmediato inflamar y desencadenar su temperamento y su naturaleza, tentarlo en todos sus aspectos de temeridad paradójica y de audacia, al mismo tiempo que abría un campo ilimitado a su talento de polemista temible y a su locuacidad de satírico indignado, permitiéndole pasear una ironía sangrienta sobre los hombres y las cosas. ¿Cómo poder contenerse y resistir frente a semejante juego? El peligro, aquí, residía en la ausencia de todo freno y en las sobreexcitaciones interiores y exteriores. Es horrible ser colocado, para escribir, en la boca y bajo el aliento del cráter: tal singularidad de situación parece hecha expresamente para provocar, o terquedad o vértigo. Proudhon, con su humor y con su carácter, una vez empujado hacia adelante y retado para ir más allá, no era un hombre que retrocediera y que encontrara en sí mismo, solo al fin contra todos, el recurso de la sangre fría y de la prudencia: era un hombre más bien que cobraba valor en el peligro y que gozaba, en los

riesgos, con la especie de terrorismo inmerecido que ejercía sobre las almas. Por lo demás, ¿qué me queda por hacer sino, deteniéndome en el umbral de este período de exaltación y de lucha encarnizada, en la que cayó vencido y cautivo, dejarlo que se explique, ya en público, ya en secreto, y recoger sus palabras en dos momentos muy diferentes, durante el ardor del combate, y luego en la hora de la calma, cuando se serenó? Lo que concuerde en los dos relatos, a través de la oposición de los tonos, se reconocerá fácilmente, y se unirá, para confirmarlo, a lo que ya sabemos. Un día pues, en plena lucha, al querer exponer el conjunto y la marcha de sus ideas, Proudhon tuvo necesidad de remontarse hacia atrás, de dibujar su situación, clara en todas las épocas, entre los partidos, y escribió al correr de la pluma, en su diario, estas páginas memorables, que arranco, y que son verdaderamente dignas de la historia:

"En los últimos meses del año 1847, trabajaba en Lyon en calidad de encargado de la correspondencia y de los contenciosos en una casa de comercio que tenía por objeto la explotación de la hulla y los transportes.

"Mientras escribía mis cartas y atendía mis procesos, seguía con inquietud el movimiento político, y la lucha ciega y apasionada de la Oposición, representada por los señores Odilon Barrot y Thiers, contra el partido conservador representado por Luis Felipe y el señor Guizot. El partido republicano no era entonces más que una débil minoría, y apoyaba, según la ocasión, a los adversarios del Gabinete.

"Veía que la querella se envenenaba cada vez más entre las diversas fracciones del gran partido monárquico constitucional; y veía también, abrirse, en el teatro de esos deplorables debates, un abismo en el seno de la sociedad, minada por las predicaciones democráticas y sociales.

"El banquete del Château-Rouge, al cual la Oposición asistió en pleno presidida por el señor Odilon Barrot, fué para mí el signo anunciador de la catástrofe.

"Yo, situado en la parte inferior del edificio social, en el seno de la masa obrera, yo mismo que fuí uno de los primeros mineros que minó sus fundamentos, veía mejor que los hombres de Estado, que discutían en las cumbres, la proximidad del peligro y todas las consecuencias de la ruina. Después de algunos días y con muy poca tormenta parlamentaria la monarquía se desplomaba y la vieja sociedad con ella.

"La tempestad comenzó a soplar en los banquetes para la reforma. Los acontecimientos de Roma, de Sicilia, de Lombardía, infundieron más ardor a los partidos; la guerra civil suiza acabó por alzar la opinión pública, y por hacer llegar al colmo la irritación de los espíritus contra el ministerio. La cólera pública se incitaba incesantemente con escándalos espantosos y procesos monstruosos. Juzgué que todo estaba perdido, antes de que las Cámaras se reunieran para la sesión de 1847-48: en seguida me presenté en París.

"Los dos meses que transcurrieron antes de la explosión, entre la apertura de las Cámaras y la caída del trono, fueron los momentos más tristes, los más desolados que atravesé en mi vida. La muerte de mi madre, que ocurrió en este intervalo, no pudo sustraerme de la angustia que me oprimía: en el momento, sólo recibí una débil impresión. Sentí entonces hasta qué punto la patria, para el ciudadano, está muy por encima de la familia: comprendí a Régulo y a Bruto.

"¡Yo, republicano de la víspera y de la antevíspera, republicano de colegio, de taller, de estudio, me estremecía de terror al ver acercarse la República! Me estremecía, digo, porque nadie, ni a mi alrededor ni encima mío, creía en

el advenimiento de la República, al menos en un advenimiento tan inminente.

"Los acontecimientos seguían su curso, los destinos se cumplían y la revolución social surgía, sin que nadie, ni de arriba ni de abajo, pareciese darse cuenta. Pero ¿qué es una revolución, qué puede llegar a ser, cuando nadie posee su secreto, cuando nadie la comprende? Los republicanos, en número reducido, tenían fe en la República: carecían de la ciencia.

"Los socialistas, casi desconocidos, y cuyo nombre no había resonado todavía en la escena, tenían también fe en la revolución social: no tenían ni la llave ni la ciencia.

"Habían sido formuladas numerosas críticas a la antigua sociedad, la mayoría vagas, impresas de sentimentalismo y de misticismo, algunas más filosóficas y más razonadas; pero de entre todo ese caos de discusiones declamatorias, la luz no había brotado para nadie: la prensa cotidiana no se interesó por el problema; no sólo la inmensa mayoría de los lectores no se ocupaba.

"¡Y sin embargo, la Revolución, la República, el Socialismo, apoyados el uno sobre el otro, llegaban a grandes pasos! Yo los veía, los tocaba, huía ante el monstruo democrático y social, del cual no podía explicar el enigma; y un terror inexpresable helaba mi alma, quitándome hasta el pensamiento. Maldecía a los conservadores, que se reían de la cólera de la Oposición; maldecía más aun a los opositores, a quienes veía desarraigar, con incomprensible furor, los fundamentos de la sociedad; conjuraba a aquéllos de mis amigos a quienes sabía empeñados en el movimiento, a no mezclarse en esta querella de prerrogativas, absurda para los republicanos, y de donde iba a salir inopinadamente la República. No me creían, nadie me comprendía.

"Lloraba por el pobre trabajador, a quien consideraba

por adelantado entregado a una huelga, a una miseria de varios años, por el trabajador a cuya defensa me había consagrado y a quien sería impotente para socorrer. Lloraba por la burguesía, a la que veía arruinada, empujada a la bancarrota, excitada contra el proletariado, y contra la cual el antagonismo de las ideas y la fatalidad de las circunstancias iban a obligarme a combatir, cuando estaba, más que nadie, dispuesto a compadecerla.

"Antes del nacimiento de la República, yo estaba de duelo y expiaba a la República.

"¿Y quién, entonces, lo digo una vez más, con las mismas previsiones, no se hubiera abandonado a los mismos temores?

"Esta revolución, que iba a estallar en el orden político, era la fecha de partida de una revolución social, de la cual nadie sabía nada. Contrariamente a toda experiencia, contrariamente al orden invariablemente seguido hasta entonces por el desarrollo histórico, el hecho iba a ser asentado antes que la idea, como si la providencia hubiera querido, esta vez, golpear antes de advertir.

"Todo me parecía pues espantoso, inaudito, paradójico, en esta contemplación de un futuro que, a cada minuto, se elevaba en mi espíritu a la altura de una realidad.

"En esta ansiedad devoradora, me rebelaba contra el curso de los acontecimientos, me atrevía a condenar el destino. Censuraba a los sicilianos por su rebelión contra un caudillo detestado; me irritaba el liberalismo de ese papa . . . que ahora, en el destierro, hace penitencia por sus veleidades de reforma; desaprobaba la insurrección de los milaneses; formulaba votos por la Sunderbund, y aplaudía, yo, socialista, discípulo de Voltaire y de Hegel, las palabras del señor de Montalambert, quien defendía, ante una Cámara aristocrática, la causa de los jesuitas de Friburgo. Hubiera querido

tener un diario para atacar a muerte al "Nacional", a la "Reforma", a todos los órganos de la opinión reformista y republicana; consagraba a los dioses infernales al redactor en jefe de *La Presse*...

"Mi alma agonizaba: llevaba por adelantado el peso de los dolores de la República y la carga de las calumnias que iban a herir al socialismo. El 21 de febrero, por la tarde, exhortaba todavía a mis amigos para que no combatiesen. El 22 respiré, cuando me enteré de que los opositores habían retrocedido; creía que mi martirio había terminado. La jornada del 23 volvió a disipar mis ilusiones. Pero, esta vez, la suerte estaba echada, "jacta erat alea", como dice el señor de Lamartine. El tiroteo en los Capuchinos cambió en un instante mis disposiciones (7)..."

La bilis y la sangre lo empujaron; pero, se ve, el juicio elevado y sensato no había faltado, y Proudhon encontró en esas páginas su más viva expresión, la más elocuente, que ningún escritor superior puede negar. Hay allí todo un orden y un encadenamiento de consideraciones que superan el panfleto revolucionario y que podrían calificarse de Montesquieu en plena efervescencia.

Pero prefiero mucho más, a páginas como éstas, en las que el talento imprimió toda su fuerza y todo su relieve, las palabras sobrias y sencillas que se van a leer, confiadas y vertidas en el seno de la intimidad. La correspondencia que Proudhon no había cesado de mantener, hasta el fin de 1847, con el prudente y sabio Bergmann se había interrumpido de golpe; ya no tenía, en cierto modo, razón de ser; no había lugar a consejos: toda filosofía era aplazada en la refriega, y Proudhon no había tenido, en 1848-49, hasta la época de su prisión, un solo minuto de descanso. Pero, aun

(7) En el diario *Le Peuple* del 19 de febrero de 1849.

después, tanto durante sus tres años de presidio, como después de su salida, no había reanudado el viejo lazo, aunque hubiera pensado hacerlo más de una vez. Había que romper el primer hielo, y no sé qué pereza siempre lo había retenido. Así, después de 6 años y 4 meses de silencio, a propósito del envío mudo que le fué hecho un día por su amigo, de algunos sabios escritos compuestos en el intervalo, tuvo un remordimiento, y lo desahogó en seguida en la carta siguiente, que explica todo y que reanudaba la cadena. No podría cerrar mejor la primera parte de mi estudio, que con esta pieza, a la cual me atrevo a calificar de pieza de moralidad y de honor. Esta carta debe ser mostrada a los amigos y a los enemigos de Proudhon, a los que lo admiran y lo estiman, a los que lo odian, a los que lo temen, aun a aquéllos que lo condenaron; no habrá nadie, estoy seguro, que no experimente, al leerla, esa clase de emoción que produce toda belleza moral:

"París, 5 de marzo de 1854.

"Querido Bergmann:

"Recibí anteayer, seguramente de tu parte, aunque ninguna suscripción me lo indicara, tres opúsculos: *Las aventuras de Thor, Las amazonas* y *Los pueblos primitivos*, que me puse a devorar antes de agradecértelos. Vales más que yo, querido Bergmann; le llevas ventaja a tu viejo amigo, tanto por el corazón como por la misma inteligencia de tu amistad. Comprendiste que yo era un pobre vergonzoso, que después de un largo silencio, terminó, dándose cuenta demasiado bien de sus errores, por no atreverse a volver a aparecer; y tú mismo eres el primero que volvió. Todavía una vez, vales más que yo Bergmann, no te digo más que eso; pues, si me inclino ante tí, créeme que no es por menosprecio de mí mismo: cuando me comparo con los otros, me otorgo en mi conciencia, te lo juro, aun un lugar bastante bueno.

"Probablemente no sabes nada de mí desde hace 6 ó 7 años; pues no cuento como algo lo que el ruido de los diarios pudo decirte. Déjame entonces contarte en 10 líneas mi historia: esto servirá de excusa a lo que tomaste por un largo olvido de mi parte, y que, después de no haber sido más que el efecto de un aturdimiento sin ejemplo, terminó por ser la vergüenza mal entendida de mi negligencia.

"Había vuelto a París, hacia fines del 47, y me ocupaba allí en mis estudios favoritos, cuando estalló la Revolución de Febrero. Permanecí en el retiro los dos primeros meses, marzo y abril, siguiendo el curso de los acontecimientos y sintiendo en el alma la espantosa situación en que veía a nuestro país. El favor, que no busqué, de algunos demócratas, luego los ataques no provocados por mi parte de los diarios, me lanzaron a la política activa; el periodismo me hizo representante; cuando estuve en la Asamblea, los odios inconsiderados del partido conservador me obligaron a romper el silencio; y finalmente, el encarnizamiento desplegado contra mi persona, al exaltarme hasta el frenesí, me convirtió en lo que se vió después... Esa vida no podía durar: el tribunal me envió, con la autorización de la asamblea, a presidio por tres años. Los jueces, al tratarme con ese rigor, me salvaron la vida. Después de casi cinco años que fué pronunciada mi condena, trabajé mucho, vi mucho, aprendí mucho; no cambié, sin duda, pero llegué a ser todo lo que puedo ser; aun espero que el futuro probará a mis amigos y a mis enemigos que valgo más que mi reputación, y que verdaderamente hay algo en mí.

"¿Por qué, vas a decirme ahora, no me escribiste durante esos 3 años de presidio?

"¿Por qué? ¡Querido amigo! No tengo una buena razón para darte, fuí injusto, lo confieso; pero no merecería el

perdón si no te digo cuáles fueron los miserables pretextos que siempre me retuvieron.

"Primero, soy tu deudor, permíteme recordártelo, y siempre me había jactado de enviarte, cuando te escribía, una libranza en calidad de reembolso. Quería pagar una deuda, más que de honor, de gratitud; era representante del pueblo a 25 francos por día, redactor en jefe de un diario de ochenta mil ejemplares.

"«Lo que viene de la flauta se va al tambor» dice un proverbio. Las necesidades de la posición, los socorros a los ciudadanos pobres, las suscripciones, etc., se llevaban los 25 francos de indemnización; y puedo decirte aquí que, salvo algunos cobardes que no encontraron en el mandamiento de representantes más que algunos goces materiales, toda la izquierda republicana se comportó dignamente, e hizo un uso noble de recursos tan módicos. ¡Los que llegaron pobres se fueron más pobres que antes, después de haber llevado una vida infernal! . . .

"En cuanto al periodismo, adivinas sin dificultades que me dió menos aun que el mandamiento popular. Maté 4 diarios; me arruiné cuatro veces después de febrero; perdí una suma de 3.000 francos, producto de la publicación de mis diversas obras, que había colocado en esa empresa periodística para completar la caución; no había aún transcurrido el año de 1850 cuando me encontraba, como en la víspera de febrero, "sin nada" . . . ¿Cómo te casaste, preguntarás?...

"Tal vez aquí te sorprendas y tal vez me condenes sin piedad. Desposé, a los 40 años, a una joven y pobre obrera, no por pasión, te das cuenta sin dificultad de qué naturaleza son mis pasiones; sino por simpatía por su posición, por estima de su persona, porque, después de la muerte de mi madre, me encontraba sin familia; porque, ¡lo creerás! a falta de amor, tenía la fantasía del "hogar" y de la PATER-

NIDAD. No hice otras reflexiones. Después de 4 años, la gratitud de mi mujer me valió 3 niñas, rubias y bermejas, que su misma madre nutrió y educó, y cuya existencia llena hoy casi toda mi alma. Que me digan cuantas veces quieran que me conduje con imprudencia; que no basta echar niños al mundo, que hay que educarlos, dotarlos; lo cierto es que la paternidad llenó en mí un vacío inmenso; me dió un lastre que me faltaba y una fuerza que nunca me reconocí. Lamento no haber sido, en el 48, padre de familia desde por lo menos cinco o seis años!...

"Ahora, la carrera literaria me está casi enteramente vedada. En París, ningún impresor, ningún librero se encargaría de editar o de vender nada mío. Todos los escritos firmados con mi nombre debieron desaparecer de las exposiciones y de los catálogos . . . En último lugar, me quedaba un librero con quien había tratado para una obra histórica de alta importancia: este librero se arruinó . . . y acaba de liquidar. Por el momento me ocupo, sin descuidar mis estudios, en algunos trabajos de redacción para intereses privados que tienen la bondad de utilizar mis servicios, y que aun tienen gran cuidado de disimular el ministerio sospechoso que tienen el valor de emplear. Traté de solicitar un empleo en cualquier parte, en el comercio: me vi apartado con horror; parece que la sociedad, convencida seriamente de que soy su más grande enemigo, me excomulga. "Terra et aqua interdictus sum!"

"Por lo demás, mi vida es tranquila, no tengo ningún incidente desagradable. La policía sabe qué clase de hombre soy: tan desdeñoso en el fondo por el partido jacobino como por el partido legitimista, indiferente sobre la forma de política, escéptico con respecto a toda autoridad, y mucho más preocupado por el trabajo de los depositarios del poder que por su título. Además este escepticismo, del cual dí muchas

pruebas, mortal a los partidos y a las sectas, constituye a la vez mi seguridad frente al Gobierno en este momento, y me vale el odio irreconciliable de sus competidores.

"Habrás sin duda oído decir que me había casado por conveniencia; creo que tuviste bastante sentido común para comprender que no tenía fuerza para eso.

"Quizá te hayan dicho también que había obtenido una concesión de ferrocarril. El hecho es que me mezclé, como cualquier ciudadano tiene el derecho, en un negocio de ese género... la concesión fué otorgada a otra compañía...

"Tal es, en resumen, querido Bergmann, la historia de mi vida íntima desde hace seis años. Soy, en espíritu, en corazón y en fortuna, exactamente el mismo que tú conociste. La pobreza no me resulta demasiado onerosa; si experimento algún pesar a este respecto, es por no haber podido liquidar mis obligaciones. En el 48 y el 49 creí por un momento que el trabajo literario me permitiría liberarme de ellas; la oportunidad pasó sin que pudiera cogerla. El tiempo transcurrió tan rápidamente, por otra parte, que ni siquiera sé si puedo decir que tuve, durante un solo instante, esa oportunidad.

"Vivo en la rue d' Enfer, 83, no lejos del Observatorio. Ocupo con mi juvenil familia una planta baja que mira hacia el mediodía, con un lindo jardín delante de la puerta, Salgo poco y no veo a nadie.

"Ahora, querido Bergmann, caridad obliga. Me enviaste tus opúsculos, me escribirás. Ese envío silencioso de tu parte, esos folletos sin dirección, sin firma, me dieron un golpe; me castigaste: olvidemos todo. Dame la mano,y ya que, como el filósofo antiguo que decía: "Mi amigo duerme, me voy a despertarlo", ya que, digo, vinistes a despertar nuestra amistad, no hagas como la Galatea de Virgilio, "quæ fugit ad salices et se cupit ante videri".

"Presenta mis respetos a tu digna mujer, y créeme, para toda la vida, tu amigo."

P. J. PROUDHON

En esta carta hay todo, aun gracia y delicadeza, de esa que está unida a la pureza de las costumbres y al pudor doméstico. El pasaje sobre la paternidad y el matrimonio podría ser citado como ejemplo en un "Tratado de los Deberes". No calificaré, por otra parte, esta carta, de una confesión ni de una declaración; es más noble que eso, es sencilla y digna; tiene un no sé qué de antiguo.

El hombre, el alma, la inteligencia, la personalidad moral, la individualidad original y dada por la naturaleza, por la raza y el terruño, determinada por la educación y el sufrimiento, enteramente compuesta de lógica, de dialéctica y de pasión, mezclada de bonhomía y de violencia, tan natural como paradójica, nutrida de hechos positivos y de ideas, pero ambiciosa de remontar en todo a la raíz y al principio de las cosas, al mismo tiempo que apresurada e impaciente por extraer hasta las últimas consecuencias y por anticipar la forma y el molde del futuro, el Proudhon, en fin, a quien hemos seguido sin discontinuidad de un solo día hasta la edad de cerca de 40 años, merecía seguramente un Estudio. No tuvimos otra pretensión que la de exponer bien los preliminares y la de abrir la vía. La parte menos conocida de su vida, está en adelante iluminada.

Octubre-noviembre-diciembre de 1865.

APENDICE

"Oeste, 25 de diciembre de 1865.

"Monseñor [1]:

"No olvidé una palabra que Su Alteza Imperial me dijo, y que me autoriza a la solicitación que tengo el honor de haceros hoy.

"Estudio a fondo "Proudhon", al menos como carácter y como hombre. Sé que en una oportunidad tuvo que dirigirse a Vuestra Alteza y que este acercamiento es una de las circunstancias singulares de su vida. Habéis tenido la bondad de decirme, monseñor, que me dejaríais leer las cartas que os escribió en esa ocasión. Si quisiérais hacerlo en este momento, mi trabajo aprovecharía, y no usaré de ellas, desde luego, más que en la medida en que convenga a Vuestra Alteza.

"Dignáos aceptar, monseñor, la seguridad de mis sentimientos respetuosos y reconocidos."

SAINTE-BEUVE

---

(1) Carta al príncipe Napoleón. Todo lo que sigue, hasta el final del volumen, estaba preparado y redactado por la propia mano del señor Sainte-Beuve (salvo, desde luego, las Cartas de Proudhon, que había hecho copiar bajo su vista) con miras a la segunda parte de su obra que no tuvo tiempo de terminar.

Las relaciones del príncipe Napoleón y de Proudhon comenzaron en la Asamblea constituyente. El príncipe había sido un colega benévolo. La primera carta de Proudhon al príncipe, que tengo ante mi vista, está datada en París, el 27 de junio de 1852; está firmada P. J. Proudhon, Alfredo Darimon y Carlos Edmond: tiene por objeto solicitar la recomendación del príncipe en favor del señor Tessié du Motay, de treinta y dos años, químico, condenado por rebeldía por la alta corte de Versalles a la pena de deportación por el asunto del 13 de junio de 1849.

La carta de Proudhon que sigue, del 7 de enero de 1853, es de mucha importancia y contiene todo un programa. Prueba, una vez más, hasta qué punto la forma política, sin ser indiferente a Proudhon, era para él sólo secundaria: con tal que la Revolución estuviese garantizada y que el progreso continuara, el resto le importaba bastante poco. Se puede juzgar, por otra parte. He aquí la carta "in extenso" (2):

"París, 7 de enero de 1853.

"Príncipe:

"Gracias a vos, uno de nuestros mejores amigos, el ciudadano Tessié du Motay, pudo, a pesar de su rebeldía, volver a ver su país, salvar los restos de su fortuna y proseguir en París, al amparo de la policía, sus elevados y valientes estudios. A vos debemos este servicio y os agradezco desde el fondo de mi corazón.

"En lo que me concierne, pude ver en una carta, escrita enteramente por vuestra mano, con qué graciosa fineza habéis querido que yo fuese informado del éxito de vuestra

(2) En la conclusión y en el razonamiento ultralógico de esta carta, no advierte que fuerza las consecuencias: las naciones no son tan lógicas como eso; saben permanecer en la mitad del camino, y hacer "altos" en la inconsecuencia.

intervención. Creí, príncipe, que esa carta era de mi propiedad, y la conservo con orgullo.

"Supe, en fin, que, recientemente, os habéis dignado tomaros algún interés por una Revista que debía aparecer bajo mi dirección, pero que el ministro de policía se niega a autorizar. ¡Cuántas razones tengo, príncipe, para pagaros el tributo de mi gratitud y cuánto debe sorprenderos una demora que ya raya en la descortesía! Pero, hace mucho tiempo que hubiera cumplido con mi deber, si no hubiera resuelto, príncipe, antes de presentarme a vos, tentar por última vez vuestro excelente espíritu; juzgaréis en seguida si el sentimiento que me anima es indiscreción o celo.

"Pensaréis, sin duda, ¡que se trata de hacer mudar de su decisión al señor de Maupas con respecto a la Revista!... No, príncipe. Actualmente, no quiero emprender nada contra el consentimiento del señor de Maupas.

"Mientras él sea ministro, no sacaré la Revista; no comprometeré vuestra dignidad en esta querella de jesuítas; ni siquiera deseo que la palabra todopoderosa del emperador sirva de pasaporte a mis ideas. ¿Por qué? Esto es precisamente lo que os conjuro en este momento, príncipe, y por encima de todo, que queráis comprender.

"Mi conducta es conocida, por lo menos tanto como mis principios. Se sabe que, al colocar siempre las instituciones sociales antes que las formas políticas, al poner la razón revolucionaria muy por encima de la razón de Estado, soy adversario declarado de toda abstención y de toda desesperanza. Se sabe que, después de haber combatido con todas mis fuerzas las innovaciones que juzgo hostiles a la libertad, no tengo otra preocupación, una vez que el acontecimiento se produjo, que la de sacar el mejor partido de las situaciones nuevas, para la gloria del país, el bienestar de las masas

y el progreso de la humanidad. Este pensamiento presidió mi conducta después de la elección del 10 de diciembre, y más tarde bajo el régimen de la ley del 31 de mayo. Y hubiera también continuado con esta táctica bajo el imperio: pero la oposición encarnizada del señor de Maupas, las contrariedades que me crea, el odio del clero, el grito universal de las calumnias burguesas, dinásticas, republicanas; en fin, una multitud de síntomas alarmantes, que sería muy largo referir, me advierten que guarde silencio.

"Sí, príncipe, por la primera vez después de cinco años, el miedo me gana. Sufrí, tribuno novicio, la anatema de una asamblea, afronté, defendiendo lo que creía verdadero, la reprobación de mi país; hasta detrás de las rejas provoqué la cólera del gobierno y del tribunal. Pero entonces había lucha; los radicales teníamos ya un pie en la constitución; nada se había decidido contra la República, contra la Revolución. Actualmente, aun con la tolerancia del jefe del Estado, con la garantía de su palabra, no me creería más seguro. Preveo, ante el movimiento de contrarrevolución burguesa, monárquica y sacerdotal organizado desde hace alrededor de 13 meses y con la protección del presidente y del emperador, ante ese círculo de traiciones que lo envuelve como una fortaleza, preveo muy bien a qué iras me expondría una protesta solitaria, inoportuna; y después de haber huído de la batalla de las ideas, no me siento con fuerzas para ser víctima de un anacronismo. La bestia feroz nunca es má terrible que cuando defiende su presa. ¡Bien! república, revolución, progreso, libertad, y para decirlo todo, imperio y emperador, todo se convirtió en la presa de nuestros eternos enemigos. Comprendían que nos opusiésemos en el campo de batalla, pero no toleran que queramos arrebatárselo después de la victoria: el despojo les pertenece; ¡desgraciado quien se atreva a tocarlo! El movimiento que

nos hizo pasar de la República al Imperio, a los ojos de todos los partidos republicanos y dinásticos, radicales y burgueses, laicos y clericales, nos lleva a la Restauración: combatir este movimiento, como ya traté de hacerlo, es apoyar indirectamente a Luis Napoleón, es afirmar al emperador; es sacrificarse al odio universal y a la reprobación de la posteridad. Pues entonces, ¡que la policía del señor de Maupas ahogue las contradicciones, que los acontecimientos se produzcan! Aguardo a Enrique V.

"Perdón, príncipe, por haber osado hablaros de un tema tan atroz. Pero puesto que hoy la fortuna imperial llegó a solidarizarse con la Revolución; puesto que se trata tanto de la gloria de vuestro nombre como del interés democrático y social, sonó, pues, la hora de pisotear el puritanismo y de sacar las reservas de amor propio. Cuando los extranjeros invaden Francia, un republicano austero, Carnot, se ofrece al emperador para la defensa de sus plazas. Ahora que la contrarrevolución interior y exterior nos aplasta, es el momento en que los republicanos y los imperiales deben entrar en una explicación.

"Estamos horrorizados, y con justicia. Los acontecimientos interiores y exteriores traicionan un sistema cuya intención es demasiado clara y cuyo objeto está demasiado cerca.

"¿No es verdad, por ejemplo, que esa frase famosa, "el Imperio es la paz", tan extrañamente explotada después del último viaje del presidente de la República, se convirtió en la contraseña de los enemigos de la Revolución y del Imperio, del mismo modo que en 1851 la constitución se había convertido en la contraseña de todos los partidos? ¿No es cierto acaso que a favor de esa frase, pronunciada con buena intención, se ejerció una presión pérfida sobre los designios del jefe del Estado?; ¿que hoy "el Imperio es

la paz" es un sinónimo de la frase de Luis Felipe "¡paz por todas partes, siempre paz!"... y que después de trece meses de tiempo perdido, cuando tal vez hubiera bastado un sencillo retiro de las fuerzas francesas de Italia para que la Santa Alianza cayese de rodillas ante el emperador, estamos de nuevo aplastados por las concesiones y las vergüenzas del reinado de los 18 años?

"El emperador, por el lado del Rhin, está acorralado por las 3 potencias de los tratados de 1815, es decir que participa de los despojos de Waterloo y que es cómplice del asesinato de Santa Elena; por el norte, por el sud, por el oeste, está cercado por una línea de Estados constitucionales, Bélgica, Suiza, Piamonte, España, América, Inglaterra; el ministerio Aberdeen, constituído por odio al poder imperial, se apodera de la iniciativa francesa, hace caer al ministerio Murillo, apoya al Piamonte reformista; aniquila, de acuerdo con los autócratas, nuestra influencia en Turquía; en el interior, todos los órganos de las dinastías caídas aplauden esta coalición inmensa, formada en nombre de los principios liberales: ¿es preciso más para demostrar a todos los franceses la ruina de nuestra patria? ¡Y que debamos esta ruina, después de Luis Felipe, después de Lamartine, después de Cavaignac, después de la Legislativa, ¡Dios! en nombre del emperador, a un Napoleón!... ¡Ah! la Restauración está ahora justificada. Los borbones "padecieron" los tratados de 1815, es verdad; pero la dinastía de Julio, pero la República de Febrero, pero el nuevo Imperio los ACEPTARON; inclinémonos ante el patriotismo de Enrique V. Si se presentara ahora, con una constitución en la mano, sería recibido como un libertador; —que un escritor se proponga combatirlo, como quise hacerlo, y este escritor, cualesquiera que sean sus antecedentes, será un "vendido", un "traidor", un enemigo de la libertad y de la patria.

"Tened en cuenta, príncipe, que al señalaros este sistema detestable, en el que van a hundirse el honor de vuestra casa y las esperanzas de la democracia, no acuso directamente la intención de los consejeros de Su Majestad, pues no poseo ninguna información a este respecto, y razono siempre en la hipótesis de su adhesión al emperador y de su completa sinceridad. Pero no podéis ignorar que si, en derecho, "la intención se reputa según el hecho", en política, el "hecho se reputa según la intención"; y desde el punto de vista de los hechos, digo: esos hombres, después de haber traicionado a la República, traicionan al emperador.

"Hemos visto el exterior; echemos ahora una ojeada sobre el interior; aquí, ya veremos la conspiración en marcha, la cogeremos "flagrante delito".

"Se ha repetido hasta la saciedad que Napoleón III debía su elevada fortuna al recuerdo de su tío; pero se advierte menos que su desgracia procede precisamente de su respeto por esta tradición. Seguramente no cometeré la inconveniencia de criticar, ante un Bonaparte, la resurrección de una multitud de leyes y de decretos rendida como un homenaje a esa grande memoria; pero existía una manera de seguir gloriosos vestigios, y sólo se ha aprovechado de ella como de un camino real, que debía conducirnos más seguramente a la Restauración. Toda la analogía entre los dos emperadores consistía en que el primero había tenido que terminar y proteger una Revolución, mientras que el otro había iniciado y propagado una Revolución. La única idea de la contrarevolución —y su tarea fué fácil— ha sido pues, la de distraernos de ese punto esencial; gritar, después del 2 de diciembre, ¡alto! al partido republicano, proclamar a Luis Napoleón salvador de la sociedad, porque, gracias a la pronta convivencia de la burguesía, de la nobleza, del

clero, etc., etc., había aplastado y dispersado el socialismo; y después de haberse consumado esta gran felonía, se habló de Monk, Monk, se negó, y en seguida, tenemos un rey legítimo.

"Este fué el plan, muy sencillo, de la contrarrevolución: se puede ver con qué éxito fué seguido. Sólo tengo la molestia de citar.

"El primer Cónsul había reabierto las iglesias y restablecido el culto. Hasta cierto punto, esto entraba en las disposiciones de la época. Después de Voltaire, Rousseau, Dupuis, Volney, la crítica se había apaciguado; las masas no habían sido alcanzadas; la idea subsecuente no había surgido; la nación no estaba madura. El emperador suplió la falta religiosa, —el sentimiento religioso es indestructible en la humanidad— con una restauración provisoria, ya que no podía recibir entre nosotros otra expresión.

"Pero, después de 50 años de progreso filosófico y de propaganda racionalista, me atrevo a decir que la exaltación de la Iglesia es un anacronismo, algo violento e inmoral, como la empresa de Julián el Apóstota. Sin contar que los efectos de esta potencia dada al clero son desastrosos, sin ningún provecho para la popularidad del emperador, sin que siquiera haya podido éste obtener la adhesión de ese clero.

"¿Se sabe, en efecto, en las Tullerías, qué oposición, qué odio estalla entre los sacerdotes por Napoleón III? ¿Se conoce la correspondencia del señor de Luçon, más torpe que sus cofrades, con Enrique V?; ¿la frase del señor Dupanloup, "que la Iglesia recibe con las manos abiertas, pero no se entrega"?; ¿el programa reciente del señor de Montalambert, en el que invita a la Iglesia, relevada por Napoleón, a rechazar cualquier solidaridad con su gobierno, declarando su no confianza en la estabilidad del nuevo po-

der, y, en el que se alía con las teorías constitucionales, previendo un retorno para el que conspiran tantos intereses? ¿Se sabe que los curas, en el Jura, se mostraron muy desdeñosos en la última elección, y que si hubiera dependido de ellos, ni un solo paisano hubiera estado presente en el escrutinio?

"¿Se sabe acaso que en Lyon, cuando se proclamó el Imperio, el 5 de diciembre, hubo abstención casi general, y, como por un acuerdo secreto, que no hubo iluminación?; ¿y que, tres o cuatro días después, con motivo de la inauguración de la Virgen de Fourvières, en toda la ciudad resplandecieron fuegos artificiales? ¿Se sabe que en Lyon dicen que ese contraste fué una protesta contra el Imperio?

"¿Se sabe acaso que la intolerancia del clero llegó a tal punto que por todas partes se habla de una segunda revocación de Edicto de Nantes, y que en tres meses toda la población protestante, que favorecía al emperador, le fué enajenada?

"¿Se sabe acaso que, gracias a la comisión jesuítica formada por el señor de Maupas para la vigilancia de la librería, la circulación de los libros de historia, de literatura y de ciencia está poco menos que prohibida en la campaña? ¿que allí declaran desvergonzadamente a los libreros que el objeto que persigue el gobierno es restringir el progreso de los estudios que ya hay demasiados sabios, que el paisano no necesita saber más que su catecismo, etc., etc.?

"¿Se sabe acaso...? pero ¡qué digo! ¿quién se atrevería a decir al emperador que sus diarios, al relatar su asistencia a misa; que sus cortesanos, al solicitar al arzobispo permiso para comer carne el viernes, cubren al Imperio de un imborrable ridículo?; ¿que en esta devoción afectada sólo se ve hipocresía o debilidad de espíritu; y que el clero, que sabe

a qué atenerse sobre el mérito de las prácticas religiosas, es el primero en burlarse? . . .

"De la religión pasemos a los negocios.

"El primer Cónsul había restablecido las finanzas del Estado, reanimado el comercio y la industria, vuelto a traer la prosperidad al país. El presidente quiso, con razón, gozar de la misma gloria. Durante algún tiempo, por una parte su popularidad, aumentada por el giro reformador de algunos decretos, y por otra los negocios, estimulados por el vigoroso impulso que dió a las obras públicas, hicieron creer que Francia entraba realmente en una nueva era: los republicanos estaban contentos.

"Pero pronto llegó la desilusión; y se puede decir que en adelante la desconfianza, el descrédito, el estancamiento, el malestar, son irremediables.

"Napoleón III necesitaba, como Luis XIV, un Colbert que recreara con todas las piezas la Francia nueva y que proveyera al emperador los medios para sostener en el extranjero una política altiva. No bastaba, como en tiempos del primer Cónsul, la asistencia de algunos banqueros, que siempre se encontrarán, que aplican la rutina de sus oficinas a las finanzas del Estado y que se imaginan que enriquecen al príncipe cuando hacen, mediante juegos de Bolsa, la fortuna de sus favoritos.

"Esta diferencia de las épocas no fué comprendida: de modo que la fortuna nacional cayó entre las manos de los linces; todos los buenos pensamientos de Luis Napoleón fueron desnaturalizados. El "Crédito Inmobiliario" no es otra cosa que una institución de privilegio, inaccesible a la mayor parte de los pequeños propietarios y no tiene ninguna acción sobre la economía nacional; el "Crédito mobiliario" es considerado una vasta centralización de agiotaje. Brevemente, en lugar de una renovación económica, como la que

siguió al 18 brumario, hemos vuelto a las orgías de 1722 y todo el mundo prevé para las instituciones del presidente la suerte del banco de Law...

"El primer Napoleón, durante su consulado y bajo el Imperio, había hecho una obra conciliatoria y de concordia. En sus consejos, entre los más altos dignatarios, se veía a los antiguos servidores de los reyes al lado de los convencionales y de los regicidas. Las circunstancias se prestaban a esta política, y aunque el Emperador, en sus últimos momentos, haya tenido que quejarse de los nobles; aunque haya dicho: "los blancos son blancos, y los azules son azules", se puede afirmar que, en último análisis, sus reveses no procedieron de esto.

"¿Ocurre lo mismo actualmente?

"Primero, no hay unión en torno del emperador. Los burócratas se abstienen, se enfadan, o más bien se apoderan, gracias a ese deseo vivamente expresado de unión, de todas las posiciones; se hacen adjudicar ferrocarriles, canales y minas, bancos y privilegios; llenan la administración, los tribunales, los estados mayores; se hacen dueños de todo; sólo dejan al emperador su librea, siempre que esa librea no esté asimismo llena de espías y de asesinos. Estamos en plena monarquía filipista, tenemos un verdadero gobierno burgués. Y hoy se puede decir de Luis Felipe, lo mismo que se dijo de Voltaire, que "si no vió todo lo que hizo, hizo todo lo que vemos".

"Esto se manifiesta sobre todo en la polémica de los llamados diarios adictos al emperador. ¿No es deplorable, en efecto, ver en "el Constitucional", en "la Patria", en "el País" que Napoleón III aspira al título de soberano legítimo, con exclusión de Enrique V y de los Orléans, apoyándose en el principio de que habiendo salvado a la sociedad, es el único que tiene derecho a gobernarla? ¡Como

si la sociedad que salvó el 2 de diciembre no fuera, de hecho y por las explicaciones que dan todos los días los periódicos imperialistas, la vieja sociedad monárquica, como si la realeza no fuera la pieza más preciosa de ese salvamento; como si, por consiguiente, no hubiera para Luis Napoleón contradicción en querer ser a la vez "salvador" y "emperador", es decir USURPADOR...

"Lo repito, hoy, Enrique V es el único candidato lógico, y como lo que es lógico tarde o temprano se realiza, Enrique V volverá. Esta opinión corre por las calles ahora, y dentro de poco correrá por la campaña; y si el emperador oyera, desde su gabinete, lo que se dice en las oficinas y en todas partes, sabría que, sobre cien funcionarios públicos asalariados por el Estado, noventa y cinco se burlan de él e invocan a Enrique V. Me hizo esta confidencia uno de los servidores más adictos a Su Majestad (3): estaba horrorizado al hablarme de esto, y yo mismo me estremezco.

"No llevaré más lejos mi crítica. No diré nada sobre todo de lo que se llama "la camarilla": temo herir los afectos del emperador y quiero evitar todo lo que parezca alusión personal. Pero no puedo ocultar algo que sorprendió a la opinión pública y que choca al sentimiento tan delicado de las conveniencias que tienen los franceses: y es que los señores de Saint-Arnalud y de Maupas no hayan seguido en el retiro al señor de Mornoy, y que los hombres que han sido los instrumentos del 2 de diciembre hayan creído poder permanecer como ministros del emperador. Se trataba de un pudor que el señor de Mornoy comprendió, una ley de orden público, de decoro gubernamental, que no había que violar. ¿Será pues verdadero que el emperador tiene las manos atadas frente a esos señores, y que no se atreverá a exigirles una

(3) Aquí el señor Sainte-Beuve escribió entre paréntesis, con lápiz y con un signo de interrogación al lado, el nombre de Persigny.

dimisión necesaria?... Me detengo, pues no puedo decirlo todo: un volumen no me alcanzaría. Quizás me equivoque; quizás el emperador vea las cosas en forma distinta a la mía: después de todo, está mejor colocado para discernir lo que conviene a su fama y a sus intereses. Pero declaro que estoy resuelto, hasta que se produzca un nuevo cambio político, a abstenerme voluntariamente. No quiero exponerme al puñal de los rojos ni al de los blancos, haciendo decir que soy el espantajo, el compadre del emperador, que detiene sólo la contrarrevolución. Para que vuelva a tomar la palabra, necesito, por lo menos, un golpe de Estado que cambie o el ministerio o la dinastía.

"Continúa la proscripción de mis correligionarios: los efectos de la amnistía fueron suspendidos, restringidos por la voluntad de funcionarios subalternos; la omnipotencia de los jesuítas hace estragos en la policía, en la administración, en la Universidad y su látigo alcanza hasta las familias; la clase media está encolerizada, tiene aprehensiones, temores, dirigidos hábilmente contra el régimen imperial, acusado, ya de socialismo, ya de absolutismo; todo esto me dice bastante claramente que me llegó la hora de una reserva severa.

"¡Tal vez el emperador confíe en la fuerza inmensa que saca de ocho millones de sufragios!... Ignora que, desde el 10 de diciembre, el principio de la soberanía efectiva del pueblo, manifestada por vía de escrutinio, fué incesantemente demolido por la propaganda contrarrevolucionaria; que el argumento más fuerte contra el sufragio universal y directo, y por tanto contra el título de Napoleón III, está sacado precisamente de los votos del 10 de diciembre del 48, del 21 de diciembre del 51 y del 20 de noviembre del 52. Cuantos más votos le dió el pueblo, tanto más, hasta en la

misma opinión de los republicanos, ese pueblo es incapaz, tanto más manifestó su incompetencia.

"Por otra parte, el sufragio universal está ahora mudo, y por mucho tiempo. La fuerza, ahora que la multitud volvió a la inercia, queda en las manos de la aristocracia burguesa, que sólo perdonará al emperador el día que abdique.

"He aquí, príncipe, las cosas que debía deciros antes de la visita de gratitud que os debo. Siempre habéis pasado por ser un espíritu liberal: a este título merecéis el odio no solamente de toda la aristocracia desunida, sino también de la que finge serlo, y que rechaza en vos, con la tendencia revolucionaria, la perpetuidad de la familia Bonaparte... Esta comunidad de interés que une en este momento vuestro destino con el de la Revolución es mi excusa: que sirva de pasaporte a la presente. Aguardo de vos, príncipe, una palabra que me indique la hora y el día en que podréis concederme audiencia: ¡Ojalá me déis tanta seguridad como alarma os expresé!

"Soy, príncipe, con el más profundo respeto, vuestro muy humilde y muy obediente servidor."

P. J. PROUDHON.

La segunda carta, que tengo ante mi vista, se relaciona con el asunto del ferrocarril; está fechada en París, el 12 de enero de 1853:

"Se trata de la concesión del ferrocarril de Besançon a Mulhouse, en la cual me intereso, dice Proudhon, como hijo de Franco-Condado primero, y luego como economista.

"Esta concesión es solicitada, entre otras, por una compañía poderosa cuya formación se debió enteramente a la iniciativa de Huber, el ex-detenido de Belle-Isle, indultado por el presidente después del 2 de diciembre, el hombre en

fin a quien vos mismo habéis visto, el 15 de mayo, disolver la Asamblea nacional.

"La compañía en cuyo nombre trabaja Huber es, como podréis verlo en la nota, con mucho la más sólida y la que ofrece al Estado las ventajas más considerables y las garantías más seguras. Con estos títulos se recomienda a sí misma y no tiene necesidad de solicitantes.

"Os expondré ahora, dejando de lado mi vieja amistad por Huber, el interés superior que me tomo por su éxito.

"Si la compañía de Huber, preferible por lo demás en todos los aspectos, mediante una recomendación especial del emperador obtuviera la concesión, yo encontraría en este hecho ocasión para un estudio en el que, después de haber pasado revista a las diversas concesiones que hace el Estado de minas, ferrocarriles, privilegios de finanzas, etc., y separado de cada hecho la idea que lo gobierna, tal vez llegara a una fórmula general que respondiera al anhelo del emperador, tal como me lo habéis expresado: "En las reformas económicas, encontrar el medio de satisfacer las justas exigencias del proletariado, sin herir los derechos adquiridos de la clase burguesa".

Véis, príncipe, que persigo obstinadamente mi idea fija de hacer servir el Imperio, lo mismo que la República, al progreso de la Revolución. La concesión de la línea de Besançon a Mulhouse, cuyo trazado ocupa en este momento los puentes y calzadas, va a ser ininterrumpidamente llevada al consejo de ministros. Quiero deciros, príncipe, que el asunto quema, que la solicitación apremia, en una palabra, hay urgencia. Manejad pues, si os es posible, fuera de la región ministerial, en la que se agitan tantas influencias, una ocasión tan bella para Su Majestad de hacer a la vez un acto de justicia, de buena administración y de política sana.

Soy con respeto, Príncipe, vuestro muy humilde y obediente servidor."

P. J. PROUDHON.
Rue de la Fontaine, 9.

Tres compañías se presentaban para la concesión de esta línea. La primera tenía por jefe al señor de Grimaldi. La segunda compañía era la misma que ya había obtenido la concesión de Dijón a Besançon: estaba patrocinada por el señor de Morny, quien protegía también, en caso de necesidad, a la compañía Grimaldi.

La tercera compañía, formada por la iniciativa y el trabajo de Huber, contaba con los nombres más honorables en el consejo de administración: el general Schram, el general Achard, el vizconde de l'Espine, propietario, el príncipe de Wagram, Julio Talabot, W. Hope, banquero, L. Murray, propietario en Irlanda, etc. El señor de Persigny fué el primero que alentó a Huber en esta empresa: el señor Magne, ministro de obras públicas, al principio había parecido acoger favorablemente la solicitud; después se enfrió. El nombre de Huber, que había tentado al principio, en seguida enfureció. En otra carta al príncipe, del 22 de enero de 1853, Proudhon decía:

"El nombre de Huber, después de haber sonreído por un instante al señor de Magne, como al señor de Persigny, cayó después en un cierto desfavor: el nombre de Huber, en la corriente de ideas que nos empuja, a pesar de la dimisión política de este ex prisionero de Estado, pareció demasiado democrático y revolucionario, y la necesidad de popularidad se hacía sentir también menos vivamente."

Una carta de Proudhon, del 7 de setiembre de 1853, concluye con todo lo relacionado con este asunto de concesión. Proudhon rehusa la indemnización ofrecida por el señor Péreire.

"París, 7 de setiembre de 1853.

"Príncipe:

"Mi amigo, el señor Carlos Edmond, acaba de informarme que vos habíais visto con disgusto que yo rechazara tomar mi parte de una suma de 40.000 francos, puesta a la disposición de Huber y mía por el señor Péreire, a título de indemnización.

El señor Carlos Edmond me hizo observar al mismo tiempo que, por una delicadeza digna de vuestro corazón, considerábais esta indemnización como una especie de satisfacción para con vos mismo, por el trabajo que os habéis tomado en este asunto que, en definitiva, se remató por lo menos desde el punto de vista financiero, de una manera ventajosa para el Gobierno.

Permitidme, príncipe, al someter a vuestra consideración mis motivos, persistir en mi resolución. No represento, creedlo, el papel de "hombre virtuoso e incorruptible": no me gustan las virtudes de teatro, y sólo estimo en las cosas lo natural y lo modesto. Había recomendado a Huber que trasmitiera pura y simplemente al señor Péreire mi abstención y que cubriera todo eso con el silencio; lamento que muchos lo hayan sabido.

Solicité, como "economista" y "demócrata", la concesión del ferrocarril de Besançon a Belfort, para la compañía Murray; mi objeto no era solamente procurar al Estado condiciones más ventajosas, sino también, y sobre todo, exponer mediante un hecho una idea, la idea de la no aglomeración de las compañías de ferrocarriles, de la independencia de las líneas y de su subordinación directa al Estado. Tal vez, si la compañía Murray hubiera obtenido la concesión, hubiese aceptado de ella una posición conveniente, que me hubiera permitido, en calidad de ex comisionista y de hombre del oficio, proseguir en la aplicación el pensamiento que había

hecho valer como solicitante: el Gobierno excluyó mi plan: no tengo por qué recibir indemnización por una idea.

Digamos toda la verdad: sé, príncipe, que la franqueza no os disgusta. El señor Péreire es el representante y el jefe del principio saint-simoniano de feudalismo industrial que rige en este momento nuestra economía nacional, principio que yo considero antidemocrático y antiliberal, y tan funesto para la emancipación popular como puede llegar a serlo hasta para el mismo poder del emperador.

Mi deber, mi destino, es combatir en todo y por todo ese sistema: sería extraño, digno de un caballero industrial, que recibiese una gratificación del enemigo. ¿Qué diríais vos de mí, si para compensar la negación en que se obstina el Gobierno de autorizar la "Revista del Pueblo", de la cual debo ser director, los jesuítas, por una solicitud del señor de Persigny, cuyas disposiciones no son desfavorables a esta "Revista", me ofrecieran una suma de 100.000 francos, y que la aceptase?

Mi posición es exactamente la misma frente al señor Péreire. El emperador, vuestro primo, después de haber entregado nuestras almas a los jesuístas, entrega el patrimonio del pueblo a los judíos: se imagina que, porque tiene conciencia de que no se entrega él mismo, sus favores no tendrán consecuencias para la nación. El emperador se equivoca, y el mal que nos hace es enorme . . .

He dicho bastante, príncipe, para explicar mi conducta y para que la comprendáis. Permitidme pues, una vez más, que conserve mi posición; es la única que conviene a aquél a quien os habéis dignado algunas veces honrar con vuestra benevolencia, y que, más que nunca, os ruega que aceptéis la expresión de su profunda gratitud.

De Vuestra Alteza Imperial, Príncipe.

Vuestro muy humilde servidor.

P. J. PROUDHON.

Una carta de Proudhon a Carlos Edmond, fechada el 9 de julio de 1854, y que encuentro en el expediente del príncipe, se intercala aquí:

"París, 9 de julio de 1854.

"Estimado Edmond:

Recibí su amable carta, fechada en Constantinopla el 15 de junio, y le confieso que la esperaba. Conozco sus tribulaciones, sé qué intereses sagrados lo preocupan y todo lo que le imponen el deber de la gratitud y de las altas conveniencias. Yo sería el primero en recordárselo, si usted pudiera olvidarlo. Pero, en fin, siempre debemos conservar en el fondo del corazón un rincón para la amistad, y le agradezco afectuosamente que me haya recordado.

Hablemos pues de los asuntos de Oriente, ya que usted me invita a ello, ya que su suerte actual está interesada allí, y ya que Europa, por el momento, no piensa en otra cosa. Pero, para darle un juicio motivado, tal como usted lo pide, me veré obligado a tomar las cosas desde el principio y seguirlas, como se dice aquí, del hilo hasta la aguja. Repartiré a cada uno lo que le corresponde, en justicia, de reprobación y de elogio.

Comencemos por Rusia.

Es evidente, según testimonian las noticias de Oriente, que cuando el zar decía confidencialmente a H. Seymur: "Turquía se muere, Turquía está muerta", el zar no se equivocaba y no comprendo cómo el señor de Nesselrode, tan hábil, no haya sacado un ventajoso partido de esta declaración "confidencial".

También es evidente que cuando Nicolás buscaba por todas partes concurso para regularizar esa triste sucesión, confesaba implícitamente que no se sentía con fuerzas para obrar solo; y tampoco comprendo por qué su diplomático no lo reconoció abiertamente. Pero las cosas, en este mundo, irían demasiado rápido y demasiado bien si se las ilumi-

nara de esta manera, y el diablo, que se mezcla en todo, no podía permitir que el zar, que había tenido razón dos veces, se condujera como un hombre hábil. El zar es la personificación de todos los intereses que suspiran después de la muerte de esa pobre Turquía, intereses que no están exentos de egoísmo y consecuentemente de iniquidad. El zar, en lugar de jugar un juego limpio, vende las noticias como un fullero, luego cae sobre el moribundo como un bandido: "inde irae". Puesto que su deseo, una vez descubierto el pastel, era terminar de una vez por todas, me parece que sólo tenía que hacer esto: decir a las potencias que exigía la "emancipación de los cristianos", lo cual era la partida de defunción del viejo; que si la Puerta se negaba a ello, la obligaría; pero, al mismo tiempo, que si las potencias deseaban ir a cumplir personalmente la tarea, las dejaría de buena gana, y se contentaría con esperar, sin intervenir. Esto es más o menos lo que hoy propone a Austria: ¿por qué no lo hizo antes? Cuando los anglo-franceses se instalaran en Constantinopla y estuvieran instruídos por la experiencia, ¿quién diablos hubiera pensado en disputar a Nicolás la Dobroudcha? En fin, ¡hubieran enterrado al muerto y se hubieran entendido! . . .

"Francia e Inglaterra". A mi juicio, si hay algo vergonzoso, no son precisamente las revelaciones de lord Seymour, sino el hipócrita escándalo que ellas provocaron. ¡Cómo! ¡Inglaterra, que intima al pobre Abdul-Medjid a que abjure de los "principios erróneos" del Koran, enrojeció de pudor ante las palabras de Nicolás! ¡Cómo! ¡cuando el zar sonríe a Napoleón, éste le cierra la puerta en las narices! ¡Nadie quiere oír hablar de la muerte de Turquía, todos quieren que viva! ¡Respeto a los débiles! ¡integridad de Turquía, necesaria al equilibrio europeo! . . . ¡He aquí la diplomacia del señor Drouyn de Lhuys, el hombre de la expedición romana! . . .

¿Quién pues obligaba a considerar aceptables las proposiciones del zar? El zar hace sus ofrecimientos, abre el debate, adelanta una idea: era preciso examinar, discutir, oponer, en fin, preparar las bases de un tratado. Pero no. Albion, como verdadera gazmoña, había bajado la vista; Francia, en virtud del intercambio comercial se puso a cantar denuestos al seductor:

Maldito cerdo, ¿me tomas por una urraca?
Si no fuera una mujer decente,
te daría un puñetazo en las fauces!...

Y henos ahí lanzados como paladines del Ariosto... ¿Pero quién les perturbó el cerebro?... Es muy útil verlo. Usted sabe, querido amigo, que la vieja sociedad europea está en el mismo estado que Turquía: está muy enferma, se va. Lo siente, lo sabe: se agarra a todas las madonas, llama a todos los empíricos, abreva en todos los electuarios. Por ejemplo, en Francia continúa la reacción de 1848, encarnizada, cada vez más furiosa, más despiadada que nunca. Estamos en una situación tal que si el imperio llegara a caer, mañana tendríamos por ministros a Guizot-Labourdonnaye, a Broglie-Polignac y a Cousin-Trestaillons. A falta de fusión, los neojacobinos se darían el placer de comenzar la guillotinada con Clootz, Hébert, Desmoulins, Chaumette, Santiago Roux, Varlet, Momoro y otros anarquistas y ateos. ¡Y esto duraría hasta que el neocristiano Buchez, sacando un sable del cuarto trasero se encargara de restablecer el orden y los buenos principios en la sociedad moribunda!

Con esto quiero decir que el viejo mundo, bajo fórmulas aparentemente contradictorias, está de acuerdo en el fondo, y que se obstina, con las mismas rutinas, en los mismos prejuicios. Por ejemplo, ¿puede ese ex premio de honor

que responde al nombre de Drouyn de Lhuys imaginar algo mejor que afirmar el "equilibrio europeo" y las tradiciones de la Santa Alianza,, de Richelieu y del tratado de Westfalia? —Y en cuanto a los turcos, ¿no tenemos acaso otra tradición, la de Francisco I?—. Usted dirá: pero, ¿y las nacionalidades? ¡Las nacionalidades! . . . corresponden a la tradición, es decir al macaneo revolucionario. Bastó que la Revolución asomara la punta de la nariz para que las nacionalidades fuesen en seguida descartadas. ¿Quién lo quiso? Drouyn de Lhuys, es decir, siempre esa vieja sociedad de la que él y sus colegas son los silbatos. Seguramente, ni el orleanismo, ni el legitimismo, ni la fusión apoyaron la guerra; pero, ya que no podían evitarlo todo, la hicieron a la vez contrarrevolucionaria y hostil a los pueblos. ¡El momento, en efecto, hubiera estado mal elegido para abrir esa brecha en el principio de autoridad!

Recuerde mi última carta, esa carta horrorizada en la que le rogaba que dijera al príncipe que era preciso absolutamente, bajo pena de ruina y de infamia, obligar a Napoleón III a "abdicar". Estaba bajo la influencia de una de esas intuiciones que a veces me poseen y que me hacen hablar casi con el transporte de los oráculos. Bien, lo que antes era sólo una intuición, llegó a ser para mí insensiblemente una certeza. Sí, el camino en que el imperio se interna remata en una abdicación, aunque no ya a favor de un príncipe de la familia, sino a favor del conde de París: "¡sacer esto!".

Todavía ignoro lo que será la guerra; la encuéntro a la vez ruinosa, sin causa, en una palabra, absurda. Pero siga mi razonamiento y verá, a menos que se produzca un cambio repentino de política, es decir, una revolución, lo que espera a la dinastía de los Bonaparte.

Me parece que la ambición de la aristocracia, junto al

calvinismo común a Francia y a Inglaterra, arrastró a este país a la guerra y forzó la mano del ministerio Aberdeen. La aristocracia inglesa padece en su orgullo: se ve empujada a la vez en un camino que le es desconocido por la burguesía mercantil, por el cobdenismo y por las agitaciones del continente. Esta aristocracia piensa restablecer contra Rusia o contra cualquier otra nación algo así como la guerra con la República francesa y el Emperador. Siempre tenemos, bajo una forma local, la contrarrevolución . . . , etc., etc.

Y ahora, ¿qué fruto recogerá Francia de esta gran política conservadora, equilibrista y "providencial"? . . .

Una tregua de algunos años, un alto en nuestra gran ruta revolucionaria, si Napoleón III no cae demasiado pronto. Una restauración feroz, por poco que el curso de los acontecimientos se precipite. Por el lado del Oriente, no obtendremos nada, ni un denario, ni un koppeck, ni siquiera conquistaremos honor. Y le confieso que creo, a menos que el ángel guardián de la contrarrevolución, que hasta ahora inspiró y cubrió con sus alas a Napoleón III, encuentre un medio de prolongar el debate, y me refiero sobre todo a la cuestión del Oriente, que la restauración está próxima.

Anteayer un decreto imperial abrió un crédito extraordinario de 52 millones al ministro de guerra para las expediciones de Oriente; con esto, suman 302 millones devorados. Usted sabe que en principio, cuando un gobierno toma prestado, quiere decir que el dinero se gasta; tenemos tiempo, de aquí hasta el fin de diciembre, de llegar hasta los 500 millones.

Usted me dice que los rusos serán vencidos, y lo deseo. Pero esto no nos favorece nada, y aun sería una desgracia que les tomásemos una provincia, pues tendríamos que conservarla. Estamos embarcados en una empresa que puede

costarnos, término medio, 50 mil hombres y 200 millones de francos. Muy pronto se advertirá que el país no puede seguir adelante y entonces llegará el día en que la contrarrevolución, de la cual Napoleón III es sólo un instrumento poco amado, exclamará: ¡Alto!

¡Alto! significa la abdicación. En efecto . . . , etc., etc.

Trabajo con todas mis fuerzas. Hoy, domingo, suspendí mi labor para conversar con usted. Acabo de darle el resumen de mis conjeturas sobre el futuro y de mis opiniones y preferencias. Trato de adivinar los acontecimientos según la disposición de los espíritus; en esta cuestión del Oriente, a mi juicio, el santo sepulcro, y desde hace ya mucho tiempo, no significa nada, tampoco Turquía significa nada, ni Rusia; el verdadero nudo está en la mixtificación de Alemania, en el encadenamiento de la democracia y de la Revolución, y en la "gloria" de Inglaterra . . . ".

Al dirigirle al príncipe su trabajo sobre "la explotación de los ferrocarriles", Proudhon adjuntaba a él una carta fechada el 24 de mayo de 1855:

"Quise, antes de ofreceros este trabajo, asegurarme de que era digno de Vuestra Alteza, según el efecto que produjera no solamente en el público, que lo acogió bien, sino también en los especialistas, a quienes toca de más cerca.

Hoy puedo decir que nada falta a mi éxito. El silencio de las Compañías y el de los diarios de que disponen, es para mí la mejor y la más ruidosa de las aprobaciones.

Dignáos, pues, príncipe, recibir este escrito, primero como una prueba de mi gratitud, y luego como un testimonio para vos mismo, ya que al interesaros, como lo habéis hecho, por la solicitud de concesión de la que me ocupaba hace 18 meses, no habéis favorecido simplemente a un corredor de primas, a un intrigante sin competencia en la materia, sin idea del porvenir y del interés público.

Recibid, príncipe, el homenaje de mi respetuosa y sincera adhesión."

P. J. PROUDHON.

Una séptima y última carta escribió Proudhon al príncipe, para acompañar el envío de su libro *De la Justicia* y está fechada el 21 de abril de 1858; la transcribiré completa:

"París, 21 de abril de 1858.

Príncipe:

Tengo el honor de dirigiros un ejemplar de mi nueva obra "De la Justicia en la Revolución y en la Iglesia".

No leeréis, y haréis bien, estas 1700 páginas de filosofía moral, deducida de los principios de la Revolución francesa. No hay nada más aburrido, en general, que un moralista; y como no obro prodigios, no tengo la pretensión de ser una excepción a la regla.

Pero podéis haceros dar cuenta de mi fárrago; y si el informante es inteligente, os dirá, entre otras cosas:

Que el principio de legitimidad dinástica, perdido o desconocido desde la abolición del antiguo régimen, está explicado en mi libro; que ese principio, que no era otro, antes del 89, que el de la encarnación, en una familia elegida, del "derecho divino", o del pensamiento religioso que formaba la base de la sociedad, hoy es, o se puede definir (razono en la hipótesis del mantenimiento de la forma monárquica), como la encarnación, en una familia elegida, del "derecho humano", o del pensamiento racional de la Revolución.

El informante podrá añadir:

Que para que una semejante legitimación tuviera lugar, era necesario, previamente, conocer el fondo del pensamiento revolucionario; pero que nunca se adquirió este conoci-

miento; que mi obra es la primera tentativa seria que se hizo para penetrar ese misterio; que la verdadera causa de las revoluciones políticas que nos atormentan desde hace 70 años procede de la ignorancia en que quedó el país de su propio destino y del poder de su misión, y que precisamente, lo que hace tambalear hoy al Imperio procede también de esa ignorancia fatal.

¿Cuál es pues ese pensamiento de la Revolución?

Explicarlo me lleva 1700 páginas. Y es, en resumen, que así como la antigua sociedad de derecho divino estaba organizada cabalmente en política, economía política, derecho moral, metafísica, estética, etc.; del mismo modo, la Revolución, que sienta una doctrina contraria a esta sociedad, está también organizada cabalmente en cada una de esas categorías.

Traté de demostrarlo. Es una tarea enorme para un solo hombre; pero no será ciertamente abrumadora el día en que después de haberlo comprendido, la Razón pública se ocupe de este problema.

Perdonad, príncipe, a mi vanidad de autor que lo diga: será un honor para el reinado de Napoleón III el que, bajo un régimen tan severo y con un tal menoscabo de las conciencias, haya podido producirse una obra semejante, o más bien, exponerse un problema tan formidable. Pero será también una mancha para ese mismo reinado el que la escisión, en el momento en que aparecía el libro, haya sido tan profunda entre el gobierno establecido y la conciencia revolucionaria que es la única que lo legitima, pues la idea del regicidio circula por todas partes, y el que un espíritu tan independiente como el mío, y cuyas palabras se toman en serio, haya debido rodearse frente al público de tantas precauciones oratorias para condenar una idea tan monstruosa. Orsini está de moda ahora en París y se gana hasta a los

monárquicos ingleses; fuera de la prensa imperialista, soy el único que se atrevió a protestar contra esta aberración del sentido moral . . .

Temo, príncipe; los días malos se acercan para vos. Habéis sido antes un colega benévolo en la Asamblea constituyente; os habéis mostrado muy indulgente para con mis amigos desgraciados y para conmigo mismo, después del restablecimiento del Imperio; recientemente habéis creado entre nosotros, con el envío de vuestro informe sobre la Exposición universal, una especie de confraternidad literaria. Suceda lo que suceda, príncipe, no olvido vuestros servicios y vuestros buenos procederes; que este envío de un libro audaz, más audaz mil veces por el fondo que por la forma, sea para vos una nueva prenda de mis sentimientos.

De Vuestra Alteza, Príncipe, el adicto y agradecido servidor."

P. J. PROUDHON.

"Este, 28 de diciembre de 1865.

Monseñor [4] :

Tuve el honor de haceros remitir, acompañándolas con mi más profundo agradecimiento, las interesantes cartas de Proudhon, dirigidas por él en diferentes épocas a Vuestra Alteza.

Son en efecto curiosas: una es moralmente bella . . . Otra, la larga, muy singular, en parte es cierta y en parte es falsa. Recuerdo involuntariamente el verso de la comedia:

Y el razonamiento destierra la razón.

Las consecuencias y las conclusiones forzadas son falsas; también hay mucho de falso y de archifalso en la exposición

[4] "Carta que escribí al príncipe Napoleón, al devolverle las cartas de Proudhon que me había prestado. — (S. B.)".

demasiado apresurada y razonada de las circunstancias. Pero también Proudhon ve claramente algunos hechos y traza una corriente general que después se desarrolló. Es muy cierto que el primer Napoleón tenía en sus consejos regicidas y realistas, ex convencionales y aliados a la derecha, que los tenía en jaque a los unos con los otros, que se servía de todos, que daba garantías a todos: los Berlier, los Merlin de Douay, los Thibaudeau eran sus hombres tanto como los Portalis, los Lebrun, los Regnau. De ahí, una gran fuerza, un verdadero equilibrio. Ese equilibrio, bajo el imperio actual, no existe. La fracción revolucionaria, socialista, que quisiera cooperar, no encuentra un apoyo suficiente, una garantía; el blanco domina, no hay otro rojo que el de los cardenales. El padre Félix, el padre Jacinto pueden decir todo lo que quieran, y no me lamento; pero si, después de haberlos escuchado, queremos contestar, si exclamamos: Es "absurdo", es "insensato", es "brutal", nos lo impiden y nos amordazan. No hay igualdad. El retroceso es asombroso. No se trata solamente del retroceso del gobierno, sino del de la misma sociedad, por lo menos en todas sus capas llamadas elevadas. El gobierno comete el error de ver por los ojos de esa sociedad de los salones.

Me pongo a razonar como si tuviera el honor de hablar con Vuestra Alteza; le renuevo mi agradecimiento junto con la seguridad de mi respetuosa y completa adhesión."

SAINTE-BEUVE.

CARTAS, NOTAS Y FRAGMENTOS

"París, 14 de abril de 1850.

Estimado señor Darimon (1):

Mathey acaba de informarme de la elección del comité. Estaba seguro de que Girardin perdería; esperaba igualmente que los "demócr. soc." no dejaran de cometer una tontería; únicamente no pensé en Eugenio Sue.

El error es enorme; la reacción no dejará de explotarlo. Es imposible, por otra parte, que el *Siècle* se adhiera a ellos; el "Nacional", comprometido como nosotros, se dará cuenta de que la elección está dirigida tanto contra los "Amigos de la Constitución" como contra la influencia de la *Voix du Peuple*.

"Eugenio Sue" es una combinación de comunismo y de fourierismo, ni más ni menos. Este es el sufragio en dos grados; ésta es la verdad del sufragio por delegación. Dos sectas imperceptibles dominan una población de 1.360.000 almas. Presumimos demasiado de la sabiduría del comité; no aceptaremos más comités ni clubes en el futuro. Ponga

(1) Esta carta, escrita desde la prisión e interceptada por el director del tribunal de entonces, señor Víctor Foucher, me fué comunicada por él mismo. (Nota del señor Sainte-Beuve.)

el nombre de Eugenio Sue en la primera plana de la *Voix du Peuple,* sin comentarios, sin propaganda. Destierre todos los anuncios relativos a esta candidatura y a las elecciones. Puesto que esta elección, desprovista de sentido, se dirigió de golpe contra nosotros, no quiero extremar la candidez hasta apoyarla ostensiblemente, o la mala fe hasta preconizarla.

Así cumplimos con nuestro deber; luego comenzaremos una guerra sin piedad contra las sectas. ¡Ah! tenemos el justo derecho de formar también un partido, ya que los icarianos forman un partido, los falansterianos un partido, y el señor Luis Blanc otro partido.

No me sorprendería que mañana el "Siglo" y otros diarios, aprovechando el error del comité, volvieran a presentar la candidatura de Dupont (del Eure) quien, a mi juicio, tiene más o menos asegurado el éxito. Deseo que para salvar la situación, afirme la República y dé una buena lección a nuestros sectarios.

Si se atreven a hacerlo, la *Voix du Peuple* no los combatirá; sólo que no hablaremos más a su favor; permaneceremos mudos.

Prepárese para registrar el juicio de los diarios "reacc." sobre el trabajo del comité; no pueden dejar de hablar en términos violentos de un partido de incorregibles que vuelve a colocar a un DUPONT (DE L'EURE)! El retorno de este candidato, después de lo que dijimos nosotros y la *Presse* a este respecto, es demasiado significativo para que no sea explotado pérfidamente. Y usted, estimado amigo ¿comprende ahora hasta qué punto tenía razón cuando le decía que el hombre no era nada, que la idea lo era todo? Hoy no se acepta ninguna idea que haya expresado Dupont; se condena toda nuestra política; se desaprueban nuestras tendencias y nuestros esfuerzos; ¿está claro? Esperemos pa-

cientemente el escrutinio; cualquiera que sea el resultado, después nos explicaremos sobre esta candidatura. Retomemos rápido nuestra libertad; dejemos la dirección del "partido"; permanezcamos afuera: los que estén con nosotros, estarán con nosotros.

A la altura a que llegamos, estamos libres; ya no soportamos la carga de la Revolución. El movimiento que queremos llevar adelante y hacer general, se particulariza y marcha de costado. ¡Al diablo con la especie humana! ¡Castiguemos con el látigo de la ironía, de la ironía sangrienta, a los hombres y las cosas! Burláos de todos, decid la verdad a diestro y siniestro; golpead, fustigad, no tenéis otra misión. Dejad que la Montaña obre a su manera, que los comunistas hagan sus evoluciones de clubes, que los fourieristas balbuceen sus fórmulas: ésa es la comedia humana. Reiremos a muerte hasta bajo la guillotina. Somos fuertes y alegres, sólo cuando somos libres: el cónclave del 13 de abril nos desligó de nuestros lazos. No seremos nada o lo seremos todo: y adelante.

Esta debe ser nuestra posición a partir del 28 de marzo. Mañana mismo abriremos fuego, suavemente. Desafiad con gritos, c... en los políticos y avanzad. Girardin dijo: "que no debe nada a la República"; ¡y entonces nosotros! me parece que somos un poco sus acreedores. No más iniciativa, en ningún sentido, ¿me entiende?, no más consejos, siempre que no sean filantrópicos, ni ideas de ciencia pura. ¡Crítica por todas partes; siempre crítica y a muerte! ...

En un momento tan decisivo, sacar a la luz de nuevo a Dupont (de l'Eure), enganchar en masa a la burguesía y apoyar a Eugenio Sue, el novelista falansteriano, excede la licencia de ser necio.

Declaro que esta candidatura, cuya malevolencia secreta

no se me escapa, y cuyo maquiavelismo infantil me salta a los ojos, declaro que esta candidatura me emancipa. O me consagro al silencio o me lanzo a una crítica universal, despiadada.

Adios, saludos a los amigos. El período de las aventuras comenzó; llegaremos lejos. Empiezo a no creer imposible una restauración.

Suyo."

P. J. PROUDHON.

En una carta del 6 de marzo de 1852 a Carlos Edmond, quien le proponía salir de Francia e ir a no sé que parte de América, Proudhon responde:

"Aquí, le repito, debemos trabajar por la emancipación del género humano, bajo el sable de Bonaparte, bajo la férula de los jesuítas y el largavista de la policía. No existe para nosotros un cielo más propicio, una tierra más fértil. Mi resistencia a sus solicitaciones toma el giro de una paradoja: ¡tanto mejor! quiere decir que comienza a ser verdadera."

Y, volviendo sobre la idea de que partirá si se ve obligado a ello, si es expulsado, pero no en otra forma, agrega:

"Pero no me podrá hacer entrar en la cabeza la resolución de ceder cuando nada me lo obliga, de dar a mi vez la señal del desastre, de huir de París cuando aquí precisamente se juegan los destinos del mundo, de abandonar el puesto cuando el momento de la crisis se aproxima."

Se equivoca completamente en sus previsiones sobre los hechos y sobre las consecuencias, a los que, como Lamennais y todos los apasionados, ve más violentos y más expeditivos; pero en el mismo "fondo" ve con más claridad:

"Estimado cosaco, usted no conoce a nuestros vándalos. Desde hace diez o doce años lograron conmoverlos —¿lo

creerá la posteridad?— a favor de la autoridad, de la religión, del capital y de todo lo que sigue. Mejor, esto se hizo en nombre de no sé qué filosofismo que produjo la misma ilusión de 1848 a 1852 que la que había producido de 1815 a 1825 el romanticismo de Chateaubriand, Lamennais y de Maistre. Se irá como vino: se lo juro por mis entrañas de galo (2)".

Proudhon. Cuando trabaja, trabaja sin interrumpirse, de un tirón. Olvida las citas:

"Estimado Edmond:

Lamenté mucho no haber podido verlo anteayer, tanto más cuanto que me reprocho haber faltado, contrariamente a mi promesa, a su cita del jueves. De mi parte fué un puro olvido: una vez absorbido en mi trabajo, dejo transcurrir los días y las horas sin darme cuenta, y sólo las comidas y las vueltas del sol me hacen volver a la vida."

París, 2 de noviembre de 1853.

Proudhon a Carlos Edmond enfermo (carta del 10 de enero de 1854):

"Invoque los pensamientos de la ciencia y del arte, de la filosofía y de la política, y mézase muellemente en la revolución. Sé lo que es sufrir y siempre burlo mi enfermedad con las meditaciones más profundas. Tal vez ese trabajo

(2) En otra parte dice de sí mismo: "en mi calidad de peñasco jurásico".

del cerebro paralice la acción médica: además, le confieso que la medicina nunca me procuró consuelo. Pero en fin, pude tolerar la enfermedad, y curé."

"¿Adivina lo que leí estos días últimos? A Paul de Kock. Quise conocer a este novelista. Esta lectura me hizo hacer algunas reflexiones importantes, que juntaré a mis observaciones generales sobre la literatura contemporánea. Estoy convencido de que, para conocer bien una sociedad, hay que conocer sus novelas. Me parece que podría definir a Víctor Hugo, en lo que se relaciona con los detalles y las descripciones, como un Paul de Kock "sublimado"; y en cuanto al plan general de los relatos, voy a escandalizarlo, hay en Paul de Kock una inteligencia superior de las intrigas, y a veces situaciones cómicas y trágicas que Víctor Hugo no alcanza a tener." (Carta de Proudhon al señor Rolland, ex representante del pueblo, fechada en Bruselas el 29 de julio de 1862.)

"París, Passy, Grande Rue, 10, 6 de febrero de 1863.

Muy señor mío (8):

Le estoy infinitamente agradecido por su cortés comunicación. En la época en que frecuentaba, como usted, el Colegio de Francia, tuve ocasión de conocer a M. *** por una traducción muy mala que había hecho del primer

(8) Carta al señor Eduardo Cros, ingeniero civil de minas.

libro del "Pentateuco"; más tarde leí su "Kabbale", traducida del Thaomoud, obra interesante para la historia de la filosofía. Después vi de tanto en tanto el nombre de M. *** en el *Journal des Debats*. Yo estaba lejos de sospechar que hubiera podido atraer la atención de este filólogo hebraizante y rabinizante: parece que me equivoqué. Vivo muy lejos del Colegio de Francia para poder saber lo que ocurre allí, y con más razón, lo que se dice de mí. ¿De qué me serviría, por lo demás? Entre los innumerables críticos que, desde hace quince años, se pusieron a "deslomarme" no encontré ni a uno solo que se haya dado cuenta de que la mayor parte de mis publicaciones no formaban hasta el presente más que un trabajo de disección y de ventilación, si puedo decirlo así, por medio del cual me encamino lentamente hacia una concepción superior de las leyes políticas y económicas. Sólo Dios sabe lo que esos críticos honorables hicieron de mí. Ya algunas de las ideas que busco comenzaron a surgir en mi espíritu con una amplitud y una claridad que borra todas las teorías recibidas: no importa, cargan a cuenta de la contradicción lo que es el fruto de la dialéctica, y para honor de las doctrinas sanas, persisten en hacer de mí un comunista, "ergo" un enemigo de la familia y de la moral, un predicador de desorden, de expoliciación y de materialismo. Pero lo más divertido es que, en último lugar, me presentaron como un legitimista, un orleanista, un papista y hasta como un partidario del régimen pretoriano.

Me gustaría saber lo que va a despacharse M. *** Ya su colega, M. ***, protegido de una dama del Vaud que escribe gruesos libros sobre el Impuesto, se ocupó de mi persona; aunque no pude saber qué criticaba. Si puedo darme un día de vacaciones, iré a escuchar, por lo menos una vez, a M. ***

Le agradezco, señor, y lo saludo cordialmente."

P. J. PROUDHON.

El defecto o más bien el exceso de conformación del cerebro de Proudhon consistía en reunir, en agrupar artificialmente bajo su mirada infinidad de hechos, en concentrarlos fuertemente uniéndolos entre sí; luego, en obtener un resultado o una resultante a la cual acercaba el objeto por una especie de ilusión óptica, de manera que lo veía próximo y como inminente. Víctor Hugo tiene algo de este defecto o de este exceso cerebral en el orden visual y en lo que concierne a los colores: ve demasiado grueso, demasiado rojo y demasiado saliente. Proudhon cargaba como invenciblemente el orden de las consideraciones y de las ideas con esta facultad excesiva. Veía demasiado grueso, demasiado ceñido, demasiado cercano.

Proudhon, al discutir ante el príncipe Napoleón y con él mismo, había expuesto varias de sus teorías y de sus maneras de ver el futuro. "Pero, dijo el príncipe sorprendido, —y no es de los que se sorprenden fácilmente— ¿qué clase de sociedad sueña usted?". —"Príncipe, respondió Proudhon con su estallido cáustico—, sueño una sociedad en la que seré guillotinado por conservador."

En una amplia cochera de posada de campaña, cerca de Montpellier, en 1849 ó 50, un hombre y una mujer, cardadores de colchones, charlaban de política mientras apisonaban la lana. Eran obreros que ganan, más o menos, cincuenta céntimos por día. Hablaban de Proudhon: "¡Es un canalla, es un ladrón, decían en dialecto langüedociano, que quiere repartir los bienes!" Alguien que los oyó les preguntó: "¿Tienen miedo que reparta los suyos?"

La propiedad es un privilegio al que conviene que cada generación renueve y justifique los títulos por el trabajo.

"Salgo una vez por semana (escribía desde la prisión). Algunas veces almuerzo en casa de mi mujer, al lado de la cuna de Kathe, con Mathey, Darimon, Crétin, en fin con los más íntimos..." (Carta de Proudhon a Carlos Edmond del 11 de mayo de 1851.)

"Puse a mi segunda hija el nombre de Marcela, que es el mismo que tiene el noble suburbio en que vivo. Este nombre es un recuerdo de cautiverio, una esperanza revolucionaria y un homenaje a uno de los hombres más puros de la Revolución anterior, Marcelo." (Carta de Proudhon a Carlos Edmond del 10 de enero de 1852 ([4]).

Proudhon, en los últimos años, estaba cansado; mientras escribía su libro de "la Justicia", un amigo que iba a visitarlo y a quien se quejó de cansancio del cerebro, le decía que debería ir al campo, un poco lejos de París, a pasar algunos días; en el mismo momento los gritos de los niños que jugaban en el pequeño jardín (que Proudhon tenía en la rue d'Enfer) se dejaron oír: "He aquí mi remedio", dijo Proudhon.

([4]) Relacionar esta carta y la precedente con la que fué citada en la página 16, sobre el nombre que Proudhon le puso, en recuerdo de su madre, a su hija mayor, "Catalina".

"Proudhon, después de su última condena, se había refugiado en Bruselas y vivía en uno de los suburbios. En 1859 fuí a saludarlo. Después de un paseo del que su salud necesitaba mucho, lo acompañé a su domicilio departiendo de la obra que le había valido persecuciones . . .

Era mediodía, y ya dejaba a nuestro expatriado: "Es la hora de mi comida, me dijo; ¿quiere compartirla?" "De buena gana, le respondí". Entonces, se dirigió a la señora de Proudhon: "Mujer (era su término familiar), he aquí un compatriota que almuerza con nosotros; hay que regalarlo." Nos sentamos a la mesa; el menú se componía de una sopa de coles, de un plato de tocino saladillo y de una tortilla. Este último servicio había sido agregado en mi honor . . ."

(Carta del señor comandante Clerc al señor Sainte-Beuve del 10 de junio de 1868.)

A uno de nuestros lectores le pareció que, en esa serie de procesos que se entablaron con motivo de los Evangelios anotados por Proudhon, un abogado del célebre proletario podría sacar partido de la acusación misma, e, invocando la imagen del Cristo que está colocada detrás del tribunal, evocar esa sublime figura en una especie de prosopopeya. Jesús figuraría tomar la palabra y diría, por ejemplo, dirigiéndose a los jueces:

"Me parece que os preocupáis demasiado por defenderme y por vengarme. Hombres de la justicia, estáis demasiado preparados para empuñar la espada en mi nombre . . . Conocí el corazón de este hombre. No era mi enemigo: era mío. ¿Cómo no lo hubiera sido, si en todo momento estaba penetrado de la triste situación de la mayoría, y de la idea

y de los medios para mejorar su suerte y sus costumbres? Nunca pensó, a través de las tentativas y aun de los errores, más que en permanecer fiel a sus hermanos. ¡Cuántos de aquéllos que no pasan por blasfemarme y que tienen aires de servirme, fueron menos fieles que él! Tenía ciertamente maneras ásperas y feroces; había descendido demasiado recientemente de su montaña. Dos o tres veces, en especial, habló mal de mi Padre, como un hijo mal educado que vivió demasiado tiempo con los osos en las cavernas de los peñascos. Pero nunca habló ni pensó mal de mí; hasta en las palabras más incongruentes, sorprendidas a su familiaridad, se expresó a mi respecto, es cierto, sin mucho respeto, pero no sin simpatía; sólo veía en mí un hombre; y como yo no sería más que un hombre, en efecto, si no fuese la Misericordia misma y el soberano Perdón, no contento con perdonarlo, abogaré por él ante mi Padre. Si sois tan delicados y procedéis con tanta prontitud por algunas palabras ligeras o ásperas, dudáis demasiado de mí y queréis honrarme en una sola forma: soy más fuerte que eso en mi dulzura y en mi tranquilidad. Cualquiera que tenga el sentimiento, el fuego de la humanidad, está conmigo. Hay más de una manera de abordarme. Me transformé ya varias veces; aun me transformaré en el futuro. Basta que yo sea siempre la Humanidad más compasiva, más casta, más tierna, más valerosa, lo que quiere decir sencillamente la más divina. Está bien que se me vea como me hicieron siglos de veneración y de culto. Pero no me encerréis nunca en una sola forma; sólo el espíritu levanta la piedra de la tumba. Una vez más, os preocupáis demasiado por la majestad de mi ropaje y aun por la aureola de mi frente. ¡No importa que un palmo de mi túnica se desgarre, que una parte de mi corona parezca herida, si de esto nace algún bien a algunos desgraciados, si cae un pedazo más de pan en la cesta de la viuda y de los huérfanos!"

La idea [5] de progreso y la idea de decadencia están en guerra desde hace mucho tiempo. No alcanzan a tener un sentido absoluto ni se aplican indistintamente a todo. El progreso se concedió, bastante generalmente a las ciencias, para el adelanto de la civilización, de la industria y el aumento del bienestar; se negó para las letras, las artes, las obras de imaginación. No creo que, inclusive en este último orden, el problema sea tan sencillo. No hay tantos motivos para declarar perdida la batalla. Creerse vencido es estarlo. Creerse vencedor, es procurarse por lo menos posibilidades de victoria. Mientras se tengan a mano poderosos recursos, hay que obrar, no desesperar. Analizando bien lo que concierne a las letras y a las artes, se verá por qué no es falso

---

(5) Estos dos últimos fragmentos, que son simples notas, y cuya redacción quedó en estado imperfecto de esbozo (el segundo sobre todo), no forman parte, en los papeles del señor Sainte-Beuve, del expediente *Proudhon*. Pero se relacionan estrechamente con el tema, con un programa para el futuro, a propósito de la literatura, en sus conexiones con el problema social; y fueron escritos el mismo año en que el señor Sainte-Beuve iba a publicar estos artículos sobre *Proudhon* (1865). Hemos creído poder desprenderlos de otro legajo, en el que los había olvidado, y que, a continuación de la hermosa carta por la que rehusa la indemnización, publicada más arriba (pág. 273) nos da una ocasión para recordar y señalar aquí, en la carrera literaria del señor Sainte-Beuve, un rasgo de probidad que tiene con esto cierta relación, pero que el mismo señor Sainte-Beuve consideraba muy natural. En 1865, el señor Sainte-Beuve preparaba los materiales para un volumen que debía servir de Introducción a una gran Enciclopedia-Péreire; y ya había recibido en pago 20.000 francos adelantados. Todos los sábados y durante algunos meses, conferenciaban en la casa del señor Carlos Duveyrier los principales y futuros colaboradores que debían repartirse la tarea enciclopédica y concertaban el plan de esta vasta obra. Como el proyecto de publicación de los señores Péreire fuera abandonado antes de que comenzara su ejecución, el señor Sainte-Beuve "exigió" que lo dejaran devolver íntegramente la suma que había percibido; se constituyó así en deudor de los señores Péreire: únicamente pidió amortizar su deuda poco a poco y por entregas de 5.000 francos. El último saldo fué reembolsado después de su muerte. De este modo nacieron los dos fragmentos que aquí publicamos.

sostener que la partida, por ese lado, no está perdida en modo alguno, y que si la naturaleza presta su ayuda (pues únicamente ella puede crear los talentos y los genios), ni la materia ni el medio social se mostrarán hostiles.

Después del florecimiento de las primeras civilizaciones en las que se cumplen las nupcias de una raza virgen con la región con la que entra en unión estrecha y en armonía (hermosa época de la India, de la primitiva Grecia, de Roma), las naciones todavía pueden volver a empezar y encontrar nuevas inspiraciones más complicadas, más trabajadas, más originales aun. Es de desear que estemos en vísperas de tal época, más bien de un renacimiento que de un continuar y de un fin. La voluntad y el concurso de todos pueden ayudar en algo.

Hay que tratar que el viejo teatro de las antiguas civilizaciones no sea un suelo agotado en el que tanto pueda germinar el mundo bizantino como el chino, y que no se transfiera el cetro futuro a las manos de esas razas nuevas y ásperas que habitan y pueblan los nuevos continentes y que entonces serían las dueñas del futuro.

Ojeada sobre la "literatura americana", muy imperfecta sin duda, aun no fundida, de la cual una parte no es más que la literatura inglesa traspuesta y aplicada en forma distinta, pero que también tiene desde Franklin hasta Emerson, su sello original, y que puede tenerlo cada vez más. ¡Hasta qué punto en toda esta literatura, se ignora la tradición, las viejas ideas recibidas! ¡hasta qué punto está ausente la idea monárquica, la idea europea secular de los reyes "pastores de pueblos"!

Indicios entre nosotros de una futura literatura original.

Investigar los síntomas en nuestros autores, Jorge Sand, el mismo Eugenio Sue, Hugo. Este último da la impresión de ser un hombre que tanto abre las puertas como las cierra. "Los Miserables" tiene acentos que atraviesan y que no se asemejan a nada de la literatura anterior. Recordar el admirable capítulo "Una tempestad interior". Hay allí materia para representar todo un mundo y multitudes, como no se había hecho antes.

Las conquistas modernas de los géneros, la Novela, el Diario, el Melodrama ("el Trapero de París", de Pyat), el mismo vaudeville en su extensión (con comediantes como Bouffé), el canto y las sociedades órficas en esa proporción y en esa potencia, las exposiciones universales y lo que debe brotar un día u otro en las imaginaciones, todo esto que aun no está más que en estado elemental, puede convertirse, frente a hombres talentosos y geniales, en elementos de un arte original, nuevo. ¡Recuérdese lo que era la Farsa antes de Molière y el partido que él sacó!

No se puede prever cómo se producirán las cosas, pero hay ciertas corrientes que no pueden engañar en su dirección general. Así, ¿habrá, con respecto a la mujer, cambios en los derechos, en las leyes, en las relaciones civiles y políticas, etc.? No se sabe nada; pero se puede asegurar con certeza, que, a pesar de todo, y cada vez más, entre los dos sexos habrá una apreciación más pareja de la justicia, de participación, de asociación a los mismos intereses y a las mismas ideas, y toda una costumbre social en ese sentido.

Señalar bien dónde está el peligro para Francia. Vanidad, corrupción parisiense, cortesanas (6), género de vida a la

(6) Aquí desciframos con gran dificultad, y sin garantizarlas, estas palabras puestas entre líneas, de prisa, como complemento del pensamiento: "Manía, boga, accesos parisienses semejantes a los de los abderitanos". Una vez más, el señor Sainte-Beuve esbozó proyectos de ideas y no frases hechas.

moda detestable, que arrastra y pierde a la flor de las generaciones. ¿Dónde está el remedio, dónde está la parte sana? Mostrar también esa especie de hipocresía social, religiosa, católica, que tiende a enervar y a hacer irreconocible la Francia de nuestros padres, la del 89; si el "Falloux" llegara a imprimir alguna vez su sello a la sociedad francesa, estaría perdida: la Francia de Pascal está tan interesada como la de Mirabeau. Como la burguesía se corrompe tan fácilmente por su clase acomodada, el recurso reside en el sentido común y en el vigor de las masas a las que hay que instruir en la medida de lo posible y animar con un soplo propio, tratando de corregir su brutalidad sin templar su fuerza.

ÍNDICE

Prólogo 7

CAPÍTULO PRIMERO

Orígenes. Estudios. — Aprendizaje: imprenta. — "Ensayo de Gramática General". — Memoria para el premio Volney. — La beca Suard. — Profesión de fe y símbolo 17

CAPÍTULO II

Discurso sobre la *Celebración del Domingo;* gérmenes de la famosa teoría. — Primer desacuerdo con la Academia de Besançon. — Viaje a París: molestias, sufrimientos. — Primera memoria: *¿Qué es la propiedad?* Ansiedad, inquietud y confianza 38

CAPÍTULO III

Después de la publicación. — Efecto en la Academia de Besançon. — Citación; defensa; absolución. — Situación penosa; abandono moral. — Inclinación acentuada por la ciencia. — Segunda Memoria o *Carta al señor Blanqui* 63

CAPÍTULO IV

Lo que Proudhon pensaba de las mujeres. — Sus costumbres puras desde la infancia. — Austeridad. — Su vocación por la paternidad y por la familia 83

CAPÍTULO V

Con qué disposiciones fué escrita la *Carta al señor Blanqui*. Esperanza; inquietud. — Peligro evitado. — Moderación relativa. — Pasajes elocuentes 89

CAPÍTULO VI

Tercera Memoria o *Carta al señor Considérant.* — Teoría de la igualdad absoluta. — Violencia de la polémica. — Embargo y demanda por el tribunal de Besançon. Proudhon en la sala del crimen. Absolución 105

CAPÍTULO VII

Corto intervalo. — Distracciones locales: ardor especulativo. — Dedicatoria al señor Bergmann. — Humilde ambición; proyectos contradictorios; esperanza frustrada. — Su vuelta a la lucha 123

CAPÍTULO VIII

El libro *La Creación del Orden*. — Proudhon en la práctica; empleado en casa de los señores Gauthier. — Agente de negocios y teórico. — Su educación económica consumada . . 142

CAPÍTULO IX

Nuevas relaciones. — El grupo de los primeros amigos; el de los segundos. — Los economistas; el señor José Garnier. — Relaciones alemanas; Carlos Grün. — Un discípulo francés, el señor Darimon 157

CAPÍTULO X

Las *Contradicciones Económicas*. — Leyes y contra-leyes; método de doble filo. — Promesa de una síntesis. — Objecciones. Su verdadero sistema 185

CAPÍTULO XI

Diversos juicios de Proudhon antes de 1848: -sobre la literatura; -el espíritu público; -la poesía; -la prosodia; -el neologismo; -el socialismo 199

CAPÍTULO XII

Carácter de la Correspondencia de Proudhon; en qué difiere de algunas otras correspondencias. — Sus disposiciones de espíritu y sus proyectos de 1846 a 1848. — Cómo acoge el 24 de febrero. — Admirable carta de 1854 229

Apéndice 257

Cartas, notas y fragmentos 285